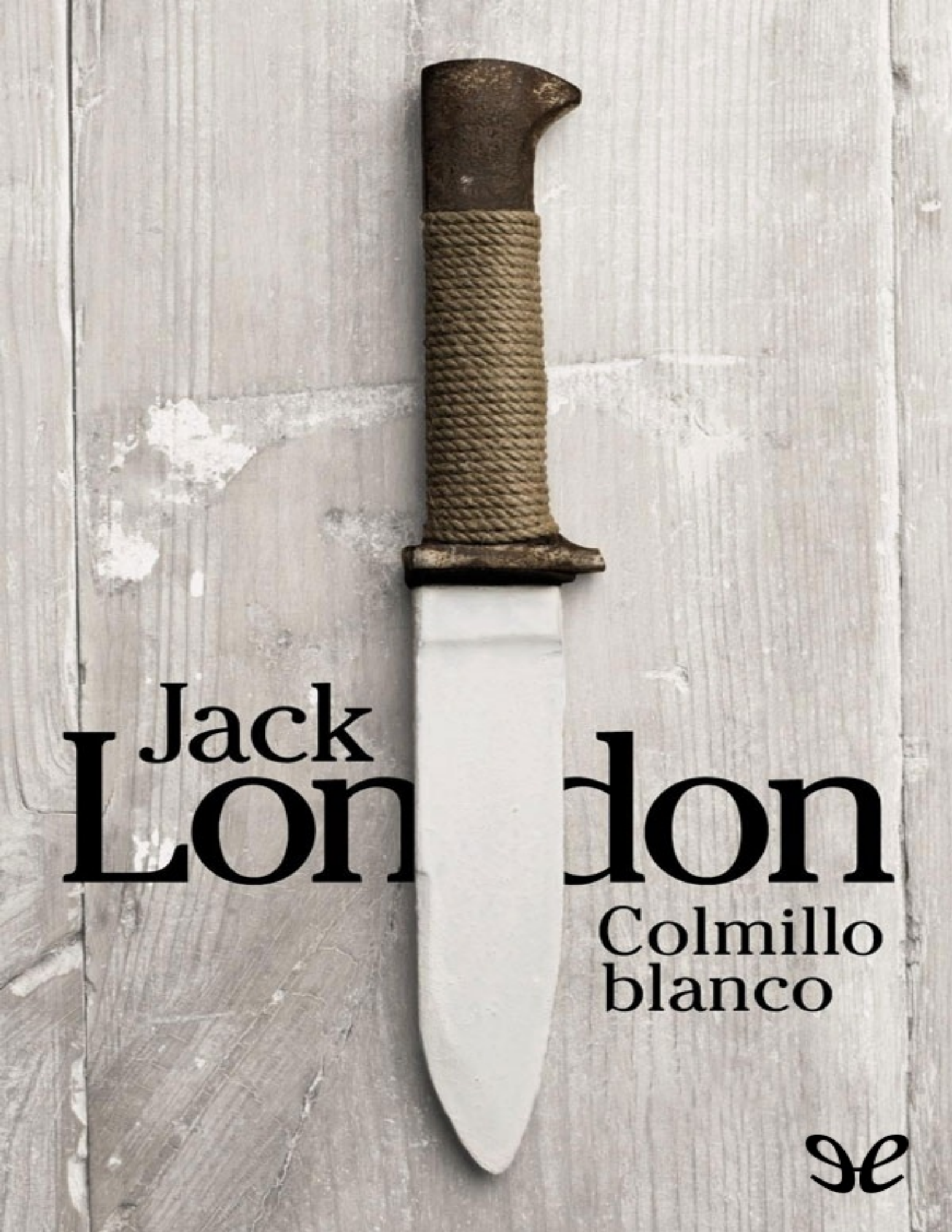

Jack
London
Colmillo
blanco

Ambientada en la vida agreste y salvaje de una frontera que trasciende su mero carácter físico para convertirse en una encarnación del conflicto entre la naturaleza y el ser humano alienado de ella, *Colmillo Blanco* es una de las obras más célebres de Jack London (1872-1916). Reverso casi simétrico de *La llamada de la naturaleza*, en la historia del perro salvaje que, significativamente, se degrada en su contacto con el hombre, hallamos en efecto, matizadas por la belleza de los grandes escenarios naturales y una remota esperanza de redención, las inquietudes que rigen toda la obra del autor estadounidense: el choque entre civilización y naturaleza, la perpetua pugna entre el bien y el mal, la supervivencia del más fuerte, el determinismo genético, la selección natural.



Jack London

Colmillo Blanco

ePub r1.4
Titivillus 27.04.2023

Título original: *White Fang*
Jack London, 1906
Traducción: María del Mar Hernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Colmillo Blanco

Primera parte
1. El rastro de la carne
2. La loba
3. El grito del hambre

Segunda parte
1. La batalla de los colmillos
2. El cubil
3. El cachorro gris
4. La pared del mundo
5. La ley de la carne

Tercera parte
1. Los artífices del fuego
2. El cautiverio
3. El proscrito
4. La senda de los dioses
5. El pacto
6. El hambre

Cuarta parte
1. El enemigo de su especie
2. El dios loco
3. El reino del odio
4. El abrazo de la muerte
5. El indomable
6. El señor del amor

Quinta parte
1. El largo camino

2. Las tierras del Sur
3. Los dominios del dios
4. La llamada de la especie
5. El lobo adormecido

Sobre el autor

Notas

Primera parte

1. El rastro de la carne

Un oscuro bosque de abetos se extendía a ambos lados de la helada corriente de agua. El viento había desnudado los árboles de su blanca capa de escarcha y parecían apoyarse los unos en los otros, negros y amenazadores, bajo la luz incierta del atardecer. Un profundo silencio reinaba sobre la tierra. La tierra misma estaba desolada, yerma, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu no era ni tan siquiera el de la tristeza. Había en ella una insinuación de carcajada, pero de una carcajada más terrible que la de cualquier tristeza; una carcajada sin alegría, como la sonrisa de la esfinge; una carcajada fría como el hielo, partícipe de la severidad de lo inexorable. Era la imperiosa e incomunicable sabiduría de la eternidad riéndose de la futilidad de la vida y del esfuerzo de vivir. Eran las Tierras Vírgenes, la soledad salvaje, el helado corazón de los desolados yermos del Norte.

Sin embargo, había vida; allí fuera, en aquella tierra de desafío. Aguas abajo, sobre el río helado avanzaba con dificultad una fila de perros de trineo. Sus pelos rizados estaban cubiertos de una fina capa de escarcha; sus respiraciones se helaban en forma de nubéculas de vapor que se congelaban en sus cuerpos formando cristales de escarcha. Arneses de cuero sujetaban a los perros, y unas correas, también de cuero, los unían al trineo que se arrastraba más atrás. El trineo no llevaba cuchillas. Estaba hecho de resistente corteza de abedul y toda su extensión descansaba sobre la nieve. La parte delantera del trineo se levantaba como un pergamino para poder aplastar la superficie ondulante de nieve blanda sin hundirse en ella. Sobre el trineo, perfectamente atada, había una larga y estrecha caja rectangular. También había otras cosas sobre las mantas que cubrían el trineo: un hacha, una cafetera y una sartén; pero la que ocupaba la gran parte del espacio era la larga y estrecha caja rectangular.

Por delante de los perros, sobre unas grandes raquetas de nieve, caminaba con dificultad un hombre. Y en la parte trasera lo hacía un segundo. Sobre el trineo, en la caja, yacía un tercero —cuyo difícil caminar había cesado definitivamente—, un hombre al que lo salvaje había conquistado y derrotado hasta hacerle imposible luchar más. A las Tierras Vírgenes no les gusta el movimiento. La vida es una ofensa para ellas, pues la vida es movimiento; y el objetivo de las Tierras Vírgenes es siempre destruir el movimiento. Hielan las aguas para impedir que corran hasta el océano, chupan la savia de los árboles hasta que congelan sus esforzados corazones vegetales; pero con quien son más feroces y hostiles es con el hombre, al que acosan y aniquilan hasta que lo someten; al hombre, que es el más inquieto de los vivos, siempre rebelde contra el dictamen que proclama que todo movimiento debe, al final, desembocar en la quietud.

Pero al frente y en la parte trasera, libres de temor e indomables, caminaban los dos hombres que todavía no habían muerto. Sus cuerpos estaban cubiertos con pieles y cuero. Sus pestañas, mejillas y labios estaban tan cubiertos por los cristales de su propio aliento helado que apenas podían distinguirse sus rostros. Esto les daba la apariencia de máscaras fantasmagóricas, responsables en un mundo de espectros del funeral de algún fantasma. Pero bajo aquella apariencia eran dos hombres que penetraban en una tierra de desolación, escarnio y silencio; insignificantes aventureros abatidos por una aventura colosal, que se compadecían a sí mismos ante la fortaleza de un mundo tan remoto, extraño y sin pulso como los abismos del espacio sideral.

Avanzaban mudos, reservando la energía de sus respiraciones para el trabajo de sus cuerpos. A cada lado se extendía el silencio que los empujaba con su presencia casi tangible. Afectaba a sus mentes de la misma forma que las atmósferas en aguas profundas afectan al cuerpo del buzo. Los aplastaba con el peso de su infinita vastedad y su inalterable condición. Les exprimía las regiones más recónditas de sus mentes, extrayendo, como el zumo de la uva, todos los falsos ardores, exaltaciones e indebidos valores del alma humana, hasta que ellos mismos se sentían finitos y pequeños, motas y partículas diminutas moviéndose gracias a su débil astucia y poca agudeza a través de la obra e interacción de los grandes elementos y de las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Pasaron una hora y dos. La pálida luz del corto día sin sol estaba comenzando a diluirse en las tinieblas, cuando de pronto un desmayado y lejano aullido se levantó en el silencio. Se elevó al cielo con raudo ímpetu, hasta que

alcanzó su nota más alta, en la que se sostuvo, palpitante y tenso, y después fue extinguiéndose poco a poco. Y aquel habría sido un gemido perdido y profundo de no estar investido de anhelante ferocidad y hambrienta impaciencia. El hombre que iba delante volvió la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los del que iba detrás. Y entonces, por encima de la estrecha caja rectangular, ambos movieron la cabeza significativamente.

Un segundo aullido se elevó, penetrando el silencio con aguda estridencia. Los dos hombres localizaron el sonido; procedía de la parte trasera del trineo, de algún lugar en la extensión de nieve que acababan de atravesar. Un tercer aullido remontó el silencio en respuesta, también en la parte de atrás, aunque algo más a la izquierda del segundo.

—Nos persiguen, Bill —dijo el hombre que iba al frente.

Su voz sonó ronca e irreal y pronunció aquellas palabras haciendo un evidente esfuerzo.

—La carne escasea —respondió su compañero—. No he visto un conejo desde hace días.

A partir de entonces no volvieron a hablar, aunque sus oídos estaban atentos a los aullidos de caza que continuaron detrás de ellos.

Cuando cayó la noche, desviaron a los perros hacia un grupo de abetos al borde del río y montaron un campamento. El ataúd, cerca del fuego, cumplió la función de asiento y de mesa. Los perros lobo, agrupados en la zona más alejada del fuego, gruñían y reñían entre ellos, pero daban clara muestra de no querer internarse en la oscuridad.

—Me parece, Henry, que se han quedado bastante cerca del campamento —comentó Bill.

Henry, en cuclillas muy cerca del fuego mientras preparaba en un cazo el café con un bloque de hielo, movió la cabeza afirmativamente. No pronunció ni una palabra hasta que estuvo sentado en el ataúd y comenzó a comer.

—Saben dónde están a salvo —dijo—. Antes prefieren comer a ser comidos. Para ser perros, son bastante listos.

Bill sacudió la cabeza.

—Oh, no sé.

Su compañero le miró con curiosidad.

—Es la primera vez que te oigo insinuar que no son listos.

—Henry —dijo el otro, masticando con decisión las judías que estaban comiendo—, ¿no te has dado cuenta de la forma en que han alborotado cuando

les daba de comer?

—Han armado más bullicio de lo normal —reconoció Henry.

—¿Cuántos perros hemos traído, Henry?

—Seis.

—Bien, Henry… —Bill se detuvo un instante para que sus palabras adquirieran más significado—. Como te estaba diciendo, Henry, hemos traído seis perros. Cogí seis peces de la bolsa, uno para cada perro, y…, Henry, me faltó un pescado.

—Habrás contado mal.

—Hemos traído seis perros —reiteró el otro sin apasionamiento—. Saqué seis peces. Una Oreja se quedó sin el suyo. Volví luego a la bolsa y le di su pescado.

—Solo hemos traído seis perros —dijo Henry.

—Henry —continuó Bill—, no te diré que sean todos perros, pero son siete los que han comido pescado.

Henry dejó de comer y, a través del fuego, contó los perros.

—Ahora solo hay seis —dijo.

—Vi al otro alejarse por la nieve —comentó Bill con fría decisión—. Vi siete.

Su compañero le miró compasivamente y dijo:

—Me voy a poner la mar de contento cuando acabe este viaje.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Bill.

—Quiero decir que la carga que llevamos te está trastornando y que estás empezando a ver cosas.

—Ya he pensado en eso —respondió Bill muy serio—. Y aun así, cuando vi que había salido corriendo por la nieve, miré y vi sus huellas. Entonces conté los perros y seguía habiendo seis. Las huellas están ahí en la nieve. ¿No quieres echarles un vistazo? Te las enseñaré.

Henry no contestó, sino que continuó masticando en silencio, hasta que finalizó su colación con una taza de café. Se limpió la boca con la palma de la mano y dijo:

—Entonces, ¿estás pensando que era…

Un aullido largo, terriblemente triste, procedente de alguna parte en la oscuridad, le interrumpió. Se detuvo para escucharlo y luego acabó la frase con un movimiento de su mano en la dirección del aullido.

—… uno de ellos?

Bill afirmó con un movimiento de cabeza.

—Que el diablo me lleve si pensé otra cosa. Tú mismo te diste cuenta del alboroto que armaron los perros.

Aullido tras aullido y aullidos en respuesta convirtieron el silencio en una absoluta confusión. Surgían de todas partes y el miedo traicionaba a los perros, que se amontonaban tan cerca del fuego que el pelo se les chamuscaba con el calor. Bill echó más leña antes de encender su pipa.

—Creo que estarías ya entre sus dientes —dijo Henry.

—Henry… —Chupó con aire meditabundo la pipa durante algún tiempo antes de continuar—. Henry, estaba pensando en la maldita suerte que tiene este hombre; es más afortunado de lo que lo seremos tú y yo jamás.

Y, con el dedo pulgar hacia abajo, señaló la caja sobre la que estaban sentados, refiriéndose al tercer hombre.

—Tú y yo, Henry, cuando nos muramos, tendremos mucha suerte si conseguimos cubrirnos con las piedras suficientes como para que los perros no se nos acerquen.

—Pero nosotros no tenemos ni los parientes ni el dinero que tenía él —intervino de nuevo Henry—. El transporte de un cadáver tantas millas es algo que ni tú ni yo podemos permitirnos.

—Lo que me intriga, Henry, es por qué un tipo como este, que era un lord o algo así en su país, y que jamás tuvo que preocuparse por la comida o por las mantas, ha tenido que acabar en una tierra dejada de la mano de Dios… Eso es exactamente lo que no comprendo.

—Podría haber vivido hasta la vejez si se hubiera quedado en su tierra —afirmó Henry.

Bill abrió la boca para hablar, pero cambió de idea y, en su lugar, señaló hacia el muro de tinieblas que los acechaba por todas partes. No se insinuaba ni la forma más leve en aquella completa oscuridad; solo podían contemplarse un par de ojos centelleantes como dos carbones encendidos. Henry indicó con un movimiento de cabeza un segundo par y un tercero. Un círculo de relucientes ojos se había formado alrededor del campamento. Una y otra vez un par de ellos se movía o desaparecía para reaparecer unos instantes después.

La inquietud de los perros fue en aumento y echaron a correr en un súbito ataque de miedo hasta el fuego, encogiéndose y arrastrándose entre las piernas de los hombres. En aquella confusión, uno de los perros fue empujado hasta la hoguera y aulló de dolor y pánico cuando el olor de su propio pelo inundó el

aire. Aquella conmoción provocó que el círculo de ojos se agitara durante unos momentos e incluso que se apartara un poco, pero volvieron a sus posiciones cuando los perros guardaron silencio de nuevo.

—Henry, es una maldita desgracia que nos hayamos quedado sin munición.

Bill había terminado de fumar su pipa y ayudaba a su compañero a extender la cama de pieles y mantas sobre las ramas de los abetos que había preparado sobre la nieve antes de cenar. Henry gruñó y comenzó a desabrocharse los mocasines.

—¿Cuántos cartuchos dijiste que te quedaban? —preguntó.

—Tres —fue la respuesta—. Y me gustaría que hubieran sido trescientos. Así podría mostrarles para qué sirven, ¡malditos sean!

Sacudió uno de sus puños con furia contra los relucientes ojos y colocó sus mocasines junto al fuego.

—Y me gustaría también que pasara esta ola de frío —continuó—. Llevamos ya dos semanas con cincuenta grados bajo cero; y también quiero que acabe este viaje, Henry. No me gusta el cariz que está tomando. No me siento bien, no sé…, me gustaría que el viaje hubiera acabado y que tú y yo estuviéramos en el fuerte McGurry jugando al *cribbage*[1]…, eso es lo que me gustaría.

Henry volvió a gruñir y se metió en el improvisado lecho. Cuando ya estaba medio dormido, su compañero le despertó.

—Dime, Henry, ese otro que se metió entre los perros y se comió un pescado, ¿por qué no le atacaron los perros? Eso es lo que me preocupa.

—Te estás preocupando mucho, Bill —fue la soñolienta respuesta—. Nunca te has puesto así. Cállate y duerme y mañana te sentirás como nuevo. Tienes acidez de estómago; eso es lo que te molesta.

Los dos hombres durmieron, respirando con fuerza, uno al lado del otro, bajo una misma manta. El fuego fue decayendo y el círculo de relucientes ojos se fue estrechando sobre el campamento. Los perros se agrupaban miedosos y gruñían amenazadores cuando un par de ojos se acercaba más de la cuenta. Una vez que los gruñidos se hicieron desesperados, Bill se despertó. Salió del lecho con precaución para no interrumpir el sueño de su compañero y echó más leña al fuego. En cuanto comenzó a llamear con renovado vigor, el círculo de ojos volvió a retirarse. De forma despreocupada miró a los amontonados perros. Se frotó los ojos y los contempló con más atención. Entonces se echó sobre las mantas.

—Henry —dijo—. Oh, Henry.

Henry refunfuñó al despertarse y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—Nada —fue la respuesta—, solo que ahora vuelven a ser siete. Acabo de contarlos.

Henry recibió aquella información con un gruñido que se convirtió en un ronquido al volver a caer en un profundo sueño.

Por la mañana fue Henry el que se despertó antes y sacó a su compañero de la cama. La luz del día tardaría todavía tres horas más, aunque ya eran las seis en punto, y en la oscuridad Henry se puso a preparar el desayuno, mientras Bill enrollaba las mantas y disponía el trineo para partir.

—Dime, Henry —preguntó de pronto—, ¿cuántos perros me dijiste que teníamos?

—Seis.

—No —proclamó Bill triunfante.

—¿Siete otra vez? —preguntó Henry.

—No, cinco; uno se ha ido.

—¡Maldita sea! —exclamó Henry dejando la preparación del desayuno para contar los perros.

—Llevas razón, Bill —concluyó—. Gordito se ha ido.

—Pues debió correr como un relámpago cuando se marchó. No pudimos ni verle.

—No tenía escapatoria —dijo Henry—. Lo habrán devorado vivo. Te apuesto a que estaba aullando mientras engullían, ¡esos malditos!

—Siempre fue un perro tonto —dijo Bill.

—Pero ningún perro es tan tonto como para marcharse y suicidarse de esa forma —contempló lo que quedaba del grupo con aire especulativo y repasó los rasgos más sobresalientes de cada animal—. Me apuesto lo que sea a que ninguno de los otros lo haría.

—No los apartarías del fuego ni a palos —reconoció Bill—. De todas formas pensé que a Gordito le ocurría algo extraño.

Y aquel fue el epitafio de un perro muerto en el sendero de las tierras del Norte; epitafio menos lacónico que el de muchos otros perros y que el de muchos otros hombres.

2. La loba

Una vez terminado el desayuno y amarrado el escaso equipo del campamento en el trineo, los hombres dieron la espalda al fuego y se lanzaron hacia la oscuridad. En seguida comenzaron a levantarse aullidos ferozmente melancólicos, aullidos que eran llamadas cruzadas en la oscuridad de aquella helada desolación. La conversación cesó. La luz del sol apareció a las nueve en punto. Al mediodía el cielo comenzó a teñirse de un color rosado señalando el lugar en el que la redondez de la tierra se interponía entre el sol del meridiano y el mundo del septentrión. Pero aquel tono rosado desapareció rápidamente. Una luz grisácea se mantuvo hasta las tres, momento en el que también se diluyó, y el palio de la noche ártica descendió sobre las solitarias y silenciosas tierras.

Mientras la noche caía, los aullidos de caza a derecha, a izquierda y en la retaguardia se hicieron más cercanos, tan cercanos que más de una vez provocaron que cundiera el pánico entre los agotados perros, sumiéndolos en efímeros ataques de terror.

Al final de uno de aquellos ataques de miedo, cuando él y Henry habían vuelto a colocar las correas a los perros, Bill dijo:

—Ojalá encuentren caza en otra parte y se vayan y nos dejen en paz.

—Le ponen a uno la carne de gallina —afirmó Henry.

Y no volvieron a conversar hasta que montaron el campamento.

Henry estaba agachado añadiendo un trozo de hielo al cazo en que preparaban las judías cuando se sobresaltó al oír un golpe, una exclamación de Bill y el agudo aullido de uno de los perros. Se irguió a tiempo para observar una forma difusa desapareciendo en la nieve al abrigo de la oscuridad. Luego miró a Bill, que estaba entre los perros, medio triunfante, medio alicaído, en una mano un grueso palo y en la otra la cola y parte del cuerpo de un salmón curado al sol.

—Se llevó la mitad —dijo—, pero yo no me quedé manco. ¿Le oíste cómo aullaba?

—¿A qué se parecía? —preguntó Henry.

—No pude verlo. Pero tenía cuatro patas y hocico y pelo y parecía un perro cualquiera.

—Puede ser un lobo domesticado, creo yo.

—Pues maldito, sea lo que sea. ¡Viene aquí a la hora de comer y se lleva medio pescado!

Aquella noche, cuando terminaron la cena y se sentaron sobre la caja cuadrangular y sacaron sus pipas, el círculo de ojos relucientes se cerró más que la noche anterior.

—Me gustaría que descubrieran un rebaño de alces o algo así y que se fueran y nos dejaran en paz —dijo Bill.

Henry gruñó con una entonación que no era precisamente de benevolencia y durante un cuarto de hora se mantuvieron en silencio en la misma posición, Henry mirando el fuego sin pestañear y Bill al círculo de ojos que ardían en la oscuridad justo por encima de la luz de la hoguera.

—Me gustaría que estuviéramos llegando a McGurry ahora mismo —comenzó de nuevo.

—Deja ya de cotorrear y de contarme lo que deseas y lo que temes —exclamó Henry de mal humor—. Tienes acidez de estómago; eso es lo que te pasa. Tómate una cucharada de bicarbonato y te tranquilizarás un poco, y así serás una compañía agradable.

Por la mañana, Henry se levantó al oír una vehemente blasfemia en boca de Bill. Henry se apoyó en un codo y observó a su compañero, que estaba de pie entre los perros junto a la hoguera recién avivada, con los brazos levantados maldiciendo y con el rostro desencajado por la cólera.

—¡Oye! —llamó Henry—. ¿Qué pasa ahora?

—Rana se ha ido —fue la respuesta.

—No.

—Te digo que sí.

Henry retiró las mantas y caminó hacia los perros. Los contó con cuidado de no equivocarse y luego se unió a las maldiciones de su compañero contra los poderes de las Tierras Vírgenes que les habían robado otro perro.

—Rana era el más fuerte del grupo —dijo por fin Bill.

—Y no era un perro tonto —añadió Henry.

Y aquel fue el segundo epitafio en dos días.

Desayunaron apresuradamente y luego engancharon los cuatro perros al trineo. El día fue la repetición de los anteriores, y los hombres avanzaron sin hablar sobre el rostro de aquel mundo helado. Nada rompió el silencio salvo los aullidos de sus perseguidores, que, invisibles, continuaban en retaguardia. Con la llegada de la noche a media tarde, los aullidos se hicieron más cercanos, ya que los perseguidores acechaban según su costumbre; los perros se inquietaron y se asustaron tanto que enredaron las correas y consiguieron deprimir a los dos hombres.

—Así, esto os sujetará, criaturas —dijo Bill con satisfacción aquella noche, erguido frente a los perros al terminar su trabajo.

Henry interrumpió la preparación de la cena para ver lo que hacía su compañero. No solo había atado a los perros, sino que lo había hecho al estilo indio, con palos. Alrededor del cuello de cada perro había sujetado una correa de cuero. A esta, y tan cerca del cuello que el perro no llegaba con la dentadura, había atado un palo muy robusto de unos cuatro o cinco pies. El otro extremo del palo estaba anudado firmemente con otra correa a una estaca clavada en el suelo. El perro no podía roer el cuero del extremo más cercano al palo, y el propio palo le impedía acercarse a la otra correa que lo mantenía atado al suelo.

Henry movió la cabeza como signo de aprobación.

—Este es el único artilugio que podría retener a Una Oreja —dijo—. Es capaz de roer el cuero con la pulcritud de un cuchillo y casi tan rápido. Así estarán todos por la mañana.

—Puedes apostar a que lo estarán —afirmó Bill—. Si resulta que alguno desaparece, me quedaré sin café.

—Saben que no vamos cargados con munición —comentó Henry a la hora de acostarse, señalando al círculo de ojos relucientes que los cercaba—. Si pudiéramos dispararles, nos tendrían más respeto. Cada noche se acercan más. Apártate del fuego y mira, ¡allí! ¿Has visto a ese?

Durante un tiempo los dos hombres se divirtieron observando el movimiento de aquellas formas difuminadas que se mantenían fuera de la zona iluminada por la hoguera. Si miraban fija y atentamente al lugar en el que aparecía un par de ojos relucientes en la oscuridad, la forma de un animal aparecía poco a poco. A veces llegaban a ver aquellas formas en movimiento.

Un sonido procedente de los perros atrajo la atención de los hombres. Una Oreja profería rápidos y ansiosos gañidos; se abalanzaba hacia la oscuridad y

desistía de forma intermitente para morder de manera salvaje el palo que lo sujetaba.

—Mira eso, Bill —susurró Henry.

A plena luz de la hoguera, con movimientos cautelosos y oblicuos, apareció un animal parecido a un perro. Una Oreja estiró todo lo que pudo el palo hacia el intruso y gimió con inquietud.

—Ese tonto de Una Oreja no parece asustarse mucho —dijo Bill en voz baja.

—Es una loba —murmuró Henry—, y eso explica lo de Gordito y lo de Rana. Es el señuelo de la manada. Ella es la que hace huir al perro y luego se le echan encima los demás.

El fuego crepitó y un leño cayó con estrépito. Aquel ruido hizo que el animal diera un salto hacia la oscuridad.

—Henry, estoy pensando… —dijo Bill.

—¿Pensando qué?

—Estoy pensando que fue a ese a quien di con el palo.

—No existe la menor duda —fue la respuesta de Henry.

—Y en este momento me gustaría señalar —continuó Bill— que la familiaridad con que ese animal se acerca a la hoguera del campamento es sospechosa e inmoral.

—Sabe más de lo que debería saber un lobo con amor propio —asintió Henry—. Un lobo que sabe lo suficiente para mezclarse con perros a la hora en que se les da de comer, tiene que tener mucha experiencia.

—El viejo Villan tuvo una vez un perro que huyó con los lobos —meditó Bill en voz alta—. Yo lo sabía. Le pegué un tiro en un pasto de alces cerca de Little Stick. Y el viejo Villan lloró como un niño. Me dijo que no lo había visto durante tres años; estuvo con los lobos todo aquel tiempo.

—Supongo que tienes razón, Bill. Ese lobo es un perro y ha comido más de una vez pescado de la mano de un hombre.

—Y si tengo la oportunidad, ese lobo que no es más que un perro se va a convertir en carne —declaró Bill—. No podemos permitirnos la pérdida ni de un animal más.

—Pero solo tienes tres cartuchos —objetó Henry.

—Esperaré a tenerle a tiro seguro —fue la respuesta.

Por la mañana, Henry avivó el fuego y preparó el desayuno mientras su compañero roncaba.

—Estabas durmiendo tan a gusto —dijo Henry cuando lo levantó para

desayunar—, que no he tenido el valor de despertarte.

Bill comenzó a comer todavía medio dormido. Advirtió que su taza estaba vacía y alargó el brazo para alcanzar el puchero. Pero estaba demasiado lejos, junto a Henry.

—Dime, Henry —protestó con amabilidad—, ¿no se te ha olvidado algo?

Henry miró a su alrededor con sumo cuidado y sacudió la cabeza. Bill levantó la taza vacía.

—Hoy no hay café para ti —señaló Henry.

—No se habrá acabado, ¿verdad? —preguntó Bill con angustia.

—No.

—¿Es que piensas que me puede sentar mal?

—No.

El rostro de Bill se congestionó de cólera.

—Entonces no sabes lo mucho que deseo que me des una explicación —dijo.

—Mesana no está —respondió Henry.

Sin prisa, con el aire de quien se ha resignado a la desgracia, Bill volvió la cabeza y, desde el lugar en el que estaba sentado, contó los perros.

—¿Cómo habrá sucedido? —preguntó sin dramatismo.

Henry se encogió de hombros.

—No sé. A no ser que Una Oreja royera su correa. No pudo hacerlo él solo, eso seguro.

—El muy maldito —dijo Bill pronunciando despacio y muy serio, sin que se advirtiera en su tono el más leve rastro de cólera—. Como no pudo soltarse él, se lo soltó a Mesana.

—Bueno, Mesana ya no tendrá de qué preocuparse; supongo que a estas alturas ya lo habrán digerido y estará disfrutando de lo lindo del paisaje en los estómagos de veinte lobos diferentes —palabras que fueron el epitafio de Henry para aquel, el último de los perros que perdieron—. Toma algo de café, Bill.

Pero Bill sacudió la cabeza.

—Vamos —suplicó Henry, levantando el puchero.

Bill apartó su taza.

—Me pondré furioso si lo tomo. Te dije que no lo tomaría si alguno de los perros desaparecía esta noche, y no lo haré.

—Es un café muy bueno —dijo Henry tentándole.

Pero Bill era muy testarudo y tomó el desayuno a secas mientras maldecía por lo bajo a Una Oreja por habérsela jugado aquella noche.

—Volveré a atarlos esta noche de tal forma que no puedan tocarse —dijo Bill al iniciar el camino.

Habían avanzado poco más de cien yardas, cuando Henry, que iba delante, se agachó y recogió algo contra lo que había topado su raqueta de nieve. Estaba oscuro y no podía verlo, aunque lo reconoció por el tacto. Lo lanzó hacia atrás, chocó contra el trineo y rebotó hasta la raqueta de Bill.

—Tal vez lo necesites para tu negocio —dijo Henry.

Bill pegó un grito. Era todo lo que quedaba de Mesana: el palo con el que había sido atado.

—Se lo han comido entero —dijo Bill—. El palo está limpio. Se han comido hasta el cuero que había en los extremos. Tienen hambre a rabiar, Henry, y nos van a tener en jaque a ti y a mí hasta que termine el viaje.

Henry se echó a reír en son de desafío.

—Nunca me habían seguido los lobos de esta forma; sin embargo, he pasado situaciones mucho peores y he defendido mi vida. Hace falta algo más que un puñado de animales hambrientos para acabar con tu amigo, Billy, amigo.

—No sé, no sé —murmuró Bill en tono siniestro.

—Bien, ya lo verás cuando hayamos llegado a McGurry.

—La verdad es que no me siento muy optimista —insistió Bill.

—Has perdido el valor, eso es lo que te pasa —sentenció Henry—. Lo que necesitas es quinina, y te voy a dar una buena dosis tan pronto lleguemos a McGurry.

Bill gruñó para mostrar su disconformidad con aquel juicio y permaneció en silencio. La jornada se sucedió como todos los días. Amaneció a las nueve. A las doce el horizonte del sur se coloreó con la suave luz de un sol invisible y, en seguida, se tiñó del frío gris de la tarde, que se convirtió, tres horas más tarde, en noche completamente cerrada.

Fue después de aquel inútil esfuerzo del sol por aparecer, cuando Bill sacó el rifle del trineo y dijo:

—Continúa tú, Henry, voy a ver qué puedo hacer.

—Más vale que te quedes junto al trineo —protestó su compañero—. Solo tienes tres cartuchos y no sabemos qué podría pasarte.

—¿Quién es el que tiene miedo ahora? —preguntó Bill en tono de triunfo.

Henry no contestó y echó a andar dificultosamente, aunque de vez en cuando dirigía angustiosas miradas hacia la oscuridad en la que había desaparecido su

compañero. Una hora más tarde, aprovechando las paradas que tenía que hacer el trineo, Bill lo alcanzó.

—Están diseminados vagando a cierta distancia de nosotros —dijo—. Nos siguen, pero al mismo tiempo están buscando algo de caza. Te das cuenta, están seguros de alcanzarnos, solo saben que es cuestión de esperar. Mientras tanto quieren atrapar cualquier cosa comestible que tengan a mano.

—Querrás decir que ellos creen que somos presa segura —objetó Henry con énfasis.

Pero Bill no le hizo caso.

—He visto algunos de ellos y están bastante delgados. No han debido probar bocado en varias semanas, supongo, salvando a Gordito, Rana y Mesana, y hay tantos que no creo que estén satisfechos con eso. Están excesivamente delgados. Sus costillas son como tablas de lavar y el estómago lo tienen pegado a los huesos del lomo. Te digo que están desesperados. Se volverán locos de hambre y entonces habrá que tener cuidado.

Unos minutos más tarde, Henry, que era el que iba caminando en la retaguardia en aquellos momentos, emitió un leve silbido de advertencia. Bill se volvió y miró, e inmediatamente hizo que los perros se detuvieran. En la retaguardia, tomando la última curva y a plena vista, sobre el mismo camino que habían recorrido, trotaba una forma peluda y no desprovista de encanto. Su hocico estaba sobre el camino y trotaba con un paso peculiar y muy ligero. Cuando ellos se detuvieron, la forma lo hizo también, elevando la cabeza y mirándolos fijamente con la nariz dilatada, como si estuviera percibiendo y analizando el olor del grupo.

—Es la loba —susurró Bill.

Los perros se habían echado sobre la nieve y Bill se pasó junto a ellos antes de reunirse con su compañero en el trineo. Juntos observaron al extraño animal que los había perseguido durante días y que había conseguido destruir la mitad de la jauría.

Después de aquel escrutinio, el animal dio unos pasos más hacia delante. Aquel movimiento fue repetido unas cuantas veces hasta que se situó a menos de cien yardas. Se detuvo, con la cabeza alta, cerca de un grupo de abetos y, con la vista y el olfato, estudió a los hombres que la observaban. Los miró de una forma extrañamente astuta, según lo hacen los perros, pero en su astucia no había ninguna de las señales de afecto propias de los perros. Era una astucia

alimentada por el hambre, tan cruel como sus propios colmillos, tan implacable como la misma escarcha.

Era demasiado grande para ser un lobo y su magra complexión demostraba que debía ser uno de los ejemplares mayores de su especie.

—Mide casi dos pies y medio hasta las paletillas —comentó Henry—. Y apuesto a que no debe estar lejos de los cinco pies de largo.

—Tiene un color extraño para ser un lobo —fue la objeción de Bill—. Nunca había visto un lobo rojo; parece casi de color canela.

El animal no era, desde luego, de color canela. Su pelo era el de un verdadero lobo. El color dominante era el gris, aunque poseía un ligero matiz rojizo, un matiz que era incomprensible, que aparecía y desaparecía, que no era más que una ilusión de la vista; ahora gris, gris puro, y luego, irradiados destellos de un vago e inclasificable color rojo.

—Parece de todas todas que es un perro de trineo —dijo Bill—. No me sorprendería verle mover la cola. ¡Hola, perro esquimal! —le llamó—. Ven aquí, sea cual sea tu nombre.

—Está un poco asustado contigo —se rio Henry.

Bill movió la mano de forma amenazadora y gritó con fuerza; pero el animal no mostró el menor miedo. El único cambio que pareció apreciarse en él fue que se puso en guardia. Seguía mirándolos con la misma despiadada astucia que produce el hambre. Los dos hombres eran alimento y estaba hambriento; habría querido ir hacia ellos y comérselos de haber tenido el valor suficiente.

—Mira, Henry —dijo Bill, quien bajó la voz de forma inconsciente debido a lo que estaba meditando—. Tenemos tres cartuchos, pero los tiros son a muerte. No podemos malgastarlos. Se ha llevado tres de nuestros perros y debemos poner fin a esto. ¿Qué me dices?

Henry afirmó con la cabeza. Bill, con cuidado, sacó el fusil del trineo y fue a llevárselo al hombro; pero nunca llegó a su lugar. En un instante, la loba dio un brinco apartándose del camino y ocultándose en el grupo de abetos.

Los dos hombres se miraron el uno al otro. Henry emitió un silbido prolongado y significativo.

—Debimos haberlo supuesto —exclamó al guardar de nuevo el arma—. Es lógico que un lobo que sabe lo suficiente como para mezclarse con los perros cuando les damos de comer, sepa cualquier cosa sobre armas de fuego. Te lo digo bien claro, Henry, ese animal es la causa de nuestros problemas. Tendríamos ahora mismo seis perros en lugar de tres si no fuera por ella. Y te

digo bien claro, Henry, que la voy a atrapar. Es demasiado lista para dejarse disparar a bocajarro. Pero voy a esperarla. Y la mataré tan seguro como me llamo Bill.

—No ibas a ganar mucho haciéndolo —le advirtió su compañero—. Si la manada se te echa encima, de nada te van a servir los tres cartuchos. Esos animales tienen demasiada hambre y una vez que se lancen sobre ti, te cogerán, Bill.

Aquella noche acamparon temprano. Tres perros no podían cargar con el trineo tantas horas como lo hacían seis, y mostraban ya signos inequívocos de agotamiento. Y los hombres también se acostaron pronto, aunque Bill comprobó antes que los perros estuvieran atados a considerable distancia los unos de los otros.

Pero los lobos se hacían cada vez más audaces y despertaron a los dos hombres más de una vez a lo largo de la noche. Tanto se aproximaron al campamento, que los perros se volvieron locos de terror y tuvieron que avivar el fuego de vez en cuando, para mantener a aquellos atrevidos merodeadores a una distancia prudencial.

—He oído contar a los marineros que los tiburones persiguen a sus barcos —señaló Bill, en una de las ocasiones en la que tuvo que avivar la hoguera—. Bueno, los lobos son los tiburones de la tierra. Saben lo que se hacen mejor que nosotros y no nos están siguiendo el rastro porque les apetezca. Nos van a dar caza, Henry.

—A ti ya te han cazado, según tu forma de hablar —replicó Henry con severidad—. Un hombre está medio muerto cuando él mismo es el que lo dice. Y a ti te han comido ya la mitad del cuerpo por el modo que tienes de hablar del tema.

—Han acabado con mejores hombres que tú y yo —respondió Bill.

—Oh, deja de lamentarte. Me agotas.

Henry se acurrucó de mal humor, pero se sorprendió de que Bill no le respondiera con alguna otra frase airada. Aquel no era Bill, ya que solía enfadarse con facilidad en cuanto se le hablaba con dureza. Henry reflexionó en torno a aquella reacción de su compañero durante cierto tiempo antes de dormirse y, mientras sus párpados se cerraban al caer en el sueño, su pensamiento era: «No hay duda, Bill está terriblemente triste. Tendré que animarle por la mañana».

3. El grito del hambre

El día comenzó esperanzador. No habían perdido ningún perro durante la noche y se lanzaron al camino, hacia el silencio, la oscuridad y el frío con el ánimo optimista. Bill pareció haber olvidado su actitud agorera de la noche anterior e incluso se mostró divertido con los perros, hasta que a medio día el trineo tropezó con algo en el camino.

Fue un auténtico desastre. El trineo se quedó boca abajo, encajado entre un tronco y una gran roca, así que se vieron forzados a quitar los arneses a los perros para desenmarañar todo aquel destrozo. Los dos hombres estaban inclinados sobre el trineo e intentaban ponerlo en posición, cuando Henry vio que Una Oreja salía corriendo.

—¡Oye, tú, Una Oreja! —exclamó erguido y con el cuerpo vuelto en dirección al perro.

Pero Una Oreja corría sobre la nieve dejando sus huellas tras él. Y allí, sobre la nieve, estaba la loba esperándole. Cuando se acercó a ella, el perro se comportó con suma cautela. Aminoró el ritmo de su carrera hasta adoptar un paso lento y afectado y luego se detuvo. La observó con cuidado y vacilación, aunque con deseo. Ella parecía sonreírle, mostrándole sus dientes de forma más insinuante que amenazadora. La loba dio unos pasos hacia él, juguetona, y se quedó quieta. Una Oreja se acercó más a ella, todavía alerta y con cautela, con la cola y las orejas erguidas y la cabeza bien alta. Trató de olerle el hocico, pero ella se echó hacia atrás juguetona y coqueta. Cada movimiento de avance del perro era seguido por uno de retirada de la loba. Paso a paso ella le apartaba de la seguridad que representaba su cercanía al grupo de humanos. Entonces, como si una advertencia hubiera pasado rápidamente por su mente, volvió la cabeza y contempló el trineo volcado, a sus compañeros de tiro y a los dos hombres que le llamaban.

Pero fuera cual fuera la idea que había en su mente, fue disipada por la loba, que avanzó hacia él, le olió el hocico durante un instante y luego inició de nuevo su atractiva retirada antes de que él renovara su avance.

Mientras tanto, Bill echó mano del rifle. Pero estaba debajo del trineo y, cuando Henry pudo ayudarle para incorporar la carga, Una Oreja y la loba estaban tan cerca el uno del otro y la distancia era tan grande que era muy arriesgado efectuar el disparo.

Una Oreja se dio cuenta demasiado tarde de su equivocación. Antes de advertir la causa, los dos hombres le vieron volverse y echar a correr hacia ellos. Entonces, acercándose por todos los ángulos hacia el camino y cortándole la retirada, vieron una docena de lobos muy flacos que avanzaban con rapidez por la nieve. En un instante, la coquetería y la actitud juguetona de la loba desaparecieron. Con un gruñido saltó sobre Una Oreja. Él la rechazó con un movimiento brusco de la paletilla y, con la retirada interceptada y el deseo de volver al trineo, alteró su carrera en un intento por rodearlo. A cada momento aparecían más, que se unían a la caza. La loba seguía muy de cerca a Una Oreja.

—¿Adónde vas? —preguntó de pronto Henry cogiendo a su socio por el brazo. Bill se deshizo de él.

—No voy a tolerar esto —dijo—. No van a llevarse a otro de nuestros perros si puedo evitarlo.

Con el rifle en la mano se internó en la maleza que bordeaba el camino. Su intención estaba clara. Con el trineo en el centro del círculo que Una Oreja estaba marcando en su huida, Bill planeó interceptar el círculo en un punto ventajoso de la persecución. Con su rifle, a plena luz del día, quizá le fuera posible asustar a los lobos y salvar al perro.

—¡Bill! —exclamó Henry detrás de él—. ¡Ten cuidado! ¡No te arriesgues demasiado!

Henry se sentó en el trineo y observó. No podía hacer otra cosa. Bill había desaparecido ya de su vista; pero de vez en cuando, apareciendo y desapareciendo por entre la maleza y los diseminados grupos de abetos, podía ver a Una Oreja. Henry se dio cuenta de que no había esperanza. El perro había sobrevivido ya de milagro al peligro, pero estaba corriendo por el círculo exterior, mientras que el grueso de los lobos corría trazando un círculo interior y más reducido. Era inútil pensar que Una Oreja pudiera aventajar a sus perseguidores o atravesar el círculo de la manada por delante de ellos y alcanzar de nuevo el trineo.

Las diferentes líneas se iban aproximando velozmente a un mismo punto. En alguna parte en la nieve, fuera de su vista, por los árboles y los matorrales, Henry sabía que la manada de lobos, Una Oreja y Bill estaban próximos a encontrarse. Y todo sucedió muy deprisa, mucho más de lo que había esperado. Oyó un disparo, después otros dos en rápida sucesión, y entonces supo que la munición de Bill se había agotado. Luego oyó una ruidosa algarabía de gruñidos y aullidos. Reconoció el aullido de dolor y miedo de Una Oreja y el grito de un lobo que indicaba que estaba herido. Y aquello fue todo. Los gruñidos cesaron y los aullidos también. El silencio volvió a apoderarse de la tierra desolada.

Permaneció sentado sobre el trineo durante mucho tiempo. No tenía ninguna necesidad de ir a ver qué había sucedido. Lo sabía con tanta exactitud como si hubiera ocurrido ante sus ojos. Por fin, se levantó y con premura cogió un hacha de debajo de las correas que amarraban la carga del trineo. Pero por alguna razón, se volvió a sentar por más tiempo y meditó tristemente con los dos perros que le quedaban acurrucados temblando a sus pies.

Por fin, se levantó sin fuerzas, como si la energía hubiera abandonado su cuerpo, y comenzó a enganchar a los perros al trineo. Se pasó una correa por el hombro para tirar de ellos. No fue muy lejos. En cuanto comenzó a oscurecer, se apresuró a preparar el campamento e hizo buen acopio de leña. Dio de comer a los perros, tomó su cena e hizo su cama muy cerca del fuego.

Pero no estaba previsto que disfrutara de aquel lecho. Antes de que sus ojos se cerraran, los lobos se habían acercado más de la cuenta. Ya no hacía falta esforzar la vista para verlos. Estaban todos alrededor de él y del fuego, formando un círculo estrecho, y podía contemplarlos perfectamente bajo la luz de la hoguera, acostados, de pie, arrastrándose sobre sus vientres o caminando arriba y abajo al acecho. Algunos incluso dormían. Por aquí y por allí podía verlos acurrucados en la nieve como perros disfrutando de un sueño que a él se le negaba.

Mantuvo el fuego muy vivo ya que sabía que era solo este el que se interponía entre su cuerpo y los hambrientos colmillos de los lobos. Sus dos perros se colocaron muy cerca de él, uno a cada lado, apoyados en busca de protección, gimiendo, lloriqueando y, a veces, gruñendo desesperados cuando algún lobo se acercaba más de la cuenta. En tales momentos, cuando sus perros gruñían, el círculo se agitaba, los lobos se ponían en pie e intentaban avanzar con un coro de gruñidos y aullidos levantándose a su alrededor. Luego el círculo

volvía a tranquilizarse y, por aquí y por allí, los lobos volvían a reanudar su interrumpido sueño.

Pero aquel círculo tenía la tendencia a cerrarse sobre él. Poco a poco, avanzando pulgada a pulgada, un lobo arrastrándose hacia delante por un lado, y otro por otro, el círculo se iba estrechando hasta que los lobos se colocaban a la distancia de un salto. Entonces, él cogía unos maderos encendidos y los arrojaba a la manada. Siempre resultaba una retirada apresurada, acompañada de furiosos aullidos y asustados gruñidos cuando uno de los leños bien dirigidos golpeaba a alguna de las bestias más atrevidas.

La mañana le sorprendió ojeroso y agotado, con los ojos desorbitados por la falta de sueño. Preparó su desayuno en la oscuridad y a las nueve, cuando con la luz del día la manada de lobos se retiró, se puso a preparar lo que había planeado durante las largas horas de la noche. Taló dos árboles jóvenes y los amarró, bien alto, como un andamio, a los troncos de los árboles cercanos. Utilizando las correas del trineo como cuerda y con la ayuda de los perros, subió el ataúd al andamio.

—Han alcanzado a Bill y puede que me cojan también a mí, pero a ti no te alcanzarán, joven amigo —dijo dirigiéndose al cadáver, al que había colocado en su sepulcro arbóreo.

Luego siguió su camino y el trineo aligerado avanzó con más rapidez detrás de los perros, que tiraban con firme voluntad, ya que también ellos sabían que su salvación estribaba en llegar al fuerte McGurry. Los lobos los perseguían abiertamente, tranquilos, detrás y a veces a su lado, con las rojas lenguas colgando y sus delgados costados mostrando las costillas que se bamboleaban con cada movimiento. Estaban muy flacos —meras bolsas de piel colocadas sobre un esqueleto, con músculos que parecían correas—, tanto que Henry no dejaba de maravillarse al pensar que todavía se mantuvieran en pie y que no cayeran exhaustos sobre la nieve.

No se atrevió a seguir su viaje hasta la noche. A mediodía, no solo el sol calentaba el horizonte del sur, sino que incluso se veía la parte superior, pálida y dorada, sobre la línea del cielo. Recibió aquella imagen como una señal. Los días se estaban haciendo más largos y el sol regresaba. Pero en el mismo instante en que recibió con alegría su presencia, su luz desapareció y Henry acampó. Todavía quedaban varias horas de claridad grisácea y de penumbra crepuscular y las empleó en talar una enorme cantidad de leña.

Con la noche llegó el horror. No solo los hambrientos lobos se volvieron más

audaces, sino que la falta de sueño comenzó a afectar a Henry. Se dormía a pesar de su voluntad, acurrucado junto al fuego, con las mantas alrededor de los hombros, el hacha entre sus rodillas y a cada lado un perro apoyado contra él. Se despertó por fin y vio frente a sí, ni siquiera a doce pies de distancia, un enorme lobo gris, uno de los más grandes de la manada. Y mientras le miraba, la bestia se comportaba como un perro perezoso, bostezando en sus narices y mirándole con ojos penetrantes, como si, en realidad, Henry fuera tan solo una comida gustosa que pronto sería engullida.

Aquella certeza era compartida por toda la manada. Pudo contar hasta una veintena que le miraban con hambre o que dormían sobre la nieve. Le recordaban a los chicos apelotonados junto a una mesa extendida esperando el permiso para comenzar a comer. ¡Y él era la comida que iban a engullir! Se preguntó cómo y cuándo comenzaría el festín.

Mientras colocaba la leña en el fuego, descubrió una nueva forma de mover su cuerpo que hasta entonces no había sentido. Observó los movimientos de sus músculos y se interesó por el ingenioso mecanismo que movía sus dedos. A la luz del fuego, cerró los dedos repetida y lentamente, uno después de otro, luego todos a la vez, extendiéndolos o haciendo que se movieran con rapidez. Estudió la formación de las uñas y se pinchó las yemas, primero con fuerza y luego más suavemente, calibrando la intensidad de la sensación nerviosa. Le fascinó y, de pronto, se sintió atraído por toda aquella materia viva sutil que funcionaba de forma tan maravillosa, uniforme y delicada. Entonces, dirigió una mirada de horror al círculo de lobos que le acechaban expectantes y, como una bofetada, le asaltó la idea de que aquel cuerpo maravilloso, aquella materia viva, no era más que un trozo de carne, un reclamo para aquellos animales famélicos, que sería rasgada y masticada por sus hambrientos colmillos, que sería alimento para ellos, lo mismo que el alce o el conejo le habían servido tantas veces de alimento a él.

Salió de un sueño que era mitad pesadilla para contemplar a la loba de color rojizo ante él. No estaba a más de una docena de pies de distancia, sentada en la nieve mirándole con tristeza. Los dos perros estaban gimiendo y gruñendo a sus pies, pero a ella no le interesaban. Miraba al hombre y durante cierto tiempo él le devolvió la mirada. No había nada de amenazador en ella. Le miraba tan solo con una gran melancolía, pero él sabía que era la melancolía que se correspondía con un hambre igual de apremiante. Él era el alimento, y verle excitaba en ella

todas las sensaciones gustativas. Su boca estaba abierta, la saliva caía y se lamía el hocico con el placer que le proporcionaba la expectación.

Un estremecimiento de pánico se apoderó de él. Alcanzó un leño para arrojárselo inmediatamente, pero antes de que lo tuviera en la mano para tirárselo, ella dio un salto hacia atrás y se puso a salvo. Entonces, Henry se dio cuenta de que estaba acostumbrada a que le arrojaran cosas. Había gruñido al retirarse, enseñando sus colmillos hasta las mismas encías, haciendo desaparecer toda aquella melancolía y reemplazándola por una maliciosidad carnívora que le hizo estremecer. Contempló su propia mano, que empuñaba el leño, advirtiendo la infinita delicadeza de sus dedos agarrándolo, cómo se adaptaban a las irregularidades de la superficie, curvándose sobre, por debajo y alrededor de la madera rugosa, y el dedo pequeño, muy cerca de la parte en llamas, que se apartó automáticamente del doloroso calor hacia una parte más fría. Y en el mismo instante, le pareció ver la imagen de aquellos sensibles y delicados dedos mordidos y desgarrados por los blancos dientes de la loba. Jamás había querido tanto a su cuerpo como en aquel momento en que su posesión era tan insegura.

Toda la noche estuvo rechazando a la manada con los leños encendidos. Cuando se adormilaba a su pesar, los gemidos y los gruñidos de los perros le despertaban. La mañana llegó, pero por primera vez la luz del día no impidió que los lobos se dispersaran. El hombre esperó en vano a que se fueran. Permanecieron en un círculo alrededor de él y de su hoguera, mostrando una arrogancia y una seguridad en su posesión que hizo que su valor desfalleciera nada más comenzar el día.

Hizo un desesperado intento para continuar el camino. Pero en el instante en que se alejó del fuego protector, el más atrevido de los lobos saltó sobre él, aunque no le alcanzó. Se salvó al saltar antes hacia atrás y las mandíbulas del animal sonaron al cerrarse a muy poca distancia de su muslo. El resto de la manada se había incorporado y le acosaba, y él comenzó a lanzar ascuas a derecha e izquierda para reducirlos a considerable distancia.

Ni siquiera a la luz del día se atrevió a alejarse de la hoguera para cortar leña de refuerzo. Veinte pies más allá se alzaba un gran abeto muerto. Se pasó más de medio día moviendo el campamento hacia el árbol y siempre tenía a mano un buen haz de leña ardiente para lanzarla a sus enemigos. Una vez que llegó al árbol, estudió el bosque cercano para hacerlo caer en la dirección que más leña pudiera proporcionarle.

La noche fue una repetición de la anterior, salvo en que la necesidad de

dormir se volvió acuciante. Los gruñidos de los perros estaban perdiendo su eficacia. Además, gruñían los dos al mismo tiempo y sus entumecidos y soñolientos sentidos ya no registraban los cambios de timbre e intensidad. Se despertó con sobresalto. La loba estaba a menos de una yarda de él. En un acto mecánico, a poca distancia, sin dejar que se diera cuenta, le lanzó un puñado de brasas en la boca abierta. Ella saltó, aullando de dolor y, mientras él se complacía con el olor de la carne y el pelo quemados, la vio sacudir la cabeza y gruñir coléricamente a unos veinte pasos de él.

Pero aquella vez, antes de volver a adormilarse de nuevo, se ató la mano a una astilla ardiente de pino. Sus ojos se cerraban, pero solo durante unos pocos minutos, hasta que la llama alcanzaba su piel y le despertaba. Durante varias horas durmió gracias a esta estratagema. Cada vez que se despertaba, echaba a los lobos con nuevas ascuas ardientes, avivaba el fuego y colocaba otra vez la astilla de pino en su mano. Todo funcionaba bien, pero una de las veces se ató mal la astilla. Mientras sus ojos se cerraban, la astilla cayó de su mano.

Soñó. Le pareció que estaba en el fuerte McGurry. Era un lugar cálido y confortable y estaba jugando al *cribbage* con el *factor*[2]. De la misma forma, le parecía que el fuerte estaba rodeado por los lobos. Aullaban en todas las puertas y a veces él y el *factor* detenían el juego para escuchar y reírse de los inútiles esfuerzos de los lobos por entrar. Y entonces, tan extraño era el sueño, se produjo un estruendo. La puerta se abrió de súbito y con violencia. Pudo contemplar a los lobos entrando a millares en el gran salón del fuerte. Saltaban directamente sobre él y sobre el *factor*. Al haberse abierto la puerta, el ruido de sus aullidos se había intensificado de forma tremenda. Aquellos aullidos le preocuparon. En su sueño estaba emergiendo otra cosa…, no sabía qué; pero en toda su extensión, como persiguiéndole, persistían los aullidos.

Y entonces se despertó para descubrir que los aullidos eran auténticos. Estaba envuelto en un estruendo de gemidos y aullidos. Los lobos se habían abalanzado sobre él. Estaban todos a su alrededor y casi encima. Los dientes de uno se habían clavado en su brazo. De forma instintiva saltó sobre el fuego y, cuando lo hizo, sintió una profunda dentellada que le desgarró la pierna. Entonces comenzó una lucha de fuego. Sus fuertes manoplas protegieron de forma temporal sus manos y cogió carbones encendidos que lanzó en todas direcciones hasta que el campamento adquirió el aspecto de un volcán.

Pero aquello no podía durar mucho. Su rostro se estaba quemando, sus cejas y sus pestañas habían desaparecido y el calor comenzaba a hacerse insoportable a sus pies. Con un puñado de brasas en ambas manos, saltó al borde del fuego. Los lobos comenzaron a retirarse. Por todos sitios, allí donde cayeran las ascuas la nieve se derretía y, cada poco tiempo, uno de los lobos que se retiraba, con un salto salvaje, un bufido y un gemido, anunciaba que se había tropezado con una de aquellas brasas.

Arrojando las ascuas a sus enemigos más cercanos, el hombre lanzó a la nieve sus manoplas, que se habían quemado lentamente, y pateó con fuerza el suelo para enfriar sus pies. Había perdido a sus dos perros y, como sabía bien, no había sido más que un refrigerio dentro de la prolongada comida que había comenzado hacía días con Gordito y cuyo último plato sería, probablemente, él mismo en los días que quedaban.

—¡Todavía no me cogeréis! —gritó, sacudiendo de forma salvaje el puño en dirección a las bestias hambrientas; y con el sonido de su voz, el círculo entero se agitó, se produjo un gemido general y la loba se deslizó cerca de él hacia la nieve y le miró con ansiosa tristeza.

Comenzó a trabajar en una nueva idea que se le había ocurrido. Desplegó una serie de hogueras en círculo y dentro de aquella circunferencia se acurrucó con el equipo que tenía para dormir bajo su cuerpo y protegiéndose así de la nieve. Cuando desapareció de aquella forma detrás de las llamas, la manada entera se acercó con curiosidad al borde del fuego para ver qué había pasado con él. A partir de entonces, les fue imposible traspasar la barrera y se establecieron en un círculo al acecho, como hacen muchos perros, parpadeando y estirando sus delgados cuerpos ante aquel calor al que no estaban acostumbrados. Entonces, la loba se sentó, señaló con la punta de la nariz a una estrella y comenzó a aullar. Uno a uno, los lobos se unieron a ella, hasta que la manada entera, en cuartos traseros, con los hocicos señalando al cielo, aulló el grito del hambre.

El amanecer llegó y con él la luz del día. El fuego ardía bajo. El combustible se había agotado y había necesidad de hacerse con más cantidad. El hombre intentó salir de su círculo de hogueras, pero los lobos salieron a su encuentro. Las ascuas ardientes les hicieron apartarse, pero no retirarse. Cuando se dio por vencido y se volvió dando traspiés al interior del círculo, un lobo saltó sobre él, falló y fue a caer a cuatro patas sobre las brasas. Gritó de terror y al mismo tiempo gimió y se apresuró a poner las patas sobre la nieve.

El hombre se sentó sobre sus mantas y se agazapó. Su cuerpo estaba doblado

por las caderas. Sus hombros, relajados y caídos, y su cabeza entre las rodillas, mostraban que había abandonado la lucha. De vez en cuando, levantaba el rostro para contemplar cómo descendía el fuego. El círculo de llamas y brasas se estaba rompiendo y había ya zonas en las que se habían producido entradas. Estas aberturas se hicieron cada vez más grandes y los segmentos en llamas disminuyeron.

—Supongo que vendréis en cualquier momento —murmuró—. De todas formas, yo me voy a dormir.

Por fin, se despertó y en una de las entradas del círculo, directamente frente a él, vio a la loba, que le observaba.

Volvió a despertarse un poco más tarde, aunque a él le parecieron horas. Se había producido un misterioso cambio, tan misterioso que se despabiló más de lo que estaba. Algo había sucedido. Al principio no lo pudo entender y luego lo descubrió. Los lobos se habían marchado. Tan solo quedaba la nieve revuelta que mostraba hasta dónde se habían acercado a él. El sueño volvió a apoderarse de él y a arrastrarle, y su cabeza estaba cayendo sobre sus rodillas, cuando se despertó con sobresalto.

Se oían gritos de hombres, las sacudidas de los trineos, el chirriar de los arneses y los ansiosos ladridos de perros fatigados. Cuatro trineos avanzaron desde el lecho del río hacia el campamento entre los árboles. Media docena de hombres se agruparon alrededor del hombre acurrucado en mitad del círculo de mortecinos fuegos. Le estaban sacudiendo y pellizcando para devolverle al estado de conciencia y él los miró como un borracho y masculló un extraño y soñoliento discurso:

—La loba roja…, se mezcla con los perros cuando les damos de comer… Primero se comió la ración de los perros… Luego se comió a los perros… Y después se comió a Bill…

—¿Dónde está lord Alfred? —susurró uno de los hombres a su oído, sacudiéndole con rudeza.

Él movió la cabeza lentamente.

—No, a él no se lo comió… Está descansando en un árbol en el último campamento.

—¿Muerto? —exclamó el hombre.

—Y en una caja —respondió Henry y se soltó con brusquedad de la mano del que le preguntaba, que le tenía cogido por el hombro—. Oye, tú, déjame en paz…, estoy totalmente agotado… Buenas noches a todo el mundo.

Sus ojos parpadearon y se cerraron. Su barbilla cayó sobre su pecho y todavía le estaban envolviendo en mantas cuando sus ronquidos se elevaban ya en el aire gélido.

Pero también se oía otro sonido. Desde lejos llegaba, como un eco en la distancia, el grito de la manada hambrienta que buscaba el rastro de otra presa distinta del hombre al que habían perdido.

Segunda parte

1. La batalla de los colmillos

Fue la loba la que primero percibió el sonido de las voces humanas y los gimoteos de los perros; y fue la loba la que primero se apartó del hombre arrinconado en su círculo de moribundas llamas. La manada no había querido abandonar una presa a la que había dado caza y permaneció durante varios minutos asegurándose de lo que oía. Poco después también se apartó del camino como había hecho la loba.

Corriendo en cabeza de la manada iba un gran lobo gris, uno de sus varios líderes. Fue él el que dirigió a los demás tras los pasos de la loba. Fue él el que gruñó para advertir a los más jóvenes de la manada y el que los atacó con sus colmillos cuando, ambiciosos, intentaron sobrepasarle. Y fue él el que incrementó el ritmo de la marcha cuando divisó a la loba, que en aquel momento trotaba lentamente por la nieve.

Ella se unió a él trotando a su lado, como si fuera su posición señalada, y adoptó el paso de los demás. Él no le gruñó ni le mostró los dientes cuando alguna zancada la hacía adelantarse. Por el contrario, parecía inclinado cariñosamente hacia ella —demasiado tal vez—, ya que era propenso a correr cerca de la loba y, cuando se acercaba en exceso, era ella la que le gruñía y le mostraba los dientes. Tampoco era extraño que le clavara los dientes en la paletilla alguna que otra vez. En momentos como aquellos, él no mostraba cólera alguna. Tan solo se hacía a un lado y corría tieso, dando unos cuantos pasos muy apurado, tal y como demuestra el comportamiento y la conducta de un avergonzado y rústico pretendiente.

Aquel era su único problema en el liderazgo de la manada; pero ella tenía otras preocupaciones. A su otro lado corría un lobo viejo y flaco, canoso y marcado con las cicatrices de innumerables batallas. Solía correr siempre a su lado derecho. El que no tuviera sino un único ojo puede que fuera la causa de

ello. También él tenía la tendencia a estar constantemente junto a ella, a acercarse hasta que su hocico, lleno de cicatrices, tocaba su cuerpo, su paletilla o su cuello. Como en el caso del compañero que corría a la izquierda, ella replicaba a aquellas atenciones con sus dientes; pero, cuando ambos se las prodigaban a la vez, la empujaban con rudeza, se veía obligada, con rápidos empellones a uno y otro lado, a alejar a ambos amantes y al mismo tiempo a mantener el paso de la manada y a mirar por dónde iba. En aquellas ocasiones, sus compañeros de carrera se enseñaban los dientes y se gruñían de forma amenazadora el uno al otro. Podían luchar, pero tanto el galanteo como la rivalidad pasaban a un segundo plano ante la necesidad de acabar con el hambre de la manada.

Después de cada rechazo, cuando el viejo lobo se apartaba bruscamente de los afilados dientes del objeto de su deseo, se colocaba junto a un joven de tres años que corría a su derecha, en su lado ciego. Aquel lobo joven había alcanzado ya su tamaño adulto y, considerando la débil y famélica condición de la manada, poseía un vigor y un espíritu superiores a los del resto. Sin embargo, corría con la cabeza apenas sobresaliendo de la paletilla de su compañero ciego. Cuando se atrevía a correr por delante del viejo lobo, lo cual ocurría raras veces, un gruñido y un empujón le devolvían a su posición. Algunas veces, por el contrario, se retrasaba con cautela y, muy lentamente, se introducía entre el viejo líder y la loba. Aquello tenía una consecuencia doble, incluso triple. Cuando ella gruñía mostrando su disconformidad, el viejo líder giraba rápidamente contra el joven de tres años. A veces, ella se unía a él, y otras, el líder más joven lo hacía por la izquierda también.

En tales ocasiones, atacado por tres mandíbulas de salvajes dentaduras, el joven lobo se detenía de súbito y retrocedía apoyándose en sus cuartos traseros, con las patas delanteras rígidas, el hocico amenazador y el pelo erizado. La confusión en la parte delantera de la manada siempre causaba confusión en la retaguardia. Los lobos de detrás se chocaban contra el lobezno y expresaban su disgusto propinándole fuertes mordiscos en las patas traseras y en los flancos. Se estaba buscando problemas, ya que la falta de alimento y el mal humor iban unidos; pero con la ilimitada fe de la juventud, repetía una y otra vez su maniobra cada cierto tiempo, aunque nunca conseguía obtener nada más que desconcierto.

De haber habido alimento, el amor y la lucha se habrían sucedido rápidamente y la formación de la manada se habría roto. Pero la situación era

desesperada. Estaban todos escuálidos por el hambre tanto tiempo soportada. La manada corría por debajo de la velocidad acostumbrada. En la retaguardia se arrastraban los miembros más débiles, los más jóvenes o los más viejos. Todos se parecían más a esqueletos que a lobos hechos y derechos. Sin embargo, con la excepción de los que cojeaban, los movimientos de los animales no mostraban cansancio o esfuerzo. Sus músculos como cuerdas parecían fuentes de inextinguible energía. Después de cada contracción muscular, como el acero, seguía otra y otra y otra, sin que hubiera en apariencia un final.

Aquel día recorrieron muchas millas. Corrieron de noche. Y el día siguiente les sorprendió corriendo todavía. Corrían sobre la superficie de un mundo helado y muerto. Nada vivo se agitaba. Ellos, en solitario, se movían por la inmensa quietud. Solo ellos estaban vivos y buscaban otras cosas que estuvieran vivas para devorarlas y continuar viviendo.

Atravesaron divisorias bajas y una docena de pequeños riachuelos en una tierra deprimida antes de que su demanda fuera recompensada. Se toparon con unos alces. Fue un enorme macho al que primero encontraron. Él era carne y vida y no estaba protegido por ningún misterioso fuego ni guardado por proyectiles en llamas. Conocían las anchas pezuñas y las ramificadas cornamentas y olvidaron su acostumbrada paciencia y su cautela. La lucha fue breve y feroz. El gran macho estaba asediado por todas partes. Los desgarró o partió por la mitad sus cráneos con los rápidos movimientos de sus enormes cascos. Los aplastó o les rompió los huesos con sus grandes cuernos. Los estampó contra la nieve bajo su cuerpo en la desesperada lucha. Pero fue vencido y cayó al suelo con la loba desgarrándole salvajemente el cuello y otros dientes clavados en él, que le devoraron vivo, antes de que sus últimos esfuerzos hubieran cesado, antes de que su última batalla hubiera sido superada.

Entonces hubo comida en cantidad. El macho pesaba más de ochocientas libras, veinte libras enteras de carne por boca para los cuarenta y tantos lobos de la manada. Pero si podían ayunar de forma increíble, podían alimentarse increíblemente también y, en seguida, unos cuantos huesos esparcidos fue todo lo que quedó de la espléndida bestia que había hecho frente a la manada unas horas antes.

Se sucedió el descanso y el sueño. Con los estómagos llenos, los altercados y las riñas comenzaron entre los machos más jóvenes y aquello continuó durante los días que siguieron antes de la dispersión de la manada. El hambre había terminado. Los lobos se encontraron en la tierra de los juegos y, aunque cazaban

juntos todavía, lo hacían con mayor precaución, alcanzando a pesadas hembras o atrapando a viejos machos de las pequeñas manadas de renos con las que se topaban.

Entonces llegó el día en aquella tierra de abundancia en el que la manada de lobos se dividió en dos mitades y marcharon en diferentes direcciones. La loba, el líder joven a su izquierda y el tuerto y viejo a su derecha, dirigían su mitad de la manada hacia el río Mackenzie[3] y hacia la tierra de los lagos al este. Cada día aquel remanente de la manada disminuía. De dos en dos, un macho y una hembra, los lobos desertaban. De vez en cuando, un macho solitario era expulsado por una acertada dentellada de uno de sus rivales. Al final, solo quedaron cuatro: la loba, el líder joven, el tuerto y el ambicioso lobo de tres años.

La loba había comenzado a desarrollar un temperamento feroz. Sus tres pretendientes mostraban en su carne las huellas de sus dientes. Sin embargo, nunca replicaron de la misma forma, nunca se defendieron de ella. Volvían sus paletillas a sus más salvajes dentelladas y con las colas meneándose y pasos menuditos deseaban aplacar su cólera. Pero, si eran todo mansedumbre con ella, eran todo ferocidad los unos con los otros. El de tres años se volvió demasiado violento. Atacó al mayor por su lado ciego y le desgarró la oreja hasta hacerla jirones. Aunque el canoso y viejo animal podía ver solo por la parte sana, jugó la baza de su conocimiento tras largos años de experiencia contra la salud y el vigor del otro. Su ojo perdido y su hocico herido eran la evidencia de la naturaleza de su experiencia. Había sobrevivido a muchas batallas para no dudar ni por un instante en lo que debía hacer.

La batalla comenzó limpiamente, pero no acabó limpiamente. No había forma de saber cuál iba a ser el final, ya que el tercer lobo se unió al mayor y juntos, el viejo líder y el joven líder, atacaron al ambicioso de tres años y comenzaron a destruirle. Fue acosado a ambos lados por los colmillos de sus camaradas. Atrás quedaron los días en que habían cazado juntos, los juegos que habían compartido, el hambre que habían sufrido. Aquellas cosas pertenecían al pasado. El amor estaba en juego, siempre un asunto más duro y cruel que el de la caza.

Y mientras tanto, la loba, la causa de todo, estaba sentada sobre sus ancas y observaba contenta. Estaba incluso complacida. Aquel era su día —y no solía

llegar muy a menudo—, en el que las melenas se erizaban, el colmillo golpeaba al colmillo o desgarraba y retorcía la carne que cedía, y todo por poseer a la loba.

Y en el asunto del amor, el de tres años, que había iniciado su primera aventura, dejó su vida. A ambos lados de su cuerpo se erguían los dos rivales. Observaron a la loba, que estaba sentada sonriendo sobre la nieve. Pero el líder viejo era inteligente, muy inteligente, en el amor más que en la lucha. El líder joven torció la cabeza para lamerse una herida en el hombro. Su cuello estaba vuelto y descubierto hacia su rival. Con su único ojo, el mayor vio su oportunidad. Se abalanzó contra él y cerró sus colmillos. Fue un mordisco largo y desgarrador, al tiempo que profundo. Sus dientes, al hundirse en la carne, hicieron estallar la gran vena que pasaba por el cuello. Luego se apartó.

El joven líder gruñía de forma terrible, pero su gruñido se convirtió a la mitad en una tos entrecortada. Sangrando y tosiendo, casi vencido, saltó sobre el mayor y luchó mientras la vida huía de él, sus piernas débiles, la luz del día apagándose paulatinamente en sus ojos, sus golpes y sus saltos cada vez más y más cortos.

Y durante todo aquel tiempo, la loba permaneció sentada sobre sus ancas sonriendo. La batalla la alegraba de alguna extraña forma, ya que aquello era el amor en lo salvaje, la tragedia del sexo del mundo natural que era tan solo tragedia para aquellos que morían. Para los que sobrevivían no era una tragedia, sino un logro y un éxito.

Cuando el líder joven cayó en la nieve y no se movió más, Tuerto avanzó hacia la loba. Su porte mostraba una mezcla de triunfo y precaución. Esperaba con toda certeza un rechazo y se sorprendió con la misma certeza cuando los dientes de la loba no se mostraron llenos de furia. Por primera vez, le recibió con amabilidad. Rozó su hocico con el suyo e incluso condescendió brincando a su alrededor, retozando y jugando con él en la forma en que lo hacen los cachorros. Y él, a pesar de su madurez y de su sabia experiencia, se comportó con el mismo infantilismo e incluso con embobamiento.

Ya estaban olvidados los vencidos rivales y la historia de amor grabada sobre la nieve. Olvidados, salvo en una ocasión, cuando el viejo Tuerto se detuvo un instante a lamerse sus entumecidas heridas. Entonces fue cuando su hocico se retorció en un gruñido y el pelo de su cuello y de sus hombros se erizó de forma involuntaria, mientras se agazapaba para saltar, con las garras sujetando espasmódicamente la nieve en busca de un apoyo firme. Pero todo fue olvidado

en seguida, cuando saltó detrás de la loba, que había iniciado con coquetería una persecución a través de los bosques.

Después corrieron uno al lado del otro, como buenos amigos que hubieran llegado a un entendimiento. Los días se sucedieron y se mantuvieron juntos, cazando, matando y comiendo en común. Tras cierto tiempo, la loba comenzó a mostrarse inquieta. Parecía estar buscando algo que no podía encontrar. Los agujeros que había bajo los árboles caídos parecían atraerla y pasaba mucho tiempo olfateando por entre las grietas de las rocas y en las cuevas de los salientes. El viejo Tuerto no estaba interesado en aquello, pero la seguía de buena gana, y cuando sus investigaciones se detenían, lo cual era inusual, descansaba y esperaba hasta que ella se sentía con fuerzas para continuar.

No permanecieron en un solo sitio, sino que atravesaron el territorio hasta que llegaron al río Mackenzie, hacia el que bajaron lentamente, abandonando el camino con frecuencia para entregarse al juego de la caza a lo largo de los pequeños riachuelos que afluían a él, pero siempre regresando al río. A veces se encontraban con otros lobos, generalmente emparejados; pero no había amistad en la comunicación entre ambas partes, ni alegría en el encuentro, ni deseo de volver a la formación de la manada. Varias veces se encontraron también con lobos solitarios. Estos eran siempre machos e insistían en unirse a Tuerto y a su compañera. A él aquello le ofendía y cuando ella se colocaba hombro con hombro junto a él, erizándose y mostrando sus dientes, los solitarios aspirantes retrocedían, se daban la vuelta y continuaban su camino.

Una noche de luna, mientras corrían a través del silencioso bosque, Tuerto se detuvo de pronto. Elevó el hocico, su cola se levantó y su nariz se dilató al oler el aire. Incluso levantó una pata a la manera de los perros. No se quedó satisfecho y continuó oliendo el aire, tratando de comprender el mensaje que le transmitía. Un olfateo cuidadoso había satisfecho a su compañera, que reanudó el paso para infundirle confianza. Él la siguió, aunque todavía tenía sus dudas y no pudo evitar hacer un alto para estudiar con más detenimiento la advertencia.

Ella avanzó con precaución hasta el límite de un gran espacio abierto entre los árboles. Durante algún tiempo se quedó sola. Entonces, Tuerto, moviéndose muy despacio y arrastrándose, con los cinco sentidos puestos en la señal de alerta, con la sospecha en todos los poros de la piel, se unió a ella. Permanecieron el uno junto al otro, observando, escuchando y olfateando.

Hasta sus oídos llegaron los sonidos de perros peleándose y riñendo, los gritos guturales de los hombres, las voces más chillonas de mujeres regañando y,

en seguida, el grito y el llanto de un niño. A excepción de los grandes bultos de las tiendas hechas con pellejo, poco era lo que podía verse, salvando las llamas de la hoguera, cuya visión se interrumpía por los movimientos de los cuerpos, y el humo que se levantaba lenta y apaciblemente. Pero hasta sus narices llegaban la miríada de olores de un poblado indio, cuya historia era totalmente incomprensible para Tuerto, pero conocida al detalle por la loba.

Ella se sintió extrañamente inquieta y olfateaba y olfateaba con creciente complacencia. Pero el viejo Tuerto tenía sus dudas. Mostró su aprensión e inició una tentativa de retirada. Ella se volvió y le tocó en el cuello con el hocico para darle confianza, y luego tornó a mirar al campamento. Una nueva expresión de astucia asomó a su rostro, aunque no se trataba de la que producía el hambre. El deseo que la impulsaba a avanzar, a acercarse a aquel fuego, a pelear con los perros y a evitar y esquivar los pies de los hombres, la conmovía.

Tuerto se movió con impaciencia detrás de ella; el desasosiego volvió a asaltar a la loba y fue de nuevo consciente de la imperiosa necesidad de encontrar lo que estaba buscando. Se volvió y corrió hacia el bosque, para alivio de Tuerto, que la acompañó hasta que estuvieron al abrigo de los árboles.

En su avance, silenciosos como las sombras, bajo la luz de la luna desembocaron en un sendero. Ambos hocicos se dirigieron hacia las pisadas que había en la nieve. Aquellas huellas de hombre eran muy recientes. Tuerto se adelantó con cautela, con su compañera siguiéndole los talones. Sus anchos pies pisaban la nieve a grandes zancadas y en su contacto con ella eran como de terciopelo. Tuerto captó el vago movimiento de algo blanco sobre la blancura de la nieve. Su forma de andar deslizándose había sido engañosamente rápida, pero no podía compararse con la velocidad a la que corría en aquellos momentos. Ante él saltaba la desdibujada forma blanca que había descubierto.

Corrían por un estrecho sendero flanqueado por una vegetación compuesta de abetos jóvenes. A través de los árboles podía divisarse el final del sendero, que se apreciaba gracias a los rayos de la luna. El viejo Tuerto iba acercándose cada vez más a la huidiza forma blanca. Salto a salto la fue alcanzando. Ya estaba prácticamente sobre ella. Un salto más y sus dientes se hincarían en su carne. Pero jamás dio el salto. A cierta altura, justo encima de él, se elevaba la forma blanca, un conejo blanco que se agitaba, saltaba y brincaba, ejecutando una danza fantástica sobre el lobo, en el aire, y sin poner un pie en la tierra.

Tuerto dio un paso hacia atrás con un bufido de terror; luego se encogió y agazapó, gruñendo a aquella cosa que tanto le había asustado y que no acababa

de entender. Pero la loba le sobrepasó fríamente. Se quedó inmóvil durante un segundo y luego se lanzó sobre el conejo danzante. Ella también se elevó mucho, pero no lo suficiente, y sus dientes chocaron con un golpe seco. Dio un nuevo salto y, luego, otro.

Su compañero había abandonado poco a poco la postura encogida y la observaba. Mostraba disconformidad con los fallos repetitivos de la loba y él mismo dio un enorme salto. Sus dientes se clavaron en el conejo y lo bajó hasta la tierra con él. Pero al mismo tiempo, por detrás, se produjo un sospechoso movimiento con un crujido; su aterrado y único ojo percibió que un abeto joven se le echaba encima. Sus mandíbulas dejaron escapar la presa, saltó hacia atrás para escapar a aquel extraño peligro, sus labios mostraron los colmillos, su garganta dejó escapar un gruñido y cada pelo de su cuerpo se erizó de rabia y miedo. Y en aquel momento el arbolito regresó a su antigua posición y el conejo volvió a quedar danzando en el aire.

La loba estaba enfurecida. Hundió sus colmillos en el hombro de su compañero como castigo y él, asustado, sin saber a qué se debía aquel nuevo ataque, reaccionó con ferocidad y con más miedo todavía y desgarró el hocico de la loba. Que se ofendiera por tal represión también fue algo inesperado para ella, y saltó sobre él con gruñidos de indignación. Entonces él descubrió su error e intentó aplacarla. Pero ella procedió a castigarle con severidad, hasta que Tuerto se dio por vencido en sus intentos por tranquilizarla y dio vueltas en círculo con la cabeza fuera del alcance de la loba, pero recibiendo el castigo de sus dientes en los hombros.

Mientras tanto, el conejo seguía danzando sobre ellos en el aire. La loba se sentó en la nieve y el viejo Tuerto, más asustado de su compañera que del misterioso arbolito, volvió a saltar sobre el conejo. Al alcanzarlo de nuevo y caer a tierra con él, miró de reojo al árbol. Como antes, le siguió hasta el suelo. Se encogió ante la inminencia del golpe, con los pelos de punta, pero sus dientes mantuvieron bien agarrado al conejo. Sin embargo, no recibió el golpe. El árbol permaneció doblado sobre él. Cuando él se movía, el árbol se movía también y gruñía a través de sus apretadas mandíbulas; cuando se quedaba quieto, el árbol se quedaba inmóvil y el lobo decidió que lo más seguro era continuar quieto. Mientras tanto, la sangre caliente del conejo, derramada en su boca, le sabía bien.

Fue su compañera la que le liberó del apuro en el que se vio metido. Le quitó el conejo y, mientras el árbol oscilaba y se balanceaba sobre ella, royó con calma

la cabeza del conejo. Al final, el árbol salió despedido hacia arriba y no volvió a darles más problemas, al quedar en la posición perpendicular en la que la naturaleza había intentado hacerlo crecer. Entonces, la loba y Tuerto devoraron entre los dos la presa que el misterioso árbol había cazado para ellos.

Existían otros senderos y caminos donde los conejos estaban suspendidos en el aire, y la pareja de lobos los buscó todos, con la loba a la cabeza y el viejo Tuerto siguiéndola expectante, aprendiendo el truco de las trampas, un conocimiento destinado a serle de mucho provecho en el futuro.

2. El cubil

Durante dos días la loba y Tuerto merodearon por los alrededores del poblado indio. Él se mostraba preocupado y aprensivo, aunque el campamento atraía a su compañera y ella se resistía a marcharse. Pero cuando, una mañana, el aire se impregnó del olor de un rifle cercano y una bala se incrustó contra el tronco de un árbol a pocas pulgadas de la cabeza de Tuerto, no lo dudaron más y se marcharon lejos, corriendo a grandes zancadas, que pusieron rápidamente varias millas de distancia entre ellos y el peligro.

No se fueron lejos: solo a un par de días de viaje. La loba necesitaba encontrar lo que estaba buscando, que se había convertido en un imperativo. Se estaba poniendo muy gruesa y no podía correr sino despacio. En cierta ocasión, en la persecución de un conejo, que normalmente hubiera alcanzado con facilidad, se dio por vencida, se tumbó y descansó. Tuerto se acercó a ella; pero cuando la tocó en el cuello con su hocico de forma cariñosa, ella le mordió con tanta fiereza, que cayó rodando hacia atrás de forma ridícula al intentar escapar de sus dientes. El carácter de la loba era más brusco que nunca; pero él se había vuelto más paciente y más solícito que antes.

Y poco después, ella encontró lo que había estado buscando. Se hallaba a unas cuantas millas corriente arriba de un pequeño río que en el verano desembocaba en el Mackenzie, pero que entonces estaba helado desde su superficie hasta su fondo rocoso. Era un arroyuelo de hielo sólido que había muerto desde el manantial a la desembocadura. La loba trotaba con fatiga, con su compañero delante, cuando alcanzó un saliente, un alto montículo de barro. Se desvió y corrió hacia él. El deterioro que habían causado las tormentas y los deshielos de la primavera habían socavado el banco y en cierto lugar habían producido una pequeña cueva a partir de una estrecha fisura.

Ella se detuvo en la entrada de la cueva y observó la pared que había por encima con atención. Entonces, por un lado y por otro, recorrió la base del muro hacia donde su abrupta masa se elevaba sobre el paisaje de líneas más suaves. Volvió a la cueva y penetró por su estrecha entrada. A los tres pies escasos se vio obligada a encogerse; luego, las paredes se ensanchaban y ganaban altura formando una pequeña habitación redonda de cerca de seis pies de diámetro. El techo apenas sobrepasaba su cabeza. Estaba seco y cómodo. Inspeccionó el lugar a conciencia, mientras Tuerto, que había vuelto sobre sus pasos, permanecía en la entrada y la observaba con paciencia. Ella bajó la cabeza, con la nariz dirigida a un punto cercano a sus pies, y alrededor de aquel punto dio varias vueltas; luego, con un suspiro de agotamiento que casi era un gruñido, se sentó, estiró las patas y se tumbó con la cabeza dirigida hacia la entrada. Tuerto, con las orejas puntiagudas y atentas, le sonrió, y más allá, dibujado contra la luz blanca, pudo ver su cola moviéndose alegremente. Sus propias orejas, con movimientos cariñosos, se movían hacia delante y hacia atrás, mientras su boca se abría y su lengua caía apaciblemente por fuera y, de aquella forma, fue como ella expresó que estaba contenta y satisfecha.

Tuerto tenía hambre. Aunque había estado recostado en la entrada y había dormido, su sueño fue caprichoso. Se mantuvo despierto y con las orejas atentas al luminoso mundo que tenía delante, en el que el sol de abril relucía sobre la nieve. Cuando se quedó adormilado, hasta sus oídos llegaba el leve rumor de escondidos canalillos de agua y se erguía para escucharlos con atención. El sol había vuelto y el mundo de las tierras septentrionales que despertaba le llamaba. La vida se estremecía. La sensación de la primavera estaba en el aire; la sensación de la vida que crecía bajo la nieve, de la savia ascendiendo por los árboles, de los capullos rompiendo las cadenas del frío.

Dirigió ansiosas miradas a su compañera, pero ella no mostró deseo alguno de levantarse. Él miró hacia fuera y una media docena de pinzones de la nieve aparecieron revoloteando en su campo de visión. Comenzó a levantarse, luego miró de nuevo a su compañera, se sentó y se adormiló. Un canto chillón y diminuto llegó a sus oídos. Una vez, dos, medio dormido, se puso la pata por encima del hocico. Luego se despertó. Allí, revoloteando ruidoso sobre la punta de su nariz, tenía un solitario mosquito. Era un mosquito muy grande, alguno de los que habían permanecido helados en algún tronco durante todo el invierno y que ya por entonces había sido derretido por el sol. No pudo resistirse más a la llamada del mundo. Además, estaba hambriento.

Se arrastró hacia su compañera e intentó persuadirla para que se levantara. Pero ella solo le gruñó y él salió solo a la luz del sol para encontrarse con la nieve blanda y el paso difícil. Se dirigió al helado lecho del arroyo, donde la nieve, a la sombra de los árboles, estaba todavía dura y cristalina. Estuvo fuera ocho horas y volvió al oscurecer mucho más hambriento de lo que se había ido. Había encontrado caza, pero no pudo apresarla. Había roto la capa de nieve más frágil y se había revolcado, mientras los conejos blancos se balanceaban más altos que nunca.

Se detuvo ante la entrada de la cueva con una súbita sospecha. Leves y extraños ruidos salían de su interior. No eran ruidos proferidos por su compañera y, sin embargo, le eran remotamente familiares. Se arrastró hasta el interior y fue recibido por la loba con un gruñido de advertencia. Él no se perturbó, aunque obedeció manteniendo una cierta distancia; pero siguió interesándose por los otros ruidos, leves y amortiguados sollozos.

Su compañera le advirtió, muy irritada, que se alejara y él se dio media vuelta y se tumbó a dormir en la entrada. Cuando llegó la mañana y una tenue luz penetró en el cubil, él volvió a investigar la procedencia de aquellos ruidos remotamente familiares. Había una nota nueva en el gruñido de advertencia de su compañera. Era una nota de celos y él tuvo cuidado de mantener una distancia prudencial. Sin embargo, descubrió, recogidos entre sus patas y a lo largo de su cuerpo, cinco extrañas y pequeñas bolitas de vida, muy frágiles, muy indefensas, emitiendo pequeños gemidos, con unos ojos que no se abrían a la luz. Se sorprendió. No era la primera vez en su larga y afortunada vida en que había pasado aquello. Había ocurrido en muchas ocasiones, aunque en cada una de ellas había representado la misma refrescante sorpresa.

Su compañera le miraba con inquietud. Cada pequeño espacio de tiempo emitía un gruñido en tono bajo y, a veces, cuando le parecía que él se aproximaba demasiado, el gruñido se hacía más intenso en su garganta. En cuanto a ella, no recordaba que una cosa semejante le hubiera sucedido; pero en su instinto, que era la experiencia de todas las madres lobas, existía el recuerdo de padres que se habían comido a su progenie recién nacida e indefensa. Aquello se manifestaba en ella como un miedo intenso, que le obligaba a advertir a Tuerto que no se acercara demasiado para inspeccionar a los cachorros.

Pero no había peligro alguno. El viejo Tuerto estaba sintiendo un impulso, que consistía en el instinto que aparecía en todos los padres lobos. No lo ponía en duda ni se asombraba ante ello. Estaba allí, en la médula de su ser; y lo más

natural del mundo era seguirlo y salir al exterior y buscar el rastro del alimento donde quiera que estuviera.

A cinco o seis millas del cubil, el arroyo se bifurcaba y los dos arroyuelos corrían entre las montañas formando un ángulo recto. Allí, siguiendo el de la izquierda, encontró un rastro reciente. Lo olfateó y percibió que era tan fresco que se agachó rápidamente y miró en la dirección en que el rastro desaparecía. Entonces, deliberadamente, tomó el afluente de la derecha. Las huellas eran mucho más grandes que las suyas y se dio cuenta de que encontraría poco alimento si las seguía.

A media milla siguiendo el arroyo de la derecha, sus oídos captaron el sonido de unos dientes masticando. Continuó al acecho y descubrió que se trataba de un puerco espín que, junto a un árbol, trataba de roer la corteza. Tuerto se aproximó con cautela, pero sin esperanza. Conocía aquella especie, aunque nunca se la había encontrado tan al norte y nunca le había servido como alimento. Pero hacía tiempo que había aprendido que existía algo que se llamaba ocasión u oportunidad y continuó acercándose. Nunca había forma de predecir lo que podía suceder, ya que, cuando se trataba de seres vivientes, siempre ocurrían cosas distintas.

El puerco espín se hizo una bola, irradiando largas y puntiagudas púas en todas direcciones, que impedían el ataque. En su juventud, Tuerto había olfateado demasiado cerca una bola de púas similar y aparentemente inerte y con la cola le atacó repentinamente en el rostro. Una de las púas se le clavó en el hocico, donde permaneció durante semanas, como una llama que le afligía, hasta que al final salió. Así que se sentó agazapado en cómoda posición, con la nariz a más de un pie y fuera del alcance de la cola. Así esperó, permaneciendo absolutamente quieto. Era imposible prever. Tenía que suceder algo. El puerco espín podía desenrollarse. Podía presentársele la oportunidad de un ataque hábil y un estupendo golpe de garra en su tierno y desprotegido vientre.

Pero después de esperar media hora se levantó, gruñó furioso ante la inactividad de la bola y continuó su camino. En el pasado había esperado inútilmente en muchas ocasiones a que los puerco espines se desenrollaran como para perder más tiempo. Continuó por la bifurcación de la derecha. El día iba pasando y no obtenía resultado alguno en su caza.

El impulso de su instinto de paternidad, de nuevo despertado, se hacía más fuerte en él. Debía encontrar carne. Por la tarde tropezó con un ptarmigán[4].

Salió de un bosquecillo y se encontró cara a cara con aquella ave de pocas luces. Estaba sentada en un tronco, a menos de un pie de su hocico. Los dos se vieron. El pájaro se sobresaltó y quiso levantar el vuelo, pero él lo golpeó con su garra y lo arrojó al suelo; luego se arrojó sobre él y lo cogió entre los dientes al ver que intentaba escabullirse corriendo por la nieve, tratando a la vez de remontar el vuelo. Cuando sus dientes traspasaron la carne tierna y los frágiles huesos, comenzó a devorarlo según su natural instinto. Entonces recordó, dio media vuelta e inició el regreso al cubil, con el ptarmigán en la boca.

A una milla de la bifurcación, mientras corría con su paso aterciopelado según su costumbre, como una sombra huidiza en su cautelosa búsqueda de cada rincón nuevo del camino, se topó con las últimas huellas de aquel rastro que descubriera por la mañana temprano. Como el rastro tenía la misma dirección de su camino, lo siguió, preparado para encontrarse con el autor de las huellas en algún recodo del arroyo.

Deslizó la cabeza siguiendo la redondez de la esquina de una roca, donde comenzaba una de las poco frecuentes curvas muy pronunciadas, y sus ojos avistaron algo que le hizo encogerse rápidamente pegándose al suelo. Se trataba del autor de las huellas: una gran hembra de lince. Estaba agazapada, como él había permanecido casi todo el día, y frente a ella estaba la compacta bola de púas. Si antes había sido una sombra huidiza, entonces fue el fantasma de la sombra al arrastrarse y dar un rodeo y, por fin, pudo colocarse a sotavento de la silenciosa y estática pareja.

Se agachó en la nieve, después de colocar el ptarmigán detrás de él, y escrutando con su único ojo a través de las puntiagudas hojas de un abeto, contempló frente a él el juego de la vida: el lince, que esperaba, y el puerco espín que hacía lo mismo, cada uno luchando por vivir. Así era la paradoja de la vida, la subsistencia de uno residía en devorar al otro, y la subsistencia del otro, en no ser devorado. Mientras, el viejo Tuerto, el lobo, agazapado, representaba también su parte en el juego, esperando algún extraño capricho de la suerte que le ayudara en la caza, que era su forma de subsistir.

Pasó media hora, una hora, y nada sucedía. La bola de púas podría haber sido una piedra, ya que no se movía; el lince parecía haberse convertido en mármol y Tuerto parecía haber muerto. Sin embargo, los tres animales sentían la tensión de la vida tan a flor de piel que era casi doloroso, y pocas veces se encontraban tan vivos como cuando parecían estar petrificados.

Tuerto se movió ligeramente y observó con redoblada intensidad lo que

ocurría. Algo estaba sucediendo. El puerco espín había pensado que su enemigo se había marchado. Lentamente, con cautela, la bola inexpugnable fue desenrollándose. No se impacientó lo más mínimo. Lentamente, muy lentamente, la bola erizada se iba estirando y alargando. Tuerto, contemplándolo, sintió una repentina humedad en la boca y babeó, involuntariamente, por la emoción que le producía la carne viviente que se ofrecía ante él como el manjar de un banquete.

El puerco espín no se había desenrollado del todo cuando descubrió a su enemigo. En aquel instante, el lince atacó. El golpe fue como un relámpago. La pata, con sus rígidas uñas curvas como garras, le alcanzó en el tierno vientre y volvió a su sitio con un movimiento fulminante y bárbaro. Si el puerco espín hubiera estado totalmente desenrollado, o si no hubiera descubierto a su enemigo una fracción de segundo antes de que le propinara el golpe, la garra habría salido ilesa; pero, con un movimiento lateral de la cola, le hundió las afiladas púas en la pata cuando ya la retiraba.

Todo sucedió a un mismo tiempo, el golpe, el contragolpe, el grito de agonía del puerco espín, el chillido de dolor y sorpresa del gran gato. Tuerto se había medio incorporado ante la excitación, con las orejas hacia arriba, la cola tiesa y temblona. El lince hembra perdió la paciencia. Saltó de forma salvaje sobre lo que le había hecho tanto daño; pero el puerco espín, chillando y gruñendo, tratando por todos los medios de volver a enrollar su malherido cuerpo, volvió a mover la cola otra vez, y de nuevo el gran gato chilló de dolor y de asombro. Entonces, se retiró hacia atrás estornudando, con el hocico erizado de púas como un monstruoso alfiletero. Se frotó el hocico con las patas, tratando de que los ardientes dardos cayeran; lo hundió en la nieve y se lo restregó contra las ramas, mientras saltaba sin parar, hacia delante, hacia los lados, arriba y abajo, en un frenesí de dolor y pánico.

Estornudaba continuamente y el corto cabo que tenía por cola se agitaba en rápidos y violentos movimientos. Abandonó sus payasadas y se quedó quieta durante un minuto. Tuerto observaba y casi no pudo reprimir un estremecimiento y un súbito erizamiento del pelo a lo largo de su lomo, cuando ella saltó súbitamente y sin previo aviso por el aire, al tiempo que emitía un largo y terrorífico grito. Luego se alejó, con la cola erguida, gritando a cada salto que daba.

Hasta que sus gritos no se perdieron en la distancia y desaparecieron, Tuerto no se atrevió a avanzar. Caminaba con sumo cuidado, como si la nieve fuera una

alfombra con espinas de puerco espín preparadas para atravesar las suaves palmas de sus patas. El puerco espín recibió su acercamiento con un grito furioso y un rechinar de sus largos dientes. Había conseguido volver a enrollarse como una pelota de nuevo, pero no de forma tan compacta como la anterior; sus músculos estaban demasiado malheridos. Le había desgarrado casi por la mitad y todavía sangraba profusamente.

Tuerto mordisqueó la nieve empapada en sangre, la masticó, la saboreó y la tragó. Aquello le servía de alivio, ya que su hambre se había intensificado; pero era demasiado viejo como para olvidarse de tomar precauciones. Esperó. Se sentó y esperó, mientras al puerco espín le rechinaban los dientes y profería gruñidos, sollozos y de vez en cuando algún agudo chillido. Durante cierto tiempo, Tuerto advirtió que las púas se le estaban cayendo y que se había apoderado de él un gran temblor. El temblor desapareció de súbito. Se produjo un último temblor de sus largos dientes. Luego, todas las púas cayeron, el cuerpo se relajó y no se movió más.

Con la pata nerviosa y encogida, Tuerto estiró al puerco espín en toda su longitud y lo colocó sobre el lomo. Nada había sucedido. Estaba muerto con toda seguridad. Lo contempló con intensidad durante unos instantes y luego lo cogió entre sus dientes con cuidado e inició su camino río abajo, mitad cargando, mitad arrastrando al puerco espín, con la cabeza vuelta hacia un lado para no tropezar con la masa llena de púas. Recordó algo, soltó su carga y volvió al lugar en el que había dejado el ptarmigán. No lo dudó ni un instante. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer y lo hizo devorándolo. Luego regresó y recogió su carga.

Cuando arrastró el fruto de su día de caza en la caverna, la loba lo inspeccionó, volvió el hocico hacia él y le lamió suavemente en el pescuezo. Pero un momento después le apartaba de los cachorros con un gruñido menos áspero de lo habitual, en el que había más una disculpa que una amenaza. Su miedo instintivo al padre de su progenie comenzaba a desaparecer. Él se estaba comportando como un lobo padre debía hacerlo y no manifestaba el deseo funesto de devorar a las jóvenes vidas que ella había traído al mundo.

3. El cachorro gris

Era diferente a sus hermanos y hermanas. El pelo de todos evidenciaba el tono rojo heredado de su madre, la loba; mientras que solo él, en aquel aspecto, seguía a su padre. Era el pequeño cachorro gris de la camada. Había heredado la verdadera raza de los lobos; de hecho, era prácticamente exacto al viejo Tuerto, pero con una única excepción, y era que tenía dos ojos en lugar de uno como su padre.

Los ojos del cachorro gris no se abrieron durante mucho tiempo, aunque ya podía ver con claridad. Y mientras sus ojos seguían cerrados, había sentido, probado y olido. Conocía muy bien a sus dos hermanos y a sus dos hermanas. Había comenzado a retozar con ellos de forma débil y torpe, e incluso a reñir, la pequeña garganta vibrando con un extraño y áspero ruido, precursor del aullido, al enfurecerse.

Y mucho antes de que sus ojos se abrieran, había aprendido por el tacto, por el sabor y por el olor a conocer a su madre, fuente de calor, de alimento líquido y de ternura. Tenía una lengua amable y cariñosa que le amansaba cuando la pasaba sobre su blando y pequeño cuerpo, y le impulsaba a acurrucarse junto a ella y adormecerse.

La mayor parte de su primer mes de vida la pasó así, durmiendo, pero en aquellos momentos en los que ya podía ver bastante bien y en los que permanecía despierto durante más tiempo, comenzaba a aprehender su mundo mucho mejor. Su mundo era oscuro; aunque aquello no lo sabía, ya que no conocía otro.

Estaba en penumbra, pero sus ojos no habían tenido que adaptarse a ninguna otra luz. Su mundo era muy pequeño. Sus límites eran las paredes del cubil, pero como no tenía conocimiento del ancho mundo que había fuera, nunca se sintió oprimido por los estrechos confines de su existencia.

Pero descubrió muy pronto que una de las paredes de su mundo era diferente a las demás. Aquella era entrada de la caverna y fuente de luz. Había descubierto que era distinta a las demás paredes mucho antes de que aparecieran otros pensamientos o deseos conscientes. Había sido una atracción irresistible antes incluso de que sus ojos se abrieran y la contemplaran. La luz que partía de ella golpeaba sus sellados párpados, y sus ojos y sus nervios ópticos habían reaccionado con pequeñas y centelleantes chispas en color que le habían resultado curiosamente placenteras. La vida de su cuerpo, de cada fibra de su cuerpo, la vida, que era su misma sustancia y que era ajena a su propia existencia, tendía hacia la luz y obligaba a su cuerpo a avanzar hacia ella de la misma forma que la elaborada química de una planta la obliga a buscar el sol.

Siempre, al principio, antes de que apareciera la conciencia de la vida, se había arrastrado hasta la boca de la cueva. Y en aquello, sus hermanos y hermanas estaban con él. Nunca, en aquel período, ninguno de ellos se había acercado a las esquinas oscuras de la negra pared. La luz los atraía como si fueran plantas; la química de la vida pedía la luz como una necesidad para existir y sus pequeños cuerpos de cachorros se arrastraban ciegos, impulsados por esta química, de la misma manera que los sarmientos de una viña. Después, cuando cada uno desarrolló su individualidad y fueron conscientes de sus impulsos y deseos, la atracción por la luz se incrementó. Siempre gateaban y se arrastraban hacia ella, y su madre tenía que retirarlos de allí.

De aquella forma fue como el cachorro gris aprendió otros atributos de su madre, aparte de la suave y consoladora lengua. En aquel insistente arrastrarse hacia la luz, descubrió en ella un hocico que, con un fuerte empujón, les propinaba sus reprimendas; más tarde, una pata, que le aplastaba y le hacía rodar tras un rápido y calculado golpe. Así aprendió lo que era el dolor y, por su intensidad, aprendió primero a evitarlo, tratando de no incurrir en nada que lo pudiera desencadenar; y segundo, cuando incurría, lo esquivaba y retrocedía. Aquellas eran acciones conscientes y los resultados de sus primeras conclusiones sobre el mundo. Antes de aquello había retrocedido automáticamente ante el dolor, como había gateado automáticamente hacia la luz. Después de aquello, retrocedía ante el dolor porque sabía que era doloroso.

Era un pequeño cachorro muy fiero. Como sus hermanos y hermanas. Era de esperar. Se trataba de un animal carnívoro. Procedía de una raza de cazadores y devoradores de carne. Su padre y su madre vivían exclusivamente de carne. La leche que había mamado, cuando su vida era una llama vacilante, era leche

directamente transformada de la carne y, entonces, con un mes de edad, cuando sus ojos se habían abierto hacía una semana, él mismo comenzaba a comer carne, carne medio deglutida por la loba y desembuchada para cinco cachorros en período de crecimiento que ya exigían demasiado a sus pechos.

Sin embargo, él era, con mucho, el más fiero de la camada. Podía emitir un áspero gruñido mucho más alto que el de los otros. Sus pequeñas cóleras eran más temibles que las de los demás. Fue él el que primero aprendió el truco de hacer rodar a uno de sus hermanos cachorros con un astuto golpe de pata. Y fue él el primero que agarró a un cachorro por la oreja y tiró de ella y gruñó a través de las mandíbulas bien apretadas. Y, desde luego, fue él el que causaba más problemas a la madre loba cuando trataba de retirar a la camada de la boca de la caverna.

La fascinación por la luz que tenía el cachorro gris aumentaba día a día. Constantemente se alejaba para hacer incursiones de su yarda hacia la entrada de la cueva y siempre le hacían retroceder. Solo que él no sabía que aquello era una entrada. No sabía nada de entradas, pasadizos por los que uno va de un sitio a otro. No conocía otro lugar y mucho menos una vía para llegar a él. Así que la entrada de la cueva era un muro, un muro de luz. Lo que representaba el sol para los habitantes del exterior era aquel muro para él: el sol de su mundo. Le atraía como una vela atrae a una mariposa nocturna. Siempre estaba luchando por poder llegar a ella. La vida que tan rápidamente se desarrollaba en él le impulsaba continuamente hacia el muro de luz. La vida que llevaba dentro sabía que era la senda hacia el exterior, la senda que estaba predestinado a emprender. Pero él mismo no sabía nada de esto. No sabía que existiera un exterior, un ancho mundo por descubrir.

Sucedía algo extraño con aquella pared de luz. Su padre (ya había reconocido a su padre como el otro morador del mundo, una criatura como su madre, que dormía cerca de la luz y era el que traía la comida), su padre sabía cómo adentrarse en la pared blanca y desaparecer tras ella. El cachorro gris no lo comprendía. Aunque su madre nunca le permitió aproximarse a la pared, se había acercado a las otras y su hocico se había topado con un duro impedimento. Aquello dolía. Y después de muchas aventuras de aquel tipo, se olvidó de las paredes. Sin pensar en ello, aceptó que el lobo desapareciera por la pared como una peculiaridad de su padre, como la leche y la carne medio digerida eran peculiaridades de su madre.

De hecho, el cachorro gris no era muy dado a pensar, al menos en la forma

que caracteriza al hombre. Su cerebro funcionaba de forma vaga y tenebrosa. Sin embargo, sus conclusiones eran tan claras y diferenciadas como las que consiguen los humanos. Tenía un método para aceptar las cosas, sin cuestionarse por qué ni para qué. En realidad, aquel era un acto de clasificación. Nunca le perturbaba por qué había sucedido una cosa. El que hubiese sucedido era suficiente para él. Así, después de haber tropezado varias veces con la pared, aceptó el hecho de que nunca iba a desaparecer a través de ella. De la misma forma, aceptó que su padre sí pudiera hacerlo. Pero no se sentía en absoluto perturbado por el deseo de encontrar la razón de aquella diferencia entre su padre y él. La lógica y la física no formaban parte de sus esquemas mentales.

Como la mayoría de las criaturas de las Tierras Vírgenes, muy pronto experimentó lo que era el hambre. Llegó un tiempo en el que no solo cesó el suministro de carne, sino también en el que la leche dejó de salir del pecho de su madre. Al principio, los cachorros gimieron y lloraron, pero la mayor parte del tiempo durmieron. No hubo más riñas ni roces, no hubo más pequeñas disputas ni amagos de gruñido; las aventuras hacia la lejana pared de luz cesaron también. Los cachorros durmieron mientras la vida que había en ellos vacilaba y moría.

Tuerto estaba desesperado. Recorría grandes distancias y dormía muy poco en el cubil, que se había convertido en un hogar triste y falto de cariño. La loba abandonó también a la camada y salió en busca de alimento. Durante los primeros días que siguieron al nacimiento de los cachorros, Tuerto había vuelto innumerables veces al poblado indio y había robado los conejos de las trampas; pero, con el deshielo y el renovado fluir de los ríos, el poblado indio se había mudado y aquella fuente de suministro le fue negada.

Cuando el cachorro gris revivió y sintió de nuevo el mismo interés por la lejana pared blanca, se dio cuenta de que el número de los habitantes de su mundo se había reducido. Solo le quedaba una hermana. El resto se había ido. Mientras se hacía más fuerte, se vio obligado a jugar solo, ya que su hermana no volvió a levantar la cabeza ni a moverse. El pequeño cuerpo del cachorro gris comenzó a engordar con la carne que comía; pero el alimento llegó demasiado tarde para ella. Dormía continuamente; era un diminuto esqueleto envuelto en piel en el que la llama temblorosa se extinguía poco a poco, hasta que por fin se apagó.

Entonces llegó el tiempo en el que el cachorro gris no volvió a ver a su padre apareciendo y desapareciendo a través de la pared ni durmiendo en la puerta. Aquello había ocurrido al final de una época de hambre posterior y menos

severa. La loba sabía por qué Tuerto no volvería más, pero no había forma de que ella le pudiera contar al cachorro gris lo que habían visto sus ojos. En cierta ocasión ella salió a cazar por la bifurcación izquierda del río en el que vivía el lince y se topó con el rastro del día anterior de Tuerto. Y le encontró al final del rastro. Había numerosas señales de la lucha y de la retirada del lince hembra hacia su cubil después de la victoria. Antes de marcharse, la loba había encontrado aquel cubil, pero las señales le indicaron que la hembra estaba en el interior y no se atrevió a entrar.

Después de aquello, la loba evitó la bifurcación de la izquierda al salir de caza, ya que sabía que en el cubil del lince había cachorros y conocía al lince por ser una feroz y malhumorada criatura, además de un luchador terrible. Era muy posible que una manada de doce lobos pudiera reducirlo hasta la copa de un árbol, bufando erizado; pero era un asunto muy distinto que un lobo solitario se encontrara con el lince, sobre todo cuando se sabía que el lince tenía un cubil con una camada de maulladores cachorros hambrientos a la que alimentar.

Pero las Tierras Vírgenes son las Tierras Vírgenes y la maternidad es la maternidad, en todo tiempo protectora feroz, tanto fuera como dentro del mundo salvaje; y llegaría el día en el que la loba, por el bien de su cachorro gris, tendría que aventurarse por el afluente izquierdo, donde encontraría el cubil, así como la cólera del lince.

4. La pared del mundo

Durante la época en que su madre comenzó a abandonar la cueva en busca de alimento, el cachorro había aprendido muy bien la ley que le prohibía aproximarse a la entrada. No solo lo había aprendido a la fuerza gracias a la garra y al hocico de su madre, sino por el instinto del miedo que en él se estaba desarrollando. Nunca, en su corta vida en la cueva, se había topado con algo que le asustara. Sin embargo, el miedo estaba dentro de él. Lo había heredado de sus remotos ancestros a través de cientos de miles de vidas. Era una herencia que había recibido directamente de Tuerto y de la loba, pero a ellos también les había llegado a través de generaciones de lobos que habían desaparecido hacía tiempo. ¡El miedo, aquel legado de las Tierras Vírgenes, al que ningún animal puede escapar ni transmutar por alimento!

El cachorro gris conoció el miedo, aunque no supo qué sustancia lo formaba. Posiblemente lo aceptó como una de las restricciones de la vida, puesto que ya había aprendido que existían tales restricciones. El hambre la conocía y cuando no la había podido aplacar había sentido que era una restricción. El duro obstáculo de la pared de la cueva, el fuerte empujón del hocico de su madre, el rotundo golpe de su pata, el hambre no mitigada de varios períodos de inanición, le habían hecho darse cuenta de que en el mundo no era todo libertad, que para la vida había ciertas limitaciones y restricciones. Estas limitaciones y restricciones eran la ley. Obedecerla era evitar el dolor y buscar la felicidad.

Desde luego no reflexionó sobre aquella cuestión de esta forma tan humana. Tan solo clasificó las cosas que dolían y las cosas que no dolían. Y después de aquella clasificación evitó las cosas dolorosas, las restricciones y los frenos para disfrutar de las satisfacciones y las recompensas de la vida.

Tanto era así que, en obediencia a la ley establecida por su madre y a aquella cosa desconocida y sin nombre, el miedo, se mantuvo bien alejado de la entrada

de la cueva. Siguió siendo para él la pared blanca de luz. Cuando su madre estaba ausente, dormía la mayor parte del tiempo, mientras que en los intervalos en los que se despertaba, se mantenía muy silencioso, sin esbozar los gemidos que asomaban a su garganta luchando por hacerse sonoros.

En cierta ocasión, recostado pero despierto, oyó un sonido extraño procedente de la pared blanca. Él no sabía que era un carcayú[5] el que estaba fuera, tembloroso de miedo ante su propia audacia, olfateando con cautela el contenido de la cueva. El cachorro solo sabía que el olfateo le era extraño, algo que no podía clasificar y, por lo tanto, desconocido y terrible, ya que lo desconocido era uno de los elementos principales que provocaban el miedo.

El pelo se le erizó en la espalda, pero muy silenciosamente. ¿Cómo podía él saber que aquella cosa que olfateaba era la causante de que se le erizara el pelo? No procedía de ningún conocimiento que poseyera él y, sin embargo, era la expresión visible del miedo que sentía, para el cual, en su propia vida, no había explicación posible. Pero el miedo iba acompañado de otro instinto, el de ocultarse. El cachorro estaba aterrorizado, pero permaneció sin moverse y en silencio, congelado, petrificado en su inmovilidad, aparentemente muerto. Su madre, que volvía a casa, gruñó al oler el rastro del carcayú y corrió hacia la cueva, donde lamió y acarició al cachorro con insólita demostración de afecto. Y el cachorro comprendió que de alguna forma había escapado a un gran dolor.

Pero había otras fuerzas que funcionaban en el lobezno, la mayor de las cuales era el crecimiento. El instinto y la ley le exigían obediencia. Pero el crecimiento exigía desobediencia. Su madre y el miedo le impedían acercarse a la pared blanca. El crecimiento era vida y la vida está destinada a buscar la luz. Luego no había forma de contener el progreso de la vida que crecía en él, que crecía con cada bocado de carne que engullía, con cada bocanada de aire que tomaba. Al final, un día, el miedo y la obediencia desaparecieron ante la impaciencia de la vida, y el cachorro se arrastró cautelosamente hacia la entrada.

De forma contraria a las paredes con las que había tenido ciertas experiencias, aquella parecía alejarse de él cuanto más se acercaba. Ninguna superficie dura chocó contra su tierno y pequeño hocico, que proyectaba por delante de él con sumo cuidado. La sustancia de la pared parecía tan permeable e inconsistente como la luz. Y como ante sus ojos tenía la apariencia de una forma, entró en lo que había sido un muro para él y se bañó en su sustancia.

Era asombroso. Estaba atravesando algo sólido, e incluso la luz parecía más brillante. El miedo le impulsó a retroceder, pero el crecimiento le hizo continuar. De pronto se vio a sí mismo a la entrada de la cueva. La pared, dentro de la cual había creído que estaba, retrocedió súbitamente ante él a infinita distancia. La luz poseía un brillo doloroso y estaba deslumbrado por ella. Asimismo sintió vértigo ante aquella abrupta y tremenda extensión de espacio. Automáticamente, sus ojos se adaptaron a la claridad, enfocando para encontrar la imagen de los objetos distantes. Al principio, la pared había desaparecido de su vista. Ahora volvía a verla de nuevo, pero a considerable distancia. También su apariencia había cambiado. Era una pared muy variada, compuesta por los árboles que bordeaban el arroyo, las montañas que se asomaban por detrás de los árboles y el cielo por encima de las montañas.

Un miedo atroz se apoderó de él. Aquello suponía más cosas pertenecientes a lo desconocido. Se acurrucó a la entrada de la cueva y contempló el mundo. Estaba muy asustado, porque era extraño y hostil para él. Por ello, se le erizó el pelo del lomo y su hocico se frunció débilmente intentando reproducir un gruñido feroz y amenazador. Desde su insignificancia y su terror retaba y amenazaba al ancho mundo.

Nada sucedió. Continuó la contemplación, y tan interesado, que olvidó el gruñido. Incluso se olvidó del miedo. Por aquel tiempo, el miedo había sido derrotado por el crecimiento, mientras que el crecimiento se había transformado en curiosidad. Comenzó a distinguir los objetos cercanos: una parte del río que brillaba bajo la luz del sol, el pino marchito que se levantaba en la base de la colina, y la colina misma, que ascendía hasta él y terminaba a dos pies de la puerta de la cueva en la que estaba acurrucado.

El cachorro gris había vivido siempre en un suelo nivelado. Nunca había experimentado lo que era el dolor de una caída. Por eso dio un paso con audacia en el vacío. Sus patas traseras todavía estaban en la puerta de la cueva, así que cayó hacia delante de cabeza. La tierra le propinó un buen golpe en el hocico, que le hizo aullar de dolor. Entonces comenzó a rodar por la pendiente. Sintió un miedo atroz; lo desconocido le había atrapado al fin, le había agarrado con fuerza salvaje y estaba a punto de infligirle algún horrible dolor. El crecimiento había sido vencido por el miedo y gimió como cualquier cachorro asustado.

Lo desconocido le preparaba algún terrorífico dolor, y gemía y gritaba sin cesar. Aquello era algo diferente a quedarse agazapado, petrificado de miedo, mientras lo desconocido acechaba justo a su lado. Lo desconocido le había

agarrado bien fuerte. El silencio no le serviría de nada; además, no era miedo, sino terror lo que le agitaba.

Pero la pendiente se hizo más gradual y en su base estaba cubierta de hierba. Allí el lobezno perdió velocidad. Cuando por fin se detuvo, emitió un último aullido agónico y luego un lastimoso gemido. También, y casi dándolo por supuesto, como si en su vida se hubiera ya aseado miles de veces, procedió a lamerse el barro seco que le había ensuciado.

Después de esto se sentó y miró a su alrededor, como lo haría el primer hombre que aterrizara en Marte. El lobezno había roto la pared del mundo, lo desconocido lo había soltado y allí estaba sin daño alguno. Pero el primer hombre sobre Marte habría experimentado una sensación menos familiar que él. Sin ningún conocimiento previo, sin ninguna advertencia de que aquello existía, se encontró a sí mismo como explorador de un mundo enteramente nuevo.

En aquel momento en que lo desconocido, tan terrible, le había dejado escapar, olvidó que lo desconocido albergaba múltiples horrores. Solo era consciente de su curiosidad por todas las cosas que le rodeaban. Inspeccionó la hierba que había bajo él, el musgo más allá y el tronco muerto de un pino deteriorado que se encontraba al borde de un claro del bosque. Una ardilla, que corría alrededor de la base del tronco, se acercó y le dio un buen susto. Se encogió de miedo y gruñó. Pero la ardilla se asustó también de él. Se subió corriendo al árbol y cuando estuvo a salvo le respondió chillando de forma salvaje.

Aquello ayudó a incrementar el coraje del lobezno y, aunque el pájaro carpintero que se encontró a continuación le sobresaltó, continuó confiadamente su camino. Tal era su confianza que cuando otro pájaro apareció descaradamente dando saltitos delante de él, lo alcanzó con su pata juguetona. El resultado fue un fuerte picotazo en la punta del hocico, que le hizo encogerse y gemir. El ruido que hacía era demasiado para la avecilla, que remontó el vuelo para más seguridad.

Pero el lobezno estaba aprendiendo. Su pequeña y nebulosa mente había producido ya una clasificación inconsciente. Existían las cosas que vivían y las que no vivían. También debía tener cuidado con las vivientes. Las cosas que no vivían siempre permanecían en el mismo sitio, pero las cosas vivas se movían y no había forma de predecir lo que podían hacer. Lo que se podía esperar de ellas era lo inesperado y para aquello debía prepararse.

Avanzaba con mucha torpeza. Tropezó con varios palos y piedras. Una rama

que aparentemente estaba muy lejos le golpeaba al instante en el hocico o le arañaba las costillas. Había irregularidades en la superficie. A veces, perdía el paso y se golpeaba el hocico. Con la misma frecuencia, perdía el paso y tropezaba. Luego estaban los guijarros y las piedras que saltaban sobre él cuando caminaba; y de ellas aprendió que las cosas que no están vivas no se encuentran todas en el mismo estado de equilibrio estable que su cueva; también, que las cosas pequeñas y muertas podían con más facilidad caer o darse la vuelta. Pero aprendía con cada contratiempo. Cuanto más caminaba, mejor lo hacía. Se estaba ajustando a sí mismo. Estaba aprendiendo a calcular sus propios movimientos musculares, a conocer sus limitaciones físicas, a medir las distancias entre objetos y entre los objetos y él mismo.

Tenía la suerte del principiante. Nacido para ser un cazador de carne (aunque no lo sabía), tropezó con ella justo a la salida de su propia cueva y en su primera incursión en el mundo. De pura casualidad fue a encontrar el nido cuidadosamente oculto de un ptarmigán. Cayó en él. Había estado tratando de caminar por el tronco de un pino que había caído. La madera podrida cedió a sus pies y con un chillido desesperado se hundió en el redondo agujero, estrellándose contra la hojarasca y los tallos de un pequeño arbusto y, en el corazón de aquel, en el suelo, se encontró entre siete polluelos de ptarmigán.

Hicieron ruido y al principio se asustó de ellos. Entonces percibió que eran muy pequeños y se envalentonó. Los polluelos se movieron. Puso su pata sobre uno y sus movimientos se aceleraron. Aquello era una fuente de diversión para el lobezno. Olfateó. Se lo llevó a la boca. Lo sintió en la lengua y le hizo cosquillas. Al mismo tiempo se sintió hambriento. Sus mandíbulas se cerraron. Comenzó a masticar los frágiles huesos y la sangre caliente corrió por su boca. El sabor era bueno. Aquello era carne, la misma que su madre le daba, aunque estaba viva entre sus dientes y, por lo tanto, sabía mejor. Así que se comió el ptarmigán y no paró hasta que devoró a la nidada completa. Luego se lamió el hocico, casi de la misma forma en que lo hacía su madre, y salió del arbusto.

Se encontró con un torbellino de plumas. El lobezno se sintió confuso y cegado ante la rapidez del ataque y el aleteo furioso. Escondió la cabeza entre las patas delanteras y chilló. Los golpes se incrementaron. La madre ptarmigán estaba furiosa. Entonces, el lobezno se enfureció. Se levantó, gruñendo e intentando golpearla con las garras. Una de las alas fue alcanzada por sus dientes y tiró con vigor. El ptarmigán luchó contra él, propinándole golpes con el ala que tenía libre. Era su primera batalla. Estaba contento. Olvidó completamente lo

desconocido. Ya no sintió miedo a nada más. Estaba luchando, desgarrando algo vivo que luchaba contra él. También aquella cosa viva era carne. La sensualidad del acto de matar estaba en él. Ya había destruido pequeñas cosas vivas y en aquel momento destruía una cosa viva más grande. Estaba demasiado ocupado y feliz como para darse cuenta de que se sentía feliz. Estaba emocionado de gozo, de una forma nueva y más intensa que cualquier otra de las que había conocido antes.

Sujetó el ala y gruñó a través de sus mandíbulas apretadas. El ptarmigán se arrastró fuera del arbusto y, cuando se volvió e intentó arrastrarse otra vez hacia dentro, él tiró del ave sacándola de la vegetación. Y durante todo el tiempo el ptarmigán chillaba y le golpeaba con el ala, mientras las plumas volaban cayendo como la nieve. La emoción del lobezno era tremenda. Toda la sangre combativa de su especie bullía dentro él y brotaba por todo su cuerpo. Aquello era vivir, aunque no lo supiera. Se estaba dando cuenta de su propio significado en el mundo; estaba haciendo aquello para lo que había nacido: matar y luchar para matar. Estaba justificando su existencia, lo más grande que la vida puede ofrecer, ya que la vida alcanza su cima cuando realiza aquello para lo que ha sido designada.

Después de un tiempo, el ptarmigán cesó de luchar. Todavía lo tenía agarrado por el ala, y permanecieron en el suelo, donde se miraron el uno al otro. El lobezno intentó gruñir de forma amenazadora y feroz. El ave le picoteó el hocico, que entonces, después de sus aventuras, estaba dolorido. Él se estremeció, pero no la soltó. El ave le picoteó una y otra vez. De los estremecimientos, el lobezno pasó a los gemidos. Trató de retirarse del alcance del ptarmigán, sin darse cuenta de que, al mantenerlo agarrado, lo arrastraba con él. Una lluvia de picotazos cayó sobre su malparado hocico. El impulso de la lucha fue menguando en él y, después de soltar su presa, se dio media vuelta y se escabulló en una retirada poco gloriosa.

Se recostó para descansar al otro lado del claro, cerca de unos arbustos, con la lengua colgando, el pecho agitado y jadeante y el hocico todavía dolorido, lo que le hacía seguir gimiendo. Pero mientras yacía allí, sintió de pronto que algo terrible le amenazaba. Lo desconocido con todos sus terrores se abalanzaba sobre él y saltó hacia atrás de forma instintiva cobijándose bajo un arbusto. Al hacerlo, sintió un soplo de aire, y un cuerpo grande y alado se deslizó siniestro y silencioso sobre él. Un halcón, que había descendido de los cielos, casi le había alcanzado.

Mientras permanecía en el arbusto, recobrándose de su miedo y observando temeroso el campo abierto, el ptarmigán revoloteó sobre el saqueado nido al otro lado del claro. A causa de la pérdida que había sufrido, no había prestado atención al alado ataque procedente del cielo. Pero el lobezno vio, y fue un aviso y una lección para él, el veloz descenso del halcón, el roce de su pequeño cuerpo al ras del suelo, el impacto de sus garras en la carne del ptarmigán, el chillido de agonía y de miedo del ave y el precipitado ascenso del halcón hacia los cielos, cargando con él.

Pasó algún tiempo hasta que el cachorro abandonó su refugio. Había aprendido mucho. Las cosas vivas eran carne. Eran buenas para comer. También las cosas vivas, cuando eran lo suficientemente grandes, podían hacer daño. Era mucho mejor alimentarse de las pequeñas cosas, como los polluelos del ptarmigán, y dejar en paz a los grandes como la madre ptarmigán. Sin embargo, sentía la llamada de la ambición, el sigiloso deseo de presentar de nuevo batalla al ave adulta, que ya se había llevado el halcón. Quizás existieran otros ptarmiganes; los buscaría.

Descendió a un banco del río. Nunca había visto el agua. La superficie tenía buen aspecto y no advertía irregularidades en el terreno. Con audacia, dio un paso hacia ella y se hundió, lloriqueando de miedo, en lo desconocido. Estaba frío y boqueó antes de comenzar a respirar con rapidez. El agua se introducía en sus pulmones en lugar del aire, que era el que siempre le había acompañado en el acto de respirar. El sofoco que experimentó fue como la punzada de la muerte. Para él significaba la muerte. No tenía noción consciente de la muerte, pero, como cada animal salvaje, poseía su instinto. Para él era el dolor más grande. Era la esencia misma de lo desconocido; era la suma de los terrores de lo ignoto, la única catástrofe culminante e impensable que podía sucederle, sobre la cual nada sabía y a la que temía por encima de todo.

Regresó a la superficie y el aire dulce penetró a raudales por su hocico abierto. No volvió a hundirse. Casi como si fuera en él una costumbre establecida desde hacía tiempo, se puso a chapotear con las patas delanteras y comenzó a nadar. El banco de arena más cercano estaba a una yarda, pero arribó a él con el lomo, y la primera cosa que vieron sus ojos fue la orilla opuesta, hacia la cual empezó a nadar inmediatamente. El río era pequeño, pero en el remanso se ensanchaba unos veinte pies.

A medio camino, la corriente recogió al cachorro y lo arrastró río abajo. Se encontró cogido en un pequeño rápido al fondo del remanso. Allí había poca

posibilidad de nadar. Las quietas aguas se habían encolerizado súbitamente. Unas veces estaba en el fondo, otras en la superficie, y en todo momento sus movimientos eran violentos, se revolcaba y daba vueltas, golpeándose contra las rocas. Y chillaba con cada roca contra la que se daba. Su avance se convirtió en una serie de chillidos, por los que se podía suponer la existencia de otras tantas piedras con las que iba chocando.

Más abajo, el rápido formaba otro remanso y, allí, capturado por el remolino, fue expulsado hacia un banco y depositado suavemente en un lecho de grava. Se sacudió como un poseso el agua y se tumbó. Había aprendido algo más del mundo. El agua no estaba viva. Pero se movía. Parecía tan sólida como la tierra y, sin embargo, no había solidez en ella. Su conclusión fue que las cosas no son lo que aparentan. El miedo del cachorro a lo desconocido consistía en una desconfianza heredada que se había reforzado con la experiencia. A partir de aquel momento, el cachorro desconfiaría siempre de las apariencias bajo las que se camuflaba la verdadera naturaleza de las cosas. Había que conocer la realidad de una cosa antes de poder confiar en ella.

El destino le reservaba otra aventura aquel día. Había recordado que en el mundo había algo que era su madre. Y entonces, sintió que la quería más que a todas las demás cosas del mundo. No solo estaba su cuerpo cansado de las aventuras que le habían sucedido, sino que su pequeño cerebro también lo estaba. En todos los días de su vida, nunca había trabajado tanto como en aquel. Y lo que era peor, tenía sueño. Así que comenzó a buscar la cueva y a su madre, sintiendo al mismo tiempo un insoportable acceso de soledad e indefensión.

Avanzaba torpemente entre unos arbustos cuando oyó un grito agudo y amenazador. Se produjo un reflejo amarillo ante sus ojos. Vio una comadreja saltando velozmente frente a él. Era una cosa pequeña, y no le dio miedo. Entonces, a sus pies, advirtió que había otra cosa viviente pequeña en extremo, de unas cuantas pulgadas —una joven comadreja—, que, desobediente como él mismo, había abandonado el cubil para curiosear. Trató de apartarse del cachorro. Este le dio la vuelta con la garra. Emitió un ruido extraño y molesto y, al instante, el destello amarillo reapareció ante sus ojos. Oyó de nuevo el llanto amenazador y, en el mismo instante, recibió un fuerte golpe a un lado del pescuezo y sintió que los afilados dientes de la madre herían su carne.

Mientras aullaba, gemía y se retiraba a trompicones, vio a la madre comadreja saltar sobre su pequeño y desaparecer con él por entre la vecina vegetación. El corte que le habían producido sus dientes en el pescuezo le dolía

todavía, pero sus sentimientos habían sufrido un daño mayor; se sentó y se puso a gemir débilmente. ¡La madre comadreja era tan pequeña y tan salvaje! Todavía tenía que aprender que para su tamaño y peso, la comadreja era uno de los más feroces, vengativos y terribles depredadores de las Tierras Vírgenes. Pero, en seguida, parte de aquella sabiduría estaría en su poder.

Todavía gemía cuando la madre comadreja reapareció. No se abalanzó sobre él, ya que su pequeño estaba a salvo. Se aproximó más cautelosa y el cachorro tuvo la oportunidad de contemplar su cuerpo delgado con forma de serpiente y su cabeza, erguida, impaciente también como la de una serpiente. Su grito agudo y amenazador hizo que los pelos del lomo del cachorro se erizaran y gruñó en tono de advertencia. La comadreja se acercaba cada vez más. Dio un salto más rápido de lo que podía registrar la vista torpe del lobezno, y el cuerpo delgado y amarillento desapareció por un momento de su campo de visión. Un instante después la sintió agarrándole por el pescuezo, con los dientes hundidos en su pelo y en su carne.

Al principio gruñó e intentó luchar; pero era muy joven y aquel era su primer día en el mundo; su gruñido se transformó en gemido, su ánimo combativo, en lucha por escapar. La comadreja no se relajaba. Se mantenía agarrada, tratando de morder con más fuerza para alcanzarle la gran vena por la que corría la sangre que le daba la vida. La comadreja era adicta a la sangre y siempre prefería beber en la garganta de la vida misma.

El cachorro gris habría muerto y no habría existido una historia que contar sobre él, si no llega a acudir la loba saltando entre los arbustos. La comadreja dejó escapar al lobezno, se lanzó contra el pescuezo de la loba y, aunque falló, la mordió como si fuera un látigo, y la comadreja salió despedida por los aires. Y, todavía en el aire, las mandíbulas de la loba se cerraron en torno al cuerpo delgado y amarillo. La comadreja encontró la muerte entre los dientes de su enemigo.

El lobezno gozó de otra demostración de afecto por parte de su madre. La alegría de haberlo encontrado parecía mayor que su alegría por haber sido encontrado. Lo mimó y le lamió las heridas que le había producido la comadreja. Luego, madre y lobezno se comieron entre los dos a la bebedora de sangre y, después, se volvieron a la cueva y se echaron a dormir.

5. La ley de la carne

El desarrollo del lobezno era rápido. Descansó durante dos días y luego se aventuró a salir de la cueva de nuevo. Fue en esta aventura en la que encontró a la joven comadreja cuya madre le había servido de alimento y se dio cuenta de que la pequeña se había vuelto como su madre. Pero en su vagabundeo no se perdió. Cuando se sintió fatigado, encontró el camino de vuelta al cubil y durmió. Y los días que siguieron le encontraron siempre fuera, vagando por un área más extensa. Comenzó a tener una idea exacta de su fortaleza y de su debilidad y aprendió a distinguir cuándo debía ser audaz y cuándo cauto. Advirtió que siempre era útil ser cauteloso, excepto en raras ocasiones, cuando, seguro de su intrepidez, se abandonaba a sus pequeñas rabietas e impulsos.

Siempre que se encontraba con un ptarmigán solitario se convertía en un pequeño demonio peludo. Nunca dejó de reaccionar de forma salvaje ante los ruidillos alborotadores de la ardilla que se había encontrado por primera vez en el pino podrido, y la visión de un arrendajo le hacía encolerizarse casi involuntariamente de la manera más violenta, ya que nunca pudo olvidar el picotazo que recibió de aquel primer ejemplar con el que se encontró.

Pero había veces en que incluso el arrendajo le era indiferente y era cuando se veía amenazado por otro predador que rondara buscando su presa. Nunca se olvidó del halcón, y su sombra móvil siempre le hacía acurrucarse en la espesura más cercana. Nunca más volvió a arrastrarse o a caminar con la torpeza propia de un cachorro, sino que comenzó a desarrollar la forma de caminar de su madre, sigilosa y furtiva, que aparentemente parecía no exigir esfuerzo, aunque se deslizaba con una rapidez que era tan engañosa como imperceptible.

En el asunto de la carne, la suerte le había acompañado tan solo al principio. Los siete polluelos de ptarmigán y la joven comadreja eran la suma de todas sus cacerías. Su deseo de matar se fortalecía día tras día, y acariciaba hambrientas

fantasías con respecto a la ardilla que parloteaba voluble y que siempre avisaba a todas las demás criaturas de que el lobezno se acercaba. Pero, como los pájaros que volaban por el cielo, las ardillas podían subirse a los árboles, y el lobezno tan solo podía intentar agazaparse sin ser observado cuando la ardilla estuviera en el suelo.

El cachorro tenía mucho respeto a su madre. Ella podía conseguir carne y nunca se olvidaba de llevarle su parte. Pero lo mejor era que no temía a nada. No se le ocurrió pensar que su falta de temor se basaba en la experiencia y en el conocimiento. El efecto que aquello tenía sobre él era la impresión del poder. Su madre representaba para él el poder y, mientras crecía, sentía la fuerza de aquel poder en las duras amonestaciones que su madre le propinaba con las garras, al tiempo que los empujones con el hocico daban paso al castigo de sus colmillos. Por todo aquello, lógicamente, respetaba a su madre. Ella le imponía la obediencia y, cuanto mayor se hacía el lobezno, menos paciencia tenía su madre.

El hambre llegó de nuevo y el cachorro, con la conciencia más clara, supo de nuevo lo que era su acicate. La loba enflaqueció en la búsqueda de carne. Dormía muy pocas veces en la cueva y pasaba la mayor parte del tiempo siguiendo en vano algún rastro. El hambre no se prolongó mucho, pero fue muy cruel mientras duró. El cachorro no encontró más leche en el pecho de su madre ni recibió un bocado más de carne para él.

Antes había cazado por juego, por la mera satisfacción de hacerlo; por aquel entonces, seguía ya los rastros con la mayor seriedad y no encontraba nada. Sin embargo, la falta de alimento aceleraba su desarrollo. Estudió las costumbres de la ardilla con mayor atención e intentó acecharla y sorprenderla con mayor ahínco. Estudió a los ratones de campo y trató de desenterrarlos de sus madrigueras; aprendió mucho sobre los hábitos de los arrendajos y los pájaros carpinteros. Y así, llegó el día en que la sombra del halcón no le obligó a acurrucarse entre los arbustos. Se había hecho más fuerte, más listo y más seguro de sí mismo. También se encontraba desesperado. Así que se sentó bien a la vista, en el espacio abierto, y retó al halcón a que bajara del cielo, ya que sabía que, surcando la inmensidad azul que se extendía sobre él, había carne, la carne que su estómago le pedía con tanta insistencia. Pero el halcón se negaba a descender y el lobezno se arrastró hasta una espesura en la que gimió de frustración y de hambre.

El hambre terminó. La loba llevó a la cueva algo de alimento. Se trataba de una carne extraña, diferente a todas las que había llevado antes. Era una cría de

lince ya crecida, como el lobezno, pero no tan grande. Y era todo para él. Su madre ya había satisfecho el hambre en otro lugar, aunque no sabía que lo había hecho devorando al resto de la camada de linces. Ni tampoco supo de la desesperación con la que acometió tal empresa. El cachorro solo sabía que el lince con piel de terciopelo era carne, y lo devoró entusiasmándose con cada mordisco.

El estómago satisfecho conduce a la inactividad y el cachorro se tumbó en la cueva, durmiendo junto a su madre. Se despertó al oír que ella gruñía. Hasta entonces, nunca la había escuchado gruñir de forma tan terrible. Posiblemente sería el gruñido más feroz de su vida. Debía existir una razón y nadie la sabía mejor que ella. El cubil del lince no queda vacío sin castigo. Bajo el resplandor de la luz de la tarde, acurrucado en la entrada de la cueva, el cachorro vio a la madre lince. El pelo se le erizó en el lomo nada más verla. Allí estaba el terror y no hacía falta que su instinto se lo indicara. Y si la visión no era suficiente, el rugido de cólera que emitió la intrusa, que comenzó como un gruñido y degeneró rápidamente en un ronco bramido, fue bastante convincente por sí mismo.

El lobezno sintió que el hálito de la vida estaba en él y se levantó y gruñó con valentía junto a su madre. Pero ella le apartó sin piedad de su lado, arrinconándole por detrás. Gracias a la poca altura de la entrada de la cueva, el lince hembra no podía pasar y, cuando intentó agacharse para hacerlo, la loba saltó sobre ella y la atrapó. El lobezno pudo ver poco de la lucha. Se produjo una tremenda confusión de gruñidos, bufidos y chillidos. Los dos animales se revolcaban, el lince arañando y desgarrando con las uñas lo mismo que con los dientes, mientras la loba utilizaba tan solo los dientes.

En una ocasión el lobezno saltó e hincó sus dientes en la pata trasera del lince. Mantuvo el mordisco, gruñendo de forma salvaje. Aunque no lo sabía, por el peso de su cuerpo impidió el movimiento de la pata y, gracias a ello, libró a su madre de mucho peligro. Un cambio en el desarrollo de la batalla hizo que quedara atrapado bajo los dos cuerpos de las combatientes y que perdiera su presa. Un instante después, las dos madres estaban separadas y, antes de que volvieran a abalanzarse la una sobre la otra, el lince propinó un zarpazo al cachorro que le desgarró la paletilla hasta dejarle el hueso al descubierto, y le lanzó contra la pared. Entonces, a la confusión ya existente, se unió el agudo grito de dolor y miedo del lobezno. Pero la lucha se prolongó tanto que le dio tiempo a quejarse y a experimentar un segundo acceso de cólera, y el final de la batalla le sorprendió de nuevo agarrando la pata trasera y gruñendo entre dientes.

El lince había muerto. Pero la loba estaba débil y malherida. Al principio, cuidó del cachorro y le lamió la paletilla desgarrada, pero la sangre que había perdido se había llevado consigo toda su fuerza y, durante todo un día y una noche, permaneció echada junto al cadáver de su enemigo, sin moverse y sin apenas respirar. Durante una semana no abandonó la cueva excepto para beber agua; sus movimientos eran lentos y dolorosos. Tras cierto tiempo, el lince fue devorado y las heridas de la loba se curaron lo suficiente como para permitirle volver a seguir el rastro de la carne.

La paletilla del cachorro se quedó entumecida y dolorida y durante algún tiempo cojeó por el terrible zarpazo que había recibido. Pero el mundo parecía haber cambiado. Se movía en él con mayor seguridad, con un sentimiento de poder que no había experimentado los días anteriores a la batalla con el lince. Se había asomado al aspecto más feroz de la vida: había luchado, había hundido sus dientes en la carne de un enemigo y había sobrevivido. Y por todo aquello, se comportaba con más aplomo, con un aire de desafío que era nuevo para él. Ya no tuvo miedo de las pequeñas cosas nunca más y buena parte de su timidez se desvaneció, aunque lo desconocido nunca cesaba de presionarle con sus misterios y sus horrores intangibles y siempre amenazadores.

Comenzó a acompañar a la madre en cacerías en las que aprendió mucho sobre cómo matar y empezó a tomar parte en el juego. Y en su simplicidad, aprendió la ley de la carne. Había dos tipos de vidas, la suya y la de los demás. La suya incluía la propia y la de su madre. El otro tipo incluía todas las cosas vivientes que se movían. Pero este otro tipo estaba dividido. Una parte era como la suya, que mataba y devoraba, y estaba compuesta por los que no mataban y por pequeños predadores. La otra parte mataba y devoraba a los del grupo al que pertenecía el lobezno o bien morían y eran devorados por estos últimos. Y englobando esta clasificación estaba la ley. El objeto de la vida era la carne. La vida misma era carne. La vida vive de vida. Se encontraban los que devoraban y los que eran devorados. La ley era: devorar o ser devorado. Él no formulaba la ley de forma tan clara ni establecía los conceptos ni moralizaba. Ni tan siquiera pensaba en esta ley; tan solo vivía la ley sin pensar en ella.

Veía que la ley funcionaba a su alrededor en todas partes. Él había devorado a los polluelos del ptarmigán. El halcón había devorado a la madre ptarmigán. Más tarde, cuando hubo crecido, quiso devorar al halcón. Devoró a la cría del lince. El lince madre se lo hubiera comido de no haber estado ella misma muerta y devorada. Y así funcionaba todo. La ley era vivida a su alrededor por todas las

cosas vivientes y él mismo era parte y parcela de la ley. Era un predador. Su único alimento era la carne, la carne viva, que escapaba veloz ante él o que remontaba el vuelo hacia los cielos o que trepaba a los árboles o que se escondía bajo tierra o que le presentaba cara y luchaba o que invertía el juego y corría tras él.

Si el lobezno hubiera pensado como lo hacen los hombres, habría calificado la vida como un voraz apetito, y el mundo como el lugar en el que vagan multitud de apetitos persiguiendo y siendo perseguidos, cazando y siendo cazados, devorando y siendo devorados, y todo ello en la ceguera y la confusión, con violencia y desorden, un caos de gula y matanza gobernado por la suerte, la ferocidad y la casualidad en un proceso sin fin.

Pero el lobezno no pensaba como los hombres. No observaba las cosas con una visión amplia. Solo tenía un propósito y tan solo podía asimilar un pensamiento o un deseo al mismo tiempo. Además de la ley de la carne, había miles de diversas y más pequeñas leyes que debía aprender y obedecer. El mundo estaba lleno de sorpresas. El aliento de la vida estaba en él, el movimiento encadenado de sus músculos era una fuente de inagotable felicidad. Encontrar carne significaba experimentar pánicos y alegrías. Sus cóleras y luchas eran un placer. El mismo terror y el misterio de lo desconocido eran los alicientes de su forma de vida.

Y había también momentos de descanso y satisfacciones. Tener el estómago lleno, adormilarse perezosamente bajo el sol… Tales cosas eran la recompensa a sus ardores y fatigas, y el premio se encontraba en ellas mismas. No eran más que expresiones de la vida, y la vida siempre es alegre cuando se expresa a sí misma. Así pues, el lobezno no estaba enemistado con su entorno hostil. Estaba muy vivo, muy feliz y muy orgulloso de su existencia.

Tercera parte

1. Los artífices del fuego

El lobezno se tropezó de pronto con aquello. Fue por su culpa. No había sido cauto. Había abandonado la cueva y corrido hacia el arroyo para beber. Lo que le debió ocurrir fue que todavía estaba medio dormido. (Había estado fuera, cazando toda la noche, y se acababa de despertar). Y su descuido podía deberse a la familiaridad con que recorría ya aquel camino hacia el agua. Lo había hecho muchas veces y nunca había sucedido nada.

Pasó de largo el pino marchito, atravesó el espacio abierto y corrió por entre los árboles. Entonces, en el mismo instante, vio y olió. Ante él, acuclillados en silencio, se encontraban cinco cosas vivas, cuyo aspecto no había visto antes. Fue su primera visión de la especie humana. Pero al divisarlo, ninguno de los cinco hombres se levantó ni le enseñaron los dientes ni gruñeron. No se movieron, sino que permanecieron sentados, silenciosos y siniestros.

Tampoco se movió el cachorro. Todos los instintos de su naturaleza le habrían obligado a huir de aquel lugar a todo correr, si no llega a ser porque, repentinamente y por primera vez, se despertó en él el instinto contrario. Sintió un miedo tremendo. Estaba reducido a la inmovilidad por la insuperable sensación de su propia debilidad e insignificancia. Allí estaban el señorío y el poder, poco más allá de donde él se encontraba.

El lobezno no había visto hasta entonces a un hombre y, sin embargo, poseía un instinto relacionado con la especie humana. De forma confusa reconocía al hombre como el animal que había luchado por alcanzar la supremacía entre los demás animales de lo salvaje. Contemplaba al hombre no solo a través de sus ojos, sino a través de los de todos sus antecesores, a través de ojos que habían acechado en la oscuridad innumerables campamentos de invierno, que habían observado a prudencial distancia y desde el corazón de la espesura a aquel extraño animal de dos patas que era el rey de las cosas vivientes. El hechizo de

la herencia del lobezno se apoderó de él: el miedo y el respeto nacidos de siglos de lucha y de las experiencias acumuladas por generaciones. La herencia era demasiado atrayente para un lobo que tan solo era un cachorro. Si hubiera sido un lobo adulto, habría huido. Tal y como era, se sintió atenazado por la parálisis del miedo y emitió parte de las señales de sumisión que su especie había emitido desde la primera vez que el lobo se acercó para sentarse junto a la hoguera del hombre y calentarse.

Uno de los indios se levantó, caminó en su dirección y se detuvo ante él. El lobezno se agazapó más todavía en el suelo. Era lo desconocido por fin materializado en carne y hueso, que se inclinaba apoderándose de él. Su pelo se erizó involuntariamente; frunció el hocico y sus blancos colmillos quedaron al descubierto. La mano, extendida sobre él como un fatídico hado, vaciló, y el hombre dijo unas palabras riendo: *«Wabam wabisca ip pit tah»* («¡Mira! ¡Los colmillos blancos!»).

Los otros indios se echaron a reír y animaron al hombre a que cogiera al cachorro. Mientras la mano se acercaba más y más, una lucha de instintos se desencadenó en el lobezno. Experimentó dos grandes impulsos: ceder o luchar. La acción resultante fue un término medio. Hizo ambas cosas. Cedió hasta que la mano casi le rozaba y, luego, luchó mordiendo la mano. Al instante recibió un manotazo en la cabeza que le hizo apartarse. Entonces todo deseo de lucha desapareció de él. Su corta edad y el instinto de sumisión se hicieron cargo de él. Se sentó y comenzó a gemir. Pero el hombre cuya mano había mordido estaba furioso. El lobezno recibió otro manotazo; se levantó y continuó gimiendo con más intensidad.

Los cuatro indios se echaron a reír en voz más alta e incluso el hombre al que había mordido se unió a ellos. Rodearon al lobezno riéndose, mientras él expresaba su miedo y su dolor. En mitad de aquel alboroto, el cachorro oyó algo. Los indios también lo oyeron. Pero el cachorro sabía de qué se trataba y, con un último y prolongado aullido en el que se advertía triunfo más que pena, dejó de gemir y esperó a que llegara su madre, feroz e indomable, que luchaba y aniquilaba todas las cosas y que nunca tenía miedo. Gruñía mientras avanzaba corriendo. Había oído los gemidos de su cachorro y se apresuraba a salvarle.

De un salto se situó entre ellos, y su aspecto maternal, inquieto y agresivo, le restó belleza. Pero para el lobezno el espectáculo de su furia protectora fue un placer. Emitió un aullido de alegría y brincó para unirse a ella, mientras los animales-hombre retrocedían varios pasos. La loba permaneció delante de su

cachorro, encarándose con los hombres, con el pelo erizado y un profundo gruñido escapando de su garganta. Su rostro estaba descompuesto y mostraba su amenazadora malignidad; su gruñido era tan formidable que había arrugado el hocico desde la punta hasta los ojos.

Entonces un hombre gritó:

—¡Kiche! —fue lo que pronunció. Era una exclamación de sorpresa.

El lobezno sintió que su madre debilitaba su gruñido.

—¡Kiche! —volvió a gritar el hombre, esta vez con dureza y autoridad.

Y entonces el cachorro vio que su madre, la loba, la que no temía a nadie, se agazapaba hasta que su estómago tocó la tierra, gimiendo, agitando la cola, haciendo señales de paz. El cachorro no lo podía entender. Se quedó helado. El temor al hombre volvió a apoderarse de él. Su instinto no le había mentido. Su madre acababa de demostrarlo. Ella también se rendía ante el animal-hombre.

El hombre que había hablado se acercó a ella. Puso la mano sobre su cabeza y ella se agazapó más. No le mordió ni le amenazó con hacerlo. Otro de los hombres se acercó, la rodeó, la tocó y la acarició sin que la loba intentara protestar. Estaban muy animados y hacían muchos ruidos con sus bocas. Sus sonidos no indicaban peligro, según pensó el cachorro, mientras se acurrucaba contra su madre y todavía se le erizaba el pelo, aunque hacía todo lo posible por someterse.

—No es extraño —decía un indio—. Su padre era un lobo. Su madre es cierto que era una perra; pero ¿no la ató mi hermano en el bosque durante tres noches en la época de celo? Por eso el padre de Kiche era un lobo.

—Hace un año que huyó, Castor Gris —dijo otro de los indios.

—No es extraño, Lengua de Salmón —respondió Castor Gris—. Corrían tiempos de hambre y no había alimento para los perros.

—Vivió con los lobos —dijo un tercer indio.

—Luego parece. Tres Águilas —contestó Castor Gris, posando la mano sobre el lobezno—, que esta es la prueba de ello.

El cachorro gruñó un poco cuando sintió el contacto de la mano y esta se retiró para propinarle un manotazo. Después de lo cual el cachorro ocultó sus colmillos y se agazapó sumiso, mientras la mano volvía a acariciarle detrás de las orejas y el lomo.

—Esta es la prueba de ello —continuó Castor Gris—. Está claro que su madre es Kiche. Pero su padre es un lobo. Por lo cual en él hay poco de perro y mucho de lobo. Sus colmillos son blancos, y Colmillo Blanco debe ser su

nombre. He dicho. Es mi perro, ya que ¿no era Kiche la perra de mi hermano? ¿Y no está mi hermano muerto?

El lobezno, que de aquella forma recibió un nombre en el mundo, permaneció echado y observó. Durante cierto tiempo los animales-hombre continuaron emitiendo sonidos. Entonces, Castor Gris tomó el cuchillo de la vaina que colgaba alrededor de su cuello, penetró en la espesura y cortó un palo. Colmillo Blanco le observaba. Hizo una muesca en cada extremo del palo y en cada agujero hizo un lazo con una cuerda de cuero virgen. Uno de los lazos lo pasó por el cuello de Kiche y la condujo hasta un pequeño pino, alrededor del cual ató el segundo lazo.

Colmillo Blanco siguió a su madre y se tendió a su lado. La mano de Lengua de Salmón le alcanzó y le hizo tumbarse con el vientre descubierto. Kiche le miraba con inquietud. Colmillo Blanco sintió que el miedo se apoderaba de él otra vez. Apenas pudo contener un gruñido, pero no hizo ningún esfuerzo por morderle. La mano, que se abría y cerraba, acariciaba su estómago de forma juguetona y le hacía rodar de un lado a otro. Estar tendido sobre su lomo con las patas hacia arriba era ridículo y no tenía la menor gracia. Además, era una posición en la que se encontraba tan absolutamente indefenso que la naturaleza entera de Colmillo Blanco la rechazaba. No podía hacer nada para defenderse. Si este animal-hombre trataba de hacerle daño, sabía que no podría escapar. ¿Cómo podría huir con las patas hacia arriba? Sin embargo, la sumisión hizo que pudiera dominar su miedo y tan solo gruñó suavemente. No pudo contener el gruñido, pero el hombre tampoco le respondió con otro manotazo en la cabeza. Y además, para mayor confusión, Colmillo Blanco experimentó un indecible placer al sentir la mano acariciándole arriba y abajo. Cuando volvió a su posición normal, dejó de gruñir; cuando los dedos le acariciaron la base de las orejas, el placer se intensificó y cuando, con una última caricia, el hombre le dejó libre, el miedo había muerto en Colmillo Blanco. Todavía tendría que conocer el miedo de otros muchos contactos con el hombre; sin embargo, era el indicio de un compañerismo sin temor lo que a la larga quedaría en él.

Después de un tiempo, Colmillo Blanco oyó unos extraños ruidos que se acercaban. Fue rápido en su identificación, ya que se trataba de sonidos humanos. Unos minutos más tarde el resto de la tribu apareció en fila como si hubieran estado de marcha. Había más hombres y muchas mujeres y niños, que sumaban unos cuarenta, y todos iban pesadamente cargados con los útiles del campamento y otras herramientas. También había muchos perros y estos,

exceptuando los cachorros ya crecidos, iban igualmente cargados con los utensilios del campamento. En sus lomos, en bolsas atadas alrededor de sus cuerpos, los perros transportaban de veinte a treinta libras de peso.

Colmillo Blanco no había visto un perro jamás, pero al contemplarlos sintió que eran de su propia especie, aunque algo diferentes. Sin embargo, su comportamiento no fue muy distinto al de un lobo cuando descubrieron al cachorro y a su madre. Se produjo un alboroto. A Colmillo Blanco se le erizó el pelo, gruñó y dio un zarpazo al hocico de uno de los perros que se acercaba entre los demás. Poco después cayó abatido por ellos y sintió los desgarrones que le produjeron sus dientes en todo el cuerpo y él mismo les mordió y les desgarró las patas y los vientres. Se produjo un gran estrépito. Pudo oír el gruñido de Kiche mientras luchaba por él, el sonido de los palos golpeando los cuerpos y los aullidos de dolor de los perros que así eran golpeados.

Solo unos cuantos segundos pasaron antes de que volviera a ponerse a cuatro patas. En aquellos momentos podía ver al animal-hombre haciendo retroceder a los perros con los palos y las piedras, defendiéndole, salvándole de los salvajes dientes de aquella especie que, de alguna forma, no era la suya. Y aunque en su mente no había una concepción clara de algo tan abstracto como era la justicia, sin embargo, a su manera, sintió la justicia de los animales-hombre y los conoció por lo que eran: creadores de la ley y ejecutores de la ley. También apreció el poder con el que la administraban. De distinta forma a los demás animales con los que se había encontrado, no mordían ni daban zarpazos. Reforzaban su fuerza con el poder de cosas muertas. Las cosas muertas cumplían sus órdenes. Así, los palos y las piedras, dirigidos por aquellas extrañas criaturas, saltaban por el aire como cosas vivas, causando insoportables dolores a los perros.

Para él aquel poder era desconocido, un poder inconcebible y sobrenatural, un poder divino. Colmillo Blanco, por su propia naturaleza, no podía saber nada de los dioses, a lo sumo podía comprender que existían cosas más allá del conocimiento; pero la admiración y el temor que tenía por el animal-hombre se parecía a lo que pudiera ser la admiración y el temor que el hombre siente ante cualquier criatura celestial que, sobre la cima de una montaña, arrojara rayos con cada una de sus manos hacia el mundo atónito.

El último perro retrocedió. El coro de ladridos cesó y Colmillo Blanco se lamió las heridas al tiempo que meditaba sobre su primer contacto con el sabor de la crueldad de la jauría y su presentación ante ella. Jamás había soñado que su propia especie consistiera en algo más que Tuerto, su madre y él. Ellos habían

constituido una especie aparte y allí, de pronto, había descubierto muchas más criaturas que aparentemente eran de su especie. Y se encontró con que ellos, su especie, le habían atacado a primera vista y habían intentado destruirle. En aquel mismo sentido, le había molestado que ataran a su madre, a pesar de que lo hubieran hecho los animales-hombre, superiores a él. Tenía sabor a trampa, a cautiverio. Sin embargo, todavía no comprendía el significado de trampa, ni el de cautiverio. Su herencia había sido la libertad para vagar, correr y descansar a voluntad, y aquella libertad estaba siendo usurpada. Los movimientos de su madre se reducían a la longitud del mismo palo con el que se reducían los suyos, ya que por el momento no tenía otra necesidad que estar junto a su madre.

Nada de aquello le gustaba; ni le gustó tampoco que los animales-hombre se levantaran y continuaran con su marcha. Uno de los pequeños animales-hombre cogió por el otro extremo el palo del que iba atada su madre y echó a andar con ella cautiva detrás de él; detrás de Kiche les seguía Colmillo Blanco, muy confuso y preocupado por aquella nueva aventura que había comenzado.

Avanzaron valle abajo siguiendo el curso del río, más allá de los amplios límites que había explorado Colmillo Blanco, hasta que llegaron al final del valle, donde la corriente se unía al río Mackenzie. Allí, donde las canoas estaban suspendidas en el aire sobre altos postes y donde se levantaban los secaderos de pescado, se montó el campamento. Y Colmillo Blanco miró a su alrededor con expresión sorprendida. La sensación de la superioridad del animal-hombre aumentaba por momentos. Allí comprobó su dominio sobre los perros de afilados colmillos. Se respiraba su poder. Pero más grande que aquello, para el cachorro lobo, era el dominio que ejercía sobre las cosas que no estaban vivas, su capacidad para cambiar el rostro mismo del mundo.

Era esto último lo que más le impresionaba. Los elevados perfiles de los postes llamaron su atención; sin embargo, aquello, por sí mismo, no era tan asombroso, tratándose de ingenios que habían hecho las mismas criaturas que arrojaban palos y piedras a gran distancia. Pero cuando los perfiles de las estacas se convirtieron en tipis[6] al ser cubiertas con tela y pieles, Colmillo Blanco se quedó perplejo. Era su volumen colosal lo que más le asombraba. Se levantaron alrededor de él, a ambos lados, como una forma de vida monstruosa en rápido crecimiento. Ocupaban casi la entera circunferencia de su campo de visión. Se sintió temeroso de ellas. Sus formas se erguían siniestras sobre él y, cuando la

brisa hizo que se agitaran con grandes movimientos, se agazapó cobarde, mirándolas con precaución, presto para huir si se atrevían a echársele encima.

Pero en un corto espacio de tiempo, su miedo hacia los tipis desapareció. Vio a las mujeres y a los niños entrando y saliendo de ellos sin daño alguno, e incluso a los perros intentando varias veces penetrar y ser rechazados con duras palabras e incluso con piedras. Después de un rato, se separó de Kiche y se acercó con cautela al tipi más próximo. Era la curiosidad de la juventud la que le impulsaba, la necesidad de aprender, de vivir y de hacer, la curiosidad que aporta experiencia. Las últimas pulgadas que le separaban del tipi las cubrió con dolorosa lentitud y precaución. Los acontecimientos del día le habían preparado para que lo desconocido se manifestase en su forma más maravillosa e inesperada. Por fin, su nariz detectó el olor de la lona. Esperó. Nada ocurría. Luego olió el extraño lienzo impregnado del olor del animal-hombre. Mordió la lona y tiró levemente. Nada ocurrió, aunque las zonas adyacentes de la tela se movieron. Tiró con más fuerza. Se produjo un gran movimiento. Le pareció divertido. Tiró todavía más fuerte una y otra vez hasta que toda la tienda se tambaleó. Entonces el grito severo de una india procedente del interior le hizo escaparse corriendo hasta Kiche. Pero después de eso ya no volvió a sentir miedo por la masa amenazante de las tiendas.

Más tarde se alejó de nuevo de su madre. El palo estaba unido a una estaca en el suelo y no podía seguir al lobezno. Un joven cachorro de perro, algo más grande y mayor que él, se acercó lentamente dándose un aire de importancia beligerante y ostentosa. El nombre del cachorro, como más tarde Colmillo Blanco oyó que le llamaban, era Hocicos. Había tenido experiencias en lucha de cachorros y ya era algo valentón.

Hocicos era de la misma especie que Colmillo Blanco y, por ser solo un cachorro, no parecía peligroso; así que Colmillo Blanco se preparó para un encuentro amistoso con él. Pero, cuando el paso del desconocido se convirtió en un avance con las patas muy tiesas y el hocico fruncido enseñando los dientes, Colmillo Blanco se puso en guardia también y le contestó con los dientes al descubierto. Dieron media vuelta en círculo tanteando el terreno, mientras gruñían con el pelo del lomo erizado. Aquello se prolongó durante varios minutos y Colmillo Blanco comenzó a encontrarlo divertido, como si se tratara de un juego. Pero de repente, con considerable rapidez, Hocicos saltó sobre él, le dio un zarpazo fulminante y se apartó de un salto otra vez. El zarpazo le alcanzó en la paletilla en la que le había herido el lince, herida todavía sin cerrar y que

llegaba casi al hueso. La sorpresa y el dolor hicieron que Colmillo Blanco aullara; pero poco después, en un arranque de cólera, se abalanzó sobre Hocicos y le atacó con violencia.

Sin embargo, Hocicos había vivido toda su vida en el campamento y había luchado en muchas ocasiones. Tres, cuatro y media docena de veces sus afilados dientes se clavaron en el recién llegado, hasta que Colmillo Blanco, aullando sin pudor, huyó buscando la protección de su madre. Era la primera de muchas luchas que habría de entablar con Hocicos, ya que se convirtieron en enemigos desde el principio: habían nacido para ello, con naturalezas destinadas a enfrentarse eternamente.

Kiche lamió suavemente a Colmillo Blanco e intentó que se quedara a su lado. Pero su curiosidad era desenfrenada y pocos minutos después probó fortuna en una nueva búsqueda. Se acercó a uno de los animales-hombre: Castor Gris, que estaba sentado en cuclillas haciendo algo con unos palos y musgo seco esparcido a su alrededor en el suelo. Colmillo Blanco se acercó y observó. Castor Gris hizo una serie de ruidos con la boca, que Colmillo Blanco interpretó como no hostiles, así que se acercó todavía más.

Mujeres y niños estaban llevando más palos y ramas a Castor Gris. Era evidente que aquella tarea sería cosa de un momento. Colmillo Blanco se acercó hasta tocar con el hocico la rodilla de Castor Gris, tanta era su curiosidad y tanto había olvidado lo terrible que era aquel animal-hombre. De pronto vio una cosa extraña, como niebla que comenzaba a levantarse desde los palos y el musgo que había bajo las manos de Castor Gris. Entonces, entre los palos, apareció una cosa viviente, retorciéndose y revolviéndose, de un color como el del sol del firmamento. Colmillo Blanco no sabía nada del fuego. Le atraía como la luz de la entrada de la cueva le había atraído en sus primeros días de cachorro. Se arrastró todavía más hacia la llama. Oyó cómo Castor Gris se reía y sintió que aquel sonido no era hostil. Entonces, su hocico tocó la llama y en el mismo instante su pequeña lengua salió en su auxilio.

Durante un instante, se quedó paralizado. Lo desconocido, que acechaba entre los palos y el musgo, estaba agarrándole de forma salvaje la nariz. Se retiró con torpes movimientos al tiempo que estallaba una perpleja explosión de aullidos. Al oírle, Kiche saltó forzando la longitud del palo y se sintió rabiosa al no poder acudir en su ayuda. Pero Castor Gris se echó a reír estrepitosamente, se dio varias palmadas en los muslos y le contó lo que había ocurrido al resto del campamento, hasta que todo el mundo se echó a reír con escándalo. Pero

Colmillo Blanco se sentó y aulló y aulló como una figurita desamparada y digna de lástima entre los animales-hombre.

Fue el peor dolor que jamás había experimentado. Aquella cosa viva, con el color del sol, que había crecido entre las manos de Castor Gris le había abrasado la nariz y la lengua. Gimoteó y gimoteó interminablemente y cada gemido era percibido con estallidos de risa por parte de los animales-hombre. Trató de calmarse el dolor de la nariz con la lengua, pero la tenía también quemada y aquellos dos dolores unidos le producían uno todavía mayor, por lo que gemía más desconsolado e indefenso que nunca.

Y entonces, la vergüenza se apoderó de él. Sabía lo que era la risa y lo que significaba. No nos es dado saber cómo algunos animales conocen la risa, pero también Colmillo Blanco la conocía. Y sintió vergüenza de que los animales-hombre se rieran a su costa. Se volvió y salió corriendo, no por el dolor que le había causado el fuego, sino por las risas que penetraban mucho más profundamente y le herían el ánimo. Y corrió hacia Kiche, que se debatía rabiosa en el extremo del palo como un animal que se vuelve loco: Kiche, la única criatura en el mundo que no se reía de él.

La luz del atardecer cayó y se hizo de noche. Colmillo Blanco yacía junto a su madre. La nariz y la lengua todavía le dolían, pero estaba atónito ante un problema mayor. Tenía melancolía de su hogar. Sentía un vacío dentro de él, una necesidad del silencio y la quietud del arroyo y de la cueva del terraplén. La vida se había llenado de muchos seres. Había demasiados animales-hombre, hombres, mujeres y niños que hacían ruidos y le enojaban. Y había perros, siempre riñendo y disputando, alborotando y organizando escandaleras. La descansada soledad de la única vida que había conocido se había esfumado. Allí, el mismo aire palpitaba lleno de vida. Murmuraba y zumbaba con ritmo creciente. Continuamente cambiaba su intensidad y variaba repentinamente de tono; le afectaba a los nervios y a los sentidos, le hacía sentirse inquieto, desasosegado y le preocupaba con la perpetua inminencia de lo que pudiera ocurrir a continuación.

Observó a los animales-hombre yendo, viniendo y moviéndose por el campamento. De una forma ligeramente semejante a como los hombres contemplan a los dioses que han creado, así observaba Colmillo Blanco a los animales-hombre que tenía ante él. Eran criaturas superiores y, en verdad, dioses. Para su vago conocimiento eran tan grandes taumaturgos como los dioses para los mismos hombres. Eran criaturas que dominaban, poseedores de todas las

potencias desconocidas e imposibles, señores de lo vivo y de lo inerte, que hacían obedecer a lo que se movía, que hacían moverse a lo que no se movía y que creaban vida, una vida penetrante y del color del sol, que nacía del musgo muerto y de la leña. ¡Eran los artífices del fuego! ¡Eran dioses!

2. El cautiverio

Los días reportaban mucha experiencia a Colmillo Blanco. Durante el tiempo que Kiche estuvo atada a la estaca, recorrió todo el campamento indagando, investigando y aprendiendo. Conoció con rapidez muchas de las costumbres de los animales-hombre, aunque la familiaridad no alimentó el desprecio. Cuanto más los conocía, más le demostraban su misterioso poder y mayor era su apariencia de dioses.

Al hombre le ha sido dado el infortunio de ver a sus dioses caídos y sus altares desmoronados; pero para el lobo y el perro salvaje, que se acurrucaban a los pies del hombre, aquella desgracia les era completamente ajena. Al contrario que el hombre, cuyos dioses son invisibles y fruto de una adivinación, vapores y nieblas de la fantasía que eluden la vestimenta de la realidad, errantes fantasmas de deseada divinidad y poder, brotes intangibles del yo en el reino del espíritu, al contrario que el hombre, el lobo y el perro salvaje han acudido junto al fuego para encontrar a sus dioses de carne y hueso, tangibles, que ocupan un espacio y requieren un tiempo para cumplir con un final y con su existencia. No es necesario realizar ningún esfuerzo para creer en tales dioses; ningún esfuerzo de la voluntad puede inducir a la falta de fe. No hay forma de huir de ellos. Ahí mismo se levanta, sobre sus dos piernas, bastón en mano, inmensamente poderoso, apasionado, colérico y amante, dios, misterio y poder, todo unido por una carne que sangra cuando es desgarrada y que es tan buena para alimentarse como cualquier otra.

Y aquello le ocurría a Colmillo Blanco. Los animales-hombre eran inequívocos dioses de los que no se podía escapar. Como su madre, Kiche, había rendido su lealtad a ellos en cuanto gritaron su nombre, así comenzaba él a rendirles la suya. Les cedía el paso como un privilegio que ellos tenían sin duda alguna. Cuando ellos caminaban, él se apartaba del sendero. Cuando ellos

llamaban, él acudía. Cuando ellos amenazaban, él se acobardaba. Cuando ellos le ordenaban que avanzara, él continuaba a toda prisa. Ya que detrás de cualquier deseo de los hombres estaba su poder para ejecutarlo, poder para herir, poder que se expresaba por sí mismo a través de manotazos y garrotes, de piedras que volaban y de latigazos que escocían.

Él les pertenecía como todos los demás perros. Sus actos eran producto de sus órdenes. Su cuerpo era de ellos para destrozarlo, pisotearlo o golpearlo. Tal fue la lección que muy rápidamente le hicieron aprender. Fue difícil, teniendo en cuenta lo mucho que de fuerza y dominio había en su propia naturaleza; y, aunque lo aborrecía conforme lo iba aprendiendo, inconscientemente estaba aprendiendo a que le gustara. Colocar su destino en manos ajenas fue un ascenso en las responsabilidades de la existencia. Esto en sí mismo era una compensación, ya que siempre es más fácil apoyarse en otros que permanecer solo.

Pero aquella renuncia a su cuerpo y a su alma para entregársela al animal-hombre no ocurrió en un día. No pudo olvidar de inmediato su herencia selvática y sus recuerdos de lo salvaje. Hubo días en los que se aventuró hasta el límite del bosque y allí se quedaba quieto, escuchando el sonido de una lejana llamada. Y siempre regresaba desasosegado e intranquilo, para gemir con suavidad y melancolía junto a Kiche y para lamer su rostro con ansia y perplejidad.

Colmillo Blanco aprendió con rapidez las costumbres del campamento. Conoció la injusticia y la avaricia de los perros más viejos con la carne o el pescado que se les arrojaba para alimentarse. Se dio cuenta de que los hombres eran más justos, los niños más crueles y las mujeres más amables y más propicias a arrojarle un trozo de carne o un hueso. Y después de dos o tres aventuras dolorosas con las madres de dos cachorros más crecidos, advirtió que la mejor política era dejar a aquellas madres solas, mantenerse lo más alejado de ellas y evitarlas cuando viera que se acercaban.

Pero su ruina era Hocicos. Más grande, mayor y más fuerte, Hocicos había elegido a Colmillo Blanco como el objetivo de sus persecuciones. Colmillo Blanco luchaba con ahínco, pero su enemigo era muy superior a él. Su oponente era demasiado grande. Hocicos se convirtió en una pesadilla para él. Siempre que se alejaba del lado de su madre, era seguro que el valentón aparecería, siguiéndole los talones, gruñéndole, acosándole y acechando cualquier oportunidad, cuando ningún animal-hombre estuviera cerca, para saltar sobre él y forzarle a la lucha. Como Hocicos siempre vencía, se divertía muchísimo. Se

convirtió en su mayor placer en la vida, como en el tormento mayor para Colmillo Blanco.

Pero el efecto que aquello tuvo sobre Colmillo Blanco no fue acobardarle. Aunque sufría un gran dolor y siempre era vencido, su espíritu permanecía insumiso. Sin embargo, se produjo un efecto negativo. Se volvió malo y hosco. Su carácter había sido salvaje desde su nacimiento, pero se tornó más salvaje con aquella inacabable persecución. La parte amable, juguetona e infantil que había en él encontró pocos momentos para manifestarse. Nunca jugaba ni retozaba con los demás cachorros del campamento. Hocicos no lo hubiera permitido. En el instante en que Colmillo Blanco aparecía junto a ellos, Hocicos se le echaba encima, tiranizándole e intimidándole, o luchando con él hasta que le apartaba.

La consecuencia de todo aquello fue que arrebató a Colmillo Blanco buena parte de su vida como cachorro e hizo envejecer su carácter. Negada la expresión de sus energías a través de los juegos, se replegó sobre sí mismo y desarrolló la actividad mental. Se volvió astuto; su tiempo libre lo dedicaba a planear trucos y artimañas. Como se le impedía obtener su parte de carne y pescado cuando se les daba de comer a todos los perros, se convirtió en un experto ladrón. Tenía que valerse por sí mismo y lo hacía bien, aunque muchas veces se convertía en una peste para las indias. Aprendió a merodear por el campamento, a ser taimado, a saber qué era lo que pasaba en todas partes, a ver y a oír todo y a razonar de acuerdo con aquello que descubría y a idear con éxito formas y maneras de evitar a su implacable perseguidor.

Fue en uno de los primeros días de aquella persecución cuando por primera vez jugó a ser astuto y probó así el sabor de la venganza. Como Kiche, cuando vivía con los lobos, había persuadido a los perros de los campamentos de los hombres para abandonarlos y conducirlos de aquella forma a la destrucción, de la misma manera Colmillo Blanco engañó a Hocicos para hacerle caer entre las mandíbulas de Kiche, que le esperaba para vengarse. Huyendo delante de Hocicos, Colmillo Blanco corrió rodeando las tiendas del campamento. Era un buen corredor, más veloz que cualquier otro cachorro de su tamaño y más que Hocicos. Pero no corrió todo lo que podía en aquella ocasión. Se mantuvo a una distancia de un salto por delante de su perseguidor.

Hocicos, excitado por la caza y por la insistente proximidad de su víctima, se olvidó de ser cauto y del entorno. Cuando se dio cuenta de esto último, era demasiado tarde. Al correr a toda velocidad alrededor de las tiendas, se abalanzó sobre Kiche, que estaba tumbada junto a la estaca. La loba aulló de

consternación y luego sus mandíbulas se cerraron sobre él como castigo. Estaba atada, pero Hocicos no pudo deshacerse de ella fácilmente. Le dio la vuelta para que no pudiera escapar, mientras le desgarraba y le mordía con los colmillos.

Cuando por fin pudo librarse de ella, se arrastró, desmelenado, con el cuerpo y el espíritu malparados. Su pelo estaba revuelto a mechones en los lugares en los que ella le había mordido. Se quedó en el punto en el que se había levantado, abrió la boca y emitió un largo y lastimero aullido de cachorro. Pero ni siquiera iba a poder finalizar aquello. Colmillo Blanco se lanzó sobre él y hundió sus dientes en la pata trasera de Hocicos. No le quedaban fuerzas para luchar y salió corriendo avergonzado, con el que había sido su víctima siguiéndole los talones y acosándole hasta que llegaron al tipi de su amo. Allí las indias salieron en su ayuda y Colmillo Blanco, convertido en demonio rabioso, fue rechazado a pedradas.

Llegó el día en el que Castor Gris decidió que el castigo por haber huido había terminado y liberó a Kiche. Colmillo Blanco estaba encantado con la libertad de su madre. La acompañó por todo el campamento compartiendo su alegría y, como permanecía a su lado, Hocicos se mantenía a distancia. A Colmillo Blanco incluso se le erizó el pelo y las patas se le pusieron rígidas, pero Hocicos no hizo caso de aquel reto. No era tonto y, aunque quería vengarse, podía esperar hasta que sorprendiera a Colmillo Blanco solo.

Más tarde, aquel mismo día, Kiche y Colmillo Blanco se acercaron a las lindes del bosque cercano al campamento. Había conducido a su madre hasta allí, paso a paso, y entonces, cuando ella se detuvo, él intentó persuadirla para que continuaran más allá. El arroyo, el cubil y los bosques silenciosos le llamaban y deseaba que ella le acompañara. Corrió unos cuantos pasos más allá, se detuvo y miró hacia atrás. Ella no se movió. Gimoteó suplicante y comenzó a correr, juguetón, de un lado a otro por la maleza. Volvió junto a ella, le lamió el rostro y salió corriendo otra vez. Y la loba continuó sin moverse. Se detuvo y la observó con una intensidad y un ansia que expresaba físicamente y que desaparecieron cuando ella volvió la cabeza y miró hacia el campamento.

Algo le llamaba en el bosque. Su madre lo oyó también. Pero oyó asimismo otra llamada más poderosa, la llamada del fuego y del hombre, la llamada que había sido emitida para que de entre todos los animales contestaran el lobo y el perro salvaje, su hermano.

Kiche se volvió y comenzó a trotar lentamente hacia el poblado. Más fuerte que la cadena física de la estaca era la del propio campamento. Invisibles y

ocultos, los dioses todavía la encadenaban con su poder y no la dejarían marchar. Colmillo Blanco se sentó a la sombra de un abedul y gimió suavemente. Había un fuerte olor a pino y delicadas fragancias de los bosques saturaban el aire, recordándole su antigua vida de libertad antes de sus días de cautiverio. Pero todavía no era más que un cachorro algo crecido y, más fuerte que la llamada del hombre o de las Tierras Vírgenes, era la llamada de su madre. Todas las horas de su corta vida dependían de ella. No había llegado aún el momento de su independencia. Así que se levantó y trotó desesperanzado hacia el campamento. En el camino se detuvo una y dos veces para sentarse, gemir y escuchar la llamada que todavía emitía el corazón del bosque.

En las Tierras Vírgenes, el tiempo que una madre pasa con su cría es corto; pero bajo el dominio del hombre se convierte a veces en más reducido. Así le ocurrió a Colmillo Blanco. Castor Gris estaba en deuda con Tres Águilas. Tres Águilas había proyectado un viaje por el río Mackenzie hacia el lago Great Slave. Una faja de tela roja, una piel de oso, veinte cartuchos y Kiche fueron el importe de la deuda. Colmillo Blanco vio cómo se llevaban a su madre en la canoa de Tres Águilas e intentó seguirla. Un golpe de Tres Águilas le devolvió a la orilla. La canoa partió. El cachorro saltó al agua y nadó detrás de ella, sin hacer caso de los gritos de Castor Gris para que regresara. Colmillo Blanco desobedeció incluso al animal-hombre, al dios; tal era el pavor que sentía al perder a su madre.

Pero los dioses están acostumbrados a que se les obedezca y Castor Gris, iracundo, echó al agua una canoa para perseguirle. Cuando alcanzó a Colmillo Blanco, le agarró de la nuca y le sacó de la corriente. No le depositó en la canoa, sino que, suspendido en una mano, con la otra comenzó a pegarle. Y le dio una paliza. Su mano era fuerte; cada golpe era terriblemente doloroso y le propinó un centenar de ellos.

Impulsado por los golpes que llovían sobre él de un lado y de otro, Colmillo Blanco bailaba de acá para allá como un péndulo irregular y espasmódico. Las emociones que experimentaba eran igualmente dispares. Al principio sintió perplejidad. Luego le acometió un miedo momentáneo mientras aullaba a cada manotazo que le propinaba. Pero aquella reacción fue seguida casi al instante por la cólera. Su talante de animal libre se despertó y mostró sus dientes y gruñó sin miedo al rostro del enfurecido dios. Aquello no sirvió sino para hacer que el dios se encolerizara todavía más. Los golpes se volvieron más abundantes, fuertes y mucho más dolorosos.

Castor Gris continuó pegándole. Colmillo Blanco continuó gruñendo. Pero aquello no podía prolongarse eternamente. El uno o el otro debía ceder y fue Colmillo Blanco el que lo hizo. El miedo se apoderó de nuevo de él. Por primera vez estaba siendo manejado por el hombre. Los golpes ocasionales que le habían propinado con palos y piedras eran insignificantes comparados con aquella paliza. Se derrumbó y comenzó a llorar y a aullar. Cada golpe le arrancaba un aullido, pero el miedo se convirtió en terror, hasta que al final sus aullidos se volvieron una sucesión quebrada, que ya no seguía el ritmo del castigo.

Por fin, Castor Gris retiró la mano. Colmillo Blanco, suspendido con desmayo, continuó lloriqueando. Aquello pareció satisfacer a su amo, quien lo arrojó con rudeza al fondo de la canoa. Mientras tanto, la embarcación se había deslizado río abajo. Castor Gris cogió el remo. Colmillo Blanco le estorbaba. Con el pie le dio una patada salvaje. En aquel momento, la naturaleza libre de Colmillo Blanco se desató de nuevo y hundió sus dientes en el mocasín del indio.

La paliza que había recibido antes no fue nada comparada con la que le propinó después. La ira de Castor Gris era terrible; tanto como el pavor de Colmillo Blanco. No solo la mano, sino el pesado remo de madera fue usado contra él e hirió y magulló su pequeño cuerpo hasta que, por fin, volvió a arrojarle al fondo de la canoa. De nuevo, y aquella vez a propósito, Castor Gris le dio una patada. Colmillo Blanco no repitió su ataque. Había aprendido otra lección en su cautiverio. Nunca, daba igual bajo qué circunstancias, debía atreverse a morder a un dios que era su amo y señor; el cuerpo del amo y señor era sagrado y no debía ser profanado por unos dientes como los suyos. Aquello era evidentemente un crimen de crímenes, la única ofensa que no admitía perdón ni podía pasarse por alto.

Cuando la canoa arribó a la orilla, Colmillo Blanco permaneció tumbado gimiendo sin moverse, esperando lo que decidiera la voluntad de Castor Gris. La voluntad de Castor Gris era que bajara a la orilla y en la orilla aterrizó impulsado por un fuerte golpe en el costado, que le recrudeció el dolor de las heridas. Se puso en pie y continuó gimiendo. Hocicos, que había observado todo desde la orilla, se precipitó sobre él, le derribó y le hincó los dientes. Colmillo Blanco se encontraba demasiado indefenso para contraatacar y su situación habría empeorado de no ser por Castor Gris, que dio una patada a Hocicos, lanzándole al aire con tanta violencia que cayó una docena de pies más allá. Aquella era la justicia del animal-hombre e incluso entonces, en su penoso estado, Colmillo

Blanco experimentó un pequeño estremecimiento de gratitud. Siguiendo a Castor Gris muy de cerca, cojeó obedientemente a través de la aldea hacia su tipi. Y así fue como Colmillo Blanco aprendió que el derecho a castigar era algo que los dioses se reservaban para ellos y que negaban a cualquier otra criatura de inferior condición.

Aquella noche, cuando reinó el silencio, Colmillo Blanco recordó a su madre y se lamentó. Se lamentó con tanto estrépito que despertó a Castor Gris, que le pegó de nuevo. Después de aquello, se quejaba levemente cuando los dioses estaban cerca. Pero a veces, cuando vagaba próximo a los límites del bosque, daba rienda suelta a su dolor y emitía fuertes gemidos y aullidos.

Fue durante aquel período cuando debió haber hecho caso a sus recuerdos del cubil y del arroyo, y haber retornado a lo salvaje. Pero el recuerdo de su madre le retenía. Igual que los animales-hombres se iban y volvían, ella regresaría a la aldea. Así que respetó su cautiverio por esperarla a ella.

Pero no siempre su esclavitud fue desgraciada. Había muchas cosas que le interesaban. Siempre pasaba algo. Las cosas extrañas que hacían los dioses no acababan nunca y sentía curiosidad por ellas. Obediencia rígida, estricta obediencia era lo que se esperaba de él y, a cambio, conseguía escapar de las palizas y que su existencia discurriera de forma tolerable.

Más aún: el mismo Castor Gris le arrojaba de vez en cuando algún trozo de carne y le defendía de los demás perros para que comiera tranquilo. Y tales trozos de carne tenían mucho valor. Valían más, por alguna extraña razón, que una docena de trozos arrojados por una india. Castor Gris nunca le mimaba ni le hacía carantoñas. Quizás por el peso de su mano, quizá por su sentido de la justicia, quizá por su absoluto poder o quizá porque todas aquellas cosas influían sobre Colmillo Blanco, una cierta ligazón se estaba consolidando entre él y su malhumorado amo.

De forma solapada y por remoto sendero, así como por el poder del palo, de la piedra y de los manotazos, fue como la cadena de la esclavitud de Colmillo Blanco fue cerrándose sobre él. Las cualidades de su especie, que al principio hicieron posible a los lobos acercarse al fuego de los hombres, eran cualidades que podían desarrollarse. Y en él se estaban desarrollando, y la vida del campamento, sumida como estaba en la pobreza, le era insensiblemente más y más querida. Sin embargo, Colmillo Blanco no se daba cuenta de nada de aquello. Solo reconocía el dolor por la pérdida de Kiche, la esperanza de su

regreso y la desaforada nostalgia de la vida en libertad que había sido la suya en otro tiempo.

3. El proscrito

Hocicos continuó oscureciendo sus días de tal forma que Colmillo Blanco se volvió más astuto y feroz de lo que era por naturaleza. La ferocidad era una cualidad intrínseca en él, pero la ferocidad desarrollada de aquella forma excedía el significado de cualidad. Donde quiera que hubiera un problema o un alboroto en el campamento, una lucha, una disputa o el simple grito de una india a raíz del robo de un trozo de carne, siempre estaban seguros de encontrar a Colmillo Blanco envuelto en él directa o indirectamente. No se preocupaban de indagar las causas de su conducta; solo advertían los efectos, y los efectos eran siempre malos. Era como un reptil y un ladrón, provocaba entuertos y fomentaba problemas. Las enfurecidas indias le decían bien alto que era un lobo, que no servía para nada y que estaba destinado a tener un mal fin, mientras él las miraba alerta y preparado para esquivar cualquier proyectil que le lanzaran.

Se dio cuenta de que era un proscrito en mitad del populoso campamento. Todos los perros jóvenes seguían a Hocicos. Existía una diferencia entre Colmillo Blanco y ellos. Quizás advertían su linaje salvaje e instintivamente sentían por él la enemistad que los perros domesticados poseen hacia los lobos. Pero fuera como fuese, se unían a Hocicos para perseguirle. Y, una vez declarada su posición contra él, encontraron buenas razones para continuar en contra suya. Cada uno de ellos, de vez en cuando, había sido víctima de sus dientes y verdad es que siempre daba más mordiscos de los que recibía. Muchos de ellos los propinaba en luchas de uno contra uno; pero tales combates le eran negados. El comienzo de una disputa así era siempre la señal para que todos los perros jóvenes del campamento acudieran corriendo y se abalanzaran contra él.

Del acoso de la jauría aprendió dos cosas importantes: cómo cuidar de sí mismo en los ataques en masa que recibía y cómo, en una disputa con un solo perro, infligir el mayor daño en el menor tiempo posible. Mantenerse en pie en

mitad de un pelotón hostil era la vida y aquello lo aprendió bien. Se volvió como un gato en su habilidad para mantenerse a cuatro patas. Incluso los perros adultos le arrojaban violentamente de costado o hacia atrás con el impacto de sus cuerpos y, aunque le lanzaran atrás o de costado, por el aire o arrastrándose por el suelo, siempre caía de pie, siempre permanecía bien afianzado a la madre tierra.

Cuando los perros luchaban siempre existían unos preliminares del verdadero combate: gruñidos, pelo erizado y andares rígidos. Pero Colmillo Blanco aprendió a saltarse estos preliminares. Retrasarse significaba que todos los perros jóvenes se echarían sobre él. Debía hacer su trabajo con rapidez y salir huyendo. Así que aprendió a no advertir de sus intenciones. Se abalanzaba, mordía y atacaba en un instante, sin previo aviso, antes de que su enemigo pudiera preparar el choque con él. Así, aprendió a causar daño con rapidez e intensidad. También aprendió el valor del factor sorpresa. Un perro, sorprendido sin defensa, con la paletilla desgarrada o con la oreja hecha jirones antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, era un perro medio vencido.

Además, era considerablemente fácil derribar a un perro cogido por sorpresa; ya que un perro derribado de esta forma invariablemente exponía durante un instante el tierno cuello, el punto vulnerable que hay que atacar para quitarle la vida. Colmillo Blanco conocía aquel punto. Era un conocimiento que le había sido legado directamente por generaciones anteriores de lobos cazadores. Así era el método que utilizaba Colmillo Blanco cuando atacaba: primero, encontrar un perro joven solo; segundo, sorprenderle y derribarle; y tercero, atacarle con los dientes la zona más delicada del cuello.

Como todavía no era un ejemplar adulto, sus mandíbulas no eran lo suficientemente grandes como para que su ataque fuera mortal; pero más de un perro joven había recorrido el campamento con el cuello lacerado como recuerdo de las intenciones de Colmillo Blanco. Y un día, al encontrarse con uno de sus enemigos que estaba solo en el bosque, se las ingenió, después de derribarle varias veces y de atacarle en la garganta, para cortarle la gran vena y dejarle sin vida. Se produjo un gran alboroto aquella noche. Le habían observado, la noticia se le comunicó al amo del perro muerto, las indias recordaron todas las veces que les había robado carne y Castor Gris fue acosado por una multitud de voces enfurecidas. Pero con resolución mantuvo atada la puerta de su tipi, en el interior del cual estaba el culpable, y se negó a permitir la venganza por la que clamaba toda su tribu.

Colmillo Blanco se convirtió en una criatura odiada por hombres y perros. Durante aquel período de su desarrollo no conoció un momento de tranquilidad. Los dientes de cada perro, la mano de cada hombre estaban contra él. Era recibido con gruñidos por los de su especie y por maldiciones y piedras por sus dioses. Vivía en tensión. Estaba siempre en vilo, alerta para cualquier ataque, preocupado por ser asaltado, con un ojo siempre avizor ante cualquier súbito e inesperado proyectil y preparado para contraatacar con una dentellada o huir con un gruñido amenazador.

En cuanto a los gruñidos, podía emitirlos de forma más terrorífica que cualquier perro, joven o viejo, del campamento. El propósito del gruñido es advertir o asustar y es necesario el buen juicio para saber cuándo debe ser utilizado. Colmillo Blanco sabía cómo y cuándo hacerlo. A su gruñido incorporaba todo lo que era violento, maligno y horrible. Arrugaba la nariz por continuos espasmos, erizaba el pelo en repetidas oleadas, agitaba la lengua como una serpiente colorada, las orejas aplastadas, los ojos brillantes de odio, el hocico fruncido y los colmillos desnudos y chorreando saliva, todo ello podía obligar a detenerse a casi cualquier asaltante; a detenerse durante unos instantes que, si no estaba en guardia, eran vitales para pensar y decidir su ataque. Pero, con frecuencia, las pausas que obtenía de aquella forma se prolongaban tanto que acababan en el abandono del propósito del ataque. Y delante de más de uno de los perros adultos, el gruñido de Colmillo Blanco le había proporcionado la posibilidad de una honorable retirada.

Un proscrito como era de la manada de perros jóvenes, sus métodos sanguinarios y su considerable eficacia hicieron que la manada pagara el precio de sus persecuciones. El que no se le permitiera correr junto a los demás tuvo como consecuencia que ningún miembro de la manada pudiera correr fuera de ella. Colmillo Blanco no lo permitía. Por sus emboscadas y sus encerronas al abrigo de la maleza, los jóvenes perros no se atrevían a correr solos. Con la excepción de Hocicos, estaban obligados a permanecer juntos para protegerse mutuamente de aquel terrible enemigo que se habían hecho. Un cachorro que estaba solo a la orilla del río significaba cachorro muerto o cachorro que volvería al campamento con un estremecimiento de pavor y miedo en su huida del lobezno que le había salido súbitamente al paso.

Pero las represalias de Colmillo Blanco no cesaron ni siquiera después de que los perros jóvenes aprendieran a conciencia que debían permanecer unidos. Los atacaba cuando los encontraba solos y ellos le atacaban cuando estaban en

grupo. La sola visión del lobezno era suficiente para iniciar una carrera detrás de él, en la que su velocidad solía salvarle del paso. ¡Pero pobre del perro que se alejara de sus compañeros en dicha persecución! Colmillo Blanco había aprendido a volverse súbitamente sobre el perseguidor que iba a la cabeza de la manada y a destrozarle antes de que la jauría pudiera alcanzarlos. Esto ocurría con gran frecuencia, ya que, una vez que estaban lanzados contra él, los perros eran propensos a olvidarse de ellos mismos en el ardor de la caza, mientras que Colmillo Blanco jamás se olvidaba de sí mismo. Mirando hacia atrás con rápidos movimientos de cabeza mientras corría, siempre estaba preparado para dar media vuelta y atacar a un perseguidor que, demasiado entusiasta, se adelantara a sus compañeros.

Los perros jóvenes tienen que jugar y por las exigencias de la situación entendieron su juego como un remedo de la guerra. Así fue como la persecución de Colmillo Blanco se convirtió en su juego predilecto —un juego mortal por añadidura—, y siempre un juego muy serio. Él, por otra parte, al ser el más veloz, no tenía miedo de arriesgarse en ningún terreno. Durante el período en el que esperó en vano el regreso de su madre, proporcionó a la jauría muchas persecuciones salvajes por los bosques cercanos. Sin embargo, la jauría perdía invariablemente. Sus ruidos y aullidos le advertían de su presencia, mientras él corría solo, sigiloso, en silencio, como una sombra que se desliza entre los árboles, según lo hicieran su padre y su madre antes que él. Además, estaba más unido a las Tierras Vírgenes que los otros y conocía más sus secretos y sus estratagemas. Uno de sus trucos favoritos era hacer desaparecer su rastro en el agua y luego permanecer tendido en silencio en alguna espesura, mientras los desconcertados ladridos se elevaban en torno a él.

Odiado por su especie y por los hombres, indomable, permanentemente acosado por la guerra y haciendo él mismo la guerra sin tregua, su desarrollo fue rápido y unilateral. Aquello no era buena tierra para que la bondad o la afectividad florecieran dentro de él. De aquellas cosas no poseía el más leve atisbo.

El código que aprendió fue el de la obediencia a los poderosos y la opresión a los débiles. Castor Gris era un dios y era fuerte. Por lo tanto, Colmillo Blanco le obedecía. Pero el perro más joven o más pequeño que él era débil y, por ello, algo que podía ser destruido. Su desarrollo tuvo lugar en la dirección del poder. Para enfrentarse con el peligro constante, el dolor e incluso la destrucción, sus facultades predadoras y de autoprotección se desarrollaron en exceso. Se volvió

más rápido en sus movimientos que los demás perros, más veloz en su carrera, más astuto, más escurridizo, más ágil, más esbelto, con músculos y nervios de acero, más resistente, más cruel, más feroz y más inteligente. Tuvo que convertirse en todas aquellas cosas, ya que, de otra forma, no habría podido mantenerse a sí mismo ni habría sido capaz de sobrevivir al entorno hostil en el que se hallaba.

4. La senda de los dioses

En el otoño, cuando los días se acortaron y la dentellada del frío desgarró el aire, Colmillo Blanco tuvo la oportunidad de escaparse. Durante muchos días hubo mucho ajetreo en la aldea. El campamento de verano estaba siendo desmantelado, y la tribu, con bultos y equipaje, se preparaba para la caza del otoño. Colmillo Blanco lo observaba todo con expresión ilusionada y, cuando los tipis comenzaron a desmontarse y las canoas a apilarse en la orilla, comprendió. Muchas de ellas estaban saliendo ya y otras desaparecían río abajo.

Casi de forma deliberada, decidió quedarse atrás. Esperó su oportunidad para escaparse del campamento hacia los bosques. Allí, en el río sobre el que el hielo empezaba a formarse, ocultó su rastro. Después se deslizó hasta el corazón de un denso matorral y esperó. El tiempo pasaba y él quedó durmiendo durante horas. Luego, le despertó la voz de Castor Gris que le llamaba por su nombre. Había otras voces. Colmillo Blanco podía oír a la mujer india de Castor Gris, que tomaba parte en la búsqueda, y a Mit-sah, que era el hijo de Castor Gris.

Colmillo Blanco temblaba de miedo y, aunque sintió el impulso de salir de su escondite, se resistió. Después de cierto tiempo, las voces desaparecieron y más tarde salió arrastrándose para disfrutar del éxito de su empresa. La noche caía y durante un rato estuvo jugueteando entre los árboles, saboreando su libertad. Entonces, y casi de súbito, se dio cuenta de su soledad. Se sentó para reflexionar, escuchando el silencio del bosque que le perturbaba. Que nada se moviera y que nada se oyera le parecía siniestro. Sentía que el peligro le acechaba, invisible e imposible de adivinar. Sospechaba de las amenazadoras masas de los árboles y de las tenebrosas sombras que podían esconder toda índole de cosas peligrosas.

Luego llegó el frío. Allí no gozaba del calor de ningún tipi al que arrimarse. Sentía heladas las patas y decidió mantener alternativamente levantadas las delanteras. Con su peluda cola las rodeó y al mismo tiempo tuvo una visión. No

había nada extraño en ello. En su memoria había grabadas algunas imágenes. Vio de nuevo el campamento, los tipis y el resplandor de las hogueras. Oyó las voces chillonas de las mujeres y las de los hombres, graves y malhumoradas, y los gruñidos de los perros. Tenía hambre y recordaba los trozos de carne y pescado que le habían arrojado. Allí no había carne, no había nada a excepción de un amenazador e incomestible silencio.

Su esclavitud le había ablandado. La irresponsabilidad le había debilitado. Había olvidado cómo mantenerse a sí mismo. La noche abría su boca alrededor de él. Sus sentidos, acostumbrados a los murmullos del campamento, familiarizados con el impacto continuo de imágenes y de sonidos, quedaron entonces inactivos. No había nada que hacer, nada que ver u oír. Se esforzaba por captar la interrupción del silencio y la inmovilidad de la naturaleza. Estaban paralizados por la inactividad y por la sensación de que algo terrible iba a suceder.

Se sobresaltó súbitamente asustado. Algo colosal y sin forma estaba corriendo a través de su campo de visión. Se trataba de una sombra de árbol proyectada por la luz de la luna, de la que se habían apartado las nubes. Recuperada la calma, Colmillo Blanco gimió suavemente; luego dejó de hacerlo por temor a atraer la atención de alguno de los enemigos que le acechaban.

Un árbol, que se contraía con el frío de la noche, emitió un ruido. Se produjo justo encima de él. Aulló de miedo. El pánico lo asaltó y corrió enloquecido hacia el campamento. Le invadió la abrumadora necesidad de la protección y la compañía del hombre. En su nariz permanecía el olor del campamento; en sus oídos los sonidos, y los gritos continuaban oyéndose. Dejó atrás el bosque y corrió por un espacio abierto, iluminado por la luna, en el que no había sombras ni tinieblas. Pero ninguna aldea apareció ante sus ojos. Lo había olvidado: la tribu se había marchado de allí.

Su salvaje huida cesó de pronto. No había lugar al que huir. Caminó, furtivo y desamparado, a través del desierto campamento oliendo los montones de basura y los desechos de los dioses. Se hubiera alegrado de oír los zumbidos de las piedras arrojadas por alguna mujer malhumorada, de la mano de Castor Gris golpeándole con ira, lo mismo que hubiera recibido con placer a Hocicos y a la cobarde y escandalosa jauría.

Se acercó al lugar en el que se había levantado el tipi de Castor Gris. En el centro del espacio que había ocupado, se sentó. Señaló a la luna con la punta de su nariz. Su garganta se vio sacudida por rígidos espasmos, su boca se abrió y un

grito desolador expresó su soledad y su miedo, su dolor por Kiche, todas sus pasadas penas y tristezas, así como su temor al sufrimiento y a los peligros que habían de llegar. Era el largo aullido del lobo, profundo y lastimero, el primer aullido que pronunció.

La llegada del día disipó sus temores, pero incrementó su soledad. La tierra desnuda, que poco tiempo antes había estado llena de vida, arrojaba su soledad de forma enérgica contra él. No tardó mucho en decidirse. Se lanzó hacia el bosque y siguió la orilla del río hacia el arroyo. Corrió durante todo el día y no descansó. Parecía haber nacido para correr sin detenerse. Su cuerpo, forjado como el acero, no conocía la fatiga. E incluso cuando la fatiga apareció, su heredada resistencia lo impulsó a realizar un esfuerzo sin fin y permitió que su cuerpo exhausto siguiera adelante.

Donde el río corría sobre escarpados riscos, subió las altas montañas que había detrás. Los ríos y los arroyos que desembocaban en la corriente principal los vadeaba o cruzaba a nado. Con frecuencia lo hacía sobre las pequeñas superficies de hielo, que estaban comenzando a formarse, y más de una vez se rompieron, por lo que tuvo que luchar por su vida en la helada corriente. Siempre seguía el rastro de los dioses, que en algún punto podrían haber abandonado el río para internarse tierra adentro.

Colmillo Blanco sobrepasaba la media de inteligencia de su especie y, sin embargo, su clarividencia no era lo suficientemente amplia como para pensar en la otra orilla del Mackenzie. ¿Y si el rastro de los dioses continuaba por aquella orilla? No se le pasó por la cabeza. Más tarde, cuando hubo viajado más y se hubo hecho mayor y más sabio, y supo más de rastros y de ríos, podría habérsele ocurrido la posibilidad. Pero aquella capacidad de su mente formaba todavía parte del futuro. Justo entonces corría a ciegas y la única orilla que entraba dentro de sus cálculos era la que seguía en aquellos momentos.

Corrió toda la noche, tropezando en la oscuridad con contratiempos y obstáculos. A mediados del segundo día había corrido sin descansar durante treinta horas, y el acero de su cuerpo no se había doblegado. Era la resistencia de su mente lo que le hacía continuar. No había comido en cuarenta horas y estaba debilitado por la falta de alimento. Las continuas caídas en las gélidas aguas habían tenido, sin embargo, su efecto sobre él. Su precioso pelo estaba empapado. Las anchas almohadillas de sus patas estaban heridas y sangraban. Había comenzado a cojear y su cojera aumentaba con las horas. Para empeorar las cosas, la luz del cielo se había oscurecido y la nieve empezaba a caer, una

nieve pura, húmeda, deshecha y pegajosa, que resbalaba bajo sus patas, que le ocultaba el paisaje por el que avanzaba y que cubría las irregularidades del terreno, por lo que su avance era más difícil y doloroso.

Castor Gris había ordenado que se acampara aquella noche en la orilla más lejana del Mackenzie, ya que en aquella dirección era donde se encontraba la caza. Pero, en la orilla cercana, poco antes de oscurecer, un alce que había descendido para beber había sido descubierto por Kloo-kooch, que era la mujer de Castor Gris. De no haber bajado el alce a beber, de no haber variado Mit-sah el rumbo a causa de la nieve, de no haber avistado Kloo-kooch el alce y de no haberlo matado Castor Gris con un afortunado disparo de rifle, todo lo que ocurrió después habría sido diferente. Castor Gris no habría acampado en la orilla cercana del Mackenzie y Colmillo Blanco los habría sobrepasado y seguido adelante, para morir o para encontrar su camino hacia sus hermanos salvajes y haberse convertido en uno de ellos, un lobo, hasta el final de sus días.

La noche cayó. La nieve cada vez era más densa y Colmillo Blanco, gimiendo con suavidad para sí mismo al tiempo que caminaba torpemente y cojeaba, se topó con un rastro reciente en la nieve. Tan reciente era, que se dio cuenta inmediatamente de qué se trataba. Estremecido de entusiasmo, lo siguió adentrándose entre los árboles. Los sonidos del campamento llegaron hasta sus oídos. Vio el resplandor del fuego, a Kloo-kooch cocinando y a Castor Gris sentado en cuclillas masticando un trozo de sebo crudo. ¡Había carne fresca en el campamento!

Colmillo blanco se esperaba una paliza. Se acurrucó y se le erizó el pelo nada más pensarlo. Luego volvió a avanzar. Temía la paliza que le aguardaba, pero sabía que podría disfrutar del fuego, de la protección de los dioses, de la compañía de los perros… En cuanto a esto último, la compañía del enemigo era al menos compañía y satisfacía las necesidades de su instinto gregario.

Se acercó reptando y arrastrándose hacia el fuego. Castor Gris lo vio y dejó de masticar el sebo. Colmillo Blanco se arrastró lentamente, reptando y humillándose por la vileza de su degradación y sumisión. Se arrastró directamente hacia Castor Gris, cada pulgada en su progreso más y más lenta, más y más dolorosa. Por fin, yació a los pies de su amo, a cuyo dominio se rendía voluntariamente en cuerpo y alma. Por propia elección había vuelto a sentarse junto al fuego del hombre para ser dominado por él. Colmillo Blanco tembló, esperando el castigo. La mano que se cernía sobre él se movió. Se encogió de forma involuntaria al esperarse un golpe. Lanzó una mirada hacia

arriba. ¡Castor Gris estaba partiendo el trozo de sebo en dos! ¡Castor Gris le estaba ofreciendo a él una parte de su trozo de sebo! Con mucha amabilidad, aunque con alguna desconfianza, primero la olfateó y luego procedió a devorarla. Castor Gris ordenó que le trajeran comida y le protegió de los demás perros mientras comía. Después de aquello, agradecido y contento, Colmillo Blanco se tendió a los pies de Castor Gris, mirando al fuego que le calentaba, parpadeando adormilado, seguro de que la mañana no le encontraría vagando desamparado a través de inhóspitos bosques, sino en el campamento de los animales-hombre, con los dioses a los que se había entregado y de los que dependía desde aquellos instantes.

5. El pacto

A mediados de diciembre, Castor Gris salió en una expedición aguas arriba del río Mackenzie. Mit-sah y Kloo-kooch le acompañaron. Uno de los trineos lo dirigía él mismo, tirado por perros que él había entrenado o que le habían prestado. Un segundo y más pequeño trineo lo dirigía Mit-sah, que era arrastrado por un grupo de cachorros. Era más un juguete que otra cosa, pero a Mit-sah le hacía ilusión, ya que sentía que comenzaba a realizar el trabajo de un hombre. También estaba aprendiendo a dirigir a los perros y a entrenarlos, mientras los cachorros mismos probaban por primera vez el arnés. Además, el trineo hacía su servicio, pues transportaba cerca de doscientas libras de equipo y de alimentos.

Colmillo Blanco había visto a los perros del campamento amarrados a los arneses, así que no se preocupó mucho cuando le situaron al frente de uno de ellos. Alrededor de su cuello colocaron un collar cubierto de musgo que estaba unido, gracias a dos tirantes, a una correa que le rodeaba el pecho y el lomo. Era a aquella pieza a la que iba atada una larga cuerda con la que tiraba del trineo.

Eran siete los cachorros que lo arrastraban. Los otros habían nacido antes y tenían nueve o diez meses más, mientras que Colmillo Blanco tan solo tenía ocho. Cada perro estaba sujeto al trineo por una cuerda. No había dos cuerdas con la misma longitud y la diferencia entre unas y otras era al menos comparable al cuerpo de un perro. Todas las cuerdas se unían a un anillo que había en la parte delantera del trineo. El trineo no tenía esquíes, sino que era una plancha de corteza de abedul con el extremo delantero doblado hacia arriba para no hundirse en la nieve. Aquel diseño permitía el transporte de todo el peso, que quedaba distribuido sobre la mayor superficie de nieve, puesto que esta tenía la resistencia del cristal y era muy frágil. Siguiendo el mismo principio de distribución del peso, los perros al final de sus cuerdas formaban un abanico con ellas, por lo que no tropezaban entre sí.

Además, la formación en abanico tenía otra ventaja. Las cuerdas de longitudes variadas impedían que los perros que corrían en retaguardia atacaran a los de delante. Para que un perro atacara a otro tendría que hacerlo a aquel cuya cuerda fuera más corta, en cuyo caso se encontraría cara a cara con el perro al que iba a atacar y de la misma forma con el látigo del conductor del trineo. Pero la ventaja más peculiar de todas residía en el hecho de que el perro que se atrevía a atacar a uno por delante de él provocaba que el trineo avanzara a mayor velocidad, y cuanta más velocidad adquiriera el trineo, más rápidamente podría el perro atacado huir. Así, el perro de detrás nunca podía alcanzar al de delante. Cuanto más rápido corriera, más corría el perseguido, y más rápido corrían todos los perros. De esta forma, el trineo avanzaba más rápido y así era como, con ingeniosa estratagema, el hombre aumentaba su dominio sobre las bestias.

Mit-sah se parecía a su padre y poseía buena parte de su veterana sabiduría. En el pasado había observado la persecución de Hocicos contra Colmillo Blanco, pero por aquel tiempo Hocicos pertenecía a otro hombre y Mit-sah no se había atrevido más que a lanzarle alguna que otra tímida piedra. Pero en aquellos momentos Hocicos era su perro y comenzó a vengarse de él colocándole al final de la larga cuerda. Aquello hizo que Hocicos fuera el líder, lo cual era aparentemente un honor; pero en realidad le eximió de todo honor, ya que en lugar de ser el valentón y el señor del grupo, se encontró a sí mismo convertido en el más odiado y perseguido de la jauría.

Como corría al final de la cuerda más larga, los perros siempre le veían corriendo por delante de ellos. Todo lo que veían era su cola peluda y sus patas traseras que parecían huir, imagen que era mucho menos feroz y amenazante que la de su pelo erizado y sus brillantes colmillos. También, según la forma de sentir de los perros, la visión de Hocicos corriendo delante de ellos les hacía desear ir tras él al pensar que huía de ellos.

En el momento en que el trineo comenzó su marcha, el grupo inició la caza de Hocicos, persecución que se prolongó durante todo el día. Al principio había tratado varias veces de volverse contra sus perseguidores, celoso de su dignidad y furibundo, pero en aquellas ocasiones Mit-sah le había castigado con el azote de su látigo de treinta pies, hecho con tripas de caribú, que le sacudía en el rostro y le obligaba a colocarse en el sentido de la marcha y continuar la carrera. Hocicos debía enfrentarse a la jauría; sin embargo, no podía enfrentarse con el látigo, y todo lo que podía hacer era mantener la larga cuerda tensa y sus costados bien separados de los dientes de sus compañeros.

Pero en la mente del indio se ocultaba una argucia mayor. Para instigar la inacabable persecución del líder, Mit-sah le favoreció más que a los otros perros. Aquellos favores despertaron en ellos celos y odio. Mit-sah le daba de comer delante de todos y le cebaba solamente a él. Aquello los volvía locos. Mientras se agitaban inquietos de un lado a otro a la distancia del látigo, Hocicos devoraba la carne y Mit-sah le protegía. Y cuando no había más carne, Mit-sah mantenía el grupo a distancia y fingía que seguía alimentándole.

Colmillo Blanco se sumó al trabajo sin rebeldía. Había recorrido una distancia mayor que los otros perros para someterse a las reglas de los dioses y había aprendido muy bien lo inútil que resultaba oponerse a su voluntad. Además, la persecución que había sufrido por la manada había hecho que aquella le importara menos que el hombre. No había aprendido, como los de su especie, a buscar el compañerismo. Había olvidado prácticamente a Kiche y la única emoción que quedaba en él era la lealtad que rendía a los dioses, a los que había aceptado como señores. Así que trabajaba duro, aprendía la disciplina y era obediente. La fidelidad y la voluntad eran las cualidades que caracterizaban su trabajo. Estas son las cualidades esenciales de los lobos y de los perros salvajes cuando se domestican y estas cualidades eran las que poseía Colmillo Blanco en una medida fuera de lo corriente.

Entre Colmillo Blanco y los perros existía cierto compañerismo, pero aquel residía en la enemistad y la guerra. No aprendió jamás a jugar con ellos. Solo sabía luchar y eso era lo que hacía con ellos, devolviéndoles cien veces más mordiscos y zarpazos de los que ellos le habían dado en los días en que Hocicos era el líder de la jauría. Pero Hocicos ya no era el líder, excepto cuando huía delante de sus compañeros al final de la cuerda con el trineo avanzando a toda velocidad por detrás. En el campamento permanecía cerca de Mit-sah o de Castor Gris o de Kloo-kooch. No se aventuraba lejos de los dioses, porque los colmillos de todos los perros estaban contra él, y había probado hasta las heces lo que era la persecución de la que en otro tiempo fue víctima Colmillo Blanco.

Con el derrocamiento de Hocicos, Colmillo Blanco habría podido erigirse como el líder de la jauría. Pero era demasiado hosco y solitario para aquello. Tan solo atacaba a sus compañeros de equipo, y si no, no les hacía ni caso. Se apartaban de su camino cuando se acercaba a ellos; ni el más valiente se atrevía a quitarle su carne. Por el contrario, devoraban su propia ración con avidez por temor a que él pudiera arrebatársela. Colmillo Blanco conocía bien la ley: oprimir al débil y obedecer al poderoso. Tomaba su trozo de carne lo más rápido

que podía y ¡pobre del perro que no se la hubiera terminado para entonces! Un gruñido y una dentellada de sus colmillos, y el perro tendría que ir a consolarse con las mudas estrellas mientras Colmillo Blanco daba cuenta de su parte.

Cada cierto tiempo, sin embargo, uno u otro de los perros se rebelaba, aunque era pronto apaciguado. Así, Colmillo Blanco se mantenía en buena forma. Defendía su soledad en medio de la jauría y luchaba con frecuencia por conservarla. Pero aquellas luchas eran breves. Era demasiado rápido para los demás. Los desgarraba y hería antes de que pudieran reaccionar; los derrotaba antes de que iniciaran la lucha.

Una disciplina tan rígida como la de los dioses en el trineo era la que Colmillo Blanco imponía a sus compañeros. No les permitió jamás ninguna libertad. Estaban obligados a respetarle; lo que hicieran entre sí no era asunto suyo. Pero sí le interesaba que le dejaran solo, que se apartaran de su camino cuando él eligiera caminar entre ellos y que en todo momento aceptaran su dominio. Un atisbo de tensión en las patas, un hocico arrugado o un pelo erizado, y se echaría sobre ellos, despiadado y cruel, raudo en convencerlos del error que cometían actuando de aquella forma.

Era un monstruoso tirano. Su autoridad era rígida como el acero. Oprimía a los débiles siguiendo instintos de venganza. No en vano se vio expuesto a una lucha despiadada por vivir en sus días de cachorro, cuando su madre y él, solos y sin ayuda, se valieron por sí mismos y sobrevivieron en el feroz entorno de las Tierras Vírgenes. No en vano había aprendido a caminar con cuidado cuando una fuerza superior a la suya pasaba cerca de él. Y en el curso del gran viaje con Castor Gris, caminó con cuidado entre los perros adultos en los campamentos que se encontraron de otros animales-hombre desconocidos.

Los meses pasaban. El viaje de Castor Gris continuaba. La fuerza de Colmillo Blanco se fue desarrollando por las largas horas de camino y el esfuerzo constante arrastrando el trineo. De la misma forma, su desarrollo mental había terminado prácticamente. Había llegado a saber con bastante precisión en qué mundo vivía. Su visión era poco favorable y materialista. El mundo, tal y como él lo entendía, era feroz y brutal, un mundo sin calor, un mundo en el que el cariño, el afecto y la resplandeciente dulzura del espíritu no existían.

No sentía cariño por Castor Gris. En realidad, era un dios, pero un dios salvaje. Colmillo Blanco estaba satisfecho de reconocer su autoridad, pero esta estaba sustentada en una inteligencia superior y en la fuerza bruta. En lo más

profundo de su ser, Colmillo Blanco sentía que aquella autoridad era algo deseable; de otra forma no habría vuelto desde las Tierras Vírgenes para demostrarle su lealtad. Existían profundidades en su interior que jamás había imaginado. Una palabra amable, una caricia de Castor Gris habrían descubierto aquellas profundidades; pero Castor Gris no acariciaba ni pronunciaba palabras amables. No era su forma de actuar. Su esencia era salvaje y gobernaba salvajemente, administrando justicia con el palo, castigando cada transgresión con un golpe y recompensando el mérito, no con la amabilidad, sino sin infligir el castigo.

Así que Colmillo Blanco desconocía el paraíso que podía contener la mano de un hombre. Además, no le gustaban las manos de los animales-hombre. Sospechaba de ellas. Ciertamente que algunas veces le daban alimento, pero con más frecuencia administraban dolor. Había que mantenerse apartado de las manos. Las piedras arrojadizas, los palos empuñados, los garrotes y los látigos, le propinaban golpes y azotes y, cuando le alcanzaban, le herían con pellizcos, torceduras y violentas sacudidas. En aldeas extrañas se había encontrado con las manos de los niños y había aprendido a considerarlas igualmente crueles. Hasta un mocoso que apenas sabía andar había estado a punto de sacarle un ojo. Desde aquellas experiencias los niños fueron también sospechosos. No los podía soportar; cuando se acercaban con sus manos siniestras, se alejaba.

Fue en el poblado junto al lago Great Slave donde, mientras se lamentaba de los demoniacos efectos de las manos de los animales-hombre, modificó la ley que había aprendido de Castor Gris; principalmente, el punto que rezaba como crimen imperdonable morderle la mano a un dios. En aquel poblado, siguiendo la costumbre de todos los perros, Colmillo Blanco se dedicó a deambular en busca de alimento. Un niño estaba cortando la carne helada de un alce con un hacha y caían sobre la nieve algunos pedacitos. Colmillo Blanco, que se deslizó en busca de algo de carne, se detuvo y comenzó a devorarlos. Vio que el chico dejaba el hacha y cogía un grueso palo. Colmillo Blanco saltó a un lado, justo a tiempo de escapar del golpe. El chico le persiguió, y él, al tratarse de un poblado extraño, huyó entre dos tipis y se encontró arrinconado contra un terraplén.

No había escapatoria. La única salida estaba entre los dos tipis y el chico la cerraba. Con el palo preparado para golpearle, avanzó hacia su arrinconada presa. Colmillo Blanco estaba furioso. Se encaró con el muchacho, erizando el pelo y gruñendo, al sentir que su noción de la justicia había sido atropellada. Conocía la ley que regulaba los alimentos. Todo resto de carne, como los helados

pedacitos, pertenecían al perro que los había encontrado. Así pues, él no había cometido ningún error, no había infringido ninguna ley y, sin embargo, aquel muchacho se preparaba para darle una paliza. Colmillo Blanco apenas sabía qué era lo que ocurría. Lo hizo en un acceso de ira y lo realizó con tanta rapidez que el chico tampoco llegó a saberlo. Todo lo que advirtió el muchacho fue que de alguna forma había sido derribado en la nieve y que la mano en la que sostenía el palo sangraba a causa de los dientes de Colmillo Blanco.

Pero Colmillo Blanco se dio cuenta de que había violado la ley de los dioses. Había hincado sus dientes en la carne sagrada de uno de ellos y no cabía esperar nada excepto el más terrible castigo. Huyó junto a Castor Gris, detrás de cuyas piernas protectoras se acurrucó cuando el muchacho al que había mordido y toda su familia acudieron para pedir venganza. Pero se marcharon sin haber satisfecho tal deseo. Castor Gris defendió a Colmillo Blanco. Lo mismo hicieron Mit-sah y Kloo-kooch. Colmillo Blanco, escuchando la guerra de palabras y observando los coléricos gestos, supo que su acción estaba justificada. Y así fue como aprendió que había dioses y dioses. Existían sus dioses y los otros, y entre ellos había diferencias. Justicia o injusticia, todo era lo mismo, debía tomar las cosas de las manos de sus propios dioses. Pero no estaba obligado a aceptar la injusticia de otros dioses. Era privilegio suyo mostrar su desacuerdo con sus dientes. Y aquella misma observación era también una ley que los dioses habían promulgado.

Antes de que el día hubiera finalizado, Colmillo Blanco aprendería más sobre aquella ley. Mit-sah, que había salido solo en busca de leña en el bosque, se encontró con el muchacho al que había mordido. Con él había otros chicos. Intercambiaron duras palabras. Entonces todos los chicos atacaron a Mit-sah. No le iba muy bien en la pelea. Los golpes le llovían por todas partes. Al principio, Colmillo Blanco los miró. Aquello era un asunto entre dioses y no tenía nada que ver con él. Luego se dio cuenta de que era Mit-sah, uno de sus dioses particulares, el que estaba siendo maltratado. No existió ningún impulso razonado que obligara a Colmillo Blanco a hacer lo que hizo después. Un ramalazo de furia le impulsó a saltar contra los combatientes. Cinco minutos después el bosque acogió a los niños que huían, muchos de ellos salpicando sangre en la nieve, como prueba de que los dientes de Colmillo Blanco no habían estado ociosos. Cuando Mit-sah contó aquella historia en el campamento, Castor Gris ordenó que le dieran más carne a Colmillo Blanco. Ordenó mucha

carne, y Colmillo Blanco, cebado y adormilado junto al fuego, se dio cuenta de que la ley se había cumplido.

Fue con experiencias de aquel tipo como Colmillo Blanco llegó a aprender la ley de la propiedad y la obligación de defender aquella propiedad. Entre la protección del cuerpo de su dios y la protección de una posesión de su dios había solo un paso, y aquel paso fue el que él dio. Lo que pertenecía a su dios debía ser defendido contra todo el mundo, llegando incluso a morder a otros dioses. No solo aquella acción era sacrílega, sino que estaba llena de peligros. Los dioses eran todopoderosos y un perro era insignificante a su lado; sin embargo, Colmillo Blanco aprendió a encararse con ellos en actitud beligerante y sin temor. La obligación se erguía por encima del miedo, y los dioses ladrones aprendieron a no tocar las propiedades de Castor Gris.

Una cosa, relacionada con aquello, que Colmillo Blanco aprendió con rapidez fue que un dios ladrón era con frecuencia un dios cobarde que solía huir en cuanto oía la alarma. También aprendió que transcurría poco tiempo desde que la alarma sonaba hasta que Castor Gris llegaba en su ayuda. Supo que no era el miedo a él lo que impulsaba al ladrón a huir, sino el miedo a Castor Gris. Colmillo Blanco no anunciaba una situación de alarma con ladridos. Nunca ladraba. Su método era atacar directamente al intruso y hundir sus dientes en él todo lo que pudiera. Porque era hosco y solitario y no tenía nada que ver con los demás perros, solían asignarle la vigilancia de las propiedades de Castor Gris y, para ello, Castor Gris le motivaba y entrenaba. Una de las consecuencias de aquello fue que Colmillo Blanco se volvió más feroz, más indomable y más solitario.

Los meses pasaron fortaleciendo el pacto entre perro y hombre. Aquel era el pacto ancestral que el primer lobo que salió de lo salvaje hizo con el hombre. Y, como todos los sucesivos lobos y perros salvajes que habían seguido el mismo camino, Colmillo Blanco estableció el mismo pacto. Los términos eran muy simples. Por la posesión de un dios de carne y hueso, ofrecía su propia libertad. El alimento y el fuego, la protección y la compañía eran cosas que recibía del dios. A cambio, él guardaba la propiedad del dios, defendía su cuerpo, trabajaba para él y le obedecía.

La posesión de un dios implica servicio. El de Colmillo Blanco era un servicio impulsado por la obligación y el temor, pero no por el amor. No sabía lo que era el amor. No lo había experimentado nunca. Kiche era un vago recuerdo. Además, no solo había abandonado las Tierras Vírgenes y a su especie cuando se

rindió al hombre, sino que los términos del pacto eran tales, que si alguna vez se encontraba con Kiche de nuevo, no podría dejar a su dios para irse con ella. Su lealtad al hombre parecía de alguna forma una ley a la que debía someterse por encima de su amor a la libertad, a la especie y a la familia.

6. El hambre

La primavera estaba cerca cuando Castor Gris finalizó su largo viaje. Era abril y Colmillo Blanco tenía ya un año cuando entraron en la aldea y fue liberado de los arneses por Mit-sah. Aunque todavía le quedaba tiempo para completar su crecimiento, Colmillo Blanco, que seguía a Hocicos, era el ejemplar más grande de un año del poblado. Tanto de su padre, el lobo, como de Kiche, había heredado la estatura y la fortaleza, de tal forma que se acercaba a las dimensiones de los perros adultos. Pero todavía su cuerpo no había alcanzado toda su solidez. Era delgado y ágil, y su fortaleza era más fibrosa que corpulenta. Su pelo era del color gris de los lobos y, bajo todos los puntos de vista, estaba claro que era un verdadero lobo. Los rasgos de perro de Kiche no se habían exteriorizado físicamente, aunque sí en la conformación de su mente.

Vagabundeó por la aldea, reconociendo con satisfacción a los diversos dioses que había conocido antes del largo viaje. Luego estaban los perros: cachorros que crecían como él mismo y perros adultos que no le parecieron tan grandes y formidables como los había conservado en el recuerdo. Sintió menos miedo que antes, avanzando entre ellos con una facilidad más despreocupada, tan nueva para él como maravillosa.

Allí estaba Baseek, un perro viejo y gris que en sus días de juventud no había tenido más que descubrir sus colmillos para ahuyentar a Colmillo Blanco, encogido y agazapado, con el rabo entre las piernas. De él había aprendido mucho sobre su insignificancia y de él tenía mucho que aprender todavía sobre el cambio y el desarrollo que había tenido lugar en él mismo. Mientras Baseek se había ido haciendo más débil con los años, Colmillo Blanco se había hecho más fuerte en su juventud.

Fue en el descuartizamiento de un alce recién cazado, cuando Colmillo Blanco advirtió los cambios en sus relaciones con el mundo de los perros. Se

había guardado para sí una pezuña y una parte del corvejón, a la que había adherido un gran trozo de carne. Apartado por el inmediato alboroto de los otros perros —de hecho, oculto entre unos matorrales— devoraba su trofeo, cuando Baseek se abalanzó sobre él. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, alcanzó al intruso con dos dentelladas y dio un salto que le sacó del matorral al espacio abierto. Baseek se sorprendió por aquel acto de temeridad y por la rapidez del ataque. Permaneció erguido, observando de forma estúpida a Colmillo Blanco y el trozo de corvejón crudo y sangrante que estaba entre ellos.

Baseek era viejo y se había percatado del creciente valor de los perros a los que antes podía atacar. Amargas experiencias aquellas que a la fuerza soportaba y que le impulsaron a actuar con toda la sabiduría que poseía para hacerles frente. En los viejos tiempos habría saltado sobre Colmillo Blanco en un ataque de justificada cólera. Pero en aquellos momentos sus debilitados poderes no le habrían permitido semejante hazaña. Erizó su pelo con fiereza y le miró de forma siniestra por encima del corvejón. Y Colmillo Blanco, despertado en él parte de aquel antiguo temor, pareció perder el ánimo, replegarse sobre sí mismo y empequeñecer, mientras en su mente ideaba la forma de retirarse sin perder la dignidad.

Y justo entonces Baseek cometió un error. Si hubiera mantenido la mirada fiera y siniestra, todo habría salido bien para él. Colmillo Blanco, casi al borde de la retirada, lo habría hecho, abandonando la carne a los pies de Baseek. Pero Baseek no esperó. Consideró que la victoria era ya suya y avanzó para agarrar el corvejón. Al inclinar la cabeza para olfatear la pieza, Colmillo Blanco erizó su piel ligeramente. Incluso entonces, no habría sido tarde para que Baseek recuperara el control de la situación. Si tan solo se hubiera quedado sobre la carne, erguido y atento, Colmillo Blanco se habría retirado al final. Pero el olor de la carne fresca era demasiado fuerte para el olfato de Baseek y la avaricia le empujó a darle un mordisco.

Aquello fue demasiado para Colmillo Blanco. Todavía fresca la experiencia de sus meses de supremacía sobre los perros del trineo, el permanecer impasible mientras otro devoraba una carne que le pertenecía, era algo superior al control que pudiera ejercer sobre sí mismo. Atacó, según su costumbre, sin previo aviso. Con la primera dentellada, la oreja derecha de Baseek quedó desgarrada. Se quedó perplejo ante el repentino ataque. Pero más cosas y más graves estaban sucediendo con la misma celeridad. Fue derribado, le mordió en la garganta y mientras luchaba por incorporarse de nuevo, el perro joven le hincó los dientes

dos veces en la paletilla. La rapidez de sus ataques era asombrosa. Realizó un frustrado intento contra Colmillo Blanco y acabó mordiendo el aire vacío tras una terrorífica dentellada. Poco después su nariz quedó abierta y comenzó a retirarse de la carne.

La situación se había invertido. Colmillo Blanco se erguía sobre el corvejón, con el pelo erizado y ademán amenazador, mientras Baseek permanecía un poco más allá, preparando su retirada. No quiso arriesgarse a luchar con aquel joven relámpago y de nuevo se dio cuenta, con más amargura, del debilitamiento que acompañaba el paso de los años. El intento que hizo por mantener su dignidad fue heroico. Con calma, volvió la espalda al joven perro y al corvejón, como si ambos le hubieran pasado desapercibidos o no merecieran la pena, y se alejó con majestuoso paso. Hasta que estuvo fuera de su vista, no se detuvo para lamer sus heridas sangrantes.

El efecto que produjo la victoria en Colmillo Blanco fue el de una mayor confianza en sí mismo y un orgullo más henchido. A partir de entonces caminó con menos cuidado entre los perros adultos; su actitud hacia ellos fue menos comprometedora. Ello no significaba que fuera buscando problemas. Su actitud estaba lejos de aquella postura. Pero a su paso exigía consideración. Mantenía su derecho a ir a cualquier parte sin que le molestaran y sin tener que apartarse de su camino por otro perro. Debían tenerle en cuenta, eso era todo. No permitiría ser desatendido o que no hicieran caso de él, como les ocurría a la mayoría de los cachorros de su grupo. Se apartaban, cedían el camino a otros perros y renunciaban a su parte de alimento al ser amenazados. Pero Colmillo Blanco, arisco, solitario, hosco, quien apenas miraba a derecha e izquierda, terrible, de formidable aspecto, alejado de todo y extraño, era aceptado como un igual por sus asombrados mayores. Aprendieron rápidamente a dejarle en paz, sin atreverse jamás a demostrarle signos de hostilidad ni de amistad. Si le dejaban en paz, él les dejaba en paz, situación que ellos consideraron, después de muchos roces, como la más deseable.

A mediados del verano, Colmillo Blanco tuvo una experiencia. Trotando en silencio para investigar un nuevo tipi que habían levantado en un extremo del poblado durante el período en que había estado ausente con los cazadores de alces, se encontró cara a cara con Kiche. Se detuvo y la observó. La recordaba de forma vaga, pero la *recordaba*, y aquello era más de lo que se hubiera podido decir de ella. Arrugó el hocico con un gruñido amenazador, y entonces Colmillo

Blanco recordó perfectamente. Sus olvidados días de cachorro, todo lo que iba asociado con aquel gruñido familiar, resurgió en su mente.

Antes de que conociera a los dioses, Kiche había sido para él el centro de su universo. Avanzó lleno de alegría y ella le recibió con afilados colmillos que desgarraron sus mejillas hasta mostrar los huesos. Él no comprendió. Se retiró, atónito y perplejo.

Pero no fue culpa de Kiche. Una madre loba no está preparada para recordar a sus cachorros de un año o más. Así que ella no reconoció a Colmillo Blanco. Era un animal extraño, un intruso, y la camada que tenía por entonces le confería el derecho a repeler tales intrusiones.

Uno de los cachorros avanzó torpemente hacia Colmillo Blanco. Eran medio hermanos, aunque no lo supieran. Colmillo Blanco olfateó al cachorro con curiosidad, después de lo cual Kiche se abalanzó contra él y le desgarró el rostro por segunda vez. Dio unos cuantos pasos más para atrás. Todos los recuerdos y las asociaciones murieron de nuevo y quedaron sepultados en la misma tumba de la que habían resurgido. Había aprendido a estar sin ella. Olvidó lo que había representado para él. No había lugar para Kiche en su clasificación de las cosas, de la misma forma que no lo había para Colmillo Blanco en la mente de Kiche.

Todavía permanecía en pie, perplejo y atontado, olvidados todos los recuerdos, preguntándose el porqué de toda aquella situación, cuando Kiche le atacó por tercera vez para alejarle de los alrededores. Y Colmillo Blanco permitió que le expulsara. Era una hembra de su especie y su ley decía que los machos no debían luchar contra las hembras. Él desconocía por completo aquella ley, ya que en su mente no existía tal generalización y tampoco la había adquirido por su experiencia en el mundo. Sabía que era un secreto que nacía como un impulso de los instintos, el mismo instinto que le hacía aullar a la luna y a las estrellas por las noches y le hacía temer la muerte y lo desconocido.

Los meses pasaron. Colmillo Blanco se hizo más fuerte, más pesado y compacto, mientras su carácter se desarrollaba según las líneas establecidas por su herencia y su entorno. Su herencia era algo que podía ser comparado con el barro. Poseía infinidad de posibilidades y podía ser modelada en diferentes formas. El entorno servía al barro de modelo para darle una forma concreta. Así, si Colmillo Blanco no se hubiera acercado nunca al fuego de los hombres, las Tierras Vírgenes le habrían modelado como un verdadero lobo. Pero los dioses le habían ofrecido un entorno diferente y había sido modelado como perro, aunque poseyera un aire lobuno. Así pues, era perro y no lobo.

Y por ello, de acuerdo con la naturaleza de su barro y la presión del entorno, su carácter iba quedando modelado de una forma particular. No había posible escapatoria. Se estaba convirtiendo en una criatura más hosca, más insolidaria, más solitaria, más feroz, mientras los perros aprendían más y más que era mejor estar en paz que en guerra con él y Castor Gris comenzaba a premiarle con más intensidad conforme pasaban los días.

Colmillo Blanco, que parecía sumar a todas sus cualidades la fortaleza, sufría, sin embargo, una obsesionante debilidad. No podía soportar que se rieran de él. La risa de los hombres era algo odioso. Podían reírse entre ellos de cualquier cosa siempre que no fuera de él, ya que entonces no le importaba. Pero si era él causa de la risa, le dominaba una cólera terrible. Serio, digno, sombrío, la risa le hacía volverse loco por la sensación de ridículo que experimentaba. Hasta tal punto le molestaba y humillaba que se comportaba como un demonio durante horas. Y pobre del perro que en una ocasión de aquellas se indispusiera con él. Conocía demasiado bien la ley como para descargar su ira sobre Castor Gris; sabía que detrás de Castor Gris estaba el palo y la cabeza de un dios. Pero detrás de los perros no había sino espacio, y en aquel espacio eran derribados cuando Colmillo Blanco entraba en escena, enloquecido por las risas.

En el tercer año de su vida, un terrible período de hambre asoló a los indios del Mackenzie. En el verano la pesca falló. En el invierno el caribú abandonó la ruta que acostumbraba a frecuentar. Los alces eran escasos, los conejos casi desaparecieron y la caza de los animales disminuyó. Como les fueron negados los suministros habituales de alimento, debilitados por el hambre, lucharon y se devoraron unos a otros. Solo los fuertes sobrevivieron. Los dioses de Colmillo Blanco también cazaban animales. El viejo y el débil de entre ellos murió de hambre. Se elevaron las lamentaciones en la aldea, en la que las mujeres y los niños renunciaron a alimentarse para que lo poco que pudieran llevarse a la boca fuera a parar a los enflaquecidos cazadores de ojos hundidos que recorrían el bosque en su vana búsqueda de la carne.

A tal extremo llegaron los dioses, que se comían los cueros de sus mocasines y sus guantes, y los perros devoraban los arneses atados a sus lomos y hasta los mismos látigos. Los perros también se comían unos a otros y los dioses a los perros. Los más débiles y los de menor valía fueron los primeros. Los perros que todavía vivían observaban y entendían. Unos cuantos de los más valientes y más listos abandonaron el fuego de sus dioses, convertido en rescoldos, y huyeron al bosque, donde al final murieron de hambre o fueron devorados por los lobos.

En aquel tiempo de miseria, Colmillo Blanco también huyó a los bosques. Estaba más preparado para aquella vida que los otros perros, pues le guiaba su experiencia como cachorro. Se aficionó especialmente a acechar las pequeñas cosas vivas. Permanecía oculto durante horas, siguiendo cada movimiento de la cautelosa ardilla, esperando, con una paciencia tan grande como el hambre que sufría, hasta que la ardilla se atrevía a bajar al suelo. Incluso entonces, Colmillo Blanco no se apresuraba. Esperaba hasta que estaba seguro de su ataque, antes de que la ardilla pudiera alcanzar el refugio del árbol. Luego, y no antes, salía disparado de su escondite como un proyectil de color gris, increíblemente veloz, y nunca erraba el golpe: la ardilla, que huía atemorizada, nunca lo hacía con la suficiente rapidez.

Aunque tenía éxito con las ardillas, había una dificultad que le impedía vivir y alimentarse de ellas. Las ardillas no abundaban. Así que se vio obligado a cazar cosas aún más pequeñas. Tan apremiante llegó a ser el hambre en algunas ocasiones que no tuvo inconveniente en revolver la tierra para sacar a los ratones de campo de sus madrigueras. Ni desdeñó luchar contra una comadreja tan hambrienta como él y mucho más feroz.

En los peores momentos de hambre, se deslizaba sigilosamente hasta las hogueras de los hombres. Pero no se acercaba. Acechaba en el bosque, evitando que le descubrieran, y robaba las trampas en las que de cuando en cuando caía alguna presa. Incluso robó un conejo de una de las trampas de Castor Gris mientras este se tambaleaba a punto de desfallecer en el bosque, buscando continuamente un lugar en el que sentarse para descansar, agotado por la debilidad y con la respiración entrecortada.

Un día, Colmillo Blanco se encontró con un joven lobo, flaco y escuálido, reducido a la mínima expresión por el hambre. Si no hubiera estado hambriento, Colmillo Blanco se habría ido con él y tal vez se habría unido a la manada de sus salvajes hermanos. Pero tal y como estaba, derribó al lobezno, lo mató y se lo comió.

La fortuna parecía favorecerle. Siempre, cuando la necesidad era apremiante, encontraba algo que matar. De nuevo, cuando se encontraba débil, era su buena suerte la que disponía que ningún depredador más grande se tropezara con él. Así encontró la fuerza suficiente, gracias a que había estado alimentándose durante dos días de un lince, cuando una hambrienta manada de lobos le persiguió a toda velocidad. Fue una persecución larga y cruel, pero él estaba mejor alimentado que ellos y al final les aventajó perdiéndoles de vista. Y no

solo les aventajó, sino que, trazando un amplio círculo, se encontró con uno de sus exhaustos perseguidores.

Después abandonó aquella zona del país y vagó por el valle en el que había nacido. Allí, en su viejo cubil, se encontró a Kiche. Siguiendo sus viejos trucos, ella también había huido de las poco acogedoras hogueras de los dioses y había vuelto a su antiguo refugio. De su camada, cuando Colmillo Blanco apareció, solo quedaba uno vivo y aquel no estaba destinado a vivir mucho. Una vida recién nacida tenía pocas esperanzas de subsistir en aquel período de hambre.

El recibimiento de Kiche a su hijo ya crecido no fue en absoluto cariñoso. Pero a Colmillo Blanco no le importó. Sobrepasaba a su madre, así que se dio media vuelta filosóficamente y trotó río arriba. En la bifurcación tomó la de la izquierda, donde encontró la guarida de un lince con quien habían luchado su madre y él hacía mucho tiempo. Allí, en el cubil abandonado, se tumbó y descansó durante todo un día.

A principios del verano, en los últimos días del hambre, se encontró con Hocicos, que de la misma forma se había adentrado en los bosques, donde a duras penas conseguía llevar una existencia miserable. Colmillo Blanco se encontró con él de forma inesperada. Correteando en sentidos contrarios a lo largo de un alto risco, doblaron la esquina de la roca y se encontraron frente a frente. Se detuvieron súbitamente alarmados y se miraron el uno al otro con crispada desconfianza.

Colmillo Blanco estaba físicamente en forma. Sus ejercicios de caza habían sido satisfactorios y durante una semana había comido lo que le correspondía. Se encontraba más que harto de su última matanza. Pero en el momento en que vio a Hocicos, su pelo se erizó a lo largo de todo el lomo. Fue un acto involuntario, la respuesta física que en el pasado siempre había acompañado a la reacción mental que en él producían las bravuconadas y las persecuciones de Hocicos. Como en el pasado se le había erizado el pelo y había gruñido nada más ver a Hocicos, así, en aquel momento y de forma automática, tuvo la misma reacción. No perdió el tiempo. Lo que hizo fue ejecutado a conciencia y con prontitud. Hocicos trató de retroceder, pero Colmillo Blanco le embistió con fuerza, hombro contra hombro. Hocicos cayó derribado y rodó por el suelo. Los dientes de Colmillo Blanco se hincaron en la escuálida garganta de su enemigo. Hocicos luchó contra la muerte y, mientras lo hacía, Colmillo Blanco dio varias vueltas a su alrededor, en guardia y cauteloso. Luego retomó su camino y trotó a lo largo de la base del risco.

Un día, poco después, llegó al límite del bosque, donde se extendía un estrecho espacio abierto que descendía suavemente hacia el Mackenzie. Había estado en aquella tierra antes, cuando estaba desnuda, pero en aquel momento un poblado se levantaba en ella. Todavía oculto entre los árboles, se detuvo para estudiar la situación. Lo que veía, oía y olía le era familiar. Era el viejo poblado que se había trasladado a un nuevo lugar. Pero lo que veía, oía y olía era diferente de aquello que había vivido antes de huir. No advertía lamentos ni quejas. Alegres sonidos asaltaron sus oídos y cuando oyó la voz malhumorada de una mujer, se dio cuenta de que era el malhumor producido por los estómagos llenos. Y en el aire flotaba el aroma del pescado. Allí había alimento. El hambre había terminado. Salió del bosque con resolución y trotó hacia el campamento en busca del tipi de Castor Gris. Castor Gris no estaba allí, pero Kloo-kooch le recibió con gritos de alegría y un pescado fresco y entero. Colmillo Blanco se sentó a esperar el regreso de Castor Gris.

Cuarta parte

1. El enemigo de su especie

Si la naturaleza de Colmillo Blanco hubiera albergado cualquier posibilidad, por remota que fuera, de poder fraternizar con su especie en algún momento, tal posibilidad quedó irrevocablemente destruida cuando le hicieron líder del grupo de perros porque ahora los perros le odiaban, le odiaban por la carne de más que le daba Mit-sah, por todos los favores que, reales o imaginarios, recibía por correr a la cabeza del grupo con su cola peluda moviéndose de un lado a otro y sus cuartos traseros apareciendo y desapareciendo y haciéndoles enloquecer siempre.

Y Colmillo Blanco los odiaba a ellos en la misma medida. Ser el líder del trineo no era nada gratificante para él. Que le obligaran a correr delante de la jauría que ladraba sin parar, cuando durante tres años había derrotado y dominado a cada perro, era más de lo que podía soportar. Pero debía soportarlo o perecer, y la vida que había en él no tenía la más mínima intención de extinguirse. En el momento en que Mit-sah dio la orden de partida, el grupo entero, con su entusiasmo y sus salvajes gritos, salió disparado tras Colmillo Blanco.

No tenía forma de defenderse. Si se volvía contra ellos, Mit-sah le golpearía en el rostro con el látigo que tanto escocía. Solo le quedaba correr. No podía enfrentarse con aquella horda, que ladraba sin cesar, con la cola y los cuartos traseros. Aquellas no eran armas adecuadas con las que hacer frente a despiadados colmillos. Así que corrió, forzando su propia naturaleza y su orgullo con cada zancada que daba, y corrió durante todo el día.

Uno no puede transgredir los impulsos de la propia naturaleza sin que esta se vuelva contra sí misma. Esto es como lo que le sucede al pelo que crece fuera del cuerpo y, haciendo que crezca en dirección opuesta, lo hace dentro de la piel, algo doloroso que se ulcera y encona. Y lo mismo ocurría con Colmillo Blanco.

Todo su ser le impulsaba a saltar sobre la jauría que ladraba siguiéndole los talones, pero era la voluntad de los dioses que no pudiera hacerlo; y detrás de aquella voluntad, para reforzarla, estaba el látigo de tripas de caribú con sus treinta pies de largo que tanto escocían. Así que Colmillo Blanco tan solo pudo guardar para sí aquella amargura y desarrollar un odio y una malicia tan grandes como el espíritu indomable y la ferocidad de su naturaleza.

Si alguna vez existió un enemigo de su propia especie, ese fue Colmillo Blanco. No pedía ni daba cuartel. Continuamente era desfigurado y herido por los dientes de la jauría y, con la misma constancia, él dejaba las marcas de los suyos sobre la jauría. Al contrario que la mayoría de los líderes, quienes, cuando se acampaba y se desenganchaba a los perros, corrían a acurrucarse cerca de sus dioses en busca de protección, Colmillo Blanco desdeñaba aquella protección. Caminaba con valentía por el campamento, castigando por la noche los sufrimientos que le habían hecho pasar por el día. Antes de haber sido elegido líder del grupo, la jauría había aprendido a apartarse de su camino. Pero en aquellos momentos era distinto. Excitados por el largo día de persecución, movidos de forma inconsciente por la insistente repetición en sus cerebros de la imagen de su huida, dominados por el sentimiento de autoridad que disfrutaban durante todo el día, los perros no podían apartarse de su camino. Cuando aparecía entre ellos, siempre se producía algún alboroto. Su avance estaba jalonado de gruñidos, mordiscos y aullidos. El mismo aire que respiraba estaba saturado de maldad y de odio, y aquello no servía sino para aumentar el odio y la maldad que residían en él.

Cuando Mit-sah daba a voz en grito la orden para que el trineo se detuviera, Colmillo Blanco obedecía. Al principio, aquello causó ciertos problemas a otros perros. Todos saltaban sobre el odiado líder, pero se encontraban poco después con la horma de su zapato. Detrás de él estaba Mit-sah con su gran látigo chasqueante al agitarlo en su mano. Así que los perros llegaron a comprender que, cuando el trineo se detenía bajo una orden, debían dejar en paz a Colmillo Blanco. Pero cuando Colmillo Blanco se detenía sin que hubieran dado una orden, entonces sí les estaba permitido saltar sobre él y destrozarle si podían. Después de varias experiencias, Colmillo Blanco nunca se detuvo sin órdenes. Aprendió rápidamente. Si tenía que sobrevivir a las condiciones severas bajo las que la vida se le ofrecía, estaba en la misma naturaleza de las cosas el que aprendiera con tanta rapidez.

Pero los perros jamás podrían aprender la lección que consistía en que le

dejaran en paz en el campamento. Cada día, persiguiéndole o ladrándole para desafiarle, la lección de la noche anterior se olvidaba, y esa noche tendrían que aprenderla de nuevo, para ser inmediatamente olvidada. Además, la antipatía que le profesaban tenía mayor consistencia. Sentían entre él y ellos una diferencia de especie, causa suficiente en sí misma para la hostilidad. Como él, eran lobos domesticados. Pero eran descendientes de generaciones enteras de lobos domesticados. Gran parte de la herencia de lo salvaje se había perdido, así que para ellos las Tierras Vírgenes eran lo desconocido, lo terrible, la sempiterna amenaza y la guerra. Pero en el caso de Colmillo Blanco, por su apariencia, actos e instintos, las Tierras Vírgenes seguían adheridas a su naturaleza. Él las simbolizaba, era su personificación; así que, cuando le mostraban sus dientes, se estaban defendiendo a sí mismos contra los poderes de la destrucción que acechaban en las sombras del bosque y en la oscuridad que había más allá de las hogueras.

Pero hubo una lección que los perros sí aprendieron y que fue el permanecer juntos. Colmillo Blanco era una criatura demasiado peligrosa para que cualquiera de ellos se enfrentara a él. El encuentro tenía lugar en formación, ya que de otra forma los habría matado uno a uno en una noche. Pero como así era, nunca tuvo oportunidad de matar a ninguno. Podía derribar a un perro, pero la jauría se le echaba encima antes de que pudiera continuar y rematarle con el mordisco en la garganta. Al primer signo de conflicto, la jauría entera se agrupaba y se enfrentaba a él. Los perros tenían riñas entre ellos, pero eran olvidadas cuando los problemas se urdían en torno a Colmillo Blanco.

Así pues, se convirtió en el enemigo de su especie, lobos domesticados como eran, amansados por las hogueras de los hombres, debilitados a la sombra protectora de la fortaleza humana. Colmillo Blanco era severo e implacable. El barro del que estaba hecho había sido modelado de aquella forma. Declaró la *vendetta* contra todos los perros. Y vivía aquella venganza de manera tan estricta que Castor Gris, fiero y salvaje también, no podía sino maravillarse de la ferocidad de Colmillo Blanco. Nunca, se juraba, se había encontrado un animal como él, y los indios de otros poblados juraban de la misma forma cuando consideraban el número de perros de su tribu que había matado.

Cuando Colmillo Blanco tenía aproximadamente cinco años, Castor Gris se lo llevó a otro gran viaje y, durante largo tiempo, se recordó el daño que había hecho entre los perros de muchos poblados a lo largo del Mackenzie, de las

Rocosas y desde el Porcupine hasta el Yukon[7]. Ejecutaba la venganza sobre los de su propia especie. Siempre se trataba de perros normales que no desconfiaban. No estaban preparados para su rapidez y su resolución, ya que su ataque era imprevisto. No le conocían por lo que era: un relámpago de destrucción. Se les erizaba el pelo ante él, se ponían tensos y retadores, mientras Colmillo Blanco, sin perder el tiempo en los preliminares, pasando a la acción como un resorte de acero, saltaba a sus gargantas y los destrozaba antes de que se dieran cuenta de lo que sucedía, todavía paralizados por la sorpresa.

Se convirtió en un gran amigo de los combates. Economizaba sus fuerzas. Jamás derrochaba energía, jamás reñía. Era demasiado rápido para aquello y, si erraba, volvía a intentarlo con mayor rapidez. Compartía el desagrado que los lobos sentían por la lucha cuerpo a cuerpo. No podía soportar un contacto prolongado con otro cuerpo. Le transmitía la sensación de peligro y le volvía loco. Tenía que alejarse, sentirse libre de contacto con cualquier cosa viviente. Eran las Tierras Vírgenes, que todavía se aferraban a él, afirmándose en su cuerpo. Aquel sentimiento se había acentuado por la esforzada vida que había llevado desde que fuera un cachorro. El peligro acechaba en los contactos. Era una trampa, siempre una trampa, y el temor que le tenía se escondía en las profundidades de su ser, tejido entre sus nervios.

En consecuencia, los perros de otros poblados se daban cuenta de que no tenían ninguna oportunidad con él. Colmillo Blanco eludía sus dientes. O los alcanzaba o los dejaba, pero no permitía que le tocasen en ningún momento. Siempre se producían excepciones. Había ocasiones en las que, cuando muchos perros daban con él, le castigaban antes de que pudiera huir, y había otras en las que un perro podía herirle seriamente. La mayoría de las veces —tal era su eficacia en la lucha— salía sin un rasguño.

Otra ventaja que poseía era que medía con exactitud las distancias y el tiempo. Sin embargo, no lo hacía conscientemente. No calculaba aquellas cosas. Era algo automático. Sus ojos veían con corrección y sus nervios transportaban aquella sensación a su cerebro de forma correcta. Todas sus partes funcionaban con mayor precisión que las del perro promedio, engranaban de forma más suave y segura. Su coordinación era mejor, mucho mejor, a nivel nervioso, muscular y mental. Cuando sus ojos enviaban al cerebro la imagen en movimiento de una acción, su cerebro, sin esfuerzo consciente, sabía el espacio y el tiempo que exigía su ejecución. Así podía evitar el ataque de otro perro o la dentellada de

sus colmillos, y en el mismo momento medía la fracción infinitesimal de tiempo en la que podía devolver el golpe. Mental y físicamente su organismo era un mecanismo perfecto. Y no tenía por qué ser premiado por ello. La naturaleza había sido más generosa con él que con cualquier otro animal, eso era todo.

Fue en el verano cuando Colmillo Blanco llegó al Fuerte Yukon[8]. Castor Gris había atravesado la gran región húmeda entre el río Mackenzie y el Yukon en el último invierno y pasó la primavera cazando en las estribaciones de las montañas Rocosas. Luego, después de hacer un alto al encontrar el Porcupine helado, construyó una canoa y fue río abajo, hacia el lugar en el que se producía su unión con el Yukon justo bajo el Círculo Polar Ártico. Allí se levantaba el viejo fuerte de la Compañía de la Bahía de Hudson[9] y había muchos indios, mucha comida y una agitación sin precedentes. Era el verano de 1898 y cientos de buscadores de oro se disponían a seguir río arriba las aguas del Yukon hasta la ciudad de Dawson y el Klondike[10]. Todavía a cientos de millas de su objetivo, muchos de ellos llevaban un año en la ruta y el que menos había recorrido cinco mil millas, ya que muchos habían llegado desde la otra parte del mundo.

Allí se detuvo Castor Gris. Un rumor sobre la fiebre del oro había llegado a sus oídos y apareció en el fuerte con muchos fardos de pieles y otro de mocasines y guantes elaborados con tripas de animal bien cosidas. No se habría arriesgado a un viaje tan largo de no haber esperado grandes beneficios. Pero lo que había esperado no fue nada en comparación con lo que consiguió. Su sueño no había excedido el cien por cien del beneficio y, sin embargo, alcanzó el mil por ciento. Y, como un verdadero indio, se dispuso a comerciar con cuidado y tiempo, aunque la venta de sus bienes se prolongara durante el verano y el invierno enteros.

Fue en el Fuerte Yukon donde Colmillo Blanco vio a los primeros hombres blancos. Comparados con los indios que había conocido, eran para él otra raza de seres, una raza superior. Le impresionaron porque poseían un poder mayor y es en el poder donde reside la divinidad. Colmillo Blanco no lo razonó, ni en su mente elaboró el pensamiento de que los dioses blancos eran más poderosos. Era una sensación, nada más, pero no por ello menos intensa. Como en sus días de cachorro los enormes bultos de las tiendas erigidas por los hombres le habían impresionado como manifestaciones de poder, de la misma forma le impresionaron en aquellos momentos las casas y el gran fuerte construido con imponentes troncos. Poseían un dominio superior sobre las cosas que los dioses

que había conocido, el más poderoso de los cuales era Castor Gris. Y, sin embargo, Castor Gris era un dios niño entre aquellos de piel blanca.

Con toda seguridad Colmillo Blanco sentía aquellas cosas. No era consciente de ellas. No obstante, más que por el pensamiento, los animales actúan guiados por las sensaciones. Y cada acto que Colmillo Blanco ejecutaba estaba basado en su sensación de que el hombre blanco era superior entre los dioses. Al principio desconfió de ellos. Los desconocidos horrores y castigos que podían administrar eran insospechables. Sentía curiosidad por observarlos, aunque también temor de ser advertido entre ellos. En las primeras horas se sintió contento de poder merodear y estudiarlos a distancia. Después se dio cuenta de que ningún daño recaía sobre los perros que estaban cerca de ellos y se aproximó todavía más.

Por su parte, él fue objeto de una gran curiosidad. Su aspecto lobuno les llamó la atención y le señalaron. Aquel acto de señalarle hizo que Colmillo Blanco se pusiera en guardia y, cuando trataron de acercarse a él, les mostró sus dientes y se retiró. Ninguno consiguió ponerle la mano encima y fue mejor para ellos no hacerlo.

Colmillo Blanco aprendió pronto que pocos de aquellos dioses —no más de una docena— vivían en aquel lugar. Cada dos o tres días un barco de vapor (otra colosal manifestación de poder) arribaba a la orilla y se detenía durante varias horas. Los hombres blancos salían de aquellos barcos de vapor y volvían a marcharse en ellos. Parecía que había un número infinito de aquellos hombres blancos. Ya solo el primer día, vio más blancos que indios en toda su vida; y con el paso de los días continuaban llegando a la orilla, se detenían y luego reiniciaban su viaje hasta que se les perdía de vista río arriba. Pero si los hombres blancos eran todopoderosos, sus perros no llegaban a tanto. Esto lo descubrió Colmillo Blanco en seguida, al mezclarse con los que recalaban en la orilla con sus amos. Eran de formas y tamaños irregulares. Algunos tenían las patas cortas, demasiado cortas, otros largas, demasiado largas. Tenían pelo en lugar de piel y, en muchos, era escasísimo. Y ninguno de ellos sabía luchar.

Como enemigo que era de los suyos, la especialidad de Colmillo Blanco consistía en luchar contra ellos. Aquello fue lo que hizo y pronto le merecieron una opinión de considerable desprecio. Eran blandos e indefensos, hacían mucho ruido y forcejeaban con torpeza, intentando conseguir con la fuerza bruta lo que él conseguía con destreza y astucia. Se precipitaban contra él ladrando a más no poder. Colmillo Blanco saltaba a un lado. Ellos no sabían lo que esperar de él, y

en un instante les mordía la paletilla y los hacía caer rodando antes de rematarlos con la dentellada en el cuello.

A veces aquel ataque tenía éxito y un perro atacado rodaba por el fango, para ser al instante asaltado y destrozado por los perros de los indios que esperaban el desenlace. Colmillo Blanco era listo. Hacía tiempo que había aprendido que los dioses se enfurecían cuando uno de sus perros moría. Los hombres blancos no eran la excepción de la regla. Por eso le encantaba que al derribar y morder la garganta de algún perro, la jauría se echara luego encima para hacer el trabajo sucio. Era entonces cuando el hombre blanco llegaba y descargaba su furia contra la jauría entera, mientras Colmillo Blanco se libraba de ellos. Se mantenía a cierta distancia para contemplarlo todo, al tiempo que las piedras, los garrotes y todo tipo de armas caían sobre sus compañeros. Colmillo Blanco era muy listo.

Pero sus compañeros se volvieron listos también, a su modo. Y en el proceso, Colmillo Blanco se volvió más listo con ellos. Aprendieron que, cuando el barco de vapor arribaba a la orilla, con él llegaba la diversión. Después de los dos o tres primeros perros extraños que fueron derribados y destrozados, el hombre blanco retuvo a sus animales en el barco y tomó severa venganza contra los autores de aquellas ofensas. Un hombre blanco que había visto a su perro, un *setter*, destrozado ante sus ojos cogió un revólver. Disparó rápidamente seis veces y seis perros de la jauría cayeron muertos o moribundos, otra manifestación de poder que a Colmillo Blanco le impresionó bastante.

Colmillo Blanco se divertía con todo aquello. No amaba su especie y era lo suficientemente astuto como para escapar del castigo. Al principio, matar a los perros del hombre blanco había sido una diversión. Después de cierto tiempo, se convirtió en su ocupación. No había otro trabajo para él. Castor Gris estaba muy ocupado comerciando y haciéndose rico. Así que Colmillo Blanco merodeaba por el embarcadero con el grupo de perros indios, que tan mala fama tenía ya, esperando a los barcos de vapor. Con la llegada del barco la diversión comenzaba. Después de unos pocos minutos, los necesarios para que el hombre blanco se recuperara de la sorpresa, el grupo se disolvía. La diversión acababa hasta que llegaba otro barco con más hombres y nuevos perros.

Pero no podía decirse que Colmillo Blanco fuera miembro de aquella banda. No se mezclaba con ellos, sino que permanecía a distancia, conservando siempre su identidad, e incluso era temido por sus componentes. Era cierto que colaboraba con ellos. Él comenzaba la riña con un perro desconocido mientras la banda esperaba. Y cuando había derribado al perro, la banda se abalanzaba para

rematarlo. Pero también era cierto que él se apartaba, dejando que la banda recibiera todo el castigo de los enfurecidos dioses.

No exigía mucho esfuerzo provocar aquellas peleas. Todo lo que tenía que hacer cuando aquellos perros extraños bajaban a la orilla era mostrarse ante ellos. Cuando lo veían, se precipitaban corriendo hacia él. Era su instinto. Él representaba lo salvaje —lo desconocido, lo terrible, la sempiterna amenaza, la cosa que merodeaba en la oscuridad alrededor de las hogueras del mundo primitivo—, cuando ellos, acurrucándose junto a los fuegos, remodelaban sus instintos, aprendiendo a temer las Tierras Vírgenes, fuera de las que habían decidido vivir, a las que habían abandonado y traicionado. Generación tras generación, aquel miedo a las Tierras Vírgenes se había marcado con fuego en sus naturalezas. Durante centurias, las Tierras Vírgenes representaron el terror y la destrucción. Y durante aquel tiempo habían recibido la licencia de sus amos para matar a cualquier ser procedente de lo salvaje. Al hacer aquello se protegían a sí mismos y a los dioses cuya compañía compartían.

Y recién llegados desde el mundo del sur, mucho más cómodo, aquellos perros que bajaban trotando por la pasarela para pisar la orilla del Yukon no tenían más que ver a Colmillo Blanco para experimentar el irresistible impulso de abalanzarse sobre él y destruirle. Podían ser perros de ciudad, pero el temor instintivo a lo salvaje era exactamente el mismo. No solo con sus propios ojos veían bajo la clara luz del día a la criatura lobuna que se erguía frente a ellos. La veían con los ojos de sus antecesores y, gracias a la memoria que habían heredado, conocían a Colmillo Blanco como el lobo y recordaban su ancestral enemistad.

Todo aquello propiciaba que los días de Colmillo Blanco fueran más divertidos. Si nada más verle aquellos extraños se abalanzaban sobre él, mucho peor para ellos. Le observaban como a una presa legítima y de la misma forma los veía él a ellos.

No en vano había visto la luz en un cubil solitario y había luchado por primera vez con el ptarmigán, la comadreja y el lince. Y no en vano habían sido sus días de cachorro amargos por la persecución de Hocicos y de todo el grupo de cachorros. Podría haber ocurrido de otra forma y él habría sido distinto también. Si Hocicos no hubiera existido, habría pasado sus primeros años con los demás cachorros y habría crecido más como un perro, desarrollando su afecto hacia ellos. Si Castor Gris le hubiera demostrado algo de cariño y afecto, habría conocido la profundidad de la naturaleza de Colmillo Blanco y habría

conseguido que afloraran todo tipo de bondadosas cualidades. Pero no había sido así. El barro de Colmillo Blanco había sido modelado hasta convertirle en lo que era: una criatura hosca y solitaria, fría y feroz, el enemigo de toda su especie.

2. El dios loco

En el Fuerte Yukon vivía un número reducido de hombres blancos. Aquellos hombres llevaban mucho tiempo en el país. Se llamaban a sí mismos *masas agrias*[11], nombre del que estaban muy orgullosos. Por los hombres nuevos en aquella tierra no sentían sino desdén. Los hombres que bajaban a la orilla desde los vapores eran todos recién llegados. Eran conocidos como *chechaquos*, nombre que les hacía perder el ánimo cuando se lo aplicaban. Hacían su pan con polvos de levadura. Esta era la odiosa diferencia entre ellos y los *masas agrias*, quienes, desde luego, elaboraban su pan con masa agria porque no tenían polvos de levadura.

Todo lo cual no interesa en nuestra historia. Los hombres del fuerte desdeñaban a los recién llegados y disfrutaban viendo cómo sufrían. Disfrutaban sobre todo con los estragos que Colmillo Blanco y su infame banda hacían en los perros de los recién llegados. Cuando arribaba el barco de vapor, los hombres del fuerte se ponían de acuerdo para bajar a la orilla y contemplar el alboroto que se originaba. Lo esperaban con tanta impaciencia como los perros indios y no les pasaban desapercibidos el salvajismo y la astucia de Colmillo Blanco.

Pero había un hombre entre ellos que disfrutaba particularmente de aquel deporte. Corría en cuanto se oía el primer silbido de vapor y, cuando había concluido la última lucha, y Colmillo Blanco y la jauría se desperdigaban, regresaba lentamente al fuerte, con la expresión triste. A veces, cuando uno de los blandengues perros del sur caía derribado, chillando su grito de muerte bajo los colmillos de la jauría, aquel hombre no podía contenerse y saltaba y gritaba mostrando así el placer que le causaba aquella escena. Y siempre miraba a Colmillo Blanco con expresión penetrante y codiciosa.

A aquel individuo los hombres del fuerte le llamaban *Guapo*. Nadie sabía su nombre y, en general, le conocían en el país como *Guapo* Smith. Sin embargo,

era cualquier cosa menos guapo. Aquella antítesis constituía la razón de su nombre. Fundamentalmente era feo. La naturaleza había sido avariciosa con él. Para empezar, era un hombre bajo y sobre su exiguo cuerpo había depositada una cabeza sorprendentemente exigua. Acababa en punta y de hecho, en su infancia, antes que Guapo, le habían llamado *Cabeza de alfiler*.

Por detrás, desde la punta, la cabeza descendía con inclinación hasta el cuello, y por delante lo hacía verticalmente para encontrarse con una frente baja y bastante ancha. A partir de allí, y como si lamentara su parquedad, la naturaleza había formado sus facciones con mano pródiga. Sus ojos eran grandes y entre ellos había espacio para otros dos. Su rostro, en relación con el resto del cuerpo, era prodigioso. Para disponer del espacio necesario, la naturaleza le había dotado de una mandíbula prognata. Era ancha y consistente y bajaba hacia delante hasta tal punto que parecía descansar sobre su pecho. Posiblemente, aquella apariencia era debida a la fragilidad de su cuello delgado, incapaz de soportar una carga tan pesada.

Su mandíbula parecía demostrar una resolución feroz. Pero faltaba algo. Quizás se debiera a su exceso, quizás a que fuera demasiado alargada. En cualquier caso, tal apariencia era falsa. Guapo Smith era conocido a lo largo y ancho de aquella región como un cobarde llorón y sin voluntad. Para completar la descripción, sus dientes eran grandes y amarillos, mientras que sus dos caninos, más largos que sus compañeros, aparecían bajo sus finos labios como colmillos. Sus ojos eran amarillentos y turbios, como si la naturaleza se hubiera quedado sin pigmentos y hubiera mezclado las sobras de todos sus tubos. Lo mismo ocurría con su pelo, ralo e irregular, de un tono amarillo sucio que crecía en su cabeza y le caía sobre el rostro en desordenadas crenchas y mechones, que parecían crecer a su aire sin orden ni concierto alguno.

En pocas palabras, Guapo era una monstruosidad y nadie tenía la culpa. Él no era el responsable. Su barro lo habían modelado de aquella forma. Se encargaba de hacer la comida para los demás hombres del fuerte, lavaba los platos y hacía todo el trabajo penoso. No le despreciaban. Más bien le toleraban de forma humanitaria como cualquiera toleraría a una criatura tratada con maldad por la naturaleza. También le tenían miedo. Su ira cobarde hacía que los demás temieran un tiro por la espalda o el veneno en el café. Pero alguien tenía que hacer la comida y, fueran cuales fueran sus deficiencias, Guapo Smith sabía cocinar.

Aquel era el hombre que observaba a Colmillo Blanco fascinado por su feroz

valor y el que albergaba el deseo de poseerlo. Desde el principio, hizo movimientos de aproximación a Colmillo Blanco. Este comenzó por no hacerle caso. Más tarde, cuando sus acercamientos se tornaron más insistentes, Colmillo Blanco erizaba su pelo, desnudaba sus dientes y se retiraba. No le gustaba aquel hombre. La sensación que le producía era mala. Percibía que el mal se hallaba en él y temía su mano extendida y las suaves palabras con que le prodigaba atenciones. Por todo aquello, odiaba a aquel hombre.

Para las criaturas simples, el bien y el mal es algo que puede ser entendido con facilidad. El bien se encuentra en las cosas que reportan comodidad, satisfacción y la superación del dolor. Por lo tanto, a todo el mundo le gusta el bien. El mal se encuentra en las cosas que están llenas de dificultades, amenazas y dolor, y es repudiado en consecuencia. El sentimiento de Colmillo Blanco hacia Guapo Smith era malo. El cuerpo contrahecho de aquel hombre y su mente retorcida exhalaban emanaciones insalubres que, por ocultas vías, se parecían a las nieblas portadoras de la malaria que se levantaban en los pantanos. No era gracias a la razón, ni a los cinco sentidos, sino a otras vías de percepción, remotas y desconocidas, gracias a las cuales Colmillo Blanco tenía la sensación de que aquel hombre no auguraba nada bueno, que era un ser dañino y, por lo tanto, una cosa mala a la que era aconsejable odiar.

Colmillo Blanco se encontraba en el campamento de Castor Gris cuando Guapo Smith fue a visitarle por primera vez. Al percibir el leve sonido de sus todavía lejanos pasos, Colmillo Blanco le reconoció antes de que apareciera y comenzó a erizar el pelo. Había estado tumbado tranquilo y relajado, pero se levantó con rapidez y, cuando el hombre llegó, se escabulló, según hacen los verdaderos lobos, hacia uno de los extremos del campamento. No sabía de lo que estaban hablando, pero podía ver que el hombre y Castor Gris conversaban. Entonces, el hombre le señaló y Colmillo Blanco le gruñó como si aquella mano estuviera descendiendo sobre su lomo en lugar de estar, como estaba, a cincuenta pies de distancia. El hombre se rio por aquel gesto y Colmillo Blanco caminó furtivamente hacia los bosques y torció la cabeza más de una vez para observar la escena, mientras se deslizaba suavemente sobre la tierra.

Castor Gris se negó a vender al perro. Se había hecho rico con el comercio de pieles y no necesitaba nada. Además, Colmillo Blanco era un animal muy valioso, el perro de tiro más fuerte que había poseído nunca y el mejor líder. No había otro perro como él en todo el río Mackenzie ni en el Yukon. Sabía luchar. Había matado a otros perros con la misma facilidad con que los hombres matan

mosquitos. (Los ojos de Guapo Smith se animaron y se lamió los finos labios con su lengua inquieta). No, Colmillo Blanco no estaba en venta a ningún precio.

Pero Guapo Smith conocía las costumbres de los indios. Frecuentó el campamento de Castor Gris y, escondida bajo su abrigo, siempre llevaba alguna botella de *whisky*[12] o algo semejante. Una de las características del *whisky* es que despierta la sed. Castor Gris contrajo aquella sed. Sus entrañas enfebrecidas y su estómago arrasado por el alcohol comenzaron a pedir más y más de aquel fluido abrasador, mientras su cerebro, trastornado por el insólito estimulante, fue capaz de ordenarle cualquier cosa con tal de conseguirlo. El dinero que había recibido por sus pieles, guantes y mocasines comenzó a esfumarse, y cuanto menos dinero le quedaba más se enfurecía.

Al final su dinero, sus bienes y su buen carácter se esfumaron. No le quedó nada, sino su sed, una extraordinaria obsesión que aumentaba con cada bocanada de aire que respiraba sobrio. Entonces fue cuando Guapo Smith volvió a hablar con él sobre la venta de Colmillo Blanco, pero aquella vez el precio ofrecido fue en botellas, no en dólares, y los oídos de Castor Gris prestaron inmensa atención.

—Tú atrapas perro, tú llevarlo, de acuerdo —fue su última palabra.

Las botellas le fueron entregadas, pero, después de dos días, «atrapa al perro» fueron las palabras de Guapo Smith a Castor Gris.

Colmillo Blanco se adentró una tarde furtivamente en el campamento y se tumbó con un suspiro de alegría. El temido dios blanco no estaba allí. Durante días, sus deseos de ponerle las manos encima se habían hecho más y más insistentes, y durante aquel tiempo Colmillo Blanco se había visto obligado a evitar el campamento. No sabía con qué perversidad le amenazaban aquellas insistentes manos. Tan solo sabía que le tenían preparado algún mal y que más le valía mantenerse apartado de ellas.

Pero apenas se había tumbado cuando Castor Gris se acercó tambaleándose hacia él y le ató una cuerda de cuero al cuello. Se sentó junto a Colmillo Blanco, con el extremo de la cuerda en la mano. En la otra sostenía una botella que, de cuando en cuando, invertía sobre su cabeza acompañándose de gorgoteos.

Había transcurrido una hora cuando las vibraciones de unos pasos anunciaron al que se acercaba. Colmillo Blanco los oyó primero y se erizó inmediatamente al darse cuenta de quién era, mientras Castor Gris seguía moviendo la cabeza de forma estúpida. Colmillo Blanco intentó que la cuerda se

deslizara de la mano de su amo, pero los dedos relajados se cerraron con fuerza y Castor Gris se levantó.

Guapo Smith se adentró en el campamento y se colocó delante de Colmillo Blanco. Este gruñó con preocupación, observando sin perder detalle los movimientos de las manos. Una mano quedó extendida y comenzó a descender sobre su cabeza. Su tímido gruñido se volvió tenso y violento. La mano continuó descendiendo lentamente mientras él se iba agachando más y más bajo ella, mirándola con maldad y emitiendo gruñidos cada vez más cortos, como si con la respiración entrecortada se acercara su final. De pronto, le mordió, atacándole con los colmillos como una serpiente. Retiró la mano y los dientes entrechocaron con un fuerte chasquido al errar el mordisco. Guapo Smith estaba asustado y furioso. Castor Gris golpeó a Colmillo Blanco en la cabeza de tal forma que el perro se agazapó en el suelo en señal de respetuosa obediencia.

Los desconfiados ojos de Colmillo Blanco siguieron cada movimiento. Vio a Guapo Smith alejarse y volver con un pesado palo. Después el extremo de la cuerda pasó de las manos de Castor Gris a las suyas. Guapo Smith echó a andar de nuevo. La cuerda quedó tensa. Colmillo Blanco se resistió. Castor Gris le golpeó a derecha e izquierda para que se levantara y le siguiera. Él obedeció, pero con una acometida, lanzándose sobre aquel tipo extraño que tiraba de él. Guapo Smith no se apartó, como si hubiera estado esperando aquello. Balanceó el palo con habilidad y detuvo la acometida a medio camino golpeando a Colmillo Blanco y derribándole en tierra. Castor Gris se echó a reír y asintió con la cabeza como si aprobara el golpe. Guapo Smith tensó de nuevo la cuerda y Colmillo Blanco, mareado, se arrastró cojeando hasta sus pies.

No le acometió una segunda vez. Un golpe de palo era suficiente para convencerle de que el dios blanco sabía cómo manejarlo y era demasiado listo para luchar contra lo inevitable. Así que siguió de mal humor a Guapo Smith, con la cola entre las piernas, aunque gruñendo entre dientes. Pero Guapo Smith le miraba con cautela y con el palo siempre preparado para golpear.

En el fuerte, Guapo Smith lo dejó cuidadosamente atado y se fue a la cama. Colmillo Blanco esperó una hora. Luego mordió la cuerda y en diez segundos quedó libre. No había perdido el tiempo con sus dientes. La cuerda quedó cortada transversalmente, en diagonal, en un corte tan limpio como el de un cuchillo. Miró hacia el fuerte al tiempo que erizaba su pelo y gruñía. Entonces se dio media vuelta y trotó hacia el campamento de Castor Gris. No le debía

ninguna lealtad a aquel extraño y terrible dios. Él se había entregado a Castor Gris y consideraba que todavía le pertenecía.

Pero lo que había ocurrido antes volvió a repetirse con una diferencia. Castor Gris le ató de nuevo con una cuerda y por la mañana se lo devolvió a Guapo Smith. Y allí fue donde se produjo la diferencia. Guapo Smith le dio una paliza. Atado con sumo cuidado, Colmillo Blanco tan solo pudo rabiar inútilmente y soportar el castigo. El palo y el látigo fueron los instrumentos que utilizó contra él y recibió la paliza más cruel que jamás había vivido en toda su existencia. Incluso la gran paliza que le dio Castor Gris en sus días de cachorro fue suave en comparación con aquella.

Guapo Smith disfrutaba. Se deleitaba. Se recreaba en su víctima y sus ojos resplandecían con brillo apagado, mientras manejaba el palo y el látigo y oía los aullidos de dolor de Colmillo Blanco, sus rugidos de indefensión y sus gruñidos. Porque Guapo Smith era cruel, como lo son los cobardes. Servil y llorón ante los golpes o el discurso enfurecido de un hombre, se vengaba después en criaturas más débiles que él. Todo ser viviente ama el poder, y Guapo Smith no era una excepción. Como le había sido negada la posibilidad de ejercitar cierto poder entre los de su especie, se volvía contra las criaturas inferiores y así justificaba la vida que había en él. Pero Guapo Smith se había despertado al mundo con un cuerpo deforme y una inteligencia tosca. Aquel había sido su barro; un barro que no había sido modelado con excesiva benevolencia por el mundo.

Colmillo Blanco sabía por qué le estaba pegando. Cuando Castor Gris le ató la cuerda alrededor del cuello y le cedió el extremo a Guapo Smith, Colmillo Blanco sabía que la voluntad de su dios era que se marchara con Guapo Smith. Y cuando Guapo Smith le dejó atado fuera del fuerte, sabía que su voluntad era que se quedara allí. Por lo tanto, había desobedecido la voluntad de ambos dioses y se merecía, en consecuencia, aquel castigo. En el pasado había visto cómo otros perros cambiaban de amo y había contemplado cómo pegaban a los que huían tal y como lo había hecho él. Era inteligente, pero aun así en su naturaleza había fuerzas más poderosas que la sabiduría. Una de ellas era la fidelidad. No amaba a Castor Gris; sin embargo, incluso aunque le hubiera mostrado su voluntad y su enojo, le era fiel. No podía evitarlo. Aquella fidelidad era una cualidad del barro con el que le habían creado. Representaba la cualidad típica de su especie; la cualidad que lo aparta de las demás; la cualidad que había capacitado al lobo y al perro salvaje para abandonar el campo y convertirse en el compañero del hombre.

Después de la paliza, Colmillo Blanco fue arrastrado hasta el fuerte. Pero aquella vez Guapo Smith le dejó atado con un palo. Uno no abandona a su dios fácilmente y eso fue lo que le ocurrió a Colmillo Blanco. Castor Gris era su dios particular y, a pesar de la voluntad del propio Castor Gris, Colmillo Blanco estaba unido a él y no renunciaría a su vínculo. Castor Gris le había traicionado y abandonado, pero no le importaba. No en balde se había sometido en cuerpo y alma a él. Por su parte, Colmillo Blanco no albergaba ninguna reserva y el lazo que los unía no se iba a romper fácilmente.

Así que, por la noche, cuando los hombres del fuerte dormían, Colmillo Blanco hincó los dientes en el palo que lo sujetaba. La madera estaba curada y seca, y estaba atado a ella de tal forma que el cuello lo tenía casi pegado al palo, por lo que apenas podía hincar los dientes. Hasta que gracias al esfuerzo muscular y a que dobló el cuello al máximo, pudo colocar la madera entre sus dientes. Y solo gracias a su inmensa paciencia, prolongada durante horas, pudo terminar de roer el palo. Aquello era algo que los perros supuestamente no hacen. No tenía precedentes. Pero Colmillo Blanco lo hizo y se alejó del fuerte a primera hora de la mañana con un extremo del palo colgando de su cuello.

Era inteligente; pero si lo hubiera sido del todo no habría vuelto con Castor Gris, quien ya le había traicionado dos veces. Sin embargo, allí estaba su fidelidad y regresó para ser traicionado por tercera vez. De nuevo cedió cuando Castor Gris intentó colocarle una cuerda al cuello y de nuevo Guapo Smith acudió para reclamarle. Y aquella vez le pegó con más severidad que la anterior.

Castor Gris lo observó todo impasible, mientras el dios blanco manejaba el látigo. No acudió en su ayuda. Ya no era su perro. Cuando terminó la paliza, Colmillo Blanco se sintió enfermo. Cualquiera de los poco aguerridos perros de las tierras del sur habría muerto, pero él no. Su escuela de la vida había sido más dura y él mismo estaba forjado de un material más resistente. Tenía una vitalidad inmensa. Estaba agarrado a la vida con demasiada fuerza. Pero se sintió muy enfermo. Al principio no pudo ni arrastrarse por el suelo y Guapo Smith tuvo que esperar media hora. Y luego, ciego y sangrante, siguió a Guapo Smith hasta el fuerte.

Pero entonces le ataron con una cadena que desafió a sus dientes y que le obligó a tirar de ella para arrancarla de la madera en la que estaba empotrada. Después de varios días, sobrio y arruinado, Castor Gris emprendió el largo viaje hacia el Mackenzie, río arriba por el Porcupine. Colmillo Blanco permaneció en el Yukon como propiedad de un hombre que era la mitad loco y la otra mitad

deficiente mental. Pero ¿quién era un perro para tener conciencia de lo que es la locura? Para Colmillo Blanco, Guapo Smith era un verdadero, aunque terrible, dios. En el mejor de los casos, un dios loco, pero Colmillo Blanco no sabía nada de la locura; lo único que sabía era que debía someterse a la voluntad de su nuevo amo y obedecer todos sus caprichos y antojos.

3. El reino del odio

Bajo la tutela del dios loco, Colmillo Blanco se convirtió en un demonio. Lo tenía encadenado en un corral que había en la parte trasera del fuerte y allí Guapo Smith le atormentaba, le irritaba y le enloquecía con pequeñas torturas. El hombre descubrió en seguida la susceptibilidad de Colmillo Blanco a la risa y tomó por costumbre, tras dolorosas burlas, reírse constantemente de él. Aquella risa era estridente y malintencionada y, mientras reía, el dios le señalaba con el dedo de forma burlona. En aquellas ocasiones, el buen juicio abandonaba a Colmillo Blanco y en sus arrebatos de furia se tornaba más loco que Guapo Smith.

En un principio, Colmillo Blanco había sido tan solo un enemigo de su raza y, por añadidura, un terrible enemigo. En aquellos momentos era el enemigo de todas las cosas y más feroz que nunca. Hasta tal punto fue torturado, que odiaba con ceguera y sin el más mínimo atisbo de cordura. Odiaba la cadena que le retenía, a los hombres que le miraban a través de las vallas del corral, a los perros que acompañaban a los hombres y que le gruñían con maldad al verle indefenso. Odiaba hasta la misma madera del corral que le confinaba. Y por encima de todo, odiaba a Guapo Smith.

Pero Guapo Smith le hacía todas aquellas cosas a Colmillo Blanco guiado por un propósito. Un día un grupo de hombres se concentró alrededor del corral. Guapo Smith entró, palo en mano, y liberó a Colmillo Blanco de la cadena que llevaba al cuello. Cuando su amo hubo salido, Colmillo Blanco se volvió y dio varias vueltas al corral tratando de lanzarse contra los hombres que había fuera. Era una criatura magnífica y terrible. Medía cinco pies de largo, dos de alto y uno y medio de ancho, por lo que excedía en peso a cualquier lobo que tuviera su tamaño. De su madre había heredado las proporciones corpulentas de un perro, así que pesaba, sin nada de grasa y sin una sola onza de carne superflua,

más de noventa libras. Era todo músculo, huesos y nervios —carne de combate — en una condición física insuperable.

La puerta del corral se abrió de nuevo. Colmillo Blanco se detuvo. Algo inusual estaba ocurriendo. Esperó. La puerta se abrió más. Entonces, un gran perro fue lanzado al interior y la puerta se cerró detrás de él. Colmillo Blanco no había visto jamás a un perro como aquel (era un mastín); pero el tamaño y el aspecto feroz del intruso no le desalentaron. Allí había algo, que no era madera ni acero, en lo que vengar su odio. Saltó sobre el mastín y le dio una dentellada que desgarró un lado de su cuello. El mastín sacudió la cabeza, aulló con voz ronca y atacó a Colmillo Blanco. Pero Colmillo Blanco estaba aquí, allí y en todas partes, siempre evitando y eludiendo, y siempre atacando, mordiendo y retirándose a tiempo antes de recibir el castigo.

Los hombres gritaban y aplaudían, mientras Guapo Smith, en un éxtasis de placer, saboreaba los desgarrones y las mutilaciones que Colmillo Blanco provocaba a su contrario. Desde el comienzo no hubo esperanza alguna para el mastín. Era demasiado pesado y lento. Al final, mientras Guapo Smith golpeaba a Colmillo Blanco con un palo, el mastín fue retirado por su amo. Luego se realizaron los pagos por las apuestas, y el dinero resonó en las manos de Guapo Smith.

Colmillo Blanco comenzó a ansiar que los hombres se agruparan en torno al corral. Aquello quería decir pelea y era la única forma que se le concedía para expresar todo lo que llevaba dentro de sí. Atormentado, instigado para que odiara, era retenido como prisionero para que no pudiera satisfacer su odio de ninguna manera a excepción de las ocasiones en que su amo veía la oportunidad de hacerle luchar contra otro perro. Guapo Smith había sopesado bien su poderío, ya que siempre salía vencedor. Un día le hicieron enfrentarse con tres perros, uno detrás de otro. En otra ocasión, un lobo adulto, recién cazado en las Tierras Vírgenes, fue empujado por la puerta del corral. Y otro día fueron dos perros los que lucharon contra él a la vez. Aquella fue la lucha más dura y, aunque al final mató a los dos, quedó medio muerto.

En el otoño, cuando las primeras nieves caían y finas capas de hielo corrían por el río, Guapo Smith compró un pasaje para él y Colmillo Blanco en el barco de vapor que cubría la ruta del Yukon hasta Dawson. Colmillo Blanco había ganado una reputación en su tierra. Era conocido como el «Lobo Guerrero» y la caja en la que iba encerrado en la cubierta del vapor solía estar rodeada de curiosos. Él se enfurecía y gruñía al verlos o, tumbado, los estudiaba con un odio

frío. ¿Por qué no había de odiarlos? Jamás se había planteado aquella pregunta. Lo único que sabía era que los odiaba y se abandonaba a aquel sentimiento. La vida se había convertido en un infierno para él. No estaba hecho para soportar el confinamiento que sufren las bestias salvajes en manos de los hombres. Y sin embargo, era tratado precisamente de aquella forma. Los hombres le miraban con fijeza, introducían palos entre los barrotes de la jaula para hacerle gruñir y luego se reían.

Aquellos hombres eran su entorno y ellos eran los que, con su barro, modelaban un ser mucho más feroz de lo que la naturaleza había previsto. Sin embargo, la naturaleza le había conferido plasticidad. Donde cualquier otro animal habría muerto o destrozado su espíritu, él se adaptó y sobrevivió, sin que su espíritu se resintiera. Posiblemente Guapo Smith, engendro del mal y torturador, era capaz de quebrar el espíritu de Colmillo Blanco, pero todavía no había señal de su éxito.

Si Guapo Smith tenía dentro de él un demonio, Colmillo Blanco tenía otro. Y los dos se enfurecían recíprocamente de forma incesante. Los días anteriores, Colmillo Blanco había demostrado el buen juicio de someterse al hombre del palo; pero aquel buen juicio le había abandonado. Solo ver a Guapo Smith era suficiente para enloquecer. Y cuando se acercaba y le golpeaba con el palo, continuaba gruñendo y aullando y mostrando sus colmillos. Nunca podía apagar un último aullido; no importaba cuán fuerte le pegara, Colmillo Blanco siempre emitía otro aullido; y cuando Guapo Smith cesaba de pegarle y se apartaba, el aullido desafiante le seguía o Colmillo Blanco se lanzaba contra los barrotes de la jaula expresando con bramidos su odio.

Cuando el barco de vapor llegó a la ciudad de Dawson, Colmillo Blanco bajó a tierra. Pero todavía su vida era pública, en una jaula, rodeado de hombres curiosos. Era exhibido como el Lobo Guerrero y los hombres pagaban cincuenta centavos en oro para verle. No le daban descanso. En cuanto se tumbaba para dormir, le sacudían con un palo afilado, con el fin de que la audiencia rentabilizara su dinero. Para que el espectáculo fuera más interesante, le mantenían rabiando la mayor parte del tiempo. Pero peor que todo aquello era el ambiente en que vivía. Se le consideraba como la fiera más feroz del mundo y aquel juicio atravesaba los barrotes de la jaula. Cada palabra, cada movimiento cauteloso de los hombres, le daba a entender su propia ferocidad. Hasta tal punto alimentaba el fuego de su fiereza. No podía producirse sino un resultado: su ferocidad, alimentándose a sí misma, creció. Aquello fue otro ejemplo más de la

plasticidad de su barro, de su capacidad para ser modelado bajo la presión del entorno.

Además de ser exhibido, era un guerrero profesional. A intervalos irregulares, siempre que una lucha era concertada, le sacaban de la jaula y le llevaban a los bosques que se encontraban a varias millas de la ciudad. Normalmente, aquello ocurría por las noches para evitar la posible aparición de la policía montada del territorio. Después de varias horas de espera, cuando amanecía, el público y el perro con el que tenía que luchar aparecían. De esta forma fue como se enfrentó a todo tipo de razas y de tamaños de perros. Aquella era una tierra salvaje, los hombres eran salvajes y las luchas solían ser por lo general a muerte.

Como Colmillo Blanco continuó luchando, es obvio que eran los otros perros los que morían. Jamás conoció la derrota. Su entrenamiento, que había comenzado desde muy temprano cuando luchara con Hocicos y con todo el grupo de cachorros, le estaba siendo muy útil. Poseía una tenacidad que le mantenía firme sobre la tierra. Ningún perro podía hacerle perder el pie. Este era el truco favorito de las razas de lobos: acometer, tanto de forma directa como con un viraje repentino, con la esperanza de alcanzarle en el hombro y derribarle. Los canes del Mackenzie, los del Labrador, los esquimales y los malemutes[13], todos lo intentaron y todos fallaron. Jamás se supo que hubiera perdido el equilibrio. Los hombres se lo comentaban unos a otros y estaban atentos a lo que ocurriera, pero Colmillo Blanco siempre los desilusionaba.

Asimismo poseía la celeridad de un rayo. Aquello también le confería una ventaja sobre sus antagonistas. No importaba cuáles fueran sus experiencias como luchadores, jamás se habían encontrado un perro que se moviera con tanta rapidez como él. Igualmente había que reconocer la inmediatez de su ataque. La mayoría de los perros estaban acostumbrados a los preliminares de gruñidos, erizamientos de pelo y aullidos, y la mayor parte era derribada antes de que comenzara a luchar o se recobrara de la sorpresa. Con tanta frecuencia ocurría esto, que se convirtió en una costumbre retener a Colmillo Blanco hasta que el otro perro hubiera acabado con sus preliminares, estuviera dispuesto e incluso hubiera lanzado ya su primer ataque.

Pero más importante que cualquier otra ventaja en favor de Colmillo Blanco era su experiencia. Sabía más de cómo pelear que todos los perros que se enfrentaban a él. Había combatido más veces, sabía mejor cómo enfrentarse ante

determinados trucos y métodos, y él mismo poseía algunos propios, de tal forma que su técnica era difícil de superar.

Mientras el tiempo transcurría, tenía cada vez menos peleas. Los hombres se desesperaban para encontrar un perro digno de enfrentarse a él y Guapo Smith se vio obligado a elegir lobos. Los indios los atrapaban para él y sabía que una pelea entre Colmillo Blanco y un lobo siempre atraería a una multitud. Una vez, una hembra adulta de lince fue la elegida y en aquella ocasión Colmillo Blanco tuvo que luchar por su vida. La rapidez del lince era comparable a la suya, su ferocidad también, y mientras él luchaba solo con sus colmillos, ella lo hacía con sus afiladas garras.

Pero después del lince, las peleas se terminaron. No había más animales contra los que luchar; por lo menos, no había ninguno que mereciera la pena para pelear con él. Así que el espectáculo se limitó a la exhibición hasta la primavera, momento en el que un tal Tim Keenan, un crupier de *faro*[14], bajó a tierra. Con él apareció el primer bulldog que jamás había pisado la región de Klondike. Fue inevitable que aquel perro y Colmillo Blanco se enfrentaran y, durante una semana, el combate fue el tema principal de todas las conversaciones en determinados sectores de la ciudad.

4. El abrazo de la muerte

Guapo Smith le quitó la cadena del cuello y se retiró.

Por primera vez, Colmillo Blanco no realizó un ataque inmediato. Se quedó quieto, con las orejas erguidas, atentas y curiosas, mientras estudiaba al extraño animal que se enfrentaba a él. Jamás había visto un perro semejante. Tim Keenan empujó al bulldog con un murmurado: «A por él». El animal, bajo, achaparrado y torpe, se acercó al centro del círculo. Se detuvo y parpadeó mirando a Colmillo Blanco.

La multitud gritaba: «¡A por él, Cherokee! ¡Mátalo, Cherokee! ¡Cómetelo!».

Pero Cherokee no parecía impaciente por pelear. Volvió la cabeza y miró a los hombres que gritaban con el mismo parpadeo, al tiempo que meneaba el muñón de su cola de buen humor. No tenía miedo, sino que era perezoso. Además, no podía creer que le obligaran a luchar contra el perro que tenía delante. No estaba acostumbrado a luchar con aquel tipo de perros y estaba esperando a que le presentaran a uno de verdad.

Tim Keenan se acercó y se inclinó sobre Cherokee acariciándole las paletillas con sus manos. Estas frotaban el pelo del animal con ligeros movimientos que le animaban a la acción. Aquello fue un estímulo efectivo que además irritó a Cherokee, el cual empezó a gruñir muy suavemente desde lo más profundo de su garganta. El ritmo de los gruñidos y los movimientos de las manos se correspondían perfectamente. El gruñido se despertaba en la garganta con cada movimiento completo de las manos y desaparecía hasta iniciarse de nuevo con la siguiente caricia. El fin de cada movimiento constituía la inflexión del ritmo: el movimiento finalizaba bruscamente y el gruñido emergía con un espasmo.

Aquello no dejó de causar impresión a Colmillo Blanco. El pelo comenzó a erizársele en el cuello y en las paletillas. Tim Keenan le dio el último empujón y

se retiró. Cuando la fuerza del impulso se agotó, Cherokee continuó avanzando con rapidez por propia voluntad con sus patas arqueadas. Entonces, Colmillo Blanco atacó. Un grito de súbita admiración se elevó del círculo. Había cubierto la distancia que los separaba como lo hubiera hecho un gato más que un perro y, con la misma celeridad de un felino, después de hincar sus colmillos, había saltado hacia atrás.

La sangre manaba del grueso cuello del bulldog, en el que tenía una herida detrás de la oreja. No hizo señal alguna, ni tan siquiera gruñó, sino que se volvió y siguió a Colmillo Blanco. La exhibición por ambas partes, la rapidez de uno y la imperturbabilidad del otro, habían excitado el espíritu partidista de la multitud y los hombres hacían nuevas apuestas e incrementaban las ya existentes. Una y otra vez, Colmillo Blanco atacaba, desgarraba y saltaba ileso, y todavía su extraño enemigo le seguía sin mucha prisa, aunque sin lentitud, de forma deliberada y con decisión seria. En su técnica había un propósito, algo de lo que estaba convencido y de lo que nadie podría distraerle.

Toda su conducta, cada acción, estaba teñida de este propósito. Esto asombraba a Colmillo Blanco. Jamás había visto un perro semejante. No contaba con la protección del pelo. Era blando y sangraba con facilidad. No había greña ni piel que opusieran cierta resistencia a los dientes de Colmillo Blanco, como las de otros perros de su propia raza. Cada vez que sus dientes le alcanzaban, se hundían con facilidad en la carne, que cedía a su empuje, por lo que el animal parecía incapaz de defenderse. Otra cosa desconcertante era que no emitía ningún grito, reacción a la que se había acostumbrado por otros perros con los que había luchado. El perro aceptaba su castigo en silencio y, como mucho, gruñía por lo bajo. Y jamás cejaba en su persecución.

Cherokee no era lento. Podía volverse y atacar con rapidez, pero Colmillo Blanco era más rápido y se escapaba. Cherokee estaba también asombrado. Nunca había luchado contra un perro al que no pudiera acercarse. El deseo de arrimarse siempre había sido mutuo. Pero allí tenía otro perro que mantenía las distancias, bailando y moviéndose de acá para allá. Y, cuando le alcanzaba con los dientes, no mantenía el mordisco, sino que se apartaba con la misma rapidez.

Pero Colmillo Blanco no podía morderle en la zona vulnerable de la garganta. El bulldog era demasiado bajo y sus sólidas mandíbulas contribuían en mayor medida a protegerle. Colmillo Blanco le atacaba y salía ileso, al tiempo que las heridas de Cherokee iban en aumento. Los dos lados del cuello y de la cabeza los tenía desgarrados. Sangraba en abundancia, pero no mostraba signos

de desconcierto. Continuaba con su perseverante persecución, aunque en cierto instante, confundido, se detuvo completamente y parpadeó en dirección a los hombres que le miraban, mientras movía el muñón de su cola expresando su deseo de combatir.

En aquel momento, Colmillo Blanco se echó sobre él y volvió a retirarse, desgarrándole definitivamente la oreja que ya estaba hecha jirones. Con una leve manifestación de ira, Cherokee reinició su persecución, corriendo en el interior del círculo que Colmillo Blanco describía, e intentó luego morderle mortalmente en el cuello. El bulldog erró el golpe por un pelo, y los gritos del público se elevaron a su alrededor, mientras Colmillo Blanco comenzaba a dudar de la peligrosidad de su oponente.

El tiempo pasaba. Colmillo Blanco continuaba danzando, esquivando y volviendo sobre sus pasos, atacando y replegándose y siempre haciendo daño. Y el bulldog continuaba, con inexorable certidumbre, corriendo tras él. Más tarde o más temprano conseguiría su propósito: lanzar el ataque que le haría ganar la batalla. Mientras tanto, aceptaba todo el castigo que el contrario le infligía. Sus orejas chatas estaban hechas jirones, su cuello y sus paletillas desgarrados en una veintena de sitios y su mismo hocico estaba cortado y sangraba; todo ello como consecuencia de aquellos mordiscos como relámpagos que no veía y contra los que no podía defenderse.

Una y otra vez intentó Colmillo Blanco derribar a Cherokee, pero la diferencia de peso era muy grande. Cherokee era demasiado achaparrado, estaba demasiado cerca del suelo. Colmillo Blanco intentó engañarle varias veces. Su oportunidad surgió en una de las carreras en círculo. Cogió a Cherokee con la cabeza hacia un lado, ya que daba vueltas con más lentitud. Su paletilla quedó al descubierto. Colmillo Blanco lo atacó, pero su propio hombro estaba demasiado alto para morderle, y era tal la fuerza con que le atacaba, que dio una vuelta por encima del cuerpo de su enemigo. Por vez primera en su historia como luchador, los hombres vieron a Colmillo Blanco perder pie. Su cuerpo dio una vuelta por el aire y habría caído sobre su lomo si no llega a ser porque, como un gato, dio media vuelta en el aire, para caer a cuatro patas. Aun así, cayó de costado y, al quedar en el suelo, los dientes de Cherokee se hincaron en su cuello.

No fue un buen mordisco, ya que le alcanzó abajo y cerca del pecho, pero Cherokee no le soltó. Colmillo Blanco se puso a cuatro patas y se revolvió con furia salvaje, tratando de librarse del cuerpo del bulldog. Aquel peso que arrastraba y que no se separaba de él le volvía loco. Limitaba sus movimientos y

reducía su libertad. Era como una trampa y, como todos sus instintos la rechazaban, se revolvió contra ella. Fue un revolverse enloquecido. Durante varios minutos se trastornó completamente. El instinto vital más básico que había en él se apoderó de su cuerpo. La voluntad de vivir le superó. Se sintió poseído por la carnalidad. Fue como si careciera de cerebro. Su razón fue desplazada por el ciego anhelo carnal de existir, de moverse; moverse a toda costa, seguir moviéndose, ya que el movimiento era la forma de expresar su existencia.

Vueltas y más vueltas dio, girando rápidamente, volviéndose, cambiando el sentido de los giros, intentando librarse de la carga de cincuenta libras que se arrastraba agarrada a su garganta. El bulldog no hacía otra cosa que mantener las mandíbulas bien cerradas. A veces, y pocas, conseguía poner las patas en el suelo y durante un instante abrazarse a Colmillo Blanco. Pero al siguiente movimiento perdía pie y volvía a ser arrastrado por el impulso de uno de los enloquecidos giros de Colmillo Blanco. Cherokee se identificaba con su propio instinto. Sabía que estaba haciendo bien al mantenerlo agarrado y sintió alegres estremecimientos de satisfacción. En momentos como aquel incluso cerraba los ojos y permitía que su cuerpo fuera lanzado para acá y para allá, de grado o a la fuerza, despreocupado por el daño que le pudiera hacer. Aquello no contaba. El mordisco era lo que importaba y él lo mantendría.

Colmillo Blanco cedió solo cuando se hubo agotado. No podía hacer nada y no podía comprender. Jamás, en toda su vida como luchador, le había ocurrido una cosa tal. Los perros con los que había luchado no peleaban de aquella forma. Con ellos era morder, desgarrar y retirarse, morder, desgarrar y retirarse. Estaba medio tendido jadeando. Cherokee, que todavía le tenía sujeto, le empujó intentando tumbarle por completo. Colmillo Blanco se resistía y podía sentir las mandíbulas que se aflojaban, relajándose ligeramente y volviendo a apretarse en un movimiento semejante a la masticación. Cada vez que las relajaba, se acercaba más y más a la garganta. El método del bulldog era mantenerse y, en cuanto se presentara la oportunidad, hacer más daño. La opción se presentó cuando Colmillo Blanco se quedó quieto. Cuando luchaba, Cherokee se contentaba con mantener el mordisco.

La abombada nuca de Cherokee era la única parte del cuerpo que Colmillo Blanco podía alcanzar con sus dientes. Agarró la zona del cuello en la que se une con la paletilla, pero no conocía aquel método de la masticación, ni sus mandíbulas estaban preparadas para ello. En diversas sacudidas desgarró y

retorció la carne con los colmillos en busca de un espacio. Poco después, un cambio de posición le desvió. El bulldog consiguió colocarle de espaldas y, todavía agarrado a su cuello, se colocó sobre él. Como un gato, Colmillo Blanco arqueó sus cuartos traseros y, con las patas hundiéndose en el abdomen de su enemigo, comenzó a desgarrarle con prolongados y profundos arañazos. Le habría hecho trizas las entrañas de no ser porque Cherokee cambió de postura sin soltarle, apartó su cuerpo de Colmillo Blanco y se situó a un lado.

No había forma de escapar de aquel mordisco. Era como el mismo destino, inexorable. Lentamente, fue ascendiendo hacia la yugular. Todo lo que separaba a Colmillo Blanco de la muerte era la piel suelta de su cuello y la gruesa capa de pelo que la cubría. Estos tejidos formaban unos repliegues en la boca de Cherokee que desafiaban a los dientes del bulldog. Pero poco a poco, en cuanto la oportunidad se lo permitía, agarraba más piel suelta y pelo. La consecuencia era que poco a poco iba estrangulando a Colmillo Blanco. Su respiración era por momentos más entrecortada y difícil.

Comenzó a parecer que la batalla había terminado. Los seguidores de Cherokee estaban entusiasmados e hicieron apuestas ridículas. Los partidarios de Colmillo Blanco estaban desolados y rechazaron las apuestas de diez a uno y de veinte a uno, aunque un hombre fue lo suficientemente temerario como para apostar cincuenta a uno. Aquel hombre era Guapo Smith. Se acercó al círculo de lucha y señaló con el dedo a Colmillo Blanco. Entonces comenzó a reírse de forma despectiva e hiriente. Aquello produjo el efecto deseado. Colmillo Blanco enloqueció totalmente de rabia. Reunió todas sus fuerzas de reserva y se puso en pie. Mientras se debatía en la arena, con las cincuenta libras de su enemigo colgando de su cuello, su rabia se transformó en pánico. El instinto vital más básico volvió a apoderarse de él y su inteligencia huyó antes que la voluntad de su carne por vivir. Dando vueltas y vueltas, tambaleándose, levantándose y cayéndose, incluso apoyándose en sus patas traseras y elevando a su enemigo a considerable altura sobre el suelo, luchó en vano para apartar de él aquel abrazo de muerte.

Por fin, perdió el equilibrio y cayó agotado; y el bulldog inmediatamente aflojó la mandíbula y se acercó más todavía, destrozando más y más la carne forrada de pelo, ahogando a Colmillo Blanco con más ahínco que nunca. Los aplausos se elevaron para el vencedor y se levantaron muchas voces gritando: «¡Cherokee! ¡Cherokee!». A aquellas voces, Cherokee respondía con vigorosos movimientos del muñón de su cola. Pero el clamor no le distrajo. No había

ninguna conexión simpática entre su cola y sus sólidas mandíbulas. La una podía menearse, pero las otras mantenían el terrible mordisco sobre el cuello de Colmillo Blanco.

Fue en aquel instante cuando los espectadores se distrajeron. Se oyeron el tintineo de unas campanillas y los gritos de un conductor de trineos. Todo el mundo, salvo Guapo Smith, miró con aprensión, ya que el temor de que fuera la policía se apoderó de todos. Pero vieron, en la parte alta y no en la baja del camino, a dos hombres corriendo con trineos y perros. Evidentemente, venían del río tras algún viaje de prospección. Al divisar a la multitud detuvieron los perros, se acercaron y se unieron al grupo, con curiosidad por saber cuál era la causa de tanta expectación. El conductor del trineo tenía bigote, pero el otro, un hombre más alto y más joven, estaba cuidadosamente afeitado y su piel era rosada a causa del riego sanguíneo y el aire gélido.

Colmillo Blanco había cesado prácticamente de luchar. De vez en cuando se resistía con espasmos, pero sin objeto. Apenas podía respirar y el aire que lograba entrar en sus pulmones era cada vez más escaso debido al despiadado mordisco. A pesar de su armadura de piel, la gran vena de su garganta hacía tiempo que se habría roto de no haberle mordido desde el principio tan cerca del pecho. A Cherokee le costó mucho tiempo llegar hasta arriba y, además, sus mandíbulas se atascaban con tanto pelo y tanta piel.

Mientras tanto, la bestia de los abismos que había en Guapo Smith se había ido despertando en su cerebro y devoraba la pequeña parcela de cordura que poseía. Cuando vio que los ojos de Colmillo Blanco comenzaban a vidriarse, supo que, sin duda alguna, la batalla estaba perdida. Entonces se volvió loco. Saltó sobre Colmillo Blanco y comenzó a darle patadas como un salvaje. El público se echó a silbar y a protestar, pero aquello fue todo. Mientras las protestas continuaban y Guapo Smith seguía dando puntapiés a Colmillo Blanco, se produjo una conmoción entre el público. El joven y alto recién llegado se abría paso dando codazos a derecha e izquierda sin ninguna ceremonia o consideración. Cuando apareció en la arena, Guapo Smith estaba a punto de propinarle otra patada. Todo su peso recaía en un pie y se encontraba en una posición de equilibrio inestable. En aquel momento, el recién llegado le asestó un puñetazo brutal en todo el rostro. La pierna de Guapo Smith con que se sujetaba se levantó del suelo y todo su cuerpo subió por los aires y se desplomó en la nieve. El recién llegado se volvió a la multitud:

—¡Cobardes! —gritó—. ¡Bestias!

Estaba enfurecido, pero su furia era cuerda. Sus ojos grises parecían metálicos, como el acero, y fulminaban al público. Guapo Smith se levantó y fue hacia él, sorbiéndose la nariz y caminando como un cobarde. El recién llegado no entendía nada. No sabía qué cobarde tan abyecto era el otro y creyó que se acercaba con el propósito de luchar. Así que con un «¡Bestia!», descargó sobre Guapo Smith otro puñetazo en plena cara. Guapo Smith decidió que la nieve era el lugar más seguro para él y permaneció donde había caído, sin hacer esfuerzo alguno por levantarse.

—Vamos, Matt, échame una mano —dijo el recién llegado al conductor del trineo, que le había seguido hasta la arena.

Los dos hombres se inclinaron sobre los perros. Matt agarró a Colmillo Blanco, preparado para tirar en cuanto las mandíbulas de Cherokee se aflojaran. De esto se encargó el hombre joven apretando las mandíbulas del bulldog entre sus manos, tratando de abrirlas. Fue un intento inútil. Mientras tiraba, estiraba y separaba con violencia, continuó exclamando con cada espiración: «¡Bestias!».

La multitud empezó a alborotarse y algunos hombres protestaron contra los que habían estropeado el espectáculo, pero cerraron la boca cuando el recién llegado levantó el rostro de su labor un instante, y les fulminó con la mirada.

—¡Vosotros, malditas bestias! —explotó al final y volvió a su tarea.

—Es en balde, señor Scott, no podrá separarlos de esa forma —dijo Matt al fin.

La pareja se detuvo y examinaron a los dos perros unidos.

—No sangra mucho —señaló Matt—. Le falta bastante para morir.

—Pero puede hacerlo en cualquier momento —respondió Scott—. Mira, ¿has visto? Ha soltado un poco.

La inquietud y el temor del hombre joven por Colmillo Blanco aumentaron. Golpeó a Cherokee en la cabeza de forma salvaje una y otra vez. Pero aquello no aflojó las mandíbulas. Cherokee meneaba el muñón de la cola para expresar que entendía el significado de los golpes, pero que, al estar seguro de que actuaba como debía, no iba a soltar.

—¿Es que nadie de ustedes va a ayudar? —gritó Scott a la multitud.

Pero nadie ofreció su ayuda. En su lugar, el público comenzó a reírse de él con sarcasmo y a darle chistosos consejos.

—Va a necesitar una palanca —aconsejó Matt.

El otro se llevó la mano a la pistolera que llevaba en la cadera, sacó el revólver y trató de introducir el cañón entre las mandíbulas del bulldog. Empujó

y empujó hasta que se oyó el rechinar del acero contra los apretados dientes. Los dos hombres estaban de rodillas doblados sobre los perros. Tim Keenan entró en la arena. Se detuvo detrás de Scott y le tocó en el hombro, diciendo en tono siniestro:

—No le rompa los dientes, forastero.

—Entonces le romperé el cuello —replicó Scott, que continuaba empujando e introduciendo el cañón del revólver.

—He dicho que no le rompa los dientes —replicó el crupier en tono más siniestro que antes.

Pero si lo que intentaba era echarse un farol, no lo consiguió. Scott, sin desistir de su esfuerzo, le miró con frialdad y le preguntó:

—¿Es su perro?

El crupier gruñó.

—Entonces venga aquí y haga que lo suelte.

—Bien, forastero —pronunció el otro lenta y pesadamente de forma irritante —. No me importa decirle que eso es algo que no he conseguido yo nunca. No sé dónde está el truco.

—Entonces apártese —fue la respuesta— y no me moleste. Estoy ocupado.

Tim Keenan continuó a su lado, pero Scott no le prestó mayor atención. Había conseguido introducir el cañón del revólver entre las mandíbulas en uno de los lados y estaba tratando de hacerlo en el otro. Una vez que consiguió esto, apalancó con suavidad y cuidado, haciendo que las mandíbulas fueran soltándose poco a poco, mientras Matt, en la misma medida, iba liberando el cuello destrozado de Colmillo Blanco.

—Quédese cerca para coger a su perro —fue la orden perentoria de Scott al amo de Cherokee.

El crupier se inclinó obediente y agarró con fuerza a Cherokee.

—Ahora —dijo Scott haciendo un último movimiento de palanca.

Los perros quedaron separados y el bulldog se agitó con vigor.

Colmillo Blanco hizo varios intentos infructuosos por levantarse. Lo consiguió una vez, pero sus patas estaban demasiado débiles para sostenerle y, poco a poco, se desplomó y se hundió en la nieve. Sus ojos estaban medio cerrados y la superficie aparecía vidriosa. Sus mandíbulas estaban separadas, y a través de ellas sobresalía su lengua, sucia, húmeda y fláccida. Bajo todas las apariencias, se asemejaba a un perro que ha sido estrangulado hasta la muerte. Matt le examinó.

—Está casi muerto —señaló—, pero respira.

Guapo Smith se había levantado y se acercaba para ver a Colmillo Blanco.

—Matt, ¿cuánto vale un buen perro de trineo? —preguntó Scott.

El conductor del trineo, todavía de rodillas inclinado sobre Colmillo Blanco, calculó durante un instante.

—Trescientos dólares —respondió.

—¿Y cuánto uno que está hecho trizas como este? —preguntó Scott, empujando ligeramente a Colmillo Blanco con el pie.

—La mitad —fue la valoración del conductor.

Scott se volvió a Guapo Smith.

—¿Ha oído, señor Bestia? Le voy a quitar el perro y le voy a dar por él ciento cincuenta dólares.

Abrió su cartera de bolsillo y contó los billetes.

Guapo Smith colocó las manos a la espalda en señal de que rechazaba tocar el dinero ofrecido.

—No soy un vendedor —dijo.

—Oh, sí lo es usted —aseguró el otro—. Porque yo estoy comprando. Aquí tiene su dinero. El perro es mío.

Guapo Smith, con las manos todavía en la espalda, comenzó a retirarse.

Scott saltó sobre él y le golpeó con el puño. Guapo Smith se agazapó al sentir el puñetazo.

—Tengo mis derechos —lloriqueó.

—Ha perdido todo derecho a que el perro le pertenezca —fue la réplica—. ¿Va a coger el dinero o tendré que golpearle otra vez?

—Está bien —dijo Guapo Smith con la diligencia que produce el miedo—. Pero cojo el dinero bajo amenaza —añadió—. El perro vale un dineral y no me voy a dejar robar. Un hombre tiene sus derechos.

—Correcto —respondió Scott pasándole el dinero—. Un hombre tiene sus derechos. Pero usted no es un hombre. Usted es una bestia.

—Espere a que vuelva a Dawson —amenazó Guapo Smith—. Daré parte a la ley.

—Si abre la boca cuando llegue a Dawson, yo me encargaré de que lo echen de la ciudad, ¿entendido?

Guapo Smith replicó con un gruñido.

—¿Entendido? —tronó el otro con una ferocidad repentina.

—Sí —dijo entre dientes Guapo Smith acobardado.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señor —gruñó Guapo Smith.

—¡Cuidado! ¡Que muerde! —exclamó alguien y una explosión general de risa se levantó entre el público.

Muchos de los hombres se alejaban ya; otros permanecían en grupos, mirando y hablando. Tim Keenan se unió a uno de los grupos.

—¿Quién es ese primo? —preguntó.

—Weedon Scott —contestó alguien.

—¿Y quién demonios es Weedon Scott? —inquirió el crupier.

—Oh, uno de los expertos más cualificados en minería. Es amigo de los peces gordos. Si no quieres tener problemas, quítate de su camino, ese es mi consejo. Hace buenas migas con los funcionarios. El comisionado del oro es uno de sus mejores amigos.

—Ya sabía yo que era alguien —fue el comentario del crupier—. Por eso mantuve las manos apartadas de él desde el principio.

5. El indomable

—No hay esperanza —confesó Weedon Scott.

Se sentó en el escalón de la cabaña y miró con fijeza al conductor del trineo, quien respondió con un encogimiento de hombros que indicaba la misma falta de esperanza.

Juntos observaron a Colmillo Blanco, que, al final de la extendida cadena, erizaba el pelo y gruñía con ferocidad tratando de morder a los perros de tiro. Después de haber recibido varias y diversas lecciones de Matt, lecciones que fueron impartidas a batacazos, los perros del trineo habían aprendido a dejar a Colmillo Blanco en paz, incluso cuando se hallaban tendidos a bastante distancia y, aparentemente, sin reparar en él.

—Es un lobo y no hay forma de domesticarlo —señaló Weedon Scott.

—Oh, yo no estoy seguro de eso —objetó Matt—. Por lo poco que podemos decir de él, yo pienso que tiene mucho de perro. Pero hay una cosa que sí sé con certeza y que nadie podrá quitarme de la cabeza.

El conductor se detuvo y movió la cabeza confidencialmente hacia la montaña Moosehide.

—Vamos, no regatees con lo que sabes —dijo Scott con dureza después de esperar un tiempo considerable—. Escúpelo. ¿De qué se trata?

El conductor señaló a Colmillo Blanco con el dedo pulgar.

—Perro o lobo, es lo mismo; parece que ya lo han domesticado.

—¡No!

—Le digo que sí; está hecho al arnés. Mire aquí. ¿No ve las marcas a través del pecho?

—Llevas razón, Matt. Era un perro de trineo antes de que Guapo Smith se hiciera cargo de él.

—Y no hay razón para que no vuelva a ser un perro de trineo otra vez.

—¿Qué te parece? —preguntó Scott con entusiasmo. Luego la esperanza desapareció cuando añadió—: Lo tenemos desde hace dos semanas y, por si fuera poco, es más salvaje ahora que antes.

—Dele una oportunidad —aconsejó Matt—. Déjele suelto un rato.

El otro le miró incrédulo.

—Sí —comentó Matt—. Sí, ya sé que lo ha intentado, pero no cogió un palo.

—Entonces prueba tú.

El conductor, protegido por el palo, se acercó al encadenado animal. Colmillo Blanco observó el palo como lo hacen los leones enjaulados con el látigo de su domador.

—Mire cómo no le quita ojo al palo —dijo Matt—. Eso es una buena señal. No es tonto. No me atacará mientras lleve el palo en la mano. No está tan loco, seguro.

Mientras la mano del hombre se acercaba a su cuello, Colmillo Blanco erizaba el pelo, gruñía y se agazapaba. Pero, aunque no perdía ojo a la mano, tampoco se lo perdía al palo en la otra, suspendido de forma amenazadora sobre él. Matt desenganchó la cadena del collar y se retiró.

Colmillo Blanco apenas pudo creer que estaba libre. Habían pasado muchos meses desde que pasara a posesión de Guapo Smith y en todo aquel tiempo no había conocido un momento de libertad, exceptuando las veces en que había sido soltado para luchar con otros perros. Inmediatamente después de tales peleas, volvía a ser aprisionado.

No sabía qué hacer. Quizás los dioses estaban a punto de perpetrar alguna nueva maldad sobre él. Caminó lenta y cautelosamente, preparado para ser asaltado en cualquier momento. No sabía qué hacer; la situación no tenía precedentes. Tomó la precaución de apartarse de los dos dioses que le observaban y caminó con sumo cuidado hasta una esquina de la cabaña. Nada ocurrió. Estaba absolutamente perplejo y regresó otra vez, deteniéndose una docena de veces y mirando a los dos hombres con intensidad.

—¿No huirá? —preguntó su nuevo amo.

Matt se encogió de hombros.

—Tiene que correr ese riesgo. La única forma de averiguarlo es averiguarlo.

—Pobre diablo —murmuró Scott compasivo—. Lo que necesita es una demostración de la amabilidad humana —añadió, y se volvió para entrar en la cabaña.

Salió con un trozo de carne que arrojó a Colmillo Blanco. Saltó apartándose

de ella y desde la distancia la observó con desconfianza.

—¡Eh, tú, Mayor! —gritó Matt en tono de advertencia, aunque demasiado tarde.

Mayor había saltado hacia la carne. En el instante en que sus mandíbulas se cerraron sobre ella, Colmillo Blanco lo atacó. Cayó derribado. Matt se acercó corriendo, pero más veloz que él era Colmillo Blanco. Mayor se tambaleó en pie, pero la sangre salía de su garganta a borbotones formando sobre la nieve enrojecida un sendero cada vez más ancho.

—Ha sido excesivo, pero se lo merecía —dijo Scott con precipitación.

Pero el pie de Matt ya había comenzado el movimiento para darle una patada. Se produjo un salto, una dentellada y una aguda exclamación. Colmillo Blanco, gruñendo feroz, se arrastró varias yardas hacia atrás, al tiempo que Matt se inclinaba para examinar su pierna.

—Me ha mordido bien —dijo señalando los rasgados pantalones, los calzoncillos y la mancha de sangre que se extendía por momentos.

—Ya te dije que no había esperanza, Matt —dijo Scott con voz desalentada —. Lo he pensado varias veces, aunque no quería; pero ha llegado la hora. Es lo único que podemos hacer.

Mientras hablaba, con movimientos reticentes se llevó la mano al revólver, abrió el cilindro y se aseguró de su contenido.

—Venga, señor Scott —objetó Matt—; ese perro ha pasado por un infierno. No puede esperar de él que se comporte como un auténtico ángel. Dele tiempo.

—Mira a Mayor —replicó el otro.

El conductor examinó al perro malherido. Se había hundido en la nieve en medio de su propio charco de sangre y estaba ya dando las últimas boqueadas.

—Le está bien empleado. Usted mismo lo dijo, señor Scott. Trató de quitarle la comida a Colmillo Blanco y ahora está muerto. Eso era de esperar. Yo no daría ni dos centavos en el infierno por un perro que no luchara por su propia carne.

—Pero mírate, Matt. Está bien con los perros, pero debemos poner el límite en alguna parte.

—Me está bien empleado —argumentó Matt con testarudez—. ¿Para qué se me ocurriría darle una patada? Usted mismo dijo que había hecho bien. Luego yo no tenía derecho a darle una patada.

—Sería una obra de misericordia si le matáramos —insistió Scott—. Es indomable.

—Mire, señor Scott, dele al pobre diablo una oportunidad para luchar. No la

ha tenido hasta ahora. Acaba de pasar por un infierno y esta es la primera vez que le han dejado libre. Dele una oportunidad justa y, si no funciona, yo mismo lo mato, se lo aseguro.

—Dios sabe que no quiero matarle ni que lo maten —respondió Scott apartando el revólver—. Le dejaremos que corra libre y veremos qué podemos hacer por él. Probaremos ahora mismo.

Caminó hacia Colmillo Blanco y comenzó a hablarle con dulzura y amabilidad.

—Es mejor que tenga el palo a mano —le advirtió Matt.

Scott sacudió la cabeza y continuó intentando ganarse la confianza de Colmillo Blanco.

Colmillo Blanco desconfiaba. Algo se cernía sobre él. Había matado a un perro de aquel dios, había mordido a su compañero y ¿qué más podía esperar sino un terrible castigo? Pero a pesar de todo era indomable. Se le erizó el pelo y mostró sus dientes, sus ojos vigilantes, todo su cuerpo alerta y preparado para cualquier cosa. El dios no llevaba palo, por eso toleró que se acercara tanto. La mano del dios estaba extendida y descendía sobre su cabeza. Colmillo Blanco se fue hundiendo mientras su cuerpo se ponía en tensión cuanto más agazapado se encontraba. Allí estaba el peligro, la traición o cualquier otra maniobra. Conocía las manos de los dioses, su probada maestría, su habilidad para hacer daño. Además, también se unía su antigua antipatía a que lo tocaran. Gruñó en tono más amenazador, se agazapó todavía más, pero la mano seguía descendiendo. No quería morder la mano y se arriesgó al peligro hasta que su instinto se apoderó de él, dominándole su insaciable deseo de vida.

Weedon Scott había creído que sería lo suficientemente rápido para evitar un mordisco o un zarpazo. Pero todavía tenía que aprender la considerable rapidez de Colmillo Blanco, que atacaba con la certeza y la celeridad de una serpiente enroscada.

Scott gritó sorprendido, sosteniendo con la mano sana la otra desgarrada. Matt pronunció una maldición y saltó a su lado. Colmillo Blanco se retiró agazapado, erizado el pelo, los colmillos al descubierto y los ojos malignos y amenazadores. En aquel momento podía esperar una paliza tan temible como cualquiera de las que había recibido de Guapo Smith.

—¡Pero oye! ¿Qué estás haciendo? —gritó Scott de pronto.

Matt se había precipitado a la cabaña y había sacado un rifle.

—Nada —dijo lentamente con una calma reflexiva—, solo voy a cumplir la

promesa que he hecho. Reconozco que es asunto mío matarle como le dije.

—¡No lo hagas!

—Sí. Míreme.

Igual que Matt había suplicado por la vida de Colmillo Blanco cuando este le mordió, ahora le tocaba el turno a Weedon Scott.

—Dijiste que le diéramos una oportunidad. Bueno, pues dásela. Solo hemos empezado y no podemos abandonar al principio. Me ha estado bien empleado esta vez. Y… ¡Mírale!

Colmillo Blanco, cerca de la esquina de la cabaña y a cuarenta pies de distancia, estaba gruñendo con una ferocidad que helaba la sangre, no a Scott, sino al conductor.

—Bueno, ¡caray! —fue la expresión de perplejidad del conductor.

—Fíjate en su inteligencia —continuó Scott con precipitación—. Sabe lo que significa un arma de fuego tanto como tú o yo. Tiene inteligencia y vamos a darle una oportunidad a esa inteligencia. Aparta el rifle.

—Está bien, no deseo otra cosa —asintió Matt apoyando el rifle en el montón de madera—. ¡Pero fíjese en eso! —exclamó poco después.

Colmillo Blanco se había calmado y había dejado de gruñir.

—Todo esto es digno de estudio. Mire.

Matt extendió la mano para coger el rifle y, en el mismo instante, Colmillo Blanco gruñó. Se apartó del rifle y sus labios volvieron a descender cubriendo los dientes.

Matt cogió el rifle y comenzó a levantarlo muy lentamente sobre el hombro. Los gruñidos de Colmillo Blanco comenzaron con el movimiento y aumentaron cuando el movimiento llegó a su culminación. Pero en el instante en que el rifle le apuntaba, saltó a un lado detrás de la esquina de la cabaña. Matt se quedó perplejo mirando en la nieve el espacio vacío que momentos antes había ocupado Colmillo Blanco.

El conductor bajó el rifle con solemnidad, se volvió y miró a su jefe.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Scott. Este perro es demasiado inteligente como para que le matemos.

6. El señor del amor

Mientras Colmillo Blanco observaba que Weedon Scott se acercaba, su pelo se erizaba y gruñía para advertirle que no se sometería a ningún castigo. Hacía veinticuatro horas que le había desgarrado la mano, que en aquel momento ya estaba vendada y en alto gracias a un cabestrillo que evitaba la hemorragia. En el pasado, Colmillo Blanco había experimentado castigos con cierta dilación y temía que uno de aquellos fuera a caerle de un momento a otro. ¿Cómo podía ser de otra manera? Había cometido lo que para él era un sacrilegio; había hundido sus colmillos en la sagrada carne de un dios y de un dios superior de piel blanca. Por la naturaleza de las cosas y por su experiencia en el trato con los dioses, algo terrible le esperaba.

El dios se sentó a varios pies de distancia. Colmillo Blanco no observó nada peligroso en ello. Cuando los dioses administraban castigos se ponían de pie. Además, aquel dios no tenía palo ni látigo ni arma de fuego. Y más aún, él mismo estaba libre. Ninguna cadena le sujetaba. Podía escapar y ponerse a salvo antes de que el hombre se hubiera levantado. Mientras tanto esperaría y vería.

El dios permanecía quieto; no hacía ningún movimiento y los gruñidos de Colmillo Blanco, poco a poco, se fundieron en un sonido gangoso que se fue consumiendo en su garganta hasta que cesó por completo. Entonces, el dios habló y, con el primer sonido de su voz, el pelo del cuello de Colmillo Blanco se erizó y el gruñido volvió a resurgir en su garganta. Pero el dios no hizo ningún movimiento hostil y continuó hablando con toda calma. Durante cierto tiempo, Colmillo Blanco gruñó al tiempo que le hablaba y se estableció una correspondencia entre gruñidos y voz. Pero el dios hablaba de forma interminable. Hablaba a Colmillo Blanco de una forma que jamás había oído. Lo hacía con dulzura y suavidad, con una amabilidad que de alguna manera, en algún lugar de sus entrañas, hacía efecto a Colmillo Blanco. A pesar de sí mismo

y de todas las punzantes advertencias de sus instintos, comenzó a albergar confianza en aquel dios. Sentía una seguridad que siempre había sido defraudada en sus relaciones con el hombre.

Después de mucho tiempo, el dios se levantó y se dirigió a la cabaña. Colmillo Blanco le observó atento y con temor cuando salió de ella. No llevaba ni látigo ni palo ni arma alguna. Se sentó como antes, en el mismo lugar, a varios pies de distancia. Sostenía una pequeña pieza de carne. Colmillo Blanco levantó sus orejas y estudió el trozo con desconfianza, intentando mirar al mismo tiempo a la carne y al dios, alerta por si se producía cualquier maniobra, el cuerpo tenso y preparado para saltar al primer indicio de hostilidad, a la menor manifestación de juego sucio.

El castigo seguía retrasándose. El dios tan solo sostenía el trozo de carne cerca de su hocico. Y en cuanto a la carne, no parecía tener nada extraño. Sin embargo, Colmillo Blanco sospechaba y, aunque la carne le era ofrecida con pequeños movimientos de invitación, rechazó todo contacto. Los dioses eran sabios y nunca se sabía qué traición magistral acechaba en un trozo de carne aparentemente inofensivo. Su pasada experiencia, sobre todo la relativa a las mujeres indias, le indicaba que la carne y el castigo eran dos cosas que con frecuencia estaban desastrosamente relacionadas.

Al final, el dios arrojó la carne a la nieve a los pies de Colmillo Blanco. Él la olfateó con cuidado, pero no la miró. Mientras olía, mantenía sus ojos sobre el dios. Nada sucedía. Se metió la carne en la boca y la tragó. Seguía sin ocurrir nada. En realidad, el dios le estaba ofreciendo otro trozo de carne. De nuevo, rechazó aceptarla de su mano y, de nuevo, se la arrojó. Esto se repitió varias veces. Pero llegó la ocasión en que el dios no quiso arrojársela. La mantuvo en su mano y con tenacidad se la ofreció.

La carne era buena y Colmillo Blanco estaba hambriento. Poco a poco, con infinita cautela, se aproximó a la mano. Por fin, llegó el momento en que se decidió a aceptarla de él. Jamás apartaba sus ojos del dios; mantenía la cabeza muy hacia delante con las orejas hacia atrás y el pelo involuntariamente levantado y encrespado en el cuello. En su garganta gorgoteaba un gruñido para avisarle de que no era muy prudente engañarle. Se comió la carne y no pasó nada. Trozo a trozo, se la comió toda y nada sucedió. El castigo, sin embargo, todavía se retrasaba.

Se lamió el hocico y esperó. El dios volvió a su conversación. En su voz se advertía la amabilidad, algo que Colmillo Blanco no había experimentado jamás.

Y en él se despertaron sentimientos que tampoco había experimentado nunca. Era consciente de una extraña satisfacción, como si alguna necesidad estuviera siendo cubierta, como si un vacío en su ser se estuviera colmando. Luego sintió de nuevo el pinchazo de los instintos y la advertencia de su pasada experiencia. Los dioses siempre eran taimados y tenían formas imposibles de adivinar para conseguir sus fines.

¡Ah, eso mismo había pensado él! Allí estaba la mano del hombre, astuta para producir el dolor, que se extendía hacia él, descendiendo sobre su cabeza. Pero el dios continuó hablando. Su voz era suave y calmante. A pesar de la mano amenazadora, la voz inspiraba confianza. A pesar de la voz serena, la mano inspiraba desconfianza. Colmillo Blanco se debatía entre sentimientos e impulsos contrarios. Le parecía que iba a saltar en pedazos por la intensidad del control que estaba ejerciendo sobre sí mismo, manteniéndose firme en una inusitada indecisión, mientras fuerzas contrarias luchaban por el dominio.

Colmillo Blanco cedió. Gruñó, erizó el pelo y bajó sus orejas. Pero ni mordió ni huyó. La mano descendía. Se acercaba más y más. Tocó las puntas de sus erizados pelos. Él se hundió más; sin embargo, le seguía amenazando con acercarse mucho más. Estremeciéndose, casi temblando, todavía pudo mantenerse firme. Aquello era un tormento; la mano le tocaba y violaba su instinto. No se podía olvidar en un día todo el mal que le habían causado las manos de los hombres. Pero era la voluntad del dios y luchó por someterse.

La mano se levantó y descendió de nuevo en un movimiento acariciador y cariñoso. Esto continuó, pero cada vez que se levantaba, el pelo se levantaba bajo ella. Y cada vez que descendía, las orejas se aplastaban y un gruñido cavernoso surgía en su garganta. Colmillo Blanco gruñía insistiendo en su advertencia. Por aquel método anunciaba que estaba preparado para replicar a cualquier daño que pudiera recibir. Nunca se sabía cuándo un dios iba a revelar uno de sus móviles. En cualquier momento, aquella voz suave que inspiraba confianza podía quebrarse y convertirse en un rugido de cólera; aquella mano gentil y cariñosa podía transformarse en una garra violenta que le atraparía indefenso y le administraría el castigo.

Pero el dios hablaba sin parar con la misma dulzura, y su mano se levantaba y descendía siempre acariciándole sin hostilidad. Colmillo Blanco expresó sus sentimientos duales. Para su instinto era algo desagradable. Le limitaba y se oponía a su deseo de libertad. Y sin embargo, no era doloroso físicamente. Por el contrario, incluso era placentero. Las caricias lentas y cuidadosas se convirtieron

en ligeros frotamientos a la altura de las orejas, y el placer físico aumentó un poco. Sin embargo, continuaba temiendo y permaneció alerta, a la espera de una ignorada maldad, mientras sufría y disfrutaba alternativamente, según fuera una u otra la sensación que alcanzaba más intensidad y que le dominaba.

—Bueno, ¡que me aspen!

Aquello lo dijo Matt al salir de la cabaña, arremangado, con un barreño de agua sucia de fregar los platos en las manos. Se quedó petrificado en el momento de ir a arrojar el agua sucia al ver a Weedon Scott acariciando a Colmillo Blanco.

En aquel instante su voz rompió el silencio, Colmillo Blanco saltó hacia atrás, gruñéndole de forma salvaje.

Matt miró a su jefe contrariado.

—Si no le importa que exprese mis sentimientos, señor Scott, me tomo la libertad de decirle que es usted peor que diecisiete malditos locos juntos y todos diferentes.

Weedon Scott sonrió con aires de superioridad, se levantó y caminó hacia Colmillo Blanco. Le habló con serenidad, pero no durante mucho tiempo, y poco a poco puso su mano sobre la cabeza de Colmillo Blanco y continuó sus interrumpidas caricias. Colmillo Blanco lo soportó, manteniendo los ojos fijos llenos de sospecha, no sobre el hombre que le acariciaba, sino sobre el que estaba de pie en la puerta.

—Puede que sea uno de los mejores expertos en minas, de acuerdo, de acuerdo —dijo el conductor comportándose como si fuera un oráculo—, pero perdió la oportunidad de su vida cuando siendo un niño no huyó para unirse a un circo.

Colmillo Blanco gruñó al oír su voz, pero aquella vez no dio un salto para apartarse de la mano que le estaba acariciando la cabeza y la nuca con largos y tranquilizadores movimientos.

Era el comienzo del fin para Colmillo Blanco, el fin de la vieja vida y del reino del odio. Una nueva e incomprensible vida más justa estaba amaneciendo. Por parte de Weedon Scott exigió mucha reflexión y una paciencia infinita. Y por la de Colmillo Blanco, nada menos que una revolución. Tuvo que olvidar los deseos e impulsos del instinto y la razón, desafiar a la experiencia y mentir a la misma vida.

La vida, como él la había conocido, no solo no tenía cabida para lo que hacía en su nueva existencia, sino que había discurrido en contra de aquella a la que se

abandonaba ahora. En pocas palabras, considerando todos los aspectos, tenía que conseguir una orientación más vasta que la que había alcanzado en el tiempo en que, voluntariamente, abandonó las Tierras Vírgenes y aceptó a Castor Gris como su señor. En aquel tiempo no era más que un cachorro, blando desde su nacimiento, informe, preparado para que las manos de las circunstancias comenzaran a trabajar en él. Pero en aquellos momentos era distinto. Las manos de las circunstancias habían hecho su trabajo muy bien. Por ellas había tomado forma y se había endurecido convirtiéndose en el Lobo Guerrero, feroz e implacable, que no amaba a nadie, ni era amado. Para lograr el cambio tuvo que producirse algo así como una conversión de su ser, cuando ya no poseía la plasticidad de la juventud; cuando su fibra se había vuelto dura y nudosa; cuando su trama y su urdimbre configuraban una textura diamantina, severa e indoblegable; cuando su espíritu se había convertido en acero y todos sus instintos y creencias habían cristalizado en una serie de reglas, cautelas, fobias y deseos.

Y sin embargo, de nuevo, en una nueva dirección, la mano de las circunstancias le presionaba y aguijoneaba, suavizando todo aquello que se había endurecido y remodelándolo según un patrón más justo. Weedon Scott era en verdad aquella mano. Había llegado hasta las raíces de la naturaleza de Colmillo Blanco y con su amabilidad despertó potencialidades que habían languidecido por completo. Una de aquellas potencialidades era el amor. Este sustituyó al gusto, que en los últimos tiempos había sido el sentimiento más elevado que le había estremecido en su trato con los hombres.

Pero aquel amor no llegó en un día. Comenzó por el gusto y de él fue desarrollándose poco a poco. Colmillo Blanco no huía, aunque le permitían andar suelto, porque le gustaba aquel nuevo dios. Aquella era ciertamente una vida mejor que la que había llevado en la jaula de Guapo Smith y era necesario tener un dios. El dominio del hombre era una necesidad de su naturaleza. El sello de su dependencia con respecto al hombre le había marcado el mismo día en que dio su espalda a lo salvaje y se arrastró hasta los pies de Castor Gris para recibir la esperada paliza. El sello le había marcado de nuevo, para siempre, en su segunda huida de lo salvaje, cuando el largo período de hambre terminó y hubo peces una vez más en el poblado de Castor Gris.

Y por ello, porque necesitaba un dios y porque prefería a Weedon Scott a Guapo Smith, Colmillo Blanco se quedó. En reconocimiento a la lealtad, se responsabilizó de la seguridad de las propiedades de su amo. Rondaba por la

cabaña mientras los perros de tiro dormían, y el primer visitante nocturno de la cabaña luchó contra él a estacazos hasta que Weedon Scott acudió en su ayuda. Pero Colmillo Blanco aprendió pronto a diferenciar entre los ladrones y los hombres honestos, a apreciar el verdadero valor de los pasos y del porte. Al viajero que se acercaba a la cabaña directamente y con paso firme siempre le dejaba en paz, aunque le observaba meticulosamente hasta que la puerta se abría y su amo le hacía pasar. Pero el hombre que avanzaba sigiloso, dando rodeos, observando con atención, buscando acercarse en secreto, aquel era un hombre que no recibía clemencia de Colmillo Blanco y que tenía que huir a todo correr y renunciando a su dignidad.

Weedon Scott se había impuesto la tarea de redimir a Colmillo Blanco —o mejor, de redimir a la humanidad— del mal que había hecho Colmillo Blanco. Era una cuestión de principios y de conciencia. Sentía que el mal hecho por Colmillo Blanco era una deuda en la que había incurrido el hombre y que debía ser pagada. Así que muchas veces abandonaba sus tareas para ocuparse exclusivamente del Lobo Guerrero. Cada día dedicaba un tiempo a acariciar y mimar a Colmillo Blanco y lo hacía durante mucho rato.

En un principio desconfiado y hostil, Colmillo Blanco comenzó a sentir gusto por aquellos mimos. Pero hubo una cosa que jamás pudo evitar: sus gruñidos. Gruñía desde el momento en que comenzaban las caricias hasta que terminaban. Pero era un gruñido que incluía una nota en su sonido. Un extraño no podría haber captado la nota y aquel ruido no habría sido otra cosa que la exhibición de su salvajismo, de sus nervios crispados y del hervor de su sangre. Pero la garganta de Colmillo Blanco se había endurecido por los feroces sonidos que había emitido durante muchos años desde su primer ataque de furia en el cubil siendo un cachorro, y no podía suavizar los sonidos de su garganta para expresar el placer que sentía. Sin embargo, el oído y la simpatía de Weedon Scott eran suficientemente finos como para percibir la nueva nota camuflada en su ferocidad, la nota que era el indicio más leve de un alegre canturreo en voz baja y que nadie sino él podía advertir.

Con el paso de los días, la evolución del *gusto* hacia el *amor* se aceleraba. Colmillo Blanco comenzó a sentirse consciente de ello, aunque en su conciencia no sabía lo que era el amor. Se le manifestaba como un vacío en su ser, un hambriento vacío, doloroso, anhelante, que suplicaba ser colmado. Era un dolor y un desasosiego que solo hallaba consuelo en presencia de su nuevo dios. En aquellas ocasiones, el amor era una alegría para él, una satisfacción salvaje y

estremecedora. Pero cuando estaba lejos de su dios, el dolor y el desasosiego regresaban; el vacío que había dentro de él le asaltaba y comprimía con su oquedad, y aquella especie de hambre le corroía incesantemente.

Colmillo Blanco se hallaba en el proceso de encontrarse a sí mismo. A pesar de la madurez de sus años y de la salvaje rigidez del molde en que se había formado, su naturaleza continuaba expandiéndose. En él retoñaban extraños sentimientos e insólitos impulsos. Su antiguo código de conducta estaba cambiando. En el pasado le había gustado la comodidad y no sentir dolor; de acuerdo con esto, había rechazado la incomodidad y el dolor, y sus actos se habían adaptado a ello. Pero en aquellos momentos era diferente. Por el nuevo sentimiento que había en él, había elegido muchas veces la incomodidad y el dolor por el bien de su dios. Así, por la mañana temprano, en lugar de pasear o vagabundear o tumbarse en un abrigado escondrijo, esperaba durante horas en la poco acogedora escalinata de la cabaña, hasta que divisaba el rostro de su dios. Por la noche, cuando el dios regresaba a casa, Colmillo Blanco abandonaba el cálido lugar en el que dormía enterrado en la nieve para recibir un amistoso golpecito y una palabra de saludo. La carne, incluso la misma carne, era capaz de rechazarla por estar con su dios, por recibir una caricia de él o por acompañarle a la ciudad.

El *gusto* fue sustituido por el *amor*. Y el amor fue la plomada que cayó hasta las profundidades de su alma, de la que ya no pudo salir jamás. Y sensible a ello, de sus profundidades había surgido una nueva cosa: el amor. Lo que habían sembrado en él fue lo que él devolvió. Aquel era un verdadero dios, un dios de amor, un cálido y radiante dios, a cuya luz la naturaleza de Colmillo Blanco se abrió como una flor lo hace bajo el sol.

Pero Colmillo Blanco no era muy expresivo. Estaba demasiado viejo y firmemente modelado como para volverse expresivo. Era dueño de sí mismo en exceso, confiaba en demasía en su propia soledad. Durante demasiado tiempo había cultivado la reticencia, la reserva y el mal humor. Jamás en su vida había ladrado y no podía hacerlo ahora para recibir a su dios cuando se acercaba. Nunca estaba en su ánimo, nunca era pródigo ni blando en la expresión de su amor. Jamás corría para encontrarse con su dios. Le esperaba a cierta distancia, pero siempre esperaba; siempre estaba allí. Su amor participaba de la naturaleza de la adoración sorda, inarticulada, una adoración silenciosa. Solo en sus ojos inmóviles o inquietos tras los movimientos de su dios se expresaba el amor que sentía por él. También, a veces, cuando su dios le miraba y le hablaba, dejaba

traslucir una terrible timidez, cuya causa era la lucha de su amor por expresarse y la incapacidad física de expresarlo.

Aprendió a adaptarse de muchas formas a su nuevo modo de vida. Comprendió que debía dejar en paz a los perros de su amo. Sin embargo, su naturaleza dominante necesitaba dejar bien claras las cosas y, al principio, tuvo que hacerles entender por la fuerza su superioridad y su liderazgo. Logrado esto, tuvo pocos problemas con ellos. Le abrían paso cuando se acercaba, se alejaba o caminaba entre ellos y, cuando expresaba su voluntad, ellos obedecían.

De la misma forma, llegó a tolerar a Matt, como una posesión de su amo. Su amo rara vez le daba de comer; Matt lo hacía, era su labor; sin embargo, Colmillo Blanco adivinó que era su amo quien lo hacía a través de él. Matt era quien intentaba ponerle los arneses y quien quería hacerle tirar del trineo junto a los demás perros. Pero Matt no lo conseguía. No fue sino hasta que Weedon Scott se los puso y le dio a entender lo que deseaba, cuando Colmillo Blanco comprendió. Interpretó como la voluntad de su amo el que Matt le dirigiera y le manejara, de la misma forma que dirigía y manejaba a los demás perros.

Diferentes a los trineos del Mackenzie eran los de Klondike, que tenían patines. Y el método de conducir los perros era también distinto. La formación en abanico no se utilizaba. Los perros corrían en una única fila, uno detrás de otro, tirando de correas dobles. Y allí, en Klondike, el líder era desde luego el líder. El más inteligente y el más fuerte de los perros era el líder, y la jauría le obedecía y le temía. El que Colmillo Blanco se hiciera con aquel puesto era inevitable. No se conformaría con menos, tal y como advirtió Matt después de muchos problemas e inconvenientes. Colmillo Blanco eligió el puesto por sí mismo y Matt respaldó su decisión con palabras fuertes después de haberle hecho la prueba. Pero, aunque por el día corría en el trineo, por la noche no descuidaba la vigilancia de las propiedades de su amo. Así que estaba constantemente trabajando, siempre vigilante y leal, el más valioso de todos los perros.

—Deme permiso para escupir lo que llevo dentro —dijo Matt un día—; tengo el gusto de decirle que fue usted un tipo listo al comprar el perro por el precio que lo hizo. Estafó limpiamente a Guapo Smith, aparte de romperle la cara con el puño.

Un despertar de la furia sentida asomó a los ojos de Weedon Scott y murmuró con rabia:

—¡El muy bestia!

A finales de la primavera, Colmillo Blanco tuvo un serio problema. Sin previo aviso, su señor del amor desapareció. Se habían producido avisos, pero Colmillo Blanco no sabía de tales cosas y no comprendió lo que significaba preparar un maletín. Tiempo después recordaría que aquellos preparativos habían precedido a la desaparición de su amo; pero en el momento no sospechó nada. Aquella noche esperó a que regresara. A media noche, el viento frío que soplaba le hizo meterse en su guarida detrás de la cabaña. Allí dormitó, con los oídos atentos a cualquier ruido familiar. Pero, a las dos de la mañana, su ansiedad le hizo salir y colocarse en la helada escalinata, donde se acurrucó y esperó.

Pero su amo no regresaba. Por la mañana, la puerta se abrió y Matt salió al exterior. Colmillo Blanco le miró con tristeza. No existía un lenguaje común gracias al que pudiera comprender lo que quería saber. Los días iban y venían, pero su amo no aparecía. Colmillo Blanco, que no había conocido jamás la enfermedad, enfermó tanto que Matt se vio obligado a meterle en la cabaña. También, al escribir a su jefe, Matt dedicó una postdata sobre Colmillo Blanco.

Weedon Scott, al leer la carta en la ciudad de Circle City[15], se encontró con lo siguiente: «Este maldito perro no trabaja. No come. No le quedan agallas. Todos los perros le zurran. Quiere saber qué le ha pasado a usted y no sé cómo decírselo. Puede que muera».

Era como Matt había dicho. Colmillo Blanco había dejado de comer, había perdido las energías y permitía a todos los perros de la jauría que le golpearan. En la cabaña permanecía en el suelo cerca de la estufa, sin interesarse por la comida, por Matt o por la vida. Lo mismo le daba que Matt le hablara con dulzura o le gritara; nunca hacía mayor esfuerzo que volver sus ojos apagados hacia el hombre y luego dejar caer la cabeza como era su costumbre sobre las patas delanteras.

Y entonces, una noche, Matt, que leía para sí mismo moviendo los labios y murmurando, se sobresaltó al oír un leve gruñido de Colmillo Blanco. Se había levantado, sus orejas estaban dirigidas hacia la puerta y escuchaba con intensidad. Un momento después, Matt oyó unos pasos. La puerta se abrió y apareció Weedon Scott. Los dos hombres se estrecharon las manos. Luego, Scott echó un vistazo a la habitación.

—¿Dónde está el lobo? —preguntó.

Entonces lo descubrió, en el sitio donde había estado tumbado, cerca de la estufa. No se precipitó como hacen los perros: se quedó quieto, observando,

esperando.

—¡Caramba! —exclamó Matt—. ¡Mire cómo mueve la cola!

Weedon Scott dio unos pasos hacia él, al mismo tiempo que le llamaba por su nombre. Colmillo Blanco se acercó sin correr, pero con rapidez. Estaba anquilosado por la timidez, pero al irse aproximando, sus ojos adoptaron una extraña expresión. Algo, una incomunicable vastedad de sentimiento, apareció en sus ojos como una luz resplandeciente.

—Nunca me ha mirado de esa forma en su ausencia —comentó Matt.

Weedon Scott no le escuchaba. Estaba en cuclillas, con el rostro muy cerca del de Colmillo Blanco, mirándole, frotando la base de las orejas, haciéndole largas y cariñosas caricias en el cuello y las paletillas, pasándole la mano por el lomo con las yemas de sus dedos. Y Colmillo Blanco gruñía y en su gemido se apreciaba la nota cantarina más que nunca.

Pero aquello no era todo. Su alegría, el gran amor que sentía por él, siempre brotando y luchando por expresarse, logró encontrar su forma de expresión. De pronto, proyectó su cabeza hacia adelante y empujó ligeramente a su amo entre el brazo y el cuerpo. Y allí, encerrado, escondido exceptuando las orejas, sin gruñir más, continuó empujando y arrimándose amorosamente.

Los dos hombres se miraron uno al otro. Los ojos de Scott resplandecían.

—¡Caray! —dijo Matt con una voz que traslucía su asombro.

Un momento después, cuando se recobró dijo:

—Siempre insistí en que este lobo era un perro. ¡Mírele!

Con el regreso del amo, la recuperación de Colmillo Blanco fue rápida. Dos noches y un día pasó en la cabaña. Luego salió resueltamente. Los perros del trineo habían olvidado su valor. Recordaban solo lo último, que había sido debilidad y enfermedad. Al verle salir de la cabaña, saltaron sobre él.

—Que me hablen de las casas de mala reputación —murmuró Matt con júbilo en la puerta, desde donde, de pie, lo observaba todo—. ¡Dales fuerte, lobo! ¡Dales fuerte! ¡Un poco más!

Colmillo Blanco no necesitaba aquellos ánimos. El regreso de su amo era suficiente. La vida volvía a fluir en su interior, espléndida e indomable. Luchó con profunda alegría, encontrando en ello la forma de expresar sus sensaciones, ya que no podía hacerlo mediante las palabras. El final no podía ser otro. La jauría se dispersó en vergonzosa derrota y solo cuando oscureció volvieron los perros casi arrastrándose, uno a uno, mostrando a Colmillo Blanco su lealtad a través de la mansedumbre y la humildad.

Al haber aprendido cómo arrimarse con amor a su amo, Colmillo Blanco cayó en aquella tentación muchas veces. Era la expresión máxima a la que podía llegar. No podía ir más allá. La única cosa de la que siempre había estado particularmente celoso era de su cabeza. Durante toda su vida le había desagradado que le tocaran la cabeza. Era lo salvaje que había en él, el temor al dolor o a la trampa, los responsables de aquellos terroríficos impulsos por evitar todo contacto. Sentirse libre era una orden de los instintos y, en aquellos momentos, arrimarse a su señor del amor era un acto deliberado de desesperanzada indefensión. Era la expresión de la confianza perfecta, de la absoluta sumisión, como si dijera: «Me pongo en tus manos yo mismo. Haz de mí tu voluntad».

Una noche, no mucho después de que regresara Scott, él y Matt estaban sentados jugando a las cartas antes de irse a la cama.

—Quince-dos, quince-cuatro y una pareja hacen seis —señalaba Matt cuando se produjo un grito y el sonido de un gruñido. Se miraron el uno al otro y se levantaron sobresaltados.

—El lobo ha mordido a alguien —dijo Matt.

Un grito salvaje de temor y angustia los detuvo.

—¡Trae una luz! —exclamó Scott mientras salía a toda prisa.

Matt le siguió con una linterna y gracias a su luz vieron a un hombre que yacía de espaldas sobre la nieve. Sus brazos estaban doblados, uno sobre el otro, sobre la cara y la garganta. Así trataba de defenderse de los dientes de Colmillo Blanco. Y la verdad que lo necesitaba. Colmillo Blanco estaba rabioso y descargaba su ataque con crueldad en el lugar más vulnerable. Del hombro a la muñeca, la manga del abrigo, la blusa azul de franela y la camiseta estaban hechas trizas, mientras los mismos brazos se encontraban ya horriblemente desgarrados y sangrantes.

Todo esto lo vieron los dos hombres en un instante. Al momento, Weedon Scott cogió a Colmillo Blanco por la garganta y trató de apartarle. Colmillo Blanco se debatió y gruñó, pero no hizo intento alguno de morder, sino que rápidamente se calmó en cuanto su amo le dio una voz.

Matt ayudó a que el hombre se levantara. Al hacerlo bajó los brazos que había cruzado sobre la cabeza y apareció el rostro bestial de Guapo Smith. El conductor se apartó de él precipitadamente en un acto similar al de un hombre que cogiera fuego entre sus manos. Guapo Smith parpadeó a la luz de la linterna y miró a su alrededor. Vio a Colmillo Blanco y el terror se apoderó de su rostro.

En el mismo instante, Matt advirtió que dos objetos yacían entre la nieve. Acercó la linterna a ellos y los señaló con el pie para que los viera su jefe: una cadena de perro de acero y un pesado palo.

Weedon Scott lo vio y sacudió la cabeza. No dijo ni una palabra. El conductor puso su mano en el hombro de Guapo Smith y le hizo dar media vuelta. No hacía falta pronunciar ni una sola palabra. Guapo Smith echó a andar.

Mientras tanto el amo acariciaba a Colmillo Blanco y le hablaba.

—Trataba de robarte, ¿eh? ¡Y a ti no te ha gustado nada! Bueno, bueno, ha cometido un error, ¿verdad?

—Debe de haber creído que le atacaban diecisiete demonios —dijo el conductor, que se reía con disimulo.

Colmillo Blanco, todavía nervioso y erizado, gruñía y gruñía; el pelo descendía poco a poco, la nota cantarina de su voz se escuchaba remota y apagada, aunque crecía en intensidad en su garganta.

Quinta parte

1. El largo camino

Estaba en el aire. Colmillo Blanco sintió la proximidad de una calamidad incluso antes de que su evidencia fuera tangible. Por remotas vías le llegaba la información de que un cambio se cernía sobre ellos. No sabía cómo o por qué, pero había captado de los mismos dioses que algo se acercaba. Por sutiles caminos que ellos desconocían, dejaron ver sus intenciones al perro lobo que andaba por las escalinatas de la cabaña y que, aunque no pasaba al interior, sabía lo que ocurría en sus mentes.

—¡Escuche eso, por favor! —exclamó el conductor una noche a la hora de la cena.

Weedon Scott escuchó. A través de la puerta llegaba, leve, un angustiado gemido, como un sollozo oculto por la respiración que se hubiera hecho audible. Luego, cuando Colmillo Blanco se aseguró de que su dios estaba todavía dentro y de que no había emprendido aún su largo y solitario viaje, produjo una prolongada aspiración de nariz.

—Creo que ese lobo se ha encariñado con usted —dijo el conductor.

Weedon Scott miró a su compañero con los ojos casi suplicantes, aunque sus palabras desmintieron aquella expresión.

—¿Y qué diablos voy a hacer con un lobo en California? —preguntó.

—Eso es lo que digo yo —respondió Matt—. ¿Qué demonios puede hacer usted con un lobo en California?

Pero aquello no satisfizo a Weedon Scott. El otro parecía estar juzgándole sin querer comprometerse.

—Los perros del hombre blanco no podrán nada contra él —continuó Scott —. Los matará con mirarlos. Si no me lleva a la bancarrota por daños, las autoridades me lo quitarán y lo electrocutarán.

—Es un auténtico asesino, lo sé —fue el comentario del conductor.

Weedon Scott le miró con suspicacia.

—No funcionaría jamás —dijo con decisión.

—No funcionaría jamás —repitió Matt—. ¡Toma! Tendría que contratar a un hombre para que cuidara de él.

La suspicacia del otro se alivió. Asintió con optimismo. En el silencio que continuó después, el leve y lastimero gemido se oyó en la puerta y luego la larga e inquieta aspiración de nariz.

—No hay duda de que piensa en usted una barbaridad —dijo Matt.

El otro le miró enfurecido repentinamente.

—¡Maldita sea, hombre! ¡Yo sé lo que quiero y sé perfectamente lo que me conviene!

—Estoy de acuerdo con usted, solo que…

—¿Solo que qué? —replicó Scott con brusquedad.

—Solo que… —comenzó el conductor con suavidad, luego cambió de idea y mostró su propia cólera—. Bueno, no hace falta que se ponga así. A juzgar por sus actos, uno piensa que no sabe muy bien lo que quiere.

Weedon Scott se debatió unos instantes y luego dijo con más amabilidad:

—Llevas razón, Matt. No sé lo que quiero y ese es el problema. ¡Cómo! Sería una auténtica estupidez que yo me lo llevara —explotó después de otra pausa.

—Estoy de acuerdo con usted —fue la respuesta de Matt y de nuevo su jefe se mostró no del todo satisfecho con él.

—Pero, en el nombre del gran Sardanápalo, ¿cómo sabrá que usted se va? —continuó el conductor con ingenuidad.

—Eso es algo que se me escapa, Matt —respondió Scott con un movimiento lastimero de cabeza.

Luego llegó el día en que, a través de la puerta abierta de la cabaña, Colmillo Blanco vio el terrible maletín en el suelo y a su amo colocando cosas en él. También se producían idas y venidas, y la hasta entonces plácida atmósfera de la cabaña se enturbió con extrañas perturbaciones y poco descanso. Allí estaba sin duda la evidencia. Colmillo Blanco ya lo había olfateado antes. En aquellos momentos lo razonaba. Su dios estaba preparándose para otra huida. Y como no le había llevado con él la primera vez, pensó que, en aquella ocasión, volvería a suceder lo mismo.

Aquella noche emitió el largo aullido del lobo. Tal y como había aullado en sus días de lobezno cuando huyó de las Tierras Vírgenes al poblado para

encontrar que había desaparecido y que no quedaba nada, sino un montón de basura en el lugar ocupado por el tipi de Castor Gris, así dirigió su hocico a las frías estrellas y les contó a ellas su desgracia.

—Ha dejado de comer otra vez —señaló Matt desde su catre.

Se oyó un gruñido en el camastro de Weedon Scott y un movimiento de sábanas.

—Por su comportamiento cuando se marchó la primera vez, no sé si esta no morirá.

Las sábanas del otro camastro se revolvieron con inquietud.

—¡Oh, cierra el pico! —exclamó Scott en la oscuridad—. Te quejas más que una mujer.

—Estoy de acuerdo con usted —respondió el conductor, y Weedon Scott no supo si el otro estaba riéndose con disimulo o no.

Al día siguiente la inquietud y el desasosiego de Colmillo Blanco eran más pronunciados. Seguía los talones de su amo cada vez que salía de la cabaña y rondaba la escalera principal cuando permanecía dentro. De vez en cuando, a través de la puerta abierta se veía el equipaje en el suelo. El maletín estaba acompañado de dos grandes bolsas de lona y una caja. Matt doblaba las sábanas de su jefe y el abrigo de pieles para colocarlos dentro de un pequeño saco impermeable. Colmillo Blanco gimió al observar la operación.

Más tarde, llegaron dos indios. Los observó con atención mientras cargaban el equipaje sobre sus hombros y eran guiados colina abajo por Matt, que era el que llevaba la ropa blanca y el maletín. Pero Colmillo Blanco no los siguió. El amo estaba todavía en la cabaña. Después de un rato, Matt regresó. El amo salió a la puerta y llamó a Colmillo Blanco.

—Pobre diablo —dijo con cariño frotando las orejas de Colmillo Blanco y acariciándole el lomo—. Voy a hacer un largo viaje, querido amigo, al que no puedes acompañarme. Ahora gruñe…, por última vez, un buen gruñido.

Pero Colmillo Blanco se negó a gruñir. En su lugar y después de una triste e inquieta mirada, se acurrucó contra él, hundiendo su cabeza entre el cuerpo y el brazo de su amo.

—¡Por allí resopla el barco! —gritó Matt. Desde el Yukon se levantaba el ronco bramido de un barco de vapor—. Tiene que darse prisa. Cierre bien la puerta de delante. Yo cerraré la de atrás. ¡Corra!

Las dos puertas se cerraron al mismo tiempo y Weedon Scott esperó a que Matt volviera. Del interior surgía un leve gemido y unos sollozos. Luego se

produjeron unas largas y húmedas aspiraciones de nariz.

—Debes cuidar mucho de él, Matt —dijo Scott mientras iniciaban el descenso de la colina—. Escribe contándome cómo se encuentra.

—Claro —respondió el conductor—. Pero escuche eso, ¡escúchelo!

Los dos hombres se detuvieron. Colmillo Blanco estaba aullando como lo hacen los perros cuando sus amos mueren. Estaba expresando su profunda desgracia, su llanto emergiendo a raudales que rompían el corazón, desvaneciéndose en una temblorosa tristeza y surgiendo de nuevo con el ímpetu de su dolor.

El *Aurora* era el primer vapor del año que comunicaba la zona con el exterior y sus cubiertas estaban abarrotadas de aventureros prósperos y buscadores de oro arruinados, todos tan locos por salir al exterior como antes lo habían estado por llegar al interior. Cerca de la pasarela de embarque, Scott estrechaba la mano de Matt, que se preparaba para bajar a tierra. Pero la mano de Matt se quedó fláccida en el interior de la otra cuando su mirada detectó algo en movimiento y se quedó fija en lo que había detrás de él. Scott se volvió para ver. Sentado en cubierta, a varios pies de distancia y mirándole con melancolía estaba Colmillo Blanco.

El conductor murmuró un juramento en tono de perplejidad. Scott solo pudo mirar maravillado.

—¿Cerró usted con llave la puerta de delante? —preguntó Matt.

El otro asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Y la de atrás?

—Puede apostar a que sí —fue la decidida respuesta.

Colmillo Blanco aplastó las orejas zalamero, pero permaneció donde estaba, sin hacer ningún intento de aproximación.

—Tengo que bajarlo a tierra.

Matt dio dos pasos hacia Colmillo Blanco, pero, al dar el último, Colmillo Blanco huyó. El conductor salió tras él y Colmillo Blanco desapareció entre las piernas de un grupo de hombres. Esquivando, girando y revolviéndose, desapareció por la cubierta, burlando siempre los esfuerzos de Matt por capturarle.

Pero cuando el amo le llamó, acudió con solícita obediencia.

—No responde a la mano que le ha estado dando de comer estos meses —murmuró el conductor con resentimiento—. Y usted…, usted nunca le ha dado

de comer después de los primeros días en que se conocieron. Que me aspen si sé por qué tiene tan claro que es usted el jefe.

Scott, que acariciaba a Colmillo Blanco, se inclinó sobre él y descubrió unos cuantos cortes recientes en el hocico y una brecha entre los ojos.

Matt se inclinó y le pasó la mano a Colmillo Blanco por el vientre.

—Se nos olvidó la ventana completamente. Tiene cortes por la parte del vientre. ¡Caray, debió pasar por ella como un rayo!

Pero Weedon Scott no estaba escuchando. Estaba pensando con rapidez. El silbido del *Aurora* daba el último toque de sirena antes de partir. Los hombres se precipitaban por la pasarela a la orilla. Matt aflojó el pañuelo de su cuello y comenzó a anudarlo alrededor del de Colmillo Blanco. Scott retuvo la mano del conductor.

—Adiós, Matt, viejo amigo. En cuanto al lobo…, no hará falta que escribas. Verás, ¡yo…!

—¡Qué! —exclamó el conductor—. ¿No querrá decir que…?

—Eso mismo. ¡Aquí tienes tu pañuelo! Te escribiré contándote qué ha sido de él.

Matt se detuvo a medio camino de la pasarela.

—¡Nunca soportará el clima! —gritó—. ¡A no ser que le corte el pelo en la temporada cálida!

La pasarela fue elevada y el *Aurora* se alejó del dique. Weedon Scott sacudió la mano en un último adiós. Luego se volvió y se agachó sobre Colmillo Blanco.

—Ahora gruñe, maldito seas, gruñe —dijo mientras acariciaba la sensitiva cabeza y le frotaba las orejas.

2. Las tierras del Sur

Colmillo Blanco descendió del vapor en San Francisco. Se quedó horrorizado. En su interior, por encima de cualquier proceso de raciocinio o acto consciente, había asociado el poder con la divinidad. Jamás el hombre blanco había sido un dios tan maravilloso como entonces, cuando trotaba sobre el legamoso pavimento de San Francisco. Las cabañas de madera que había conocido habían sido sustituidas por edificios como torres. Las calles estaban atestadas de peligros: vagones, carros, automóviles, grandes y esforzados caballos que tiraban de enormes carretas y monstruosos tranvías, ululantes y estruendosos en la bruma, chirriando su insistente amenaza como los linces que había conocido en los bosques del norte.

Todo aquello eran manifestaciones de poder. A través de ellas, detrás de ellas, había un hombre que gobernaba y controlaba, que se expresaba a sí mismo, como antiguamente, por su dominio de la materia. Era colosal, asombroso. Colmillo Blanco estaba aterrorizado. El temor le dominaba. Tal y como en sus días de cachorro le habían hecho sentir su pequeñez y su insignificancia el día en que por primera vez abandonó lo salvaje y se acercó al poblado de Castor Gris, así en aquellos momentos, como criatura adulta y orgullosa de su fuerza, volvieron a hacerle sentir pequeño e insignificante. ¡Y había tantos dioses! Se mareaba en aquel enjambre humano. El estruendo de las calles castigó sus oídos. Estaba perplejo ante la tremenda e interminable actividad y movimiento de las cosas. Como nunca, sintió que dependía de su amo, al que pisaba los talones y no perdía de vista por nada del mundo.

Pero Colmillo Blanco iba a tener más de una pesadilla en la ciudad, una experiencia que era como una ensoñación, irreal y terrible, que le acechó durante mucho tiempo en sus sueños. En ella lo colocaban en un coche de equipajes por orden de su amo, encadenado en un rincón en medio de amontonados bagajes y

valijas. Allí un dios achaparrado y fornido ejercía su poder, con mucho estrépito, empujando equipajes y cajas, que arrastraba a través de la puerta y amontonaba en pilas o que lanzaba a otros dioses que los esperaban, estampándolos en el suelo.

Y en aquel infierno de maletas, estaba Colmillo Blanco abandonado de su amo. O por lo menos, Colmillo Blanco pensaba que estaba abandonado, hasta que olfateó las bolsas de lona de su señor a su alrededor y comenzó a montar guardia para vigilarlas.

—Ya era hora de que viniera —gruñó el dios del coche una hora después, cuando Weedon Scott apareció en la puerta—. Ese perro de usted no me deja poner un dedo en sus cosas.

Colmillo Blanco salió del coche. Estaba perplejo. La ciudad de pesadilla había desaparecido. El coche se le había antojado como la habitación de una casa, en la que, una vez dentro, la ciudad parecía no existir. Su estruendo ya no volvió a albergarse en sus orejas. Ante él había un campo sonriente, bañado por el sol y rezumante de perezosa serenidad. Pero tuvo poco tiempo para maravillarse de aquella transformación. Lo aceptó como se aceptan todos los hechos inexplicables y las manifestaciones de los dioses. Era la forma que tenían de actuar.

Había un carruaje esperando. Un hombre y una mujer se aproximaron al amo. Los brazos de la mujer se extendieron y abrazaron su cuello…, ¡un acto de hostilidad! Al instante, Weedon Scott se libró del abrazo y se acercó a Colmillo Blanco, que se había puesto a gruñir rabiando como un demonio.

—Está bien, madre —decía Scott mientras mantenía agarrado a Colmillo Blanco y lo apaciguaba—. Piensa que vas a hacerme daño y no puede permitirlo. Está bien, está bien. Aprenderá a conocerte pronto.

—Entonces tal vez pueda manifestar mi amor hacia ti cuando el perro no esté a tu lado —dijo ella riendo, aunque estaba pálida y temblorosa de miedo.

Miró a Colmillo Blanco, que gruñía, erizaba el pelo y la miraba con malignidad.

—Tiene que aprender y lo hará sin pérdida de tiempo —dijo Scott.

Habló suavemente a Colmillo Blanco hasta que le tranquilizó y luego su voz se tornó firme:

—¡Abajo! ¡Échate!

Aquella era una de las cosas que le había enseñado su amo y Colmillo Blanco obedeció, aunque se tumbó reticente y de mal humor.

—Ya, madre.

Scott abrió los brazos, pero mantuvo los ojos fijos en Colmillo Blanco.

—¡Abajo! —advirtió—. ¡Abajo, quieto!

Colmillo Blanco, con el pelo erizado en silencio, medio incorporado, se hundió de nuevo y observó el acto hostil, que se repetía. Pero de aquel acto no resultó ningún mal ni tampoco del abrazo del otro dios. Después llevaron las maletas al carruaje, luego subieron los dioses desconocidos y su amo, y Colmillo Blanco los siguió corriendo en actitud vigilante, erizando el pelo ante los caballos para advertirles que estaba allí a fin de comprobar que ningún mal le sucedía a su dios, al que con tanta premura paseaban por la tierra.

Al término de quince minutos, el carruaje atravesó un portón de piedra y más allá pasó por entre dos filas de nogales que se arqueaban y entrelazaban sobre la avenida. A ambos lados se extendían céspedes cuyas superficies lisas se rompían aquí y allá con grandes y vigorosos robles. A poca distancia, en contraste con el verde claro de la hierba, los campos de heno se mostraban, quemados por el sol, tostados y de color oro, mientras más allá se encontraban las colinas leonadas y los pastos de las mesetas. Al final de los céspedes, en una suave colina que se levantaba sobre el nivel del valle, se erguía una mansión con un gran porche y muchas ventanas.

Poca oportunidad le dieron a Colmillo Blanco de ver todo aquello. En cuanto el carruaje entró en los patios, un perro pastor, con ojos relucientes y hocico afilado, le atacó furioso y colérico con toda razón. Se colocó entre él y su amo, cortándole el paso. Colmillo Blanco no gruñó, pero su pelo se erizó mientras ejecutaba su silencioso y mortal ataque. Aquel ataque no lo terminó. Se detuvo con brusquedad con las patas delanteras entumecidas, tratando de controlar su velocidad, casi sentado sobre sus cuartos traseros. Tal era el deseo de evitar el contacto con el perro al que iba a atacar. Era una hembra y la ley de su especie imponía una barrera entre los sexos. Enfrentarse a ella habría exigido una violación de sus instintos.

Pero para la perra fue diferente. Al ser una hembra, no poseía aquel instinto. Por otra parte, como era perro pastor, su miedo instintivo a todo lo que procediera de lo salvaje, sobre todo a los lobos, era inusitadamente profundo. Colmillo Blanco era para ella un lobo, el merodeador que había cazado en sus rebaños desde los tiempos en que las ovejas fueron por primera vez reunidas y guardadas por algún remoto antecesor suyo. Y así, mientras él frenaba su ataque y se esforzaba por evitar el contacto, ella saltó sobre él. Él gruñó de forma

involuntaria al sentir sus dientes en la paletilla, pero no hizo ningún intento de atacarla. Se retiró, tímido, con las patas en tensión y trató de dar un rodeo para evitarla. La esquivó y rodeó sin que surtiera efecto alguno. Ella se interponía entre él y el camino que quería seguir.

—¡Collie, ven aquí! —llamó el hombre desconocido desde el carruaje.

Weedon se echó a reír.

—No te preocupes, padre. Es una buena disciplina. Colmillo Blanco tendrá que aprender muchas cosas y será mejor para él que empiece ahora. Se adaptará bien.

El carruaje continuó su camino y Collie todavía bloqueaba el avance de Colmillo Blanco. Trató de sobrepasarla, abandonando la carretera y cortando el camino por el césped, pero ella corría por el círculo interior más pequeño y siempre estaba allí, encarándose con él con dos hileras de relucientes dientes. De nuevo volvía a describir un círculo a través de la carretera hacia el otro césped y de nuevo ella le salía al paso.

El carruaje se llevaba a su amo lejos. Colmillo Blanco vio cómo desaparecía entre los árboles. La situación era desesperada. Intentó dar otra vuelta. Collie le seguía corriendo a gran velocidad. Y entonces, de pronto, él se volvió hacia ella. Se trataba de su antiguo truco de pelea. Hombro contra hombro, la golpeó de lleno. No solo la derribó. Con tanta rapidez había corrido Collie que rodó y rodó, tan pronto sobre su lomo como de costado, mientras trataba de detenerse agarrando la grava con sus garras y chillando en protesta por su orgullo herido y su indignación.

Colmillo Blanco no esperó. El camino estaba libre y eso era lo que él quería. Ella salió tras él, sin dejar de ladrar. En aquellos momentos, el camino estaba libre y, cuando llegaba la hora de correr, Colmillo Blanco podía enseñarle muchas cosas. Ella corría desesperada, histérica, esforzándose al máximo, revelando el esfuerzo que estaba haciendo a cada zancada; y Colmillo Blanco corría suavemente, ya muy lejos, silencioso, sin esfuerzo, deslizándose como un fantasma sobre el suelo.

Al rodear la mansión por la *porte-cochère*[16], se topó con el carruaje. Se había detenido y su amo estaba descendiendo. En aquel momento, todavía corriendo a toda velocidad, Colmillo Blanco de pronto se dio cuenta de que le atacaban por un costado. Era un galgo escocés de pelo lanoso que se abalanzaba sobre él. Colmillo Blanco intentó evitarlo. Pero iba demasiado rápido y el perro

estaba demasiado cerca. Le golpeó en el flanco, y tal fue su empuje y lo inesperado de su ataque, que fue lanzado por los aires y cayó rodando al suelo. Se recuperó y se irguió con una mirada maligna, las orejas hacia atrás, los labios retorcidos, el hocico fruncido, los dientes apretados al haber fallado por muy poco el mordisco en la blanda garganta del perro.

El amo corría hacia ellos, pero estaba demasiado lejos y fue Collie la que salvó la vida del perro de caza. Antes de que Colmillo Blanco pudiera abalanzarse y asestarle el golpe mortal, y justo en el momento en que iba a saltar, Collie llegó. La había engañado y vencido en la carrera, por no hablar del revolcón tan poco elegante en la grava, y su llegada fue como un tornado alimentado por la dignidad ofendida, la justificada cólera y el odio instintivo hacia un merodeador de lo salvaje. Golpeó a Colmillo Blanco en el costado derecho cuando iba a saltar y de nuevo cayó y rodó por el suelo.

Al instante el amo llegó y con una mano agarró a Colmillo Blanco, mientras su padre llamaba a los perros.

—Me parece que esta ha sido una bienvenida un poco calurosa para un pobre lobo solitario del Ártico —dijo el amo mientras Colmillo Blanco se tranquilizaba bajo su mano acariciadora—. En toda su vida solo se sabe que haya caído una vez y aquí ya se ha caído dos en treinta segundos.

El carruaje había desaparecido y otros dioses desconocidos habían surgido de la casa. Algunos de ellos se mantenían a respetable distancia, pero dos de ellos, mujeres, perpetraron el acto hostil de abrazar a su amo por el cuello. Colmillo Blanco, sin embargo, comenzaba a tolerar aquel fenómeno. No resultaba daño alguno de él y los sonidos que emitían los dioses no parecían esconder amenaza alguna. Aquellos dioses incluso le hicieron cucamonas, pero él los espantó con un gruñido y el amo hizo lo mismo con palabras. En aquellas ocasiones, Colmillo Blanco permanecía pegado a las piernas de su amo y recibía tranquilizadoras palmaditas en la cabeza.

El perro, bajo la orden de «¡Dick! ¡Échate!», había subido los escalones y se había tumbado en el porche, sin dejar de gruñir y de mirar al intruso con resentimiento. Collie había pasado a manos de una de las diosas, que la tenía cogida por el cuello y la acariciaba y mimaba; pero Collie estaba perpleja y preocupada, quejumbrosa y desasosegada, enfurecida porque habían permitido la presencia de aquel lobo y segura de que los dioses habían cometido un error.

Todos los dioses subieron los escalones y entraron en la casa. Colmillo Blanco siguió a su amo. Dick, en el porche, gruñó, y Colmillo Blanco, en la

escalera, erizó el pelo y le contestó con otro gruñido.

—Haz entrar a Collie y deja a esos dos que luchen —sugirió el padre de Scott—. Después de pelearse se harán amigos.

—Colmillo Blanco demostraría su amistad siendo uno de los principales acompañantes del féretro de Dick —bromeó el amo.

El viejo Scott miró con incredulidad primero a Colmillo Blanco, luego a Dick y finalmente a su hijo.

—¿Quieres decir que…?

Weedon asintió con la cabeza.

—Sí. Tendrás a Dick muerto en un minuto, en dos como mucho.

Se volvió hacia Colmillo Blanco.

—Vamos, lobo. Eres tú el que tienes que estar dentro.

Colmillo Blanco subió los escalones con los músculos de las patas en tensión y atravesó el porche con la cola muy levantada, sin dejar de mirar a Dick para resguardar el flanco de un posible ataque y al mismo tiempo prepararse para cualquier feroz manifestación de lo desconocido que pudiera sobresaltarle en el interior de la mansión. Pero ninguna cosa terrorífica le asaltó y, cuando entró, observó con detenimiento a su alrededor, buscando el peligro sin hallarlo. Entonces se tumbó con un gruñido de satisfacción a los pies de su amo y observó todo lo que sucedió después, siempre preparado para incorporarse y luchar por su vida contra los terrores que sentía que le acechaban bajo aquella trampa que era para él el tejado de la morada.

3. Los dominios del dios

No solo era Colmillo Blanco un ser adaptable por naturaleza, sino que había viajado mucho y conocía el significado y la necesidad de la adaptación. Allí, en Sierra Vista, que era el nombre de la finca del juez Scott, Colmillo Blanco comenzó rápidamente a hacer de ella un hogar. No tuvo más problemas serios con los perros. Ellos sabían más sobre las costumbres de los dioses de las tierras del sur y, a sus ojos, Colmillo Blanco ganó categoría cuando acompañó a los dioses al interior de la casa. Lobo como era, algo que no conocía precedentes en la mansión, los dioses habían permitido su presencia, y a los perros de los dioses no les cabía otra cosa que acatar la sanción.

Dick, por fuerza, tuvo que pasar al principio por muchas e incómodas formalidades, después de las cuales aceptó con tranquilidad a Colmillo Blanco como un añadido a su mundo. Si Dick hubiera actuado como era natural en él, se habrían hecho buenos amigos, pero Colmillo Blanco estaba en contra de la amistad. Todo lo que pedía a los otros perros era que le dejaran solo. Toda su vida se había mantenido apartado de su especie y todavía deseaba seguir estándolo. Los intentos de aproximación de Dick le molestaban, así que le gruñía para alejarle. En el norte había aprendido la lección de que debía dejar en paz al perro del amo y no había olvidado aquella enseñanza. Pero insistía en su aislamiento y en su autorreclusión, y por ello prestaba tan poca atención a Dick que, al final, aquella criatura tan bonachona se dio por vencida y comenzó a hacerle tanto caso como al amarradero de postas que había cerca del establo.

No era así con Collie. Si bien ella le aceptaba porque aquella era la orden de los dioses, no existía razón alguna para que le dejara en paz. Incrustada en su ser albergaba la memoria de incontables crímenes que él y los suyos habían perpetrado contra sus antecesores. No podía olvidarse en un día ni en una generación lo que les había ocurrido a los rebaños asolados por el lobo. Todo

aquello le hacía sentir un aguijón que la inducía a tomarse la revancha. No podía atacarle en presencia de los dioses que habían permitido su presencia, pero eso no le impedía hacerle la vida lo más desgraciada posible en pequeñas cosas. Una enemistad antigua existía entre ellos, y ella se encargaría de que él lo recordase.

Así que Collie se aprovechó de las ventajas de su sexo para atacar a Colmillo Blanco y maltratarle. El instinto del lobo no le permitía defenderse y, a la vez, su presencia era imposible de pasar por alto. Cuando ella se abalanzaba sobre él, él apartaba de sus afilados dientes su paletilla protegida por la piel y se alejaba con las patas tiesas y paso majestuoso. Cuando le pinchaba demasiado, se veía obligado a dar vueltas en círculo, con la paletilla desprotegida, la cabeza vuelta hacia ella y en su rostro y en sus ojos una paciente y aburrida expresión. A veces, sin embargo, un mordisco en los cuartos traseros aceleraba su retirada, que hacía de cualquier manera menos de forma majestuosa. Pero, como regla general, se las ingeniaba para mantener su dignidad, que casi lindaba con lo solemne. Solía no hacer caso de la existencia de la perra siempre que le era posible e intentaba mantenerse fuera de su camino. Cuando veía u oía que se aproximaba, se levantaba y desaparecía.

Había otras muchas cosas que Colmillo Blanco tenía que aprender. La vida en las tierras del norte era la sencillez en sí misma en comparación con la complejidad que reinaba en Sierra Vista. En primer lugar, tuvo que aprender a conocer a la familia de su amo. En cierto sentido, estaba preparado para hacerlo. De la misma forma que Mit-sah y Kloo-kooch habían pertenecido a Castor Gris, compartiendo su comida, su fuego y sus mantas, así en Sierra Vista pertenecían a su amo todos los moradores de la casa.

Pero allí había más diferencias. Sierra Vista era un lugar muchísimo más amplio que el tipi de Castor Gris. Había que considerar a otras muchas personas. Estaban el juez Scott y su esposa, y las dos hermanas de su amo, Beth y Mary. Estaba su mujer, Alice, y sus hijos, Weedon y Maud, pequeños de cuatro y seis años. Nadie podía contarle nada de toda aquella gente; de los lazos de familia y de las relaciones no sabía nada y nada podría nunca saber de ellas. Sin embargo, pronto descubrió que todos pertenecían a su amo. Entonces, gracias a que observaba en cuanto podía, por el estudio de las acciones, por el discurso y por las mismas entonaciones de la voz, fue aprendiendo poco a poco la intimidad y el grado de favoritismo del que disfrutaba cada uno de ellos con respecto a su amo. Y siguiendo este determinado patrón, Colmillo Blanco los trataba en

consecuencia. Lo que era valorado por el amo, él lo valoraba; lo que era querido para su amo, Colmillo Blanco lo cuidaba y guardaba con cuidado.

Así ocurría con los dos niños. Toda su vida los había rechazado. Odiaba y temía sus manos. Las lecciones que había aprendido de ellos durante su vida en los poblados indios habían sido las de la tiranía y la crueldad. Cuando Weedon y Maud se aproximaron por primera vez a él, les gruñó en tono de advertencia y los miró con maldad. Un manotazo de su amo y una palabra dura le obligaron entonces a permitir las caricias de los niños, aunque gruñía y gruñía bajo sus pequeñas manos y en su gruñido no había ninguna nota cantarina. Más tarde, observó que el niño y la niña eran muy valorados por su amo. Entonces fue cuando se hicieron innecesarios los manotazos y las palabras duras antes de que le acariciaran.

Sin embargo, Colmillo Blanco nunca fue exactamente cariñoso. Se sometía a los hijos del amo a regañadientes, pero con sinceridad, y soportaba sus tonterías como se soporta una operación quirúrgica. Cuando no podía soportarlo más, se levantaba y se alejaba de ellos con determinación. Sin embargo, era más bien discreto. Jamás se levantaba para recibirlos. Por otra parte, en lugar de alejarse cuando los veía, esperaba a que se acercaran a él. Y todavía después podía advertirse un destello de complacencia en sus ojos cuando se aproximaban y, al dejarle por otras diversiones, se quedaba contemplándolos con una expresión de singular remordimiento.

Todo aquello era una cuestión de desarrollo que requería su tiempo. El siguiente de su escala de valores, después de los niños, era el juez Scott. Posiblemente, había dos razones para esto. La primera, que era una de las posesiones más valoradas por su amo, lo cual era bastante obvio; y la segunda, que era muy reservado. A Colmillo Blanco le gustaba tumbarse a sus pies en el amplio porche cuando leía el periódico y, de vez en cuando, le regalaba con una mirada o una palabra, tranquilos indicios de que apreciaba la presencia y la existencia del perro lobo. Pero esto era solo cuando el amo no estaba alrededor. Cuando su amo aparecía, los demás seres dejaban de existir para él.

Colmillo Blanco permitió que todos los miembros de la familia le mimaran, pero nunca les dio tanto como a su amo. Ninguna de sus afectuosas caricias podían despertar en él la nota de amor en su garganta y, aunque lo intentaban, jamás se arrimaba a ellos cariñosamente. Esta expresión de abandono y de sumisión, de absoluta confianza, se la reservaba solo a su amo. De hecho, nunca

tuvo a los miembros de la familia en otra consideración que no fuera la de posesiones de su amo.

Colmillo Blanco también llegó a diferenciar entre la familia y los miembros del servicio doméstico. Los últimos le tenían miedo y él se abstenía de atacarlos. Y se debía a que eran posesiones del amo. Entre Colmillo Blanco y ellos se había establecido la neutralidad y nada más. Cocinaban para su amo, lavaban los platos y otras muchas cosas, igual que Matt había hecho en Klondike. Eran, en pocas palabras, accesorios de la casa.

Fuera de la familia todavía le quedaban más cosas que aprender a Colmillo Blanco. El dominio de su amo era amplio y complejo, aunque tenía un fin y unos límites.

La tierra acababa en la carretera. Más allá se encontraban los dominios comunes de todos los dioses: las carreteras y las calles. Luego, detrás de las vallas se encontraban los dominios de otros perros. Un sinfín de leyes gobernaban todas aquellas cosas y determinadas conductas; sin embargo, él no conocía el lenguaje de los hombres ni tenía otra forma de aprender sino por la experiencia. Obedecía a sus impulsos naturales hasta que se enfrentaban con alguna ley. Después de que esto le hubiera ocurrido unas cuantas veces, se aprendió la ley y después la observó atentamente.

Pero lo que más pesaba en su educación eran los manotazos de su amo y las reprobaciones orales. Debido al enorme amor de Colmillo Blanco, un manotazo de su amo le dolía mucho más que los que Castor Gris o Guapo Smith le habían propinado jamás. Ellos solo le hirieron la carne; bajo la carne, el espíritu había continuado rabiando, magnífico e invencible. Pero con su amo los manotazos eran siempre demasiado superficiales como para herirle la carne. Sin embargo, su huella era mucho más profunda. Eran la forma en que su amo expresaba su disgusto, y el espíritu de Colmillo Blanco perdía el ánimo.

De hecho, recibía manotazos en muy raras ocasiones. La voz de su amo era suficiente. Por ella sabía si hacía bien o mal. Por ella enmendaba su conducta o modificaba sus acciones. Era la brújula por la que se guiaba y aprendía a ordenar las costumbres de una nueva tierra y una nueva vida.

En las tierras del norte, el único animal domesticado era el perro. Todos los demás vivían en lo salvaje y eran, cuando su tamaño no era formidable, legítimo trofeo para cualquier perro. Durante toda su vida Colmillo Blanco se había servido de los seres vivos para alimentarse. En su cabeza no concebía que en las tierras del sur las cosas fueran distintas. Pero esto era lo que tenía que aprender

en su residencia en el valle de Santa Clara. Una mañana en que paseaba tranquilamente, dobló una esquina de la casa y se encontró con una gallina que se había escapado del gallinero. El impulso natural de Colmillo Blanco era comérsela. Un par de saltos, una dentellada, un gruñido amedrentador y había cazado a la aventurera gallina, y Colmillo Blanco se relamió los hocicos y decidió que aquella comida era buena.

Más tarde, aquel mismo día, se encontró con otra gallina extraviada cerca de los establos. Uno de los mozos de los caballos acudió a rescatarla. No sabía la raza de Colmillo Blanco y tomó como arma un látigo corto de calesa. Al primer chasquido del látigo, abandonó la gallina por el hombre. Un palo habría detenido a Colmillo Blanco, pero no un látigo. En silencio, sin arredrarse, tardó un segundo en cortar la distancia que los separaba y, al saltar sobre su garganta, el mozo de cuadras gritó: «¡Dios mío!», y retrocedió tambaleándose. Soltó el látigo y protegió su garganta con los brazos. Como consecuencia, un antebrazo quedó desgarrado hasta el hueso.

El hombre estaba terriblemente asustado. No era tanto la ferocidad de Colmillo Blanco, sino el silencio, lo que alteraba al mozo. Todavía protegiéndose la garganta y la cara con su brazo desgarrado y sangrante, trató de guarecerse en el granero. Y se habría visto muy apurado si no llega a ser por Collie, que apareció en escena. Igual que le había salvado la vida a Dick, en aquella ocasión se la salvó también al mozo. Se abalanzó contra Colmillo Blanco con frenética cólera. Estaba en lo cierto. Lo había sabido antes que los apresurados dioses. Todas sus sospechas habían sido justificadas. Allí estaba el merodeador ancestral con sus viejos trucos.

El mozo escapó a los establos y Colmillo Blanco se retiró ante los malignos dientes de Collie, presentándole la paletilla o dando vueltas alrededor de ella. Pero, según su costumbre, Collie no cedió después de castigarle durante un buen rato. Por el contrario, se excitó y se enfureció más, hasta que, al final, Colmillo Blanco olvidó su dignidad y huyó abiertamente a través de los campos.

—Yo le enseñaré a dejar a las gallinas en paz —sentenció el amo—, pero no puedo darle una lección hasta que no lo descubra in fraganti.

Dos noches después llegó la ocasión, pero a escala más generosa de lo que su amo había pronosticado. Por la noche, cuando todos se habían acostado, trepó hasta la cima de una pila de leña amontonada. Desde allí, alcanzó el tejado del gallinero, pasó sobre la parhilera y saltó al suelo del interior. Un momento después estaba dentro del edificio y comenzaba la matanza.

Por la mañana, cuando el amo salió al porche, una hilera de cincuenta gallinas blancas Leghorn, colocadas allí por el mozo, apareció ante sus ojos. Silbó para sus adentros, suavemente, primero con sorpresa y luego, al final, con admiración. Sus ojos también localizaron a Colmillo Blanco, pero en él no había signos de culpabilidad o vergüenza. Se comportaba con orgullo, como si hubiera realizado una hazaña meritoria y digna de elogio. No parecía ser consciente de su pecado. Los labios de su amo se contrajeron al contemplar aquella desagradable escena. Luego habló con dureza al inconsciente culpable y en su voz se advertía de todo menos el acento colérico de los dioses. También agarró la nariz de Colmillo Blanco y la hizo descender hasta las gallinas asesinadas y, al mismo tiempo, le dio un manotazo.

Colmillo Blanco jamás volvió a matar una gallina. Iba contra la ley y lo aprendió. Después el amo le llevó al gallinero. El impulso natural de Colmillo Blanco al ver todo aquel alimento vivo revoloteando a su alrededor y en sus narices fue saltar sobre ellas. Obedeció a su impulso, pero fue detenido por la voz de su amo. Continuaron en los gallineros durante media hora. Una y otra vez el impulso le surgía y, cuando cedía, la voz de su amo le detenía. Así fue como aprendió la ley y, antes de dejar los dominios de las gallinas, había aprendido a no hacer caso de su presencia.

—Nunca podrás reformar a un cazador de gallinas —dijo el juez Scott sacudiendo su cabeza con tristeza durante el almuerzo cuando su hijo le contó la lección que le había dado a Colmillo Blanco—. Una vez que adquieren el hábito y prueban la sangre… —De nuevo volvió a sacudir la cabeza tristemente.

Pero Weedon Scott no estaba de acuerdo con su padre.

—Te contaré lo que voy a hacer —le retó al final—. Encerraré a Colmillo Blanco con las gallinas esta tarde.

—Pero piensa en las gallinas —objetó el juez.

—Y mucho más —continuó el hijo—, por cada gallina que mate, te pagaré un dólar de oro del reino.

—Pero también tendrás que ponerle condiciones a papá —intervino Beth.

Su hermana la secundó y un coro de aprobación se levantó alrededor de la mesa. El juez Scott asintió con la cabeza mostrando su acuerdo.

—Está bien —dijo Weedon Scott y pensó durante unos instantes—. Y si al final de la tarde Colmillo Blanco no ha hecho daño alguno a las gallinas, por cada diez minutos del tiempo que haya pasado en el gallinero, tendrás que

decirle, con seriedad y prudencia, igual que si estuvieras sentado en el estrado juzgando con solemnidad: «Colmillo Blanco, eres más listo de lo que pensé».

Desde lugares ocultos, la familia contemplaba la escena de la que dependía la apuesta. Pero fue un fracaso. Encerrado en el gallinero y abandonado allí por su amo, Colmillo Blanco se tumbó y se quedó dormido. Cuando se levantó, caminó hacia el abrevadero para beber agua. A las gallinas no les hizo ni caso. En cuanto a él se refería, era como si no existieran. A las cuatro dio un salto, alcanzó el tejado del gallinero y saltó al exterior, después de lo cual fue tranquilamente hacia la casa. Había aprendido la ley. Y en el porche, ante la entusiasmada familia, el juez Scott, cara a cara con Colmillo Blanco, dijo lenta y solemnemente dieciséis veces: «Colmillo Blanco, eres más listo de lo que pensé».

Pero era la multiplicidad de las leyes lo que aturdía a Colmillo Blanco y lo que con frecuencia le arrastraba a la desgracia. Tenía que aprender que no debía tocar las gallinas que pertenecían a otros dioses. También estaban los gatos, los conejos y los pavos; a todos aquellos animales debía dejarlos en paz. De hecho, cuando había aprendido en parte esta ley, su impresión fue que debía dejar en paz a todas las cosas vivas.

En los pastos del fondo una codorniz podía revolotear en sus narices sin recibir ningún daño. En tensión, tembloroso por el ansia y el deseo, dominaba su instinto y permanecía quieto. Estaba obedeciendo la voluntad de los dioses.

Y entonces, un día, de nuevo en los pastos del fondo, vio a Dick que había sobresaltado a una liebre y corría tras ella. El amo mismo lo estaba contemplando y no intervenía. Tampoco animaba a Colmillo Blanco a que se uniera a la caza. Y así aprendió que las liebres no estaban prohibidas. Al final, descubrió la ley completa. Entre él y los animales domésticos no debía existir hostilidad. Si no entablaban amistad, por lo menos debía conseguir la indiferencia. Pero los otros animales, las ardillas, las codornices y las liebres de cola blanca, eran criaturas de lo salvaje que nunca se habían sometido al hombre. Constituían la presa legítima de cualquier perro. Solo los domésticos eran protegidos por el hombre, y entre ellos no se permitía la lucha a muerte. Los dioses ostentaban el poder sobre la vida y la muerte de sus súbditos y mantenían este poder con gran celo y toda la autoridad que hiciese falta.

La vida era complicada en el valle de Santa Clara tras haber conocido la sencillez de las tierras del norte. Y lo más importante para esta complejidad de la civilización era el control, el freno, un equilibrio del yo que era tan delicado

como la ondulación del hilo de la tela de araña y, al mismo tiempo, tan rígido como el acero. La vida poseía cientos de rostros y Colmillo Blanco se dio cuenta de que debía conocerlos todos. Así, cuando iba a la ciudad, a San José[17], corriendo detrás del carruaje o ganduleando por las calles cuando el coche se detenía, la vida fluía a su lado, profunda, amplia y variada, afectando continuamente a sus sentidos, exigiéndole instantáneos e interminables ajustes y correspondencias, y obligándole, casi siempre, a suprimir sus impulsos naturales.

Había carnicerías en las que la carne colgaba al alcance de su boca. Aquella carne no la podía tocar. Había gatos en las casas que su amo visitaba a los que debía dejar en paz. Y había perros en todas partes que le gruñían y a los que no podía atacar. Y luego, en las abarrotadas aceras, había innumerables personas a las que llamaba la atención. Se detenían y le miraban, le señalaban, le examinaban, le hablaban y, lo peor de todo, le acariciaban. Y tenía que soportar aquellos peligrosos contactos de manos extrañas. Sin embargo, lo conseguía. Además, se sobrepuso a su naturaleza desagradable y tímida. Con altanería recibía las atenciones de una multitud de dioses extraños. Con condescendencia aceptaba su condescendencia. Por otra parte, había algo en él que impedía grandes familiaridades. Le acariciaban la cabeza y pasaban de largo, contentos y satisfechos de su propia audacia.

Pero no era tan fácil para Colmillo Blanco. Corriendo detrás del carruaje a las afueras de San José, se encontró con un grupo de niños pequeños que se divertían tirándole piedras. Sin embargo, sabía que no estaba permitido perseguirlos y derribarlos. Así que se vio obligado a violar su instinto de conservación y lo violó, ya que se estaba convirtiendo en un ser domesticado y preparado para la civilización.

Sin embargo, Colmillo Blanco no estaba del todo satisfecho con aquel arreglo. Carecía de ideas abstractas sobre la justicia y el juego limpio. Pero hay un cierto sentido de equidad que la misma vida posee y gracias a este sentido captó la injusticia de no poder defenderse contra los lanzadores de piedras. Se olvidó de que, en el pacto establecido entre él y los dioses, ellos prometían cuidarle y defenderle. Pero un día el amo saltó del carruaje, látigo en mano, y lo blandió contra los lanzadores de piedras. Después de aquello, no volvieron a lanzárselas nunca más y Colmillo Blanco entendió y se sintió satisfecho.

Pasó por otra experiencia de naturaleza similar. En el camino de la ciudad, haraganeando por los alrededores de la taberna de un cruce de carreteras, había

tres perros que tenían por costumbre abalanzarse sobre él cuando pasaba. Como conocía su método mortal de lucha, el amo nunca había dejado de enseñar a Colmillo Blanco que la ley le prohibía pelear. Como resultado, al haber aprendido bien la lección, Colmillo Blanco acababa mal cada vez que pasaba por la taberna del cruce. Después del primer ataque, su gruñido mantenía a los perros a distancia, pero corrían detrás, aullando, murmurando y burlándose de él. Aquello duró algún tiempo. Los hombres de la taberna incluso animaban a los perros contra él. El amo detuvo el carruaje.

—¡A por ellos! —dijo a Colmillo Blanco.

Pero Colmillo Blanco no podía creerlo. Miró a su amo y miró a los perros. Entonces volvió a mirar a su amo con ansiedad y expresión interrogante.

El amo asintió con la cabeza.

—Ve a por ellos, viejo amigo. Devóralos.

Colmillo Blanco no vaciló más. Se dio media vuelta y saltó en silencio contra sus enemigos. Los tres le atacaron. Se produjo un alboroto de gruñidos, rechinar de dientes y agitación de cuerpos. El polvo de la carretera se levantaba en una nube y ocultaba la batalla. Pero, tras varios minutos, dos eran los perros que se debatían moribundos en el polvo y el tercero salía huyendo. Saltó una zanja, atravesó una verja y huyó a campo través. Colmillo Blanco le siguió, deslizándose sobre la tierra a la manera y con la rapidez de los lobos, veloz y silencioso, y en el centro de la pradera lo derribó y lo mató.

Con aquella muerte triple su problema fundamental con los perros terminó. La historia se extendió por todo el valle, y los hombres se cuidaron de que sus perros no molestaran al Lobo Guerrero.

4. La llamada de la especie

Los meses pasaban. Había mucha comida y poco trabajo en las tierras del sur y Colmillo Blanco engordaba y vivía próspero y feliz. No solo estaba en las tierras del sur geográfico, sino en las tierras del sur de su vida. El género humano era como el sol que brillaba sobre él y renacía como una flor plantada en buen suelo.

Y sin embargo, seguía siendo de alguna forma distinto a los otros perros. Conocía la ley incluso mejor que los perros que no habían conocido otra vida y observaba la ley con más meticulosidad; pero todavía existía en él una insinuación de ferocidad acechante, como si lo salvaje todavía permaneciera en él y el lobo que había en su interior estuviera tan solo dormido.

Nunca se hizo amigo de otros perros. En cuanto a su especie, siempre había vivido en soledad y en soledad continuaría viviendo. En sus días de lobezno, bajo la persecución de Hocicos y de la manada de cachorros, y en sus días de luchador con Guapo Smith, había adquirido su aversión hacia los perros. El curso natural de su vida se había desviado y, apartándose de los de su especie, se había unido al hombre.

Además, los perros de las tierras del sur le miraban con desconfianza. Despertaba en ellos el instintivo temor por lo salvaje y siempre le recibían con un gruñido y con un odio beligerante. Él, por otra parte, aprendió que no era necesario utilizar sus dientes contra ellos. Sus colmillos desnudos y sus labios fruncidos eran igualmente eficaces, y rara vez no conseguía detener el ataque de un perro que se abalanzaba sobre él rugiendo.

Pero en la vida de Colmillo Blanco había una contrariedad: Collie. Jamás le dio un momento de paz. No era tan amiga de la ley como él. Estropeaba todos los esfuerzos del amo para que Colmillo Blanco y ella fueran amigos. En sus oídos siempre resonaba su duro y nervioso gruñido. Jamás le perdonó el episodio de la muerte de las gallinas y constantemente se aferraba al pensamiento de que

sus intenciones eran malas. Le consideraba culpable antes de que actuara y le trataba en consecuencia. Se convirtió en una molestia para él, como un policía que le siguiera por los establos y los campos y, si se le ocurría mirar con curiosidad a una perdiz o a una gallina, estallaba en alaridos de indignación y cólera. La forma favorita de Colmillo Blanco para no hacerle ni caso era tumbarse con la cabeza sobre las patas delanteras fingiendo dormir. Aquello siempre la dejaba pasmada y la hacía callar.

Con la excepción de Collie, todo lo demás le iba bien a Colmillo Blanco. Había aprendido lo que era el control y el equilibrio y conocía la ley. Consiguió seriedad, calma y una filosófica tolerancia. Ya no vivía en un medio hostil. El peligro, el dolor y la muerte no le acechaban en parte alguna. Con el tiempo, lo desconocido, como portador del terror y de la amenaza siempre inminente, desapareció. La vida era dulce y fácil. Fluía suavemente y ni el miedo ni el enemigo le acechaban en su trayectoria.

Añoraba la nieve sin que fuera consciente de ello. «Un verano excesivamente largo» habría sido su conclusión si lo hubiera pensado, pero tal y como era, tan solo echaba de menos la nieve de forma remota e inconsciente. De la misma manera, especialmente en pleno calor veraniego, cuando padecía los efectos del sol, experimentaba una vaga añoranza por las tierras del norte. Sin embargo, el único síntoma de aquella melancolía era que se volvía inquieto sin que supiera por qué.

Colmillo Blanco nunca había sido muy expresivo. Aparte de sus amorosos acercamientos y sus gruñidos con aquella nota cantarina, no tenía otra forma de exteriorizar su amor. Sin embargo, descubrió una tercera vía. Siempre había sido muy susceptible a la risa de los dioses. La risa le enloquecía y le ponía rabioso. Pero nunca se enfurecía con su amo y cuando aquel dios elegía reírse de él con buen humor y tomándole el pelo, él se quedaba perplejo. Podía sentir el aguijón y el pinchazo de la antigua cólera como si tratara por todos los medios de despertarse en él, pero la lucha era contra el amor. No podía enfurecerse; sin embargo, tenía que hacer algo. Al principio adoptaba un porte digno y su amo se reía mucho más de él. Luego, intentó comportarse con mayor dignidad aún y el amo se rio mucho más que antes. Al final, el amo consiguió, a fuerza de risa, que él mismo se riera de su dignidad. Sus mandíbulas se separaban ligeramente, sus labios se levantaban un poco y una expresión chispeante, que demostraba más amor que humor, aparecía en sus ojos. Había aprendido a reír.

Igualmente aprendió a divertirse con su amo, a revolcarse, a rodar juntos y a

ser la víctima de innumerables bromas pesadas. A su vez fingía enfado, erizando el pelo, gruñendo ferozmente y haciendo resonar sus dientes en dentelladas que parecían guiadas por las intenciones más asesinas. Pero nunca se olvidaba de sí mismo. Aquellas dentelladas siempre atrapaban el aire vacío. Al término de tales juegos, cuando los golpes, los manotazos, los mordiscos y los gruñidos se sucedían rápidos y feroces, se detenían de súbito y se separaban unos cuantos pies, mirándose con intensidad el uno al otro. Y luego, con la misma prontitud, como el sol que se abre paso en el tormentoso océano, comenzaban a reír. Aquello siempre acababa con los brazos del amo alrededor del cuello y las paletillas de Colmillo Blanco, mientras este canturreaba y gruñía su canción de amor.

Pero nadie más que él retozaba con Colmillo Blanco. Él no lo permitía. Se mantenía en su postura de dignidad y, cuando lo intentaban, su gruñido de advertencia y su melena erizada daban a entender cualquier cosa menos un ánimo dispuesto al juego. Que le permitiera a su amo aquellas libertades no era razón para que se convirtiera en un perro corriente que amara aquí y allá y fuera la propiedad de todo el mundo para pasar un buen rato y divertirse. Amaba con un solo corazón y rechazaba rebajarse a sí mismo o a su amor.

El amo solía montar a caballo muchas veces y el acompañarle era una de las tareas fundamentales en la vida de Colmillo Blanco. En las tierras del norte había demostrado su fidelidad al trabajar en el arnés; pero en las tierras del sur no había trineos, ni perros que cargaran con pesos a sus espaldas. Así que dirigió su fidelidad en un sentido nuevo corriendo junto al caballo del amo. El día más largo jamás agotaba a Colmillo Blanco. El suyo era el paso del lobo, suave, incansable y cómodo, y al final de las cincuenta millas regresaba airosamente por delante del caballo.

Fue en relación con aquellas cabalgatas cuando Colmillo Blanco encontró su otra forma de expresión, algo digno de señalarse, ya que lo hizo dos veces en su vida. La primera ocurrió cuando el amo estaba intentando enseñar a un inquieto pura sangre la forma de abrir y cerrar las verjas sin que el jinete desmontara. Una y otra vez, acercaba al caballo junto a la verja para que la cerrara, y una y otra vez el caballo se asustaba y se retiraba espantado. En cada ocasión se ponía más nervioso e inquieto. Cuando se encabritaba, el amo picaba espuelas y le hacía bajar las patas delanteras, a lo que seguían unas cuantas coces. Colmillo Blanco observaba aquella escena con una impaciencia cada vez más intensa hasta que no

se pudo contener por más tiempo, saltó delante del caballo y comenzó a ladrarle de forma salvaje y amenazadora.

Aunque a partir de entonces trató de ladrar a menudo y el amo le animaba a ello, solo lo consiguió en otra ocasión y, precisamente, no fue en presencia de su amo. Una carrera rápida a través de la pradera, una liebre que de pronto surgió bajo las patas del caballo, un movimiento violento para esquivarla, un traspiés, una caída y la pierna rota de su amo, fueron la causa de ello. Colmillo Blanco se lanzó iracundo a la garganta del caballo culpable, pero la voz de su amo le detuvo.

—¡A casa! ¡Vete a casa! —ordenó, cuando se dio cuenta de que estaba herido.

Colmillo Blanco no tenía intención de abandonarle. Al amo se le ocurrió escribir una nota, pero buscó en vano en sus bolsillos un lápiz y un papel. De nuevo, ordenó a Colmillo Blanco que se fuera a casa.

Él le miró con tristeza y se marchó, poco después se volvió y gimió suavemente. El amo le habló con dulzura pero con seriedad, y él aguzó sus oídos y le escuchó con dolorosa intensidad.

—Mira, viejo amigo, solo tienes que ir corriendo a casa —fue lo que le dijo —. Ve a casa y diles lo que me ha pasado. A casa, lobo. ¡Vete a casa!

Colmillo Blanco conocía el significado de casa y, aunque no comprendió el resto de lo que dijo su amo, supo que su deseo era que volviera a la mansión. Se volvió y corrió sin convicción. Luego se detuvo, indeciso, y miró hacia atrás por encima de la paletilla.

—¡A casa! —fue la orden tajante y aquella vez obedeció.

La familia estaba en el porche tomando el fresco de la tarde, cuando Colmillo Blanco llegó. Se colocó entre ellos, jadeante y cubierto de polvo.

—Weedon ha vuelto —anunció la madre de Scott.

Los niños dieron la bienvenida a Colmillo Blanco con gritos de alegría y corrieron a su encuentro. Él los evitó y atravesó el porche, pero los niños le arrinconaron entre una mecedora y la barandilla. Gruñó y trató de empujarlos. Su madre miró con temor en su dirección.

—Os confieso que me pone nerviosa cuando está cerca de los niños —dijo ella—. Tengo siempre la sensación de que se les va a echar encima algún día inesperadamente.

Gruñendo como un salvaje, Colmillo Blanco dio un salto y salió del rincón derribando al niño y a la niña. La madre los llamó y los reconfortó diciéndoles

que no le molestaran.

—Un lobo es un lobo —comentó el juez Scott—. No hay ninguno en el que se pueda confiar.

—Pero él no es un lobo —intervino Beth, apoyando a su hermano en su ausencia.

—Tienes la misma opinión que Weedon —volvió a intervenir el juez—. Él solo supone que tiene algún rasgo de perro, pero, como él mismo te puede decir, no lo sabe seguro. En cuanto a su apariencia…

No terminó la frase. Colmillo Blanco se plantó delante de él, gruñendo con ferocidad.

—¡Vete! ¡Siéntate! —ordenó el juez Scott.

Colmillo Blanco se volvió hacia la esposa de su amo. Ella gritó de miedo y él la agarró por el vestido con los dientes y tiró hasta que la delicada tela se rasgó. En aquel momento ya se había convertido en el centro de atención de la familia. Había cesado de gruñir y estaba erguido, con la cabeza levantada, mirando a sus rostros. Su garganta estaba contraída, pero no emitía ningún sonido y luchaba con todo su torturado cuerpo por desembarazarse del mensaje que llevaba y que no podía expresar de ninguna forma.

—Espero que no se haya vuelto loco —dijo la madre de Scott—. Ya le dije a Weedon que el clima cálido quizá no le fuera bien a un animal del Ártico.

—Está tratando de decirnos algo, eso es lo que creo —señaló Beth.

En aquel momento, Colmillo Blanco pudo hablar y explotó en una sucesión de fuertes ladridos.

—Algo le ha pasado a Weedon —dijo su esposa con firmeza.

Todos estaban ya levantados y Colmillo Blanco bajó las escaleras corriendo, mirando hacia atrás para que le siguieran. Por segunda y última vez en su vida, había ladrado y se había hecho comprender.

Después de aquel suceso encontró un lugar más cálido en los corazones de los habitantes de Sierra Vista e incluso el mozo de caballerizas, cuyo brazo había desgarrado, admitió que, aunque fuera un lobo, era tan listo como un perro. El juez Scott todavía mantenía la misma opinión y la probó para desilusión de todo el mundo gracias a una serie de medidas y descripciones que tomó de una enciclopedia y de varios libros de historia natural.

Los días pasaban unos tras otros y el sol bañaba sin interrupción el valle de Santa Clara. Pero al tiempo que se hacían más cortos y el segundo invierno de Colmillo Blanco en las tierras del sur se aproximaba, descubrió una cosa extraña.

Los dientes de Collie ya no eran afilados. Había en sus mordiscos una actitud de juego y de amabilidad enemigas del dolor. Colmillo Blanco olvidó que en otro tiempo había representado una carga para él y, cuando ella retozaba a su alrededor él respondía con solemnidad, tratando de mostrarse juguetón, aunque resultaba ridículo.

Un día ella le instigó a una larga persecución a través de las praderas hacia los bosques. Era la misma tarde en que el amo solía pasear a caballo y Colmillo Blanco lo sabía. El caballo estaba montado y esperaba en la puerta. Colmillo Blanco vaciló. Pero en él había algo mucho más profundo que la ley que había aprendido, que las costumbres que le habían modelado, que su amor por el amo, que la misma voluntad de vivir y, cuando en el momento de indecisión, Collie le mordió y salió huyendo, él se volvió y la siguió. El amo cabalgó solo aquel día; en los bosques, uno junto al otro, Colmillo Blanco corrió con Collie, como su madre, Kiche, y el viejo Tuerto habían corrido hacía muchos años atravesando el silencio en los bosques de las tierras del norte.

5. El lobo adormecido

Fue por aquella época cuando los periódicos dedicaron mucho espacio a la huida de un convicto de la cárcel de San Quintín. Se trataba de un hombre muy violento. La deformidad había protagonizado su creación. No había nacido bien y las manos de la sociedad, que le habían modelado, no le habían ayudado. Las manos de la sociedad eran toscas y aquel hombre era una muestra sorprendente de aquella obra.

Era una bestia, una bestia humana, desde luego, pero nunca una bestia habría sido más justamente calificada de carnívora que él.

En la cárcel de San Quintín había demostrado ser incorregible. El castigo no había conseguido quebrar su espíritu. Podía morir completamente loco y luchar hasta el fin, pero no podía vivir y ser golpeado. Cuanto más ferozmente luchaba, con más dureza le trataba la sociedad, y el único efecto de aquella severidad era convertirle en una criatura más feroz. Las camisas de fuerza, la inanición, los golpes y las palizas eran tratamientos equivocados para Jim Hall; sin embargo, eran los que recibía. Eran los que había recibido desde los tiempos en que era un chaval en un barrio de San Francisco; barro blando en manos de la sociedad preparado para recibir la forma.

Fue durante el tercer período de Jim Hall en la prisión cuando se enfrentó con un guardia que era casi tan brutal como él. El guardia le trató de forma injusta, mintió contra él al alcaide, y Jim perdió su reputación y fue perseguido. La diferencia entre ellos era que el guardia llevaba un manojo de llaves y un revólver. Jim Hall tenía tan solo sus manos vacías y sus dientes. Pero un día se abalanzó contra el guardia y utilizó sus dientes para clavárselos en la garganta como un animal de la selva.

Después de aquello, Jim Hall fue trasladado a la celda de los incorregibles. Vivió en ella durante tres años. La celda era de acero, suelo, paredes y tejado.

Jamás la abandonaba. Jamás veía el cielo ni la luz del sol. El día era una penumbra y la noche un negro silencio. Se encontraba en una tumba de acero, enterrado vivo. No veía cosa humana. Cuando le pasaban el alimento, gruñía como un animal salvaje. Odiaba a todo el mundo. Durante noches y días bramaba su cólera contra el universo entero; durante semanas y meses jamás emitió un sonido, royendo su propia alma en silencio. Era un hombre y una monstruosidad, tan temible como las más temibles visiones de un cerebro enloquecido.

Y entonces, una noche se escapó. El alcaide dijo que era imposible y, sin embargo, la celda estaba vacía y en la puerta yacía el cuerpo sin vida de un guardián. Dos guardias más muertos fueron el rastro que dejó a través de la prisión hasta los muros exteriores; los mató con sus manos para no hacer ruido.

Estaba pertrechado con las armas de los guardias asesinados, por lo que se convirtió en unos instantes en un arsenal viviente que huía atravesando colinas, perseguido por el organizado poder de la sociedad. Su cabeza valía una importante suma de oro. Los avariciosos granjeros salían a cazarle con sus revólveres. Su sangre podría cancelar una hipoteca o enviar a sus hijos a la universidad. Los ciudadanos con sentido comunitario tomaron sus rifles y salieron en su busca. Una jauría de sabuesos siguió el rastro de sus pies. Y los detectives de la policía, los asalariados de la sociedad encargados de protegerla, con teléfono y telégrafo y un tren especial, se unieron a su búsqueda noche y día.

Algunas veces le pisaban los talones y los hombres se enfrentaban a él como héroes, o atravesaban decididos las alambradas para que la comunidad, que seguía los acontecimientos desde la mesa del desayuno, disfrutara. Era después de aquellos encuentros cuando los muertos y heridos eran trasladados a las ciudades y sus lugares ocupados por voluntarios entusiastas de la caza del hombre.

Y entonces, Jim Hall desapareció. Los sabuesos buscaban en vano el rastro perdido. Los inofensivos granjeros de remotos valles eran detenidos por los hombres armados y obligados a identificarse; los restos de Jim Hall fueron descubiertos en una docena de sitios cercanos a las montañas por aquellos avarientos, deseosos de dinero manchado de sangre.

Mientras tanto, los periódicos se leían en Sierra Vista, no con tanto interés como inquietud. Las mujeres tenían miedo. El juez Scott negaba la importancia de los hechos y se reía, sin razón, ya que fue en sus últimos días como juez cuando Jim Hall se irguió ante él para recibir su sentencia. Y en la misma sala de

justicia, ante todos los hombres, Jim Hall había proclamado que algún día volvería para vengarse del juez que le había condenado.

Por una vez, Jim Hall tenía razón. Era inocente del crimen por el que le habían sentenciado. Era un caso, en la jerga de los ladrones y los policías, de *descarrilamiento*. Jim Hall había sido *descarrilado* a prisión por un crimen que no había cometido. Porque además de las dos primeras condenas, el juez Scott le había impuesto una sentencia de quince años.

El juez Scott no lo supo todo en aquel caso; no supo que él mismo fue víctima de una conspiración de la policía, que la acusación había sido inventada y falsificada, que Jim Hall era inocente del crimen del que le condenaba. Y Jim Hall, por su parte, no supo que el juez Scott ignoraba completamente todo aquello. Creyó que el juez estaba enterado de todo y que estaba compinchado con la policía para perpetrar aquella monstruosa injusticia. Tanto fue así que cuando la sentencia de quince años de vida en la muerte fue pronunciada por el juez Scott, Jim Hall, que odiaba a la sociedad entera por abusar de él, se levantó y desencadenó su furia en la sala de justicia hasta que le redujeron media docena de sus enemigos de uniforme azul. Para él, el juez Scott era la piedra angular de aquella injusticia y sobre el juez Scott vaciaba el contenido de su cólera y lanzaba sus amenazas de venganza. Entonces Jim Hall fue enviado a la muerte en vida…, y escapó.

De todo aquello Colmillo Blanco no sabía nada. Pero entre él y Alice, la mujer del amo, había un secreto. Cada noche, después de que los habitantes de Sierra Vista se hubieran ido a la cama, ella se levantaba y dejaba que Colmillo Blanco durmiera en el gran vestíbulo. En aquellos momentos, Colmillo Blanco no era un perro doméstico, ni se le permitía dormir en la casa; así que, cada mañana muy temprano, ella se deslizaba hasta el piso de abajo y le dejaba salir antes de que la familia se levantara.

Una de aquellas noches, mientras la casa dormía, Colmillo Blanco se despertó y permaneció tumbado en silencio. Y sin hacer ruido, olfateó el olor que impregnaba el aire y leyó el mensaje que transportaba y que le hablaba de la presencia de un dios extraño. Y a sus oídos llegaron los ruidos de los movimientos de aquel dios. Colmillo Blanco no estalló en un furioso escándalo. No era su forma de actuar. El dios extraño caminaba suavemente, pero con más suavidad caminaba él, ya que no tenía ropa que rozara su cuerpo. Continuó en silencio. En las Tierras Vírgenes había cazado carne viva que era infinitamente más huidiza y sabía las ventajas de un asalto sorpresa.

El dios extraño se detuvo a los pies de la gran escalera y escuchó; Colmillo Blanco estaba como muerto y, sin moverse, observaba y esperaba. Escaleras arriba, el camino conducía hacia su amo y hacia sus posesiones más queridas. Colmillo Blanco erizó el pelo, aunque esperó. El dios extraño levantó los pies. Comenzó a subir.

Entonces fue cuando Colmillo Blanco atacó. No dio señal alguna, ni un solo gruñido avisó de su acometida. Elevó su cuerpo en el aire en un salto que le hizo caer sobre la espalda del dios extraño. Hincó las garras de las patas traseras en los hombros del desconocido al mismo tiempo que hundía sus colmillos en la nuca. Se mantuvo así durante un instante, el suficiente como para hacer que el hombre cayera hacia atrás. Juntos, se estamparon contra el suelo. Colmillo Blanco se retiró y, aunque el hombre trataba de incorporarse, se abalanzó sobre él con sus afilados colmillos.

Sierra Vista se levantó alarmada. El ruido procedente de las escaleras era ya como el que produce una veintena de demonios enzarzados en un combate. Se produjeron unos disparos de revólver. El hombre emitió un alarido de horror y angustia. Se oyeron gruñidos y el estruendo de muebles y cristales rotos y golpeados.

Pero casi con la misma rapidez que comenzó, la conmoción se diluyó en el silencio. La lucha no se había prolongado más de tres minutos. La familia entera, asustada, estaba reunida arriba de las escaleras. Desde abajo, y como desde un abismo de oscuridad, ascendía un gorgoteo como el del agua burbujeando. A veces, aquel gorgoteo se tornaba sibilante, casi como un silbido. Pero rápidamente se apagaba y moría. Luego nada emergió de la oscuridad, salvo el pesado jadear de alguna criatura que luchaba, gravemente herida, por respirar.

Weedon Scott apretó un botón, y la escalera y el vestíbulo se llenaron de luz. Entonces, él y el juez Scott, revólveres en mano, descendieron con precaución. No había necesidad de tanta cautela. Colmillo Blanco había cumplido con su trabajo. En medio del destrozo de muebles, casi de costado, con el rostro escondido por un brazo, yacía un hombre. Weedon Scott se inclinó sobre él, quitó el brazo y descubrió la cara. La garganta abierta explicaba la causa de su muerte.

—Jim Hall —dijo el juez Scott, y padre e hijo se miraron significativamente.

Entonces, se volvieron hacia Colmillo Blanco. Él también estaba tendido de costado. Sus ojos estaban cerrados, pero sus párpados se levantaron en un esfuerzo por mirarlos, mientras se inclinaban sobre él, y su cola se agitaba en

vano intentando menearse. Weedon Scott le acarició y de la garganta de Colmillo Blanco salió un gruñido de reconocimiento. Pero en el mejor de los casos era un gruñido muy débil y pronto se perdió. Sus párpados cayeron y se cerraron y todo su cuerpo pareció relajarse y extenderse por el suelo.

—Está muriendo, pobre diablo —murmuró el amo.

—Ya veremos —señaló el juez mientras caminaba hacia el teléfono.

—Francamente, tiene una oportunidad entre un millar —dijo el cirujano después de haber trabajado durante hora y media en el cuerpo de Colmillo Blanco.

El amanecer rasgaba las ventanas y oscurecía la luz eléctrica. Con la excepción de los niños, la familia entera estaba reunida en torno al cirujano para escuchar su diagnóstico.

—Una pata trasera rota —continuó—, tres costillas fracturadas, una por lo menos le ha alcanzado el pulmón. Ha perdido prácticamente toda la sangre del cuerpo. Hay muchas probabilidades de que sufra heridas internas. Ha debido pisotearle. Por no decir nada de tres claros agujeros de bala que le han alcanzado de lleno. Le doy una oportunidad entre un millar y estoy siendo muy optimista. No tiene ni una posibilidad entre diez mil.

—Pero hay que aprovechar cualquier oportunidad —exclamó el juez Scott —. No importa lo que cueste. Póngale bajo rayos X, cualquier cosa. Weedon, telegrafía a San Francisco al doctor Nichols. No dudo de usted, doctor, usted comprenderá, pero no debemos cerrarnos ninguna puerta.

El cirujano sonrió con indulgencia.

—Por supuesto, lo comprendo. Se merece todo lo que puedan hacer por él. Debe ser atendido como si se tratara de un ser humano, un niño enfermo. Y no olviden lo que les he dicho de la temperatura. Regresaré a las diez.

Colmillo Blanco recibió todo el cuidado necesario. La sugerencia del juez Scott de que se contratara a una enfermera profesional fue rechazada con indignación por las mujeres, quienes se encargaron de aquella tarea. Y Colmillo Blanco salió vencedor de aquella única oportunidad entre diez mil que le negaba el cirujano.

Este no debía ser censurado por su error. Toda su vida había atendido y operado a humanos reblandecidos por la civilización, que vivían vidas bien protegidas y que descendían de generaciones igualmente protegidas. Comparados con Colmillo Blanco, eran frágiles y flojos, y no agarraban la vida con fuerza. Colmillo Blanco procedía directamente de lo salvaje, donde el débil

perece pronto y a nadie se le concede protección. Ni en su padre ni en su madre había existido la debilidad, ni en las generaciones que les habían precedido. Una constitución de acero y la vitalidad de lo salvaje eran la herencia de Colmillo Blanco, y se agarraba a la vida, en cuerpo y alma, con la tenacidad que desde tan antiguo pertenecía a todas las criaturas.

Convertido en prisionero, sin poder moverse a causa de las escayolas y las vendas, Colmillo Blanco permaneció así durante semanas. Dormía largas horas y soñaba mucho y, a través de su mente, se sucedía un interminable desfile de visiones de las tierras del norte. Todos los fantasmas del pasado se levantaban y estaban en él. Una vez más vivió en el cubil con Kiche, se arrastró tembloroso hasta las rodillas de Castor Gris para ofrecerle su lealtad, corrió para salvar la vida delante de Hocicos y toda la rugiente confusión de la manada de cachorros.

Corrió de nuevo en el silencio, cazando su alimento vivo durante los meses de hambre, y también de nuevo se vio a la cabeza de la traílla, con los látigos de Mit-sah y Castor Gris restallando por detrás y sus voces gritando «¡Raa! ¡Raa!» cuando alcanzaban un paso estrecho y los perros se agrupaban como un abanico para pasar. Vivió de nuevo todos sus días con Guapo Smith y las peleas que protagonizó.

Gruñó y gimió dormido y aquellos que le observaban decían que sus sueños eran malos.

Pero hubo una pesadilla en concreto con la que sufrió: la del rechinar y el metálico estruendo de los tranvías que eran para él como linces chillando. Se escondía tras los arbustos, observando a la ardilla hasta que se alejaba lo suficiente de su refugio en el árbol. Luego, cuando saltaba sobre ella, se transformaba en un tranvía, amenazador y terrible, que se alzaba sobre él como una montaña, gritando y haciendo un estruendo horroroso, vomitando fuego de sus entrañas. Lo mismo le ocurría cuando retaba al halcón a que bajara de los cielos. Se precipitaba desde las azules alturas y, en cuanto caía sobre él, se convertía en el omnipresente tranvía. O de nuevo, se encontraba en el corral de Guapo Smith. Fuera del corral, los hombres se reunían y él sabía que se preparaba una pelea. Observaba la puerta por la que entraría su antagonista. La puerta se abría y, abalanzándose sobre él, caía un horroroso tranvía. Miles de veces ocurría lo mismo y el terror que le inspiraba era cada vez más vivido e intenso.

Entonces llegó el día en que el último vendaje y la última escayola fueron retirados. Fue un día de júbilo. Toda Sierra Vista se reunió a su alrededor. El amo

le frotaba las orejas y él emitía su gruñido cantarín. La mujer del amo le llamó Lobo Bendito, nombre que levantó aplausos, y todas las mujeres le llamaron así.

Él trató de incorporarse y, después de muchos intentos, cayó de debilidad. Había permanecido tanto tiempo tumbado que sus músculos se habían entumecido. Sintió un poco de vergüenza por su debilidad, como si estuviera fallando a los dioses por el servicio que les debía. Realizó titánicos esfuerzos por levantarse y, al final, consiguió quedar sobre sus cuatro patas, tambaleándose y oscilando hacia delante y hacia atrás.

—¡El Lobo Bendito! —dijeron a coro las mujeres.

El juez Scott le estudió con una expresión de triunfo en su rostro.

—Que así sea —dijo—. Eso mismo he afirmado yo desde hace tiempo. Ningún otro perro habría hecho lo que él hizo. Es un lobo.

—Un lobo bendito —corrigió la mujer del juez.

—Sí, Lobo Bendito —asintió el juez—. Y desde ahora en adelante ese será el nombre que yo le dé.

—Tendrá que volver a aprender a caminar —dijo el cirujano—, así que puede hacerlo. No le hará daño. Pueden llevarle fuera.

Y le sacaron al exterior, como a un rey, con toda Sierra Vista a su alrededor atendiéndole. Estaba muy débil y cuando llegaron al césped se tumbó y descansó durante unos minutos.

Luego la procesión continuó. Los músculos de Colmillo Blanco iban recibiendo el impulso de pequeños esfuerzos titánicos y la sangre comenzó a correr a través de ellos. Habían llegado a los establos y allí, en la puerta, yacía tumbada Collie con una docena de cachorros gordinflones jugando alrededor de ella bajo el sol.

Colmillo Blanco los miró con expresión perpleja.

Collie le gruñó como advertencia y él tuvo cuidado de mantener la distancia. El amo empujó a un cachorro hacia él con el pie. Se le erizó el pelo con desconfianza, pero el amo le tranquilizó con sus palabras. Collie, cogida entre las manos de una de las mujeres, le observaba celosa y con un gruñido le advertía que no se tranquilizara tan pronto.

El cachorro se espanzurró delante de él. Las orejas de Colmillo Blanco se aguzaron y le observó con curiosidad. Luego sus hocicos se tocaron y sintió la cálida lengua del cachorro en su papada. La lengua de Colmillo Blanco salió de su boca, sin saber por qué, y lamió el rostro del cachorro.

Aplausos y gritos de júbilo fueron la reacción de los dioses ante aquella

escena. Él estaba sorprendido y les miraba con expresión perpleja. Luego, la debilidad se apoderó de él y se tumbó, con las orejas puntiagudas y la cabeza ladeada, mientras contemplaba a la bolita de pelo. Los otros cachorros se acercaron a él tambaleándose, a pesar del gran disgusto de Collie. Colmillo Blanco, muy serio, les permitió que treparan y retozaran encima de él. Al principio, entre los aplausos de los dioses, le traicionaron un poco su antigua timidez y torpeza. Pero aquellos apuros se desvanecieron cuando las cucamonas y las travesuras de los cachorros continuaron y, tumbado con los ojos entornados y la actitud paciente, se adormiló al sol.



JACK LONDON (San Francisco, 1876 - Glen Ellen, 1916), pseudónimo de John Griffith Chaney. Novelista y cuentista estadounidense de obra muy popular, en la que figuran clásicos como *La llamada de la selva* (1903), que llevó a su culminación la aventura romántica y la narración realista de historias en las que el ser humano se enfrenta dramáticamente a su supervivencia. Muchos de sus títulos han alcanzado difusión universal.

En 1897 London se embarcó hacia Alaska en busca de oro, pero tras múltiples aventuras regresó enfermo y fracasado, de modo que durante la convalecencia decidió dedicarse a la literatura. Un voluntarioso período de formación intelectual incluyó heterodoxas lecturas (desde Kipling a la filosofía de Nietzsche) que le convertirían en una mezcla de socialista y fascista ingenuo, discípulo del evolucionismo y al servicio de un espíritu esencialmente aventurero.

Notas

[1] Juego de cartas inventado en el siglo XVII por el poeta inglés *sir* John. El objetivo de este juego es formar combinaciones que tradicionalmente se corresponden con una serie de movimientos en un tablero especial. Aunque es un juego de dos, pueden participar tres e incluso cuatro jugadores. *[N. del T.]*. <<

[2] Agente que se ocupaba del correo de la Compañía de la Bahía de Hudson y que sumaba a las obligaciones de aquel cargo las de vigilar los territorios de la compañía. Muchas veces su trabajo era casi policial en las regiones circundantes. *[N. del T.]*. (Para la Compañía de la Bahía de Hudson, véase nota 9). <<

[3] Río que nace en el lago Great Slave, en los territorios del noroeste de Canadá, y fluye hacia el Norte a través de la región llamada con el mismo nombre, desembocando en el mar de Beaufort en el océano Ártico. Es el río más grande de Canadá y, debido a que muchas zonas de su cauce son impracticables, es reducto de vida salvaje y espectaculares paisajes. En su cuenca se incluyen varios lagos de gran tamaño. *[N. del T.]*. <<

[4] *Lagopus mutus*. Ave de las regiones septentrionales cuyo plumaje varía con las estaciones. En invierno es completamente blanco. *[N. del T.]*. <<

[5] Miembro de la familia de las comadrejas *(Mustelidea)* que vive en las latitudes septentrionales, especialmente en zonas boscosas. Se asemeja a un pequeño, achaparrado y ancho oso de entre nueve y treinta kilogramos de peso. El carcayú es conocido por su fuerza, audacia y voracidad. *[N. del T.]*. <<

[6] Tiendas de los indios americanos de forma cónica que eran utilizadas especialmente por las tribus de las llanuras y que consistían en una cobertura de pieles sobre un armazón de estacas. *[N. del T.]*. <<

[7] Las Rocosas constituyen la cadena montañosa de mayor importancia del oeste de Norteamérica; se extienden desde Alberta (Canadá), al norte, hasta el oeste de México, al sur. El pico más alto de esta cadena es el monte Elbert (4.399 m), que se encuentra en el estado de Colorado. El río Porcupine (Puercoespín) es el afluente principal del Yukon, río que discurre por el territorio denominado Yukon (Canadá) y por Alaska (Estados Unidos). Nace en las montañas Mackenzie y se une al Yukon cerca del Fuerte Yukon (Alaska). Al ser un río navegable sirve como unión entre la zona norte y sur del territorio Yukon. Por último, el río Yukon es uno de los mayores de Norteamérica y nace en el lago Tagish (frontera entre el territorio Yukon y la Columbia Británica). Discurre por el territorio Yukon y más tarde por Alaska hasta desembocar en el mar de Bering, en el estrecho de Norton. *[N. del T.].* <<

[8] Ciudad situada a orillas del río Yukon, en su confluencia con el Porcupine. *[N. del T.]*. <<

[9] Esta compañía ocupa un lugar importante en la historia política y económica de Canadá. Fue creada en Inglaterra en 1760 para encontrar el paso noroeste al Pacífico, ocupar las tierras adyacentes a la bahía de Hudson y mantener un beneficioso comercio con aquella región. La compañía se dedicó desde sus orígenes al comercio de pieles. *[N. del T.]*. <<

[10] Afluente del Yukon en el oeste del territorio Yukon (Canadá). Nace en las montañas Ogilvie y corre hacia el oeste hasta unirse al Yukon en la ciudad de Dawson. Este río se hizo célebre en 1896 al descubrirse oro en el arroyo Bonanza y otros pequeños afluentes. La población aumentó terriblemente hasta que los yacimientos se agotaron y, poco a poco, la zona quedó desierta. La ciudad de Dawson se encuentra en la confluencia entre los ríos Klondike y Yukon, cerca de la frontera con Alaska y a 265 kilómetros al sur del Círculo Polar Ártico. La ciudad conoció un importante crecimiento cuando se encontró oro cerca del arroyo Bonanza. *[N. del T.]*. <<

[11] *Sour-doughs* son los hombres que viven en las selvas y desiertos de Alaska y Canadá, generalmente aventureros, buscadores de oro, etc. Este nombre tiene el sentido que Jack London aclara en el texto mismo: *sour*, ‘agrio’. *[N. del T.]*. <<

[12] En el original *a black bottle*, cuyo significado en inglés es transmitido por el folclore como botella que contiene una dosis de veneno que se administra a los pacientes no deseados en los hospitales. Quizás London juega con estas palabras para ilustrar la situación. *[N. del T.]*. <<

[13] Perro de trineo del norte de América cuya raza crían los esquimales de Alaska. *[N. del T.]*. <<

[14] Juego de cartas que fue introducido en Estados Unidos en la ciudad de Nueva Orleans. Este juego fue muy conocido en este país hasta 1915, sobre todo en el Oeste, pero desapareció casi totalmente en 1925. *[N. del T.].* <<

[15] Ciudad situada a orillas del río Yukon. *[N. del T.]*. <<

[16] ‘Puerta de carruajes’. En francés en el original. *[N. del T.]*. <<

[17] Esta ciudad está situada en el condado de Santa Clara (California, Estados Unidos) y se encuentra a unos 80 kilómetros de San Francisco. Fundada en 1777 por el español José Joaquín de Moraga, fue la primera capital de California (mediados del siglo XIX) y en seguida se convirtió en una ciudad de mucho comercio y próspera agricultura. *[N. del T.]*. <<